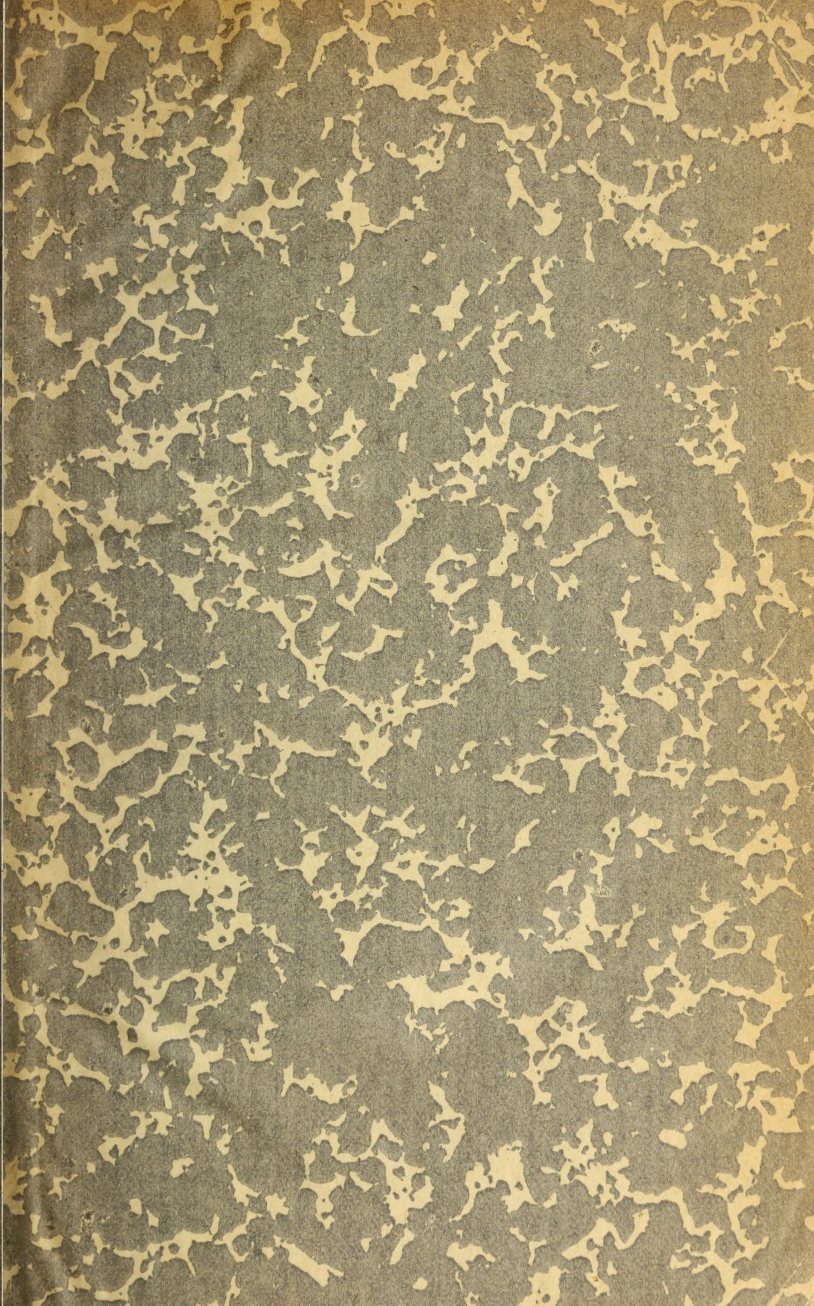






IRRESPONSABLES

OBRAS DEL MISMO AUTOR

NOVELAS

Ganarás el pan... (Quinta edición.)
La Catorce. (Sexta edición.)
Corazones sin rumbo. (Duodécima edición.)
Un grito en la noche. (14 edición.)
Muñecos. (Sexta edición.)
Irresponsables. (Quinta edición.)

EN PREPARACIÓN

Madrid, 1920.

TEATRO

El deber. Comedia en dos actos. (En colaboración.)
La otra. Comedia en un acto. (Idem.)
En la boca del lobo. Drama en un acto.
La Goya. Drama en tres actos.
La sombra. Comedia en tres actos. (En colaboración.)
Uno menos. Drama en un acto.
El torrente. Comedia en cuatro actos.

VERSOS

Para ella y para ellas. (Cuarta edición.)

PEDRO MATA

IRRESPONSABLES

Historias trágicas al margen
de la locura y del delito.

PRÓLOGO

DE D. ANGEL OSSORIO Y GALLARDO
ABOGADO DEL ILUSTRE COLEGIO DE MADRID

EPILOGO

DE D. ENRIQUE FERNANDEZ SANZ
ACADÉMICO NUMERARIO DE LA REAL DE MEDICINA
MÉDICO CONSULTOR DEL MANICOMIO
NACIONAL DE LEGANÉS

OCTAVA EDICIÓN

MADRID
EDITORIAL PUEYO
CALLE DEL ARENAL 6.

Imp. Helénica. Pasaje de la Alhambra, 3. Madrid.

A la memoria gloriosa de mi abuelo el Doctor D. Pedro Mata, precursor en el estudio de las modernas teorías psiquiátricas y psiconeuropáticas, autor del primer Método científico que en España se formuló para establecer el diagnóstico diferencial entre la pasión y la locura.

Homenaje entusiasta de admiración y cariño.

Su nieto.

PRÓLOGO

PRÓLOGO

Ha hecho muy bien el autor de este libro procurando que le ponga prólogo un abogado. En la elección del abogado es en lo que erró. Mas el acierto del designio es evidente. Nadie—salvo los médicos—podrá interesarse tanto con estos trágicos relatos, en que, avasallador, fatal, indomable, se ofrece a nuestros ojos el imperio de lo subconsciente. Y, además, nadie está tan necesitado como los abogados—confesémoslo aunque nos duela—de ilustración y pauta en esos tenebrosos problemas de la Psiquiatría.

Es el alma humana nuestro campo de acción. Cada consulta, cada pleito, envuelven arduas cuestiones de Psicología y de Moral. Sobre el hombre hemos de operar, y no en el campo amojonado de la Anatomía y la Fisiología, sino en el indefinido de las pasiones y los deseos. A pesar de lo cual, estamos, por regla general, imbuídos del vulgar prejuicio de que los hombres se dividen en locos y cuerdos de modo rotundo y tajante, como si entre las dos categorías no hubiese grados intermedios, sino una línea trazada a cordel.

El señor Mata, honrando la memoria de su ilustre abuelo el médico-jurista de imperecedera fama, ha querido llamar sobre el caso la atención de las gentes, y lo ha hecho de modo inquietante, emocional, sugeridor, como cumple al autor de La Catorce *y* Corazones sin rumbo, *de*

Un grito en la noche *y de* Muñecos. *Hay que agradecérselo. Los asuntos que transcienden al orden social no pueden ventilarse sin el concurso de la opinión, y la opinión no entra en ellos por el llamamiento de los técnicos, sino por el conjuro de los novelistas y de los poetas. La verdad no suele hacer su camino triunfal en las muchedumbres por la carretera real del doctrinarismo, mas por los vericuetos de la imaginación.*

Urge que las gentes, alarmadas, escalofriadas por las novelas que ahora publica Mata, se planteen a sí mismas todos los desconcertantes problemas reseñados en el libro de Grasset Semilocos y semirresponsables. *¿Cuál es el inmenso espacio abierto entre la razón perfecta y la total locura? ¿En cuántos géneros y especies se clasifican sus ocupantes? ¿Hasta dónde alcanza su responsabilidad? ¿Cómo debe tratárselos?*

* * *

Hace muchos años—¡ay, demasiados!—, en los albores de mi ejercicio profesional, me consultaba un señor completamente normal, al parecer. Era teniente coronel de Sanidad Militar, y me exponía no recuerdo qué diferencias con un tal don Lino, que le traían a mal traer. Buen rato llevaba produciéndose en la consulta discretamente, cuando, de pronto, bajando la voz y adoptando un aire misterioso, quiso describirme con un par de trazos la personalidad de su adversario, y me espetó este maravilloso alarde de congruencia dialéctica, que me cuidé de apuntar:

—Don Lino es bígamo. Ya ve usted, ¡le bautizaron a los siete años! Además, es masón. Los masones adoran a Lucifer, o «séase» el dios de la luz. Tienen jurada la destrucción de los curas, los frailes, las testas coronadas y, en una palabra, ¡de todos los célibes!

¡Cómo me quedé! Fué mi pasmo semejante al que experimentó mi compañero inolvidable Carlos Díaz Valero cuando visitó el manicomio de Leganés. No pudiendo acompañarle el Interventor, pariente suyo, lo hizo, representándole, otro funcionario que trabajaba en una mesa próxima a la de aquél. Más de tres horas duró la excursión, en la que el mentor explicó al visitante con atinada minuciosidad y cortesía extremada los casos más salientes entre los alienados y el funcionamiento de todas las dependencias. Tras tan largo y confianzudo departir, encantado Díaz Valero del talento, ilustración y buen juicio de su interlocutor, éste le dijo:

—Vea usted aquel grupo. Todos los que le forman son maniáticos de grandezas. Locos pacíficos e inofensivos. Se creen príncipes, generales, obispos, magistrados, y cada cual exhibe a los demás, para rebajarlos, el fundamento y las razones de su altísima jerarquía. Con papel simulan cruces, bandas, pectorales, mitras, coronas... Acaso son felices con su locura. Y, en cambio, aquí me tiene usted a mí, que soy el Sultán de Turquía, y no me he querido dar a conocer.

Desde la consulta de mi inefable jefe de Sanidad, tan olvidado de la suya, ¡cuántos tipos, cuántos ejemplares, cuántas modalidades de semilocos habré visto en mi confesonario! No aludo a los locos pleitistas, facilísimamente identificables y cuya exaltación no puede permanecer recatada, sino a la infinidad de sujetos normales ante el Mundo, y que, sin embargo, adolecen de una flaqueza moral o mental que, evidentemente, no pueden domar, ni acaso conocer, y que a todas luces disminuye su responsabilidad.

Quien quiera aprender un índice somero, pero aterrador, fíjese en el que Mata pone en boca de uno de los

personajes de La muchacha del Ideal Rosales. *¡Espantoso catálogo! ¡Y más espantosa veracidad! Lo que los tratadistas clasifican y Mata reproduce está por todas partes al alcance de nuestra vista. La novela ha recogido muchos de esos tipos, acaso sin descubrir su índole patológica. Por ejemplo, cuando Mata alude a los* erotómanos, *«que no hay que confundir con los satiriacos ni con las ninfómanas, sino que más bien se asemejan a los místicos, porque su pasión es siempre platónica y casi siempre única», venía a mi memoria aquel admirable José Matías, de Eça de Queiroz, que entrega vida, fortuna y decoro a la adoración de una mujer resuelta a darse a él en matrimonio o fuera del matrimonio, pero a la que él no quiso acercarse jamás, complaciéndose sólo en contemplarla y divinizarla durante treinta años, hasta que, alcoholizado, arruinado, degenerado, viene a caer, herido de muerte, en el portal, donde pasa la noche contemplando la casa de la mujer idolatrada, a quien pudo y no quiso poseer. Ya el genial portugués, en uno de sus admirables atisbos, clasifica al incomprensible extraviado como «un enfermo atacado de hiperespiritualismo, de una inflamación violenta y pútrida del espiritualismo.»*

Paul Bourget acaba de presentar otra colección de dolientes morales en su reciente volumen Anomalías, *tan intenso y profundo como toda su labor loabilísima.*

* * *

Sin caer en los extremos lombrosianos, ni buscar obstinadamente en la patología mental y nerviosa un cómodo escape para la impunidad de todos los crímenes, ¿qué duda cabe de que la determinación de la responsabilidad es para poner pavor a cualquier hombre de conciencia serena?

Quien se haya asomado a la parálisis general progresiva, sobre todo en los dos primeros periodos—pues el demencial se ofrece ya con signos francos e indudables—, y haya advertido la nebulosa en que vive un hombre perfectamente razonador ante la sociedad, y, no obstante, perturbado irreparablemente en su discurso y en su volición, no puede menos de espantarse ante esa gradación de alteraciones éticas e intelectivas que constituyen la extensa floración de la Psiquiatría, ocultas para el vulgo, mas no por eso menos atenazantes y mordedoras del paciente.

Nuestras leyes y nuestra jurisprudencia viven todavía en los dominios de lo absoluto. Se es loco o se es cuerdo. Se tiene o no se tiene discernimiento. Hay que condenar totalmente, o totalmente absolver. Ese elegante dilema de «a la horca o a la calle» en que suele encerrarse el Jurado, pasará a la Historia como un monumento de crueldad y estupidez.

Digamos en buena hora que los tratadistas jurídicos han batallado en España, como en todas partes, para que las eximentes que pueden llamarse típicamente subjetivas *sean graduadas, despedazadas, estimadas con peso y medida. Pero el Tribunal Supremo se ha negado (con la excepción de alguna sentencia remota) a entrar en tales florituras, y ha adoptado por un sistema que, a falta de otras ventajas, tiene, sin duda, la de ser cómodo. «Son divisibles, es decir, son eximentes incompletas, aquellas que en el artículo 8.º del Código penal tienen unos numeritos al lado izquierdo. Las que no tienen numeritos no se pueden dividir. La defensa legítima puede ser eximente incompleta porque necesita tres requisitos (1, 2 y 3). La locura no puede ser eximente incompleta porque el Código la pare de un solo golpe.»*

No hay, pues, para el Tribunal Supremo hombres algo

locos, menos locos, un poco locos, extraviados, obsesos, degenerados, maniáticos... Nada, nada. El que no necesite la camisa de fuerza está en su sano juicio. *El sistema alcanza aquí caracteres de ferocidad.*

Y lo mismo es en todo lo anímico. Por ejemplo, en la circunstancia eximente de miedo insuperable. *¿No es verdad que los hombres nos hallamos a veces en un estado de constreñimiento de la libertad, de congoja y apuro, que, sin llegar a constituir un miedo de aquella especie, significa mucho más que un simple arrebato, y, por consiguiente, aminora considerablemente nuestra responsabilidad, aunque no la excuse en absoluto? Pues el Tribunal Supremo no lo entiende así.*

Véase el ejemplo que nos brinda—cogido el azar—la sentencia de 28 de octubre de 1916. Un administrador de Correos es objeto de «graves y repetidas amenazas» por parte de un cartero a sus órdenes. Varias veces comunica a sus amigos el temor de verse agredido. Una tarde, hallándose ambos en el despacho del telegrafista del pueblo, se levanta el cartero «bruscamente», y el administrador se levanta también y dispara «atolondradamente» cinco tiros que hieren al cartero. La Audiencia condena al procesado como autor de un delito de lesiones, con las atenuantes de miedo insuperable y arrebato. Interpone recurso de casación el Ministerio Fiscal, y casa la sentencia el Tribunal Supremo repeliendo que fuera estimable el miedo. «Para que el miedo—dice el primer considerando—producido por la amenaza de un mal igual o mayor que el causado pueda ser apreciado, es preciso que sea insuperable, o, lo que es lo mismo, de una gravedad e inminencia tal, que cohiba de manera invencible la voluntad del agente, debiendo estimarse siempre como circunstancia eximente de la responsabilidad y nunca como atenuante,

determinándose sólo el referido miedo por su estado o condición única de espíritu en el mencionado agente; y refiriéndose esta última circunstancia a los casos de exención que constan de varios requisitos necesarios para producirla, no es aplicable a la primera.» Glosen tal doctrina, no los jurisconsultos, sino los hombres de buena fe que no hayan perdido el contacto con las realidades de la vida.

Cuando este libro salga a luz, todavía estará de moda la situación social de Barcelona, provocada por la actuación del sindicalismo terrorista. Los patronos reciben constantemente amenazas de muerte, casi siempre seguidas de ejecución, y escoltada ésta por la impunidad. Nadie tiene la vida segura. A la vuelta de cada esquina, o en el centro de las vías más amplias y concurridas, suenan los disparos de la Star y cae un hombre acribillado a balazos. Se cierran las fábricas. Emigra la gente. El Poder público, aterrado, busca primero el remedio mimando a los asesinos; pero reacciona después, y organiza un contraterrorismo desde las alturas; es decir, que suprime como chirimbolo arcaico y fastidioso el sentido jurídico. Pues bien: supongamos que, en estas circunstancias, un patrono, reiteradamente amenazado de muerte, vuelve a su casa de noche; y advirtiendo la presencia de unos hombres apostados en la obscuridad, se cree víctima inmediata de la conminación trágica y dispara su revólver contra aquéllos. ¿No es cierto que ese hombre obró inspirado por el miedo? ¿No es cierto que ese miedo pudo no alcanzar la categoría de insuperable, ya que la reflexión debió vencerle, pero es miedo bastante agudo y calificado para merecer una estimación mayor que la de la simple atenuante de arrebato y obcecación?

Con arreglo a la jurisprudencia, eso es una sutileza inadmisible. O el paroxismo, o la imperturbabilidad. No

hay más caminos. De modo que se ha fundido a troquel y en una sola pieza la maquinaria más compleja y de engranajes más variados y heterogéneos: el espíritu humano.

* * *

No quiero dejar de expresar aquí mi aplauso y mi agradecimiento al autor de este libro por el respeto y la mesurada consideración que usa al referirse a cosas y personas judiciales. Por no ser frecuente en quienes tratan desde la altura de una despreocupación literaria los frágiles y estimables útiles de la Justicia, exige el caso señalamiento especial.

Y todavía, por encima de los méritos apuntados, amén de otros muchos que hallará el lector (a quien sin riesgo puede dársele anticipadamente el calificativo de curioso, pues la más sana curiosidad le dominará desde la primera página), tiene este libro la excelencia de abrir horizontes al juicio y a la conciencia para que seamos cautelosos y píos en la calificación de los actos ajenos.

Virtud es esa de la comprensión que los hombres de mi tiempo no hemos alcanzado a vislumbrar sino después de trasponer la cumbre de la vida, pues sólo nos la deparó una experiencia orlada de canas. Nuestra educación se forjó con los residuos, ¡tan nacionales!, del doctrinarismo, del exclusivismo y de la intransigencia. Bueno es que ahora los libros, y particularmente los libros amenos, formen a las nuevas generaciones en un temple de más cordial acogida a las ideas y, sobre todo, a los dolores ajenos. Serán así los hombres más comprensivos y ganarán sus almas ventajas extremadas, porque ser más comprensivo es tanto como ser más bueno.

ANGEL OSSORIO.

Febrero, 1921.

LA MUCHACHA DEL IDEAL ROSALES

(NOVELA)

CAPÍTULO PRIMERO

UNA TERTULIA PINTORESCA

Era una tertulia muy pintoresca. Comenzaba poco después de mediodía, y escasamente duraba un par de horas; pero en estas dos horas desfilaba por ella tanta gente, que, no obstante extenderse la parroquia a todos los veladores convecinos, la mayoría de las tardes no había modo de encontrar una silla. Primeramente acudían unos médicos, muchachos jóvenes, acabados de licenciarse, que, después de pasar la mañana en la clínica operando y curando, venían a tomar un vaso de vermut, olientes todavía las ropas a cloroformo y a éter. Poco después llegaban unos periodistas; luego, unos cómicos recién levantados, medio dormidos aún, con el almuerzo en la garganta y el tiempo justo para saborear una taza de café antes de ir al ensayo; un ingeniero agrónomo y un caricaturista. Eran los habituales, los asiduos, los que constituían la parte que se podría llamar distintiva y fundamental de la tertulia. Sumándose a ella, pero accidentalmente, sin día determinado ni hora fija, como si recalasen de arribada forzosa, o, mejor aún, como si se dignasen la altísima merced de avalorarla con el honor de su presencia, unos antes, otros después, iban confluyendo nuevos tertulianos: pintores, novelistas, críticos

de Arte, músicos y poetas. Por la cuestión más fútil se entablaban violentas discusiones y polémicas apasionadas. Todos intervenían a la vez, y rara vez lograban entenderse. Los médicos hablaban de Música; los periodistas, de Teatro; los cómicos, de Sindicalismo; los poetas, de Sociología; los músicos, de negocios; los críticos, de Ciencia, y todos, de toros, de mujeres, de Política y de Literatura. La Política y la Literatura eran los temas predilectos y que suscitaban más enconadas controversias.

—En España—decía el doctor Garcés, un otorinolaringólogo, que en sus ratos de asueto, que eran muchos, se dedicaba a escribir artículos transcendentales sobre Sociología—, en España se ha concedido siempre una importancia excesiva a la forma. La mayoría de los escritores no se preocupa mas que del estilo, y a fuerza de limar y pulir, dan en el amaneramiento empalagoso. El estilo es el grillete de la espontaneidad.

—Hombre, te diré—interrumpía Federico Pacheco, revistero de toros y poeta «dadá»—: si tú llamas estilo a la inflexible, intolerante y momificada dicción gramatical que nos legaron nuestros clásicos, conformes. Ahora bien: si el estilo es como yo lo entiendo, no la parte inmutable, permanente y fija de un idioma, sino, por el contrario, la variable y accidental que cada uno posee para combinar las frases, escoger las palabras, enlazar los giros, engarzar las ideas y dar al pensamiento la forma de expresión más conveniente, no sólo no abomino del estilo, sino que lo considero de una esencialidad indispensable. Si algún defecto encuentro en los escritores españoles, es precisamente que no tienen estilo.

—El estilo—apoyó Pepe Rubio—no es mas que el ropaje de las ideas.

—Sí, señor; y, por tanto, cuanto más bellamente se vistan, más hermosas aparecerán.

—Exacto.

—Pero nunca hasta el punto de que al ropaje se supedite el pensamiento. El pensamiento es lo fundamental; la forma, lo secundario y lo accesorio. Lo esencial es escribir con claridad y decir las cosas de la manera más fácil y sencilla posible. Hay que llegar a la simplicidad, y la simplicidad estriba en Literatura en elegir la frase precisa y desdeñar las palabras inútiles. El inconveniente de los españoles, escritores o no, es que hablamos demasiado; hablamos por hablar, por impulso, por costumbre, por presunción, por vicio y por pedantería. Hablamos sin que tengamos nada que decir, sólo por el encanto arrullador de la cadencia y el fetichismo de la frase. Y esto es lo lamentable. No se debería hablar mas que cuando se tuviese algo verdaderamente interesante que decir.

—Si no se hablase mas que cuando hubiese necesidad de decir algo, este mundo sería una reunión insoportable de mudos y de inéditos.

—Yo lo que sostengo es que el lenguaje constituye en España la única preocupación de los escritores, de los críticos y de los hipercríticos. Ya *Azorín* observó, muy atinadamente, que en el estudio de los clásicos todas las antologías se ocupan sólo del estilo: de si es rotundo, amplio, armonioso, cortado, conceptuoso, numeroso, elegante. En ninguna se habla de la enumeración ideológica. Diríase que los clásicos no tenían ideas. ¿Qué huella profunda, qué señal indeleble de su concepción espiritual y estética del mundo han dejado las obras de los clásicos en la labor literaria moderna? Absolutamente ninguna. Cuanto más blasona un escritor de casticis-

mo, cuanto más en apariencia se ajusta a los moldes inmutables de los modelos clásicos, más se distancia de ellos ideológicamente. En cambio, escritores desaliñados, incorrectos, llenos de neologismos y de giros bárbaros, contaminados, al parecer, por el influjo de todas las literaturas extranjeras; escritores rebeldes y anarquistas, sin bandera y sin patria, son los que conservan más puro el aliento inmortal de la Tradición y de la Historia. En Literatura, como en todo, no basta el ropaje para determinar el distintivo de los pueblos. Cada pueblo es como es, se vista como se vista. La característica determinante de las razas no está en la ropa, sino en la idiosincrasia y en el temperamento. He aquí lo que es preciso saber interpretar, lo que no se traduce y es necesario traducir. En esto yo estoy en absoluto conforme con Taine: el artista es tanto más grande cuanto más profundamente manifiesta el temperamento de su raza.

—Otro error, aunque sea de Taine. El artista debe tender a la universidad. Un artista es tanto más grande cuanto más extensamente se universaliza. Desde Homero hasta Goethe, y desde Shakespeare a Cervantes, las obras-cumbres de la Humanidad son fundamentales por eso. Limitar la concepción estética a la expresión del temperamento de una raza, equivale a sepultar el pensamiento en el recinto amurallado de una torre. Esto no puede ser: hay que salir, batir las alas y volar por el mundo. La complejidad de la vida moderna, la diversidad de sus problemas y conflictos, las inquietudes, cada vez más heterogéneas, del espíritu contemporáneo, exigen un campo de visión y de estudios mucho mayor y más extenso que el limitado por las rayas convencionales de unas tristes fronteras. ¡Quién sabe si en esta falta de curiosidad, en esta carencia de generalización,

en este apego excesivo a las características raciales está todo el secreto de la decadencia literaria española! Nuestra Literatura es pobre porque es vieja, porque no sabe renovarse, porque no puede acomodar su tono al diapasón de la armonía universal. Nuestros escritores están petrificados, no en el estilo, que esto sería lo de menos, sino en las ideas, en la concepción estética, en la interpretación del espectáculo del mundo. La vida, para ellos, sigue siendo igual que hace tres siglos. No han cambiado las normas; los procedimientos no se han modificado. Continúa imperando el realismo como escuela exclusiva. La Naturaleza, el Sol, la Luz, la Mujer, los problemas sexuales, los desbordamientos de la pasión y del instinto, dramas de adulterio, conflictos de honra, hazañas de pícaros: he aquí los temas únicos de la Literatura española. Se concede demasiada importancia a la vida: los conflictos son demasiado reales; los personajes demasiado humanos.

—Naturalmente, señor; como debe ser. El Arte no es mas que un reflejo de la Vida. La Vida es la única fuente inagotable de verdad y de emoción. Por eso hay que plasmar la Vida y trabajar a plena luz; hay que dar a todas horas sensación de vida, incluso llegando, si no hay otro remedio, al sacrificio de la Belleza en el ara de la Realidad.

—Jamás, jamás, jamás. La Realidad siempre es odiosa, grosera y antipática. Lo único bueno que hay en ella es lo que tiene de sugeridora. Sólo por eso, exclusivamente por eso, se la puede aceptar. Si no sirviese para que fabricáramos con ella un poco de ideal, no serviría para nada. Lo mejor que hay en la Realidad es lo que en ella ponemos de nosotros.

—Todo eso no son mas que elucubraciones dannun-

zianas, piruetas y paradojas de Oscar Wilde. Si en la Naturaleza queda algo de bueno, es lo que el Arte no ha estropeado todavía.

—El Arte es superior a la Naturaleza.

—El Arte no es mas que la interpretación de la Naturaleza.

—La Naturaleza es ininterpretable. Jamás nos hará sentir una emoción profunda si previamente no estamos preparados para percibirla. Si alguna vez consigue conmovernos, es porque dentro de nosotros la ha idealizado la imaginación con su aliento divino. La Naturaleza es muda, intransmisible, hermética. No tenemos con ella más contacto que el roce material, la percepción burda, tangible, de las cosas; no poseemos otro conocimiento que el superficial de las formas externas. Ignoramos en absoluto la substancialidad. Por más que dilatemos la pupila, por mucho que agucemos el oído, jamás lograremos penetrar en su esencia. Ni el mar nos revelará nunca el secreto de sus abismos, ni el cielo descorrerá su velo impenetrable, ni el viento pronunciará una sola palabra inteligible, ni la floresta nos contará las inquietudes de sus hojas. Si tierra, aire, cielo y mar nos causan emoción, es porque la emoción está en nosotros.

—La emoción no existiría sin la sensación, y la sensación nos llega por transmisión de los sentidos. No hay más que lo que se ve. Nadie es capaz de concebir lo que no existe. La ilusión más abstracta, el ensueño más puro, están amasados con pedazos de la Realidad.

—Con pedazos de la Realidad... idealizados. Esta es la misión del artista. Un artista que aspire a merecer verdaderamente este nombre debe escapar de las impurezas de la existencia cotidiana, superar el plano físico de los fenómenos corrientes, desprenderse de todas las adhe-

rencias epidérmicas con los hechos vernáculos, y remontarse a la esfera de las segundas intenciones: la intención estética, ética y psicológica. El Arte debe ser en sus manos como una clave mística de evocaciones supraterrenales.

—Palabras, palabras, palabras. El artista es tanto más grande cuanto más inconsciente. El verdadero artista no sabe nunca aquilatar el valor de sus obras. Esas segundas intenciones, que en vano se pretende atribuírsele, rara vez han existido en él. Casi siempre es la posteridad quien las descubre. El artista debe limitarse a ser sincero, a decir lo que siente y de la manera que mejor lo siente. ¡Ay del artista cuya concepción se enmarañe entre minucias de procedimiento!

—Sin embargo, no puede prescindirse del procedimiento. Hay que escoger uno, y en esta elección estriba la primera y mayor dificultad.

—Todos los procedimientos son buenos cuando dan por resultado una obra bella.

—Ninguna obra puede ser bella mal ejecutada.

—Habría que saber de antemano lo que se entiende por ejecución. Porque si la ejecución no es otra cosa que el empleo de un procedimiento, repito que todos son igualmente merecedores de respeto y de estima, siempre que el escritor los utilice con honradez y con sinceridad; es decir, siempre que crea con absoluta buena fe que con ellos va a producir una emoción estética. Y si por ejecución se entiende tecnicismo, la cuestión es aún más discutible. ¿Qué elementos de juicio poseemos para fallar definitivamente? ¿Quién puede en este punto aventurarse a una definición rotunda y decisiva? ¿Quién sabe si las imperfecciones de hoy serán las maravillas de mañana?

—No, no; de ninguna manera. Por arbitrario que se juzgue, el Arte está sometido a leyes fundamentales, normas fijas, preceptos irreductibles, a los que es imposible substraerse. No hay arte sin estilo. Cuando el estilo se limpia y se depura, el Arte se ennoblece y se eleva. Por el contrario, cuando el Arte decae es porque previamente el estilo se ha embastecido y se ha encanallado. No podemos prescindir del estilo. El estilo es el instinto de selección por medio del cual el artista depura la visión de la Naturaleza, limpiándola de todo lo antiestético; no es sólo un elemento de belleza material y plástico del cual se sirve para producir una sensación placentera; es también un elemento espiritual que sugiere nuevos estados de alma, que nos prepara para comprender lo incognoscible. Es como una corriente de aire limpio que purificase el pensamiento de todas las impurezas de las cosas vulgares. Hay que conceder al estilo toda la enorme importancia que tiene; hay que idealizarle, sublimarle, vivir pendiente de él: no del estilo magnificente y ampuloso de los clásicos, sino de otro más vibrante, más perspicaz, más retorcido; evocador de las percepciones impalpables, exaltador del ritmo y de la euritmia; un estilo que hiera los sentidos y sacuda los nervios, que dé la sensación de tonos y matices. Hay que redimirse del prosaísmo, de la vulgaridad, de la ramplonería, de esa encanallada prosa de alquiler, prosa de periodismo, chabacana y burda. En todas las diversas manifestaciones de las artes bellas el artista se somete gustoso a la prueba durísima del aprendizaje: ninguno se considera denigrado por tener que estudiar. El arquitecto cursa Matemáticas, los pintores aprenden en las Academias las teorías del color y luchan en los talleres con las materiales dificultades del Dibujo; los músicos se aburren en los Con-

servatorios. Y, sin embargo, ninguno protesta: todos comprenden que esa preparación es necesaria. Sólo el escritor se juzga superhombre, y cree que para llegar al dominio del Arte le basta con su vocacion, con su predisposición y con su instinto. Y no, ¡no! El lenguaje no es mas que un medio de expresión, un elemento tan material y tan tangible como lo pueda ser cualquiera otro, como lo son para el pintor, el escultor y el músico los colores, el barro y el instrumental de una orquesta.

—Tampoco eso es verdad. Si precisamente la Literatura es la más alta de las artes bellas, es porque su elemento de expresión, el lenguaje, es el que menos necesita de la materialización de la forma. Nadie pretende con el lenguaje deleitar los sentidos, sino impresionar el alma.

—También la Música habla al alma.

—Es otra cosa. La Música, a pesar de toda su espiritualidad, quizá por eso mismo, es, de todas las artes, la menos expresiva, la que dispone de un elemento de exteriorización más complicado, más confuso y más convencional. Cuanto más inspirada sea, cuanto más exquisita, menos inteligible. Para saborear la Música, para extasiarse verdaderamente con ella, se necesita una larga preparación. El que asegure lo contrario falta a la verdad. La Música es patrimonio exclusivo de los iniciados. En cambio, la Literatura, ¡qué clara, qué sencilla, qué fácilmente comprensible para todo el mundo! Y al propio tiempo, ¡qué diversa, qué compleja, qué vasta...! Mientras todas las demás artes tienen su campo limitado por el materialismo de la ejecución, ella lo abarca todo: no hay paisaje que no reproduzca, ni emoción que no transmita, ni pensamiento que no pueda expresar. Si el hombre ha llegado a las manifestaciones más sublimes de la emoción y de la idea, ha sido por la Literatura.

—Eso sí que es verdad.

—Claro está que lo es. Mas por lo mismo que lo es, por lo mismo que ese elemento de interpretación del cual dispone es el más completo y más vario, debe tender a ennoblecerle siempre, y nunca a rebajarle. Se ha dicho que el Arte es como una querida, a la que hay que dedicar todas las horas libres porque, si no, tornadiza y voluble, se olvida presto de nosotros. Esta comparación me parece exactísima, y, apurándola, se puede añadir que así como el hombre que quiere a una mujer, por hermosa que sea, procura a toda costa embellecerla más con galas y atavíos y adornos, también el escritor enamorado de su obra debe vestirla y alhajarla con todos los primores del estilo. Hay que embellecer el lenguaje, como elemento de expresion; hay que depurarle, sublimarle, dignificarle, y para ello hay que empezar por escoger palabra por palabra. Las palabras, además de su significado ideal, tienen cada una de por sí su cualidad emotiva, su poder sugestivo, constituído por la estructura de sus sílabas y la musicalidad de su prosodia. Hay palabras suaves y palabras ardientes, palabras agrias y palabras dulces, palabras concisas y concretas, y otras vagas, nebulosas, como un ensueño. No es lo mismo usar unas que otras. De igual manera que cada color posee una gama innumerable de matices, cada palabra tiene su gradación aun dentro del concepto sinónimo. Por eso hay que buscar, hay que elegir siempre la precisa, única, inmutable; palabras que sean unas veces como cuchicheos de pensamientos, murmullos de ideas, ecos de voces apenas percibidas; otras tornasoladas, incandescentes, luminosas, que hieran los sentidos; otras crispadas y vibrantes como descargas eléctricas, que sacudan los nervios; otras como ácidos, como revulsivos, que sobreexciten la sen-

sibilidad. Hay que escalar la esfera sublimada de las exaltaciones cerebrales, saborear hasta el agotamiento, llegar hasta el refinamiento morboso, hasta la hiperestesia.

—Todo eso era ya viejo en el año 83. Huysmans lo llamaba flores bizantinas, delicuescencias de lenguaje. Wilde, con ser Wilde, se burlaba donosamente de la esterilidad de esa tendencia, que ya entonces se denominaba modernismo.

—Lo cual no quita para que ésta sea la hora en que la mayoría de nuestros escritores lo siga ignorando. Para la mayoría de nuestros escritores el lenguaje no es mas que un medio de referir. Desconocen en absoluto la substancialidad del idioma. Son como un murguista a quien le pusiesen en las manos un *stradivarius*. La maravilla del instrumento se embota en la ineptitud del artista. Y esto, que en cualquier otro país podría ser disculpable, en España no lo es. Decía D'Alambert que una lengua abundante en vocales dulces, como la italiana, sería la más suave de todas, pero no la más armoniosa, porque la armonía, para ser agradable, no debe ser suave, sino variada. Una lengua—añadía—que tuviese, como la española, la feliz mezcla de vocales y consonantes dulces y sonoras, sería quizá la más armoniosa de todas las modernas. Es verdad: no hay idioma en el mundo que tenga la riqueza eufónica y musical del castellano, ninguna que se preste más dócil al ritmo y a la onomatopeya. Se comprendería fácilmente que los franceses, habituados a una prosodia ingrata y molestísima de sonidos nasales, al sonsonete monocorde de las acentuaciones agudas, perdieran el oído; pero en España, en donde la sonancia tiene un valor tan real que llega a constituir un género de métrica, no es per-

donable que se incurra en ella como defecto y como vicio, ni consciente ni inconscientemente: inconscientemente, porque supone una ignorancia pristina; conscientemente, porque revela una despreocupación intolerable. Y conste que, con ser la asonancia gravísimo defecto, no es acaso la más fea de las imperfecciones del lenguaje.

—Muy bien; todo eso está muy bien; pero hay que demostrarlo en la práctica. Aceptemos la teoría de la palabra impermutable, la rítmica eufonía, la corrección gramatical y la coordinación ideológica. Cuando entre dos epítetos que juzgamos insubstituibles se establece un vicio de lenguaje, ¿qué debe hacer el escritor? ¿Corregir el defecto antieufónico, o prescindir de la calidad evocativa? Si la palabra es insubstituible, ¿cómo la vamos a substituir? ¿Qué debe ser primero: el ritmo o la expresión, la perfección sintáxica o la evocación espiritual?

—Las dos cosas. Ambas son compatibles dentro del estilo. Es más: precisamente su concatenación estrechísima es la que conduce a la sublimidad del estilo.

—Eso a lo único que podría llevarnos sería a una tortura del entendimiento que nos hiciera incapaces para concebir; con ello sólo conseguiríamos atrofiar la imaginación en un juego muy bonito, muy entretenido y muy estéril, de miniaturistas o fabricantes de mosaicos, que asesinaría la sencillez y la espontaneidad. Y la espontaneidad y la sencillez son las dos cualidades primordiales del Arte.

—La espontaneidad limitada por el buen gusto; la sencillez consciente, o sea lo que llamamos la difícil facilidad.

—Todo eso es intuitivo.

—Todo eso es aprendido.

—El artista debe tener originalidad.

—No hay que confundir la originalidad con la belleza. ¡Cuántas veces lo que parece originalidad no es mas que petulancia y exhibicionismo! La originalidad es tan peligrosa para los artistas como la luz para las mariposas. ¡Cuántos deslumbrados por ella no han conseguido otra cosa que abrasarse las alas!

—No las tendrían muy fuertes para volar.

—Sería por lo que fuere.

—El genio siempre es original.

—El genio sí, pero no las escuelas.

—¡Como que en Literatura no hay escuelas! No hay mas que el temperamento del escritor.

—¿Nada más que el temperamento?

—Nada más.

—En Literatura lo esencial no es el estilo, sino el asunto.

—Ni lo uno ni lo otro. Con un asunto tan baladí, tan trivial y tan mezquino como las manifestaciones histéricas de una pobre burguesa provinciana, forjó Flaubert, gracias al prodigio de su estilo maravilloso, una de las obras más exquisitamente refinadas de la Literatura universal. Con un estilo desaseado, desaliñado, lleno de incorrecciones y vicios de dicción, cacofonías, asonancias, redundancias, sinalefas y repeticiones; salpicado de lugares comunes, de modismos vulgares y de frases pedestres, Cervantes escaló en el *Quijote* las cumbres más altas de la exaltación lírica y descendió a los remansos más serenos de la idealidad inmaculada. Jamás en las páginas de un libro ha vibrado el espíritu de la Humanidad con gritos más ardientes de pasión, de ilusión y de vida. Ni el asunto ni el estilo significan nada: lo fun-

damental en Arte es la emoción; eso es lo único que se debe exigir al artista: la dé como la dé. En cuanto a esta pura finalidad se agrega cualquier otra secundaria, el Arte pierde su generalización universal, y empieza a disgregarse en amaneramientos de escuela y convencionalismos de tertulia. Pretender que el Arte sea exclusivamente patrimonio de una minoría selecta de escogidos, es malgastar el tiempo, y, además, de una injusticia social desoladora. El Arte, como el Sol, debe llegar a todo el mundo.

—Y el estilo debe ser como un vidrio inmaculado y transparente, que le deje filtrar sin alterarlo. Yo creo que, más que como realidad positiva, debe entenderse como una cualidad negativa; es decir, ni tan malo que indigne, ni tan bueno que la belleza de la forma cautive la atención hasta el punto de distraerla del asunto. El ideal sería que después de terminada la lectura de una obra no se diera uno cuenta de cómo estaba escrita.

—Sutilezas y divagaciones. El fondo y la forma son tan consubstanciales dentro de una obra artística como en una persona viviente el alma y el cuerpo. No se puede separar el espíritu de la materia. Cada asunto requiere su estilo; es más: cada vez que un escritor cambia de punto de vista debe cambiar de procedimiento. ¡Ay del que no cambie! ¡Desgraciado del que no se renueve!

—¿Renovarse...? Bien. ¿Evolucionar...? Perfectamente. Pero siempre hacia adelante.

—Hacia adelante o hacia atrás. ¿Quién sabe eso? ¿Quién puede definir en la diversidad de una labor artística lo que supone retroceso o significa avance? Para juzgar a un artista no basta una obra aislada: hay que atenerse a la totalidad del conjunto. ¡Cuántas veces lo

que a primera vista parece superioridad o inferioridad de medios expresivos, no son mas que modalidades de carácter, exigencias imperativas de la concepción! Analicemos, por ejemplo, el caso de Goya. Goya es precisamente el caso típico de esto que podríamos llamar procedimientos desconcertadores. Veamos dos de sus obras: *La maja desnuda* y *Los fusilamientos del 2 de mayo.* ¿Cuál de estas dos obras es la expresión más alta de su genio? ¿Cuál encarna de modo más fiel y más exacto su personalidad y su espíritu? Me diréis que no hay término de comparación; es verdad: no le hay. Son dos obras absolutamente antitéticas. ¡Con qué refinada minuciosidad está concebida *La maja desnuda!* ¡Con qué dulce deleite, con qué sensual complacencia, con qué embriaguez tan voluptuosa y tan lasciva ha plasmado el artista aquellas carnes sobadas, resobadas, acariciadas, palpitantes, jugosas! ¡Qué luminosidad en los colores, qué vigor en los tonos, qué armonía en los contrastes, qué delicadeza en los matices, qué suavidad en las transparencias...! ¡Jamás en obra alguna ha llegado un artista a perfección más acabada de factura, a un dominio más grande de la ejecución y de la técnica! Examinemos, en cambio, *Los fusilamientos.* La impresión que este lienzo produce a la vista no puede ser más lamentable. Parece un sarcasmo, un ultraje, una burla. Todo en él falso, convencional, absurdo. Los soldados son de madera; los fusilados, monigotes, peleles; la sangre, chafarrinones de bermellón; los trajes, trapos colgados de escarpias; las actitudes, desquiciadas; los colorines, rabiosos, agresivos, hieren los ojos con un abigarramiento que hace daño. Diríase que es el cuadro de un loco. Y, sin embargo, ese cuadro es la síntesis de la sensatez y la cordura. En ningún otro como en ése ha llegado, tal vez, Goya

a una concordancia más estrecha entre la concepción y la forma expresiva. Tenía que ser así, y no podía ser más que así. Para dar la sensación de angustia, de dolor, de horror, de terror y de odio que el artista sentía, para sacudir a las gentes con la espantosa visión de la tragedia que desgarró su alma, no podía pintarlo de otro modo. Pero cambiemos los factores. Supongamos por un instante, con un esfuerzo de la imaginación, que los términos se han invertido. Imaginemos *La maja desnuda* ejecutada con la factura de *Los fusilamientos.* ¿Qué ocurriría? Pues ocurriría, sencillamente, que sería un boceto, un estudio, un apunte, todo lo genial que se os antoje, pero un boceto nada más. Por el contrario, vamos a suponer que Goya hubiera puesto en *Los fusilamientos* la misma complacencia sensual, el mismo alarde refinado y exquisito de técnica que utilizó en *La maja.* Pues *Los fusilamientos del 2 de mayo* no serían tal vez mejores que *El fusilamiento de Torrijos.* No, no pongáis ese gesto despectivo y burlón. El cuadro de Gisbert es de lo más decoroso que hay en nuestro Museo de Arte contemporáneo. Gisbert pintaba bien: ese cuadro, como pintura, está muy bien; si algún defecto tiene, precisamente es ése: que está pintado demasiado bien. Los elementos son los mismos que en el lienzo de Goya; la intención emotiva y evocadora, igual; y, sin embargo, lo que en Goya es una sensación de horror inolvidable, en Gisbert queda reducido al efectismo teatral de la terminación de un acto de zarzuela. ¿Por qué? Pues, sencillamente, porque no hay concordancia entre la concepción y la forma expresiva, porque se ha trastrocado el equilibrio, porque se ha roto la convergencia de los efectos. Pues esto mismo que ocurre en la Pintura sucede también en la Literatura con mucho más motivo, por lo

mismo que en la Literatura los medios de expresión son más perfectos y menos limitados. Por eso lo que hay que hacer...

—Lo que hay que hacer es marcharnos, que son las dos en punto.

—¡Caray! Pues es verdad.

—¡Qué barbaridad...! Las dos... ¡Cómo pasa el tiempo!

—¿Vámonos?

—Vámonos.

Se levantaron todos apresuradamente, pagaron al mozo y desfilaron del café.

CAPÍTULO II

UN HOMBRE QUE TIENE GRACIA

Paco Almansa y Enrique Cebrián salieron juntos. Al llegar a la puerta, Enrique se encaró con Almansa:

—Véngase usted a almorzar conmigo.

Almansa, que no esperaba el ofrecimiento, contestó extrañado:

—¿Adónde?

—Adonde usted quiera.

—¡Ah, vamos! Me había figurado que tenía usted plan.

—El plan de comer en la compañía agradable de un amigo. ¿Le parece a usted poco?

—Muchas gracias.

—¡Qué...! ¿Acepta usted? ¿Sí o no?

—Sí, hombre; ¡ya lo creo!; con muchísimo gusto.

—Pues elija usted sitio.

—No, no; eso usted, que es quien... (iba a decir «quien paga»; pero se dió cuenta a tiempo de la grosería del vocablo, y lo substituyó con el de «invita»).

—En el Casino no se almuerza mal.

—Pues vamos al Casino.

—Si prefiere cualquier otro sitio, dígalo con franqueza.

—No, no; donde usted guste. ¡A mí qué más me da!

—Bien; pues entonces, vamos.

—Vamos.

Echaron calle arriba, sin volver a dirigirse la palabra, sin mirarse apenas, como dos transeuntes desconocidos a quienes el azar hubiese emparejado; el uno ya casi arrepentido de la ingenuidad de su arranque, el otro intrigado todavía por lo extemporáneo de la invitación. «¿Para qué demonios me convidará este hombre a comer?—iba pensando—. ¿Qué me querrá pedir?»

Inconvenientes de no conocer a las personas... y de desconocerse a sí propio. Almansa era un espíritu pequeño, un pobre hombre de esos cortos de vista y largos de suspicacia, que se pasan la vida queriendo vislumbrar en los actos más sencillos propósitos ocultos, y en las palabras más leales segundas intenciones. Como es natural, se equivocaba siempre. Ahora mismo se había equivocado. Si en vez de formularse la pregunta *in mente* llega a explanarla en alta voz, Enrique le envía noramala sabe Dios adónde. «¿Que por qué le convido a almorzar?—le habría contestado—. Pues por nada, imbécil; porque me da la gana, porque me aburre comer solo, y como tengo dinero para pagarme el capricho de que me den conversación, le he escogido a usted, que era el que estaba más a mano. Ni más ni menos.»

Y era verdad. No había otra razón. Si algún defecto podía achacarse a Enrique, en el caso de que fuera defecto, era el de ser con los amigos demasiado desprendido, liberal y obsequioso. Muy efusivo, muy comunicativo, le gustaba rodearse de personas amables y optimistas que coadyuvaran a hacerle la existencia agradable y feliz. A cambio de este rato de expansión, él se prestaba gustoso a darles de comer. Además, aquellos días estaba en Madrid solo. Su mujer, una rubia encantadora, romántica, sentimental y neurasténica, se había ido con

los chicos a Málaga, a convalecer de un catarrito bronquial que pescó una noche a la salida de un estreno, y que la infeliz temió asustada que pudiera ser un principio de tisis. Como proyectaba estar todo el invierno ausente, se llevó consigo la servidumbre, desde el *chauffeur* hasta la cocinera. Cebrián cerró la casa y se marchó a un hotel, dispuesto a sacar el mejor partido posible de esta concatenación de coincidencias, que le iba a permitir retrotraerse por una temporada a sus tiempos de hombre célibe, independiente y solo. Por primera vez en seis años lograba verse libre del grillete de la familia.

Y no es que Cebrián fuese un mal marido, ni muchísimo menos; al contrario: idolatraba a su mujer, adoraba a sus hijos y era entusiasta panegirista del hogar. Pero por mucho que sea el matrimonio el estado más perfecto del hombre, por dulces que sepan los encantos de la familia, también la vida de soltero tiene de cuando en cuando dulces atractivos. Por eso no quiso acompañar a su mujer, y con el pretexto de las múltiples ocupaciones que le retenían, se quedó en Madrid. Como don Francisco Silvela, sabía por experiencia y por instinto que Madrid es, sin familia y con dinero, mejor que Baden-Baden. La única sombra que hubiera podido empañar la alegría de esta separación—la enfermedad de su mujer—se habían encargado los médicos de desvanecerla asegurándole rotundamente que era pura aprensión. La dejó, pues, marchar, y él se quedó en la corte, decidido a gozar de la vida, ya que la vida se le mostraba propicia y generosa.

Bien es verdad que nunca se le ofreció de otra manera. Si algún hombre en el mundo tenía derecho a sentirse optimista, si alguien había que tuviera el deber de mostrarse agradecido a la fortuna, este hombre era, in-

dudablemente, Enrique Cebrián. Nadie como él había logrado resolver el problema más arduo de la vida: hacer factible el ideal de conseguir el beneficio máximo con el esfuerzo mínimo. En todo el tiempo que llevaba en la corte, ni un solo día dejó la suerte de favorecerle en sus andanzas. Diez y seis años de protección asidua. Diez y seis años hacía, efectivamente, justos y cabales, que una buena mañana de mayo llegó a Madrid en el correo de Andalucía, dispuesto a realizar dos anhelos que constituían su aspiración suprema: ganaru nas oposiciones a la carrera consular y casarse con una mujer rica.

Era entonces Enrique lo que se llama un muchacho formal, pulcro, correcto, atildado en el vestir, urbano en el trato, circunspecto en todo, muy escrupuloso en la elección de relaciones y amistades, de una moralidad intransigente y un concepto muy serio de la vida. Con estas cualidades admirables no cabe duda de que hubiera hecho un cónsul excelente y un marido modelo; pero la suerte, que velaba por él y le tenía reservado para más provechosos destinos, no quiso que su actividad se malograse en pretensiones tan modestas, y gracias a este influjo bienhechor que él, naturalmente, ignoraba, los jueces le suspendieron en las oposiciones, y no hubo una sola muchacha con dinero que se dignase hacerle cara. Humillado y dolido por estos dos fracasos, que, en su inexperiencia, llegó a considerar irreparables, el pobre chico vaciló entre volverse a su provincia y esperar allí pacientemente a que vacara la Contaduría de fondos provinciales, o seguir en Madrid haciendo frente a los embates de la adversidad. Después de grandes vacilaciones, se decidió a escoger lo último, más que por alientos de luchador, para no dar motivo a sus pai-

sanos de que se solazasen a su costa. Y como, entre unas y otras cosas, se le acabó el dinero, no tuvo más remedio, ante la dura realidad de las necesidades cotidianas, que aceptar un destino de escribiente en la Dirección de Obras públicas y entrar en un periódico de repórter político.

Entonces fué cuando se demostró de manera ostensible que todo aquello que en apariencia se creía adversidades del Destino, no eran, por el contrario, mas que sabias maquinaciones que la Fortuna iba tejiendo para encauzarle por el camino de la riqueza y de la gloria. Enrique Cebrián era un elegido. Él no lo sabía; pero lo era.

Una tarde que, por décima vez, se lamentaba de encontrarse a dos dedos de la inopia, un compañero de redacción le desconcertó con esta frase:

—¡Pero usted se queja porque quiere! ¡Usted tiene muchísima gracia! ¿Por qué no se dedica usted al teatro?

Teatro... Gracia... Cebrián se quedó pensativo. No era la primera vez que en sus oídos sonaban estas dos palabras conjuntamente unidas. ¿Sería verdad que él tenía gracia? ¿Sería esta gracia suya de la que sirve en el teatro para divertir a la gente, gracia cotizable, convertible en dinero? Y como el otro insinuara:

—¿Quiere usted que hagamos una cosita juntos?

Se encogió de hombros y contestó:

—Bueno.

—¿Tiene usted asunto?

—Yo, no. ¿Y usted?

—Tampoco; pero el asunto es lo de menos. Lo que hace falta es gracia, mucha gracia. El asunto ya daremos con él. En último caso, hacemos un sainete. El sainete no necesita asunto. Lo único que requiere son situaciones,

tipos, caracteres, vis cómica, chistes, muchos chistes...

—Bueno; pues vaya usted pensando.

Al otro día, cuando llegó a la redacción, su amigo le aguardaba impaciente:

—Ya tengo asunto.

—¿Ya?

—Sí, señor. Lo pensé anoche mismo. No es muy original, pero es gracioso. Verá usted: Un matrimonio, con una hija, tiene una taberna; el marido es muy buena persona, pero corto de genio, débil de carácter, excesivamente apocado. Le aterran los escándalos y le sobresaltan las trifulcas. Con tal de no tener un disgusto, es capaz de transigir con todo. La parroquia le ha conocido el flaco y abusa de él de un modo lamentable. La tienda es un desastre, y el negocio, una ruina. La tabernera, que, por contraste natural y lógico, es una mujer de pelo en pecho, bravía y muy bragada, está que trina con el modo de ser de su marido; se pasa el día vituperándole y proclamando a voz en grito que aquello no tendrá remedio hasta que se ponga al frente de la taberna un hombre de verdad. Este hombre existe: es un pretendiente de la hija, un chulo presuntuoso y fanfarrón, que tiene cohibido a todo el barrio con la fama de sus bravuconerías y que es precisamente quien concierta los escándalos que en la taberna se producen. La madre quiere a todo trance casar a la chica con este hombre, convencida de que el tal matrimonio es la única salvación de la casa; pero la chica se resiste porque está enamorada del medidor, un pobre chico tan bueno, tan infeliz y tan corto de genio como el padre; es decir, corto de genio al parecer, porque a última hora, cuando se ve acosado y se da cuenta de que le quieren quitar la novia, resulta que es un león, un torrente, un huracán, el

verdadero hombre que en la taberna estaba haciendo falta. El final de la obra, como usted ve, es de efecto indiscutible. No hay nada que le divierta más al público que esto de que un sujeto que ha estado actuando de infeliz concluya por pegar al que ha hecho de valiente. El aplauso es seguro. Bueno; en resumen, ¿qué le parece a usted?

—Hombre, no está mal; pero es un poco viejo. Encuentro el argumento un poquito manoseado. Que yo recuerde en este instante, hay seis o siete obras que tienen un asunto parecido.

—¿Seis o siete? ¡Lo menos cincuenta! Yo le podría a usted citar un sainetero, maestro de saineteros, que con este único asunto, mejor o peor zurcido, ha escrito él solo doce o catorce obras, y todas han gustado.

—Entonces...

—Entonces, querido, lo que esto demuestra es que el asunto tiene tanta gracia, que es inagotable. Además, usted no entiende de estas cosas. Hemos quedado en que el sainete no necesita asunto. El sainete no es más que una percha de la cual se van colgando situaciones graciosas, caracteres y chistes. Vamos a planear ahora mismo la obra, y mañana comenzaremos a escribirla.

A los ocho días, el primer cuadro estaba concluído. Cogieron las cuartillas y fueron a leérselas a un músico. El músico las encontró admirables. Hizo algunas observaciones que probaban que no se había enterado de lo que había oído, revolvió un montón de papeles que tenía apilados en un rincón, se acomodó ante el piano y les dijo:

—Voy a tocarles a ustedes un chotis que viene como anillo al dedo para este primer cuadro.

—Le advierto a usted — se atrevió a insinuar Enri-

que — que los cantares del primer cuadro ya están hechos.

—No importa; se substituye uno cualquiera. Precisamente este chotis tiene un monstruo muy fácil. Oigan ustedes, que es muy lindo.

Lo era, en efecto; a los dos libretistas les pareció muy bien.

—Precioso—dijo Enrique—. Estoy seguro de que esto gustaría.

—¡Hombre, claro está!—contestó el músico—. Sería la primera vez que no gustase. Esto ha gustado siempre.

Después se lamentó de que el medidor, protagonista de la obra, no fuese militar:

—Si le pudiesen ustedes hacer militar, aunque no fuese más que cabo instructor de un pelotón de torpes, yo tengo un pasodoble cómico, que se podría colocar al final del cuadro segundo, que es una maravilla. Lo voy a tocar.

—No se moleste usted—advirtió Cebrián—. No hay modo de que este hombre pueda instruir quintos.

—¿Por qué no?—interrumpió el otro colaborador—. ¿Qué inconveniente hay? Todo sería cosa de justificarlo, Si realmente el pasodoble está bien...

—El pasodoble es éxito seguro.

—En ese caso...

—Yo creo que vale la pena de que ustedes lo piensen.

—Bueno; lo pensaremos

Lo pensaron, y acoplaron el pasodoble. Para ello fué preciso modificar un poco el plan general del sainete, crear un personaje nuevo, inventar algunos episodios y dedicar al pasodoble todo un cuadro. ¡Pero qué gracioso salió el cuadro! ¡Qué cosas tan chuscas, tan insólitas, tan

arbitrarias y tan pintorescas hicieron decir los dos autores a aquellos pobres quintos! El público se desternillaba de risa la noche del estreno. Fué un éxito enorme. Lo mejor de la obra. Parecía que toda la obra estaba hecha exclusivamente para el cuadro.

Este triunfo, tan fácilmente conseguido, le valió a Cebrián algún dinero y algo que, en el terreno positivo, valía más que el dinero: la simpatía del público, la consideración de las Empresas y la envidia de casi todos sus coprofesionales. «¡Qué hombre tan gracioso!—decía admiradísima la gente—. Este hombre tiene una gracia loca.»

Empezaron a lloverle partituras y colaboraciones. Aceptó algunas, desdeñó otras; y unas veces solo, otras acompañado, se metió por los campos provechosos del arte teatral. Poco a poco se familiarizó con su fauna, y conoció ejemplares interesantísimos, sobre todo entre los que entonces se llamaban príncipes del trimestre. Los había verdaderamente curiosos. Había uno joven, alto, grueso, fuerte, excelente sujeto, bonísima persona, que era el prototipo del autor cómico español. No sabía escribir; era incapaz en absoluto de coordinar dos párrafos seguidos; pero tenía un ingenio asombroso. Trabajaba siempre en colaboración y casi siempre de un modo un poco raro. Se tumbaba en una *chaisse-longue*, boca abajo, con las manos en las orejas, y se quedaba inmóvil, silencioso. De pronto, cuando se le creía dormido, se ponía a dar saltos, a levantar las piernas, a hacer contorsiones y cabriolas y a apretarse los ijares entre ruidosas carcajadas:

—¡Ya tengo un chiste...! ¡Ya tengo un chiste!

—Venga—decían los colaboradores, suspendiendo el trabajo.

Pero él, entonces, cambiaba súbitamente de expresión.

—No sirve—murmuraba, poniéndose serio y cariacontecido—. Habría que sacar a escena una sala de disección.

—¡Hombre!

—Por eso digo que no sirve. Además, no tiene gracia. Voy a pensar otro.

Se tendía de nuevo en la *chaisse-longue* y se quedaba inmóvil, como si durmiese. Algunas veces se dormía de veras.

Otro de los autores que también le interesó bastante a Enrique fué un hombre ya viejo, muy curtido en la vida de escenarios, muy conocedor de los gustos del público, muy ducho en lo que podríamos llamar la mecánica del oficio, lo cual no era obstáculo para que fuese el hombre que en este mundo se llevó más gritas. Trabajaba asiduamente cinco horas diarias. Sus obras eran producto de la meditación más concienzuda y de la ejecución más minuciosa; las corregía, las pulía, las limaba, las cincelaba como pudiera cincelar un orfebre florentino una joya del Renacimiento. Tardaba en escribir un sainete de cuatro a cinco meses; alguno le llevó un año entero, y se dió el caso de que, ya en ensayos, lo retiró para modificarlo. Enrique tuvo un día el capricho de hacer un cálculo sobre la labor de este hombre. Suponiendo que los sainetes suyos tuvieran sesenta cuartillas, cada cuartilla veinticinco líneas y cada línea catorce palabras, como tardaba en hacerlos cinco meses, resultaba que producía veinticuatro palabras por hora. Componía en una hora veinticuatro palabras, y escribía *rango, pretencioso, desapercibido* y *andara*. Pero tenía mucha gracia también.

Había, en cambio, otro que no tenía gracia; pero era un gran autor. Conocía como ninguno los recursos escénicos, y preparaba los efectos con habilidad maravillosa. Tampoco sabía escribir. Ni le hacía falta. Él mismo lo confesaba paladinamente. «Eso de escribir—decía—es lo de menos. Lo importante en una obra es el asunto, el plan, la arquitectura, la distribución de las escenas, la preparación de los efectos. Esto es lo verdaderamente difícil. Una vez la obra planeada, se busca a uno de esos que dialogan.»

A Enrique le buscó muchas veces; pero a Enrique le era profundamente antipático este tipo que, sin poner jamás la pluma en las cuartillas, se atribuía siempre la exclusiva paternidad de la obra, si la obra gustaba, y si no gustaba, descargaba íntegra la responsabilidad sobre el colaborador. «¡Ya me temía yo que esto no pasaría! ¡Lo ha hecho usted tan mal! ¡Lástima de asunto!» Cebrián, cuyo genio era bastante vivo, no quiso nunca trabajar con él, temeroso de que un día tuviera que matarle. Y como los demás, quién más, cuál menos, también tenían sus inconvenientes, en cuanto se dió cuenta de que nada podían enseñarle, en cuanto la práctica le impuso un poco en la técnica material de la profesión, se desprendió de ayudas y colaboraciones, y se dió a producir por su cuenta y riesgo. Salió ganando, pues resultó que tenía mucha más gracia que todos ellos juntos. Lo reconoció, muy admirado de sí mismo.

—Es indudable—se dijo—que yo tengo muchísima gracia.

La tenía, es verdad; una gracia fresca, natural, muy suya, sin precedentes ni analogías; una gracia espontánea, que le fluía a raudales, que rebosaba por todos sus diálogos, como recala el agua de una vasija que rezuma;

un don especial para ver el aspecto ridículo y grotesco de las cosas, para convertir en caricatura la parte más trascendental y seria de la vida; una gracia tal vez un poco burda, quizá un tanto gruesa, pero siempre alegre, ingenua, inofensiva y sana. Ni él mismo se daba cuenta exacta del poder portentoso de su ingenio. Era en él tan sencilla la expresión, tan fácil la tarea; le suponía el trabajo un esfuerzo tan insignificante, que algunas veces dudaba, temeroso del mérito de su labor. «¿Será posible que esto tenga gracia?—se preguntaba confundido y perplejo—. ¿Será posible que esto haga reír al público?» Sí, era posible; tratándose de él, todo era posible. El público se lo aceptaba todo.

Llegó a ganar cantidades enormes. Hubo semana que acaparó el cartel de todos los teatros. Un día, no obstante, se concentró en sí mismo y meditó. Ya que tanto conocía las flaquezas de los demás, quiso conocer las propias. Descendió a los entresijos de su conciencia y analizó su obra prolífica y fecunda. ¿Qué significación ética, estética, filosófica y social tenía esta obra suya? ¿Qué relación ideológica había entre el esfuerzo y el producto, entre la labor y el entendimiento, entre esa fase externa, faceta de un carácter, y la característica verdadera, fundamental, de su modo de ser? ¿Por qué escribir así? ¿Por qué empeñarse en aparecer ante las gentes como un hombre gracioso, superficial y frívolo, cuando era precisamente todo lo contrario: serio, reflexivo, sentimental y austero? Él había empezado a escribir para el público, forzado por la necesidad, sin ilusión de ningún género, sin entusiasmo alguno, como se acepta un oficio vergonzoso, una ocupación denigrante que, sin embargo, es precisa para poder vivir; un medio transitorio, un peldaño para escalar otros puntos más decorosos

y más dignos; jamás como profesión definitiva. Nunca tuvo aficiones literarias. Por eso, indudablemente, llegó al oficio de escribir desnudo, sin preparación y sin bagaje, limpio de lecturas. Como su vocación iba por otros lados, por ellos se encaminaron su cultura y sus conocimientos. De Literatura, ni una palabra. Apenas si lo estrictamente indispensable para poder circular por el mundo sin hacer el ridículo. Sólo cuando empezó a ganar dinero y a adquirir renombre, cuando advirtió que la crítica y el público se ocupaban demasiado de él, cayó en la cuenta de que no podía decorosamente proseguir de este modo. Fué a ver a su editor.

—Mándeme usted a casa mil pesetas de libros.

—Muy bien. ¿Qué libros quiere usted?

—Literatura, Novela, Crítica, Teatro..., de todo. Con especialidad clásicos y extranjeros.

—Quizá suba la cuenta más de lo que usted dice.

—¡Lo que sea! ¡Qué le vamos a hacer!

Decidido a llevar el sacrificio hasta el límite de la heroicidad, se encerró por las tardes en su casa y distribuyó el tiempo entre el trabajo y el estudio. Como tenía muy despierto y muy vivo el don de hacerse cargo, y poseía, a falta de otras dotes, un instinto de asimilación maravilloso, en seguida se abrieron ante su entendimiento horizontes inexplorados. Sintió vergüenza de sí mismo, vergüenza de toda su labor antepasada, y para dignificarse, para rehabilitarse, decidió no volver en lo sucesivo a escribir más que en serio. Hizo una obra en serio, completamente en serio y, lo que pudiera parecer más extraño, muy estimable y muy discreta, dando a estas palabras su verdadera significación, no la convencional con que en la práctica la ha menospreciado el descrédito de los adjetivos. Los adjetivos son, de todo el lengua-

je, los vocablos que más se desgastan con el uso. La obra estaba bien, desde luego muchísimo mejor que todas las farsas cómicas que la precedieron. Suponía un avance de técnica, una aspiración de mejoramiento, un propósito honrado y un atisbo de intenciones emotivas y estéticas muy digno de apreciar. Pero el público no lo apreció. Al público no le gustó la obra. Desconcertado ante este nuevo aspecto de su autor favorito, se mostró con ella reservado y hostil, y si no llegó a rechazarla abiertamente, la acogió con ese desdén cortés y frío que a un autor de conciencia le duele más que el fracaso ruidoso. A pesar de ello, Enrique Cebrián no se desanimó. Fuese porque creyera que la culpa del mal éxito se debía exclusivamente a la flojedad de la obra, fuese porque su instinto de rebeldía y de protesta se sublevase contra la injusticia de la sanción pública, Enrique reincidió y volvió a reincidir con tres obras más. Las tres tuvieron el mismo resultado lastimoso.

Al terminar la temporada, sus ingresos habían sufrido un quebranto de treinta mil pesetas. La crítica le trataba despiadadamente, con una conmiseración ofensiva y molesta. Los más piadosos venían a decirle, entre eufemismos más o menos velados: «¿Pero por qué se mete usted en estas andanzas? Usted, a lo suyo..., ¡al sainete...!, ¡al sainete!» Los empresarios, antes tan solícitos, torcían ahora el gesto: «Enrique, cosas serias, no.» Y hasta los íntimos, los leales, los admiradores sinceros, los ingenuos espectadores de sus obras, cuantos se encontraban al margen de las miserias del oficio, le reconvenían dulcemente: «Pero, hombre, por Dios..., ¿por qué hace usted estas cosas? ¡Con la gracia tan grande que usted tiene! ¡Con lo que nos ha hecho usted reír...! Desengáñese usted, querido, al teatro se viene a reír, nada más que a

reír y pasar el rato agradablemente. Para pensar, para sufrir, para torturarse con cavilaciones, bastante hay con la vida. Demasiados quebraderos de cabeza tiene uno en su casa, para venir a buscarlos al teatro.» Se lo decían con toda sinceridad, y eran hombres serios quienes se lo decían: ingenieros, médicos, abogados, diputados a Cortes, generales de brigada, magistrados del Tribunal Supremo; personas todas ellas cultas, ilustradas, muy honorables y muy dignas.

Se detuvo un momento y meditó. Tenía treinta y siete años. Ganaba con sus obras de veinte a veinticinco mil duros anuales. Se había casado. Era padre de dos nenas preciosas. Vivía espléndidamente. ¿Debía renunciar a todo esto? ¿Valía la pena de sacrificar toda esta vida deliciosa y feliz a una simple cuestión de dignidad artística? Seguramente, no.

CAPÍTULO III

EL ACUMULADOR Y EL ALAMBIQUE

Un día se lo dijo a Paco Almansa, como remate de una conversación que tuvieron.

—No se moleste usted; es inútil. Ni usted ha de convencerme, ni yo pretendo convencerle a usted. En esta cuestión no lograremos entendernos nunca. Marchamos por caminos diferentes. Y es que somos diametralmente opuestos. Yo soy un acumulador y usted es un alambique.

Y como Almansa, sorprendido, pidiera aclaraciones, se las dió:

—Sí, señor: un acumulador. Yo no soy más que un acumulador de gracia. Yo recojo la gracia que hallo dispersa por el mundo, la conservo en depósito y la devuelvo concentrada cuando me conviene. Ni más, ni menos. El error de usted y de todos los críticos que se empeñan en juzgar mis obras estriba en partir del supuesto de que constituyen un género literario. Y no, señor: yo no hago Literatura: mis obras no son Literatura, no tienen nada que ver con la Literatura: son... otra cosa. Usted, en cambio, mi querido Almansa, es un hombre eminentemente literario. Usted no puede prescindir del lado literario de la vida. Para usted, todo es Literatura. El mundo es

como una inmensa biblioteca, en donde todos los actos de los hombres, sus vicios, sus sentimientos, sus virtudes, sus ideales, sus exaltaciones, están clasificados, ordenados y distribuídos en tablas y en estantes. No hay problema en la vida que no tenga para usted un antecedente libresco. Usted conoce la vida por los libros. Usted vive a expensas de las ideas de los demás. Para usted, el mundo no existiría si otros hombres anteriores a usted no se hubieran tomado la molestia de describirlo y analizarlo. Usted no puede aceptar un hecho si previamente no lo ha destilado en el alambique de su cultura. Por eso digo que no hay manera de que podamos entendernos. Yo hago comedias, como pudiera fabricar macarrones. Usted, si fabricara macarrones, estoy seguro de que, ante todo, se preocuparía de que tuvieran sabor literario.

Almansa no le contestó. Le sublevaba este cinismo descarado con que Cebrián, entre burlas y veras, defendía la prostitución abyecta de su arte. Le repugnaba que un hombre como él, bien educado, inteligente, honesto en todas las restantes manifestaciones de su vida, descendiera, en lo que debería de haber sido la expresión más alta de su entendimiento, a un nivel tan grosero y tan bajo. Llegando al límite de la condescendencia, le perdonaba incluso la claudicación, le disculpaba que pospusiera el Arte al torpe interés del egoísmo utilitario; lo que no podía perdonarle, para lo que no encontraba defensa ni disculpa, era para la desfachatez de alardear, encima, de ello; para la osadía desvergonzada de querer erigirlo en sistema. «No; eso, ya no—decía Paco Almansa, indignadísimo—. Para eso, no hay derecho.»

Su indignación en este punto era tan grande, que ni el mismo respeto a la amistad lograba contenerla. A

cada extremo arremetía contra él en diatribas acerbas, en tremendas filípicas, que le dejaban tundido y malparado. «¿Pero qué le he hecho yo a este hombre?—se interrogaba Enrique, entre enojado y condolido—. ¿Qué le he hecho yo para que me trate de este modo? ¿Por qué la ha de tomar conmigo exclusivamente?»

En esto, Cebrián no era justo. Almansa «no la había tomado» exclusivamente con él, sino con todos; con todos los que, como él, profanaban el Arte y hacían de la Literatura profesión lucrativa. Contra todos cerraba, y contra todos eran sus críticas igualmente duras, desabridas, ásperas. Blasonaba de una independencia salvaje y de una austeridad incorruptible. Por eso, a un tiempo se le temía y se le respetaba.

Tenía una cultura enorme, y era admirable su laboriosidad. Llevaba publicados más de treinta volúmenes, novelas, crítica, ensayos, recopilaciones de artículos. Tradujo algunas obras de Hauptmann y de Ibsen, y estrenó cuatro o cinco comedias originales, que a pesar de su transcendentalismo, no consiguieron interesar al público. Lo propio ocurrió con las novelas y los tomos de crítica y de ensayo. Todos estaban muy bien hechos, admirablemente hechos; pero ninguno pudo rebasar la primera edición.

Este desvio injustificado del público le tenía a Almansa a todas horas displicente y de mal humor. Era natural. Por superior que uno se juzgue, por alto que su espíritu se remonte a los espacios puros de la Idea y a las regiones líricas del Arte, la realidad tiene imperiosas exigencias, a las que es imposible substraerse. Hay que vivir. Para vivir hace falta dinero, y cuando el dinero no ha llegado por los cómodos cauces de una herencia o por la fija retribución de un sueldo, no hay más recurso

que adquirirlo a fuerza de trabajo. Y esta es la irritante desigualdad del mundo. Mientras unos, como Cebrián, con una labor ridícula y grotesca obtenían un rendimiento exorbitante, él, con toda la energía acumulada de su inteligencia y su cultura, apenas lograba lo indispensable para mal vivir. Esta notoria falta de equidad, esta absoluta incomprensión, esta incapacidad de la gente para discernir y, sobre todo, para otorgar debidamente a cada cual lo suyo, le sublevaba el ánimo. Y como no podía revolverse contra la sanción del fallo colectivo, su despecho y sus iras se desbordaban impetuosos sobre aquellos a quienes consideraba los únicos culpables.

—Es tremendo este hombre—decía una tarde Cebrián, comentando un artículo que acababa de aparecer en un periódico—. ¡Qué cosas escribe! Cada día está más agresivo y más violento.

—¡Pobrecillo!—le replicó Garcés—. A mí me da muchísima pena.

—¿Va usted a compadecerle todavía?

—¡Claro que sí! Le compadezco como a todos los fracasados.

—¿Cree usted que Almansa es un fracasado?

—Si no fuese un fracasado, ¿escribiría así?

—No pretenderá usted que todos los que escriben así son fracasados.

—Casi todos. El tipo del hombre fracasado, inadaptado al medio, es bastante más general de lo que usted imagina. El hecho no tiene nada de extraordinario. A una época romántica, de exaltación de los ideales, es natural que corresponda la sistemática glorificación del héroe, el personaje ideológico que todo lo arrolla y de todo triunfa por el poder irresistible de su talento y de

su voluntad. Por el contrario, en una época de decadencia, necesariamente tiene que surgir el fracasado, no sólo porque decadencia quiere ya decir por sí fracaso y pesimismo, sino porque a mayor complicación de la vida, a mayor refinamiento del espíritu, más dura es la divergencia de los efectos entre la realidad y la ilusión. Cuanto más complicado y más sutil sea el medio en que viva, más inadaptado se encontrará el artista en él, menos confianza tendrá en sí mismo y más en peligro se hallará de confesarse vencido y derrotado. He dicho el artista, y lo he dicho deliberadamente, porque en España, al menos, el fracasado, como tipo representativo, sólo existe y se mueve dentro del círculo reducidísimo del Arte. Fuera de él, es un ejemplar exótico. No hablemos ya de la política, en donde no se ha dado todavía el caso insólito de que fracase nadie; en todos los demás órdenes de la vida la sociedad tiene para el vencido una piadosa justificación que le consuele. El médico, el abogado, el bolsista, el hombre de negocios, nunca tendrán necesidad (si obraron de buena fe) de reprocharse ante los demás ni ante sí mismos de haber ido a un fracaso por sus propios yerros. Su actividad, su voluntad, su inteligencia o, por mejor decir, la ausencia de estas cualidades, nunca será directamente responsable; siempre se hallará a mano una causa exterior a quien echar la culpa; en último término, la tendrá la desgracia, la fatalidad, la *mala sombra*. Las gentes, compadecidas, tenderán sobre él un manto piadoso de perdón y de olvido. Por humillado que se sienta, siempre podrá repetir con la frente alta la frase consoladora de Francisco I. Pero esta sociedad tan compasiva, tan generosa y tan magnánima para todos los vencidos en la lucha prosaica de la vida, es, en cambio, implacable con los fracasa-

dos ideológicos. Fracasar artísticamente es un pecado capital, para el que no existe absolución ni esperanza redentora. El que fracasa en Arte, fracasa total, definitivamente. En cualquiera de los demás órdenes de la vida, un hombre puede, cuando se le antoje, cambiar de rumbo; un médico puede ser periodista; un abogado, almacenista de carbones; un agente de Bolsa, contratista de obras públicas; un boticario, empresario de toros. Nadie en el mundo osará censurarle por ello. Sea la que fuere la profesión que nuevamente elija, puede estar seguro de que seguirá mereciendo el respeto y la consideración de sus conciudadanos. El artista, no. El artista que se equivoca no tiene redención posible. Serán inútiles cuantos esfuerzos haga para confesarse arrepentido ni demostrar propósitos de enmienda. Ni siquiera le quedará el recurso de cambiar de oficio. Como en ciertas sectas misteriosas de juramentados, el que ingresa una vez en la cofradía del Arte ya no puede salir. Triunfador o vencido, ha definido su personalidad, y no hay manera ya de desdoblarla. Si triunfa, la gloria le acompañará a todas partes; si fracasa, dondequiera que vaya llevará colgado el sambenito para que las gentes le conozcan y le señalen con el dedo: «Ahí va un fracasado.» El fracasado, por su parte, rara vez se resigna. El consejo de Séneca: *Si vis tibi omnia subjicere te subjice rationi*, no se ha hecho para él. En cuanto se da cuenta de que empieza a merecer el desdén del público y el menosprecio de sus compañeros y coprofesionales, todo su afán estriba en pagarlos con la misma moneda. Si a pesar de todo tiene talento, se hace crítico; si no, se mete a libelista. La cuestión es encontrar un medio para destilar toda la bilis que le han hecho tragar. Lo peor es que, generalmente, la destilación es imperfecta y acaba

por estropearse el alambique. Empiezan las congojas, los desarreglos gástricos, la palidez en los músculos, el color cetrino de la piel. El individuo se deseca, se carcome, pierde la tonicidad, se le extravía la mirada y se le frunce el entrecejo. El fracaso suele terminar generalmente con una perturbación del aparato digestivo. Por eso, querido Cebrián, hay que ser compasivo con los fracasados y no tomar demasiado en cuenta sus desahogos vengativos. Polémicas, críticas, sátiras, exabruptos no son la mayoría de las veces más que productos agrios de malas digestiones.

CAPÍTULO IV

UNA CONVERSACIÓN DESAGRADABLE

El uno junto al otro, callados, sin mirarse, como si no se conocieran, iban los dos calle abajo camino del almuerzo. Al doblar la esquina de Peligros, Cebrián se detuvo para llamar a un individuo que venía por el arroyo en dirección contraria, y que inadvertida o deliberadamente iba a escurrirse por detrás del quiosco.

—¡Eh, Benítez..., Benítez!

Al oír que le llamaban, Benítez se detuvo también; volvió el rostro con un gesto expresivo de contrariedad y de mal humor; se acercó a Almansa y le estrechó la mano:

—¡Hola, Paco! ¿Cómo estás?

Luego le dijo a Enrique:

—Perdona, no te había visto.

—Yo, sí; por eso te llamé. Es la tercera vez que nos encontramos en la calle y la tercera vez que da la coincidencia de que al pasar a mi lado me niegas el saludo. Como a mí me molestan mucho las situaciones equívocas y falsas, deseo saber a qué obedece esto. ¿Por qué no quieres saludarme? ¿Es que tienes algún resentimiento conmigo? ¿Te he ofendido en algo?

—Tú sabrás.

—No lo sé. Si lo supiera no lo preguntaría. Precisamente por eso te he llamado, para que lo aclaremos.

—No hay nada que aclarar.

—¡No ha de haber! ¡Ya lo creo! Hay una situación equívoca y violenta que entre nosotros no puede subsistir; por mi parte, al menos, estoy dispuesto a que no subsista. De modo que esto lo vamos a zanjar ahora mismo; tú me vas a dar una explicación, o yo te las voy a dar a ti todo lo amplias que las necesites si, en efecto, me demuestras que soy yo quien falté.

—¡Ah! No te quepa la menor duda de que has sido tú.

—Pues cuenta de antemano con todas las satisfacciones que desees. Te las daré gustoso. Ya sabes que en este terreno no me duelen prendas. Mas para ello lo primero que necesito es conocer la causa. Vuelvo a repetirte: ¿qué motivos de resentimiento tienes de mí?

—¡Enrique!

—Habla.

—Demasiado te consta que te has portado mal conmigo.

—No.

—Sí, te has portado muy mal; de lo peor.

—No te exaltes. Oyeme con calma, que es el único modo de que dos personas puedan entenderse. La prueba de que no me he portado mal es que vengo lealmente a darte explicaciones.

—No te las he pedido.

—Por eso es más meritorio el que yo te las dé. Quiero demostrarte que no tienes razón.

—¡Hombre, es el colmo! ¡Conque encima te parece que no tengo razón!

—No, no la tienes. Escúchame un momento y te convencerás.

—Pero ¡qué me vas a decir! ¿Qué puedes decir que justifique tu proceder? Lo que has hecho conmigo no tiene más que un nombre: es una canallada.

—Ricardo...

—Una canallada. Eso no se hace con nadie. Tú sabías que yo quería a esa mujer.

—No lo sabía.

—No mientas.

—Yo no miento nunca. Y mucho menos cuando se puede sospechar que la mentira es un pretexto para rehuir una cuestión. Yo no rehuyo nunca cuestiones personales. Yo afronto siempre la responsabilidad de mis actos en todos los terrenos en que se me busque. Me conoces en este punto lo bastante para saber a qué atenerte. No me lleves, pues, por un camino que no quiero ir. Vuelvo a repetirte que no lo sabía.

—Pues debías saberlo, porque yo fuí quien te la presenté. Por mí la conociste.

—¿Dónde?

—Conmigo.

—Bien; pero ¿en dónde? Haz memoria: en un *music-hall,* a las dos de la madrugada y ante una mesa de bacarrá. Una amiguita mia, me dijiste. Esa fué toda la presentación.

—No iba a decir a voces que era mi amante.

—Es que tampoco lo hubiera creído. Cuando se tiene una amante y se la quiere de verdad, no se la lleva a esas horas a esos sitios, ni se la permite que ande tan suelta como tú la dejabas. Pero, en fin, no descendamos a detalles; no nos metamos en ciertos pormenores que, por ser demasiado vidriosos, sólo podrían servir para agriar más este asunto, ya bastante desagradable de por sí. Tú debes tener suficiente con la garantía que yo te

doy de que no conocía a esa mujer; de que ignoraba en absoluto la clase de relaciones que pudiera haber entre tú y ella.

—¡Pero cómo voy yo a aceptar esa garantía!

—Debes aceptarla porque yo te la doy.

—Pues no la acepto.

—¡Ah! ¡Si te pones en ese terreno...!

—Pero ¿en qué terreno quieres que me ponga? Desde el momento en que por mí la conociste, desde el instante en que esa mujer iba conmigo, para ti debía ser sagrada. Esto es elemental. Yo lo he hecho siempre. Lo hace todo el mundo. Así es como se procede en la vida. Y tú, ¿qué es lo que hiciste? Aprovechar la primera ocasión en que el azar te puso junto a ella para asediarla, para conquistarla, para arrebatármela, para suplantarme. ¿Te parece que eso está bien? ¿Crees tú que esa es manera de portarse con un amigo?

—Vuelvo a repetirte que no sabía nada. No me pasó por la imaginación ni la sospecha de que esa muchacha fuera cosa tuya. Te doy mi palabra de honor. No lo sabía. Y desde el momento en que no lo sabía, huelga todo eso de la canallada, y la traición, y la suplantación, y el arrebato. Aquí no hay más arrebato que el tuyo. Yo he procedido con absoluta lealtad, como procedo siempre. Si en este asunto hay algo molesto y desagradable para ti, culpa a las circunstancias y, sobre todo, cúlpala a ella. Ella ha sido, en definitiva, la causante de todo.

—No la disculpo. Ya sé que ha sido ella. Pero también has sido tú. Si tú no te hubieras interpuesto en nuestro camino, no habría pasado nada. Esa mujer, a pesar de todo, en el fondo es buena y me quería. No pongas ese gesto; me quería, me consta, estoy seguro.

Pero esa mujer tiene el defecto de ser un poco frívola y un poco vanidosa, como la inmensa generalidad de las mujeres; le gustan mucho los trapos y le encanta demasiado que se ocupen de ella. Conmigo llevaba una existencia obscurecida, modesta, sin relieve. Por mucho que yo la quisiera, no estoy en condiciones de poder sufragar ciertos gastos. Harto hacía con que no le faltase lo preciso. Pero viniste tú y la deslumbraste. Te presentaste, como siempre, en hombre rico, con alhajas, con automóvil, con la cartera llena de billetes, presumiendo de generoso, haciendo alarde de esplendidez y de magnanimidad. Además eres un hombre célebre, estás en auge, todo el mundo te admira, eres el autor favorito del público, te hallas en pleno ambiente de popularidad..., todo esto se cotiza, todo eso halaga mucho la vanidad de las mujeres...

—Pero aunque todo eso fuera cierto, yo no tengo la culpa.

—La tienes porque te has aprovechado, porque te has servido de todas esas ventajas para suplantarme. Si no fuera por ellas, ¡de qué, hombre, de qué me la hubieras quitado!

—Bueno; pues, en último término, ¿sabes lo que te digo? Que la culpa no es mía, ni siquiera de ella, sino tuya, exclusivamente tuya. Si tan poca confianza tenías en la virtud de esa mujer; si tan quebradiza estimabas su fidelidad y tan peligroso mi conocimiento, ¿por qué no te tomaste la molestia de prevenirte y prevenirme? Esas cosas se advierten. ¿Me advertiste a mí algo?

—¿Me diste tiempo para que te advirtiera? ¿Podía yo suponer que tratándose de ti, precisamente de ti, que tanto blasonas de ser amigo mío, ibas a aprovechar la

primera ocasión para jugarme una trastada? ¿Podía suponer yo eso de ti?

—Hacías bien en no suponerlo. Te repito por última vez que no he tenido intención de ofenderte, y donde no hay intención no puede haber agravio. Te he dado mi palabra de honor. Te la vuelvo a dar. ¿Qué más quieres? ¿Qué más puedo decir para satisfacerte? Lo siento, lo deploro. Y si a pesar de todas estas leales explicaciones insistes todavía en creer que he procedido mal, te pido perdón. ¿Puedo hacer más?

—Es un sistema muy cómodo. Se traiciona a un amigo, se le engaña, se le ofende en lo que más se estima, se le agravia en lo que más le duele, y luego, cuando la cosa ya no tiene remedio, se le pide perdón. ¡Muy cómodo!

—Pero no seas imbécil, para no decirte otra cosa. ¿Qué más puedo hacer que darte explicaciones? Te las doy lealmente, honradamente. ¿No las aceptas? Pues te vas a paseo. Demasiado hago yo con dártelas. ¡Hombre, pues no faltaba más! ¡Hasta aquí podrían llegar las cosas!

—Tú las has provocado.

—Pues estoy a tu disposición.

—Que...

—Que estoy a tu disposición. Vamos a zanjar esto como te dé la gana.

—Supongo que no pretenderás que nos peguemos como dos gañanes.

—Lo que quieras. Lo mismo me da.

Almansa, que desde el comienzo de la conversación se había ido poco a poco retirando discretamente cada vez más lejos, se creyó ahora en el caso de acercarse para intervenir.

—No sean ustedes tontos..., no se pongan así. Tengan

ustedes calma. No hay ninguna mujer en el mundo que valga la pena de que por ella riñan dos amigos. Ustedes son dos buenos amigos. Dense ustedes la mano, y aquí no ha pasado nada. Vamos, Cebrián, usted primero, que no se diga que es usted rencoroso.

—Pero no está usted viendo que este hombre es un imbécil.

—Tú lo que abusas es de tu superioridad y de tu fuerza.

—Si yo no tuviera en cuenta eso que tú llamas mi superioridad, ya te habría a estas horas partido el cráneo, ¡por idiota!

—¡Enrique!

—Por Dios, caballeros—insistió Almansa—, que estamos en medio de la calle llamando la atención... No demos un escándalo. ¡Ea! Esto se terminó. Vámonos, Cebrián.

Cebrián se encogió de hombros.

—Vamos donde usted quiera.

—Adiós, Benítez.

—Adiós, Almansa.

Algunos transeuntes que, atraídos por la disputa, se habían agrupado alrededor de los tres hombres, disgregáronse otra vez, y prosiguieron su camino. Benítez continuó el suyo calle arriba, sin volver la cara, y Almansa y Cebrián se encaminaron al Casino. Iban los dos cabizbajos y mustios. Al franquear la puerta, Almansa murmuró:

—¡Qué cosa más desagradable!

—Sí, muy molesta—contestó Cebrián.

Luego, ante el guardarropa, al dejar los sombreros, tornaron a decir:

—Verdaderamente ha sido muy desagradable.

—Muy desagradable.

Y ya no volvieron a hablar más del asunto.

CAPÍTULO V

EL ENGAÑO DE LAS APARIENCIAS

Sólo cuando acabaron de comer, satisfecha ya el hambre, confortado el estómago, tonificado el cuerpo, aclaradas las ideas y recobrado el buen humor tras los primeros sorbos de café y las primeras bocanadas de humo, Almansa se atrevió a insinuar:

—Bueno, querido Enrique; ahora que estamos solos, con entera franqueza y aquí para los dos: ¿realmente le ha soplado usted la dama a ese pobre Benítez?

Cebrián se echó a reír.

—Hombre, por lo visto, parece que sí. Parece que, en efecto, he cometido con él esa pequeña canallada. Ahora, que sin saberlo. Le aseguro a usted que ha sido sin intención.

Almansa torció la boca con un gesto pícaro, y se le quedó mirando maliciosamente.

—Conque sin intención, ¿eh?

—En absoluto—contestó Cebrián con tono grave y poniéndose serio—. Se lo aseguro a usted. Es más: en cuanto le refiera cómo ha sido, usted mismo se convencerá. Verá usted: hace catorce o quince días—acababa de marcharse mi mujer a Málaga—fuí una noche a cenar a Rosales. Siempre me ha fastidiado comer solo.

Era tarde, y, por tanto, muy difícil de encontrar en el centro de Madrid ningún amigo que me acompañase. En Rosales, pensé, si no encuentro ninguno, por lo menos estaré distraído. Como ve usted, el propósito no podía ser más inocente. Llegué a Rosales, di un paseo por el jardín, entré en el comedor, que estaba lleno, y, aunque parezca absurdo, no vi entre tanta gente ni una sola persona conocida. Tuve que cenar solo. Aburrido y sin saber qué hacer, se me ocurrió antes de marcharme dar una vuelta por la sala de juego. Yo no soy jugador; juego muy poco, pocas veces y pocas cantidades, sólo como recurso para matar el tiempo cuando no tengo a mano otro mejor. Aquella noche no se me dió mal; jugué con suerte, y cuando más distraído estaba, al volver la cabeza, me encontré con Benítez acompañado de una muchacha. Me la presentó como una amiguita; ella me felicitó por mi fortuna; me propuso una vaca de dos duros; ganamos quince o veinte; se los regalé todos; los convidé a una botella de champaña, y me marché. Ese fué todo el conocimiento. A los pocos días me topé con ella casualmente en la calle. Ante todo, ¿usted conoce a esa mujer?

—Sí.

—Me alegro, porque me ahorro descripciones. Habrá usted visto que tiene todo el aspecto de una cocotita.

—Completo.

—Teñida de rubio, muy pintada, muy maquillada, muy llamativa en el vestir, muy desenvuelta...: una *cocotte*. Este fué el concepto que saqué de ella la noche que la vi y la impresión que volvió a darme cuando de nuevo la encontré. Una pobre cocotita modesta, sin pretensiones y sin lujos; una de esas infinitas muchachas que andan revoloteando alrededor del vicio, y que por

falta de suerte o de aptitudes no logran destacarse. Por lo demás, muy linda, muy atrayente, muy simpática, muy a propósito para un rato agradable, ¿verdad? Eso fué lo que me pareció. Charlamos un poco; la propuse un paseo en automóvil; la convidé a cenar, y ella aceptó complacidísima. Durante la cena hablamos de Benítez. Me dijo que era un excelente muchacho, muy bueno, muy inteligente, que le estimaba mucho, que le estaba muy reconocida; pero todo en ese tono de frivolidad y de indiferencia con que esta clase de mujeres habla de sus amigos. Yo saqué la impresión de que Benítez era un amigo más, uno de tantos. Ni por un momento se me ocurrió pensar que entre los dos pudiera existir otro lazo de afecto.

—¡Qué bichos más malos son todas las mujeres!

—Hombre, todas, no.

—Bueno, la mayoría.

—Ni la mayoría.

—Esa, por lo menos, no me negará usted que es un mal bicho.

—¿Esa...?, puede que sí. Ahora, que entonces sólo me pareció una desdichada. Yo creí, como le he dicho a usted, que era sencillamente una de tantas infelices de esas que se ven obligadas a tener que alternar con unos y con otros mientras llega el tonto inevitable que les asegura la situación definitiva.

—¡Sí, sí..., infeliz! ¡Buena pécora está! ¡Si usted supiese...!

—¡Ah!, ¿sí? Dígame usted...

—Luego, cuando usted acabe. Ahora prosiga usted.

—Queda muy poco que contar. Supongo que habrá usted adivinado de qué modo terminó la aventura.

—¿Se marchó usted con ella?

—Sí; pasamos la noche juntos. A la mañana siguiente, cuando nos despedimos, me rogó que si veía a Ricardo no le dijese nada. Es un carácter muy susceptible, me advirtió, y podría ocurrir que le sentara mal. Después de todo, ¿qué necesidad hay de que se entere? Como, en efecto, Ricardo es, según todos sabemos, un hombre quisquilloso, de una susceptibilidad excesiva, encontré justificada la advertencia, y prometí conservar el secreto.

—¿No sospechó usted nada?

—Nada. Ya ve usted si iría de buena fe, si procedería con lealtad y con inocencia que no sospeché nada.

—Querido, es usted, y perdone que se lo diga, de una ingenuidad verdaderamente peligrosa.

—No, es que iba sin malicia. Cuando se procede sin mala intención cree uno siempre que los demás obran de la misma manera. ¿Qué motivos tenía yo para dudar de la conducta de aquella mujer? ¿Por qué razón iba a recelar de ella? Ese mismo detalle que usted, en antecedentes del asunto, encuentra tan sospechoso ahora de suplicarme que a Ricardo no le dijese nada, a mí me pareció un exceso de delicadeza femenina muy digno de estimar, un rasgo muy prudente de mujer discreta que quiere tener con sus amigos esa prueba de consideración.

—¡Caray!

—Sí, señor. Por torpe que sea una mujer, por mal que conozca a los hombres, sabe demasiado que al que más y al que menos nos molesta mucho cierto género de promiscuidades. Los españoles, en general, y más concretamente todavía los hombres de Madrid, somos, en esto de la mujer, un poco intransigentes, demasiado moros. Nos duele y nos repugna tener que compartir. Es cuestión de carácter, de educación y de costumbre. Recuerdo que la última vez que estuve en Barcelona me quedé es-

tupefacto cuando supe que una muchacha muy bonita, a quien me presentaron, era protegida de cuatro amigos, amante de los cuatro. Los cuatro la sostenían por igual, y los cuatro iban a verla durante la semana alternativamente en días fijos, claro es, para evitar encuentros y sorpresas. A veces ellos mismos se cedían los turnos. Me mostré, como era natural, muy sorprendido, y entonces me dijeron que esto en Barcelona era cosa corriente. Parece que, en efecto, son bastantes las entretenidas en estas condiciones. Pues bien: esto que en Barcelona es cosa corriente, en Madrid no lo toleraríamos.

—Claro que no.

—Bueno; ¿y por qué no?

—Hombre, porque tenemos otro concepto más digno del amor y de la mujer.

—Más digno..., no lo sé. Más hipócrita, más sentimental y más egoísta, puede que sí. En Madrid mantenemos el criterio de que en cuanto una mujer es amiga de un hombre, ya no puede serlo de ninguno otro de él. Nos tiene sin cuidado que lo sea de los demás. De los demás, no nos importa. Cerramos los ojos y nos hacemos la ilusión de que no lo sabemos. Pero de un amigo, no; tratándose de un amigo es un pecado de traición y de infidelidad que no les perdonamos ni a él ni a ella. Sobre todo, con ella la indignación se nos desborda. «¡Parece mentira que siendo amigo mío...!» Y la pobre mujer, toda confusa, tiene que balbucir: «Perdona, chico; no lo sabía. Yo te prometo que no voy más con él.» Con lo cual nos damos por suficientemente satisfechos. La cuestión es sostener la jerarquía de gallo dentro del corral. Por eso, como yo creí que éste era el caso, me pareció muy bien el proceder discreto de aquella muchacha, y lo juzgué un rasgo de delicadeza muy digno y muy loable.

Después de todo, ¿qué necesidad había de que Ricardo se enterara? Verdaderamente, ¿qué necesidad había? No olvide usted que aquella mujer, para mí, no era otra cosa que una profesional, y que yo no podia ver en la aventura más que un capricho fácil y pasajero. Comprenderá usted que no iba en plan de conquistador ni de tenorio. No era precisamente una conquista.

—De todos modos, querido Cebrián, convenga usted conmigo en que es un poco extraño que esa chica no le dejase a usted traslucir nada. Por mucha confianza que tuviera en su discreción, debía comprender que desde el momento en que era usted amigo de Ricardo se hacía muy difícil sostener el equívoco, y que, al fin, tanto uno como otro tendría que enterarse. No me explico cómo esa mujer no le advirtió a usted nada.

—Sí, me lo advirtió; pero lo advirtió tarde, cuando ya el mal estaba hecho. Fué en la segunda entrevista que tuvimos: tres días después. En esos tres dias yo había pensado mucho en ella. A mí ella me gustaba, ¿por qué voy a negárselo a usted?; me gustaba, la encontraba bonita, graciosa, cariñosa, simpática y hasta, ¡sarcasmo cruel de las apariencias engañosas!, muy leal y muy buena. Quizá estas dos últimas cualidades fueron las que más me interesaron. Ya sabe usted que yo, en el fondo, soy un sentimental. Estaba momentáneamente viudo; mi mujer se había marchado a Málaga con el propósito decidido de permanecer todo el invierno allí. Me hacía falta una aventurilla para entretenerme, una mujercita fácil y barata, sin pretensiones y sin exigencias, que no me perturbara demasiado la vida ni fuese peligrosa para el bolsillo ni para el corazón. Me pareció que esa reunía las condiciones apetecibles, y decidí tantear el asunto en la primera cita que tuviésemos. No hubo ocasión porque,

antes de que pudiera insinuarle nada, ella misma me lo confesó todo.

—¿Qué le dijo a usted?

—Pues... todo; que estaba en relaciones con Ricardo, que llevaba un año con él...

—Más.

—Ella me dijo un año. Luego, ya en el declive de las confidencias, me confesó que no podía menos de reconocer que él era un buen chico, que había dado pruebas de quererla mucho, pero que a pesar de ello, y por esfuerzos que hacía, no lograba congeniar con él porque era un carácter imposible, déspota, dominante, atrabiliario y seco, completamente opuesto al de ella. Se lamentó de que por el motivo más insignificante le promovía disgustos horrorosos, que la tenía a todas horas cohibida y dominada, y, lo que era peor, en una situación tan precaria y tan angustiosa de dinero, que muchas veces, para evitar las consecuencias desagradables de tener que pedírselo, hallaba preferible buscarlo por su cuenta y sin que él se enterara.

—¡Qué miserable!

—En una palabra: me insinuó que estaba harta de él y deseando que se le presentara ocasión para desligarse definitivamente. En fin, me dió a entender que si tres días antes accedió de manera tan fácil a mis solicitudes, fué porque tuvo el presentimiento de que yo podía ser el...

—¿El sustituto?

—Eso es.

—Muy bonito. Y usted, ¿qué?

—¡Hombre, ya se lo puede usted figurar! Yo le dije: «Nenita, siento mucho todo lo que ha ocurrido; pero conste que tú, y únicamente tú, has tenido la culpa. Si

esto que acabas de referirme ahora me lo hubieras contado el primer día, ten la seguridad de que entre tú y yo no habría pasado nada. Ni yo engaño a un amigo, ni te habría consentido que le engañaras tú. ¡En qué situación tan difícil y tan violenta nos hemos colocado! ¿Qué le diríamos a ese pobre hombre si ese pobre hombre se enterara de nuestra mala acción?» Ella, entonces, bajó la cabeza, se puso toda encarnada, y, muy confusa, me confesó que, en efecto, todo eso era verdad; que también ella lo había pensado a solas, y reconocía que estaba muy mal hecho; tan mal hecho, que aquella misma tarde anduvo vacilando entre venir y no venir, y por fin se determinó a ello, decidida a contármelo todo en la certeza de que yo la escucharía y la comprendería. Me hizo una escena sentimental, se echó a llorar, y entre lágrimas y suspiros me repitió que no quería a Ricardo, que era desgraciadísima con él, que había sufrido mucho y que estaba dispuesta, sobre todo después de haberme conocido, a separarse para siempre de él, fuese como fuese y sucediera lo que sucediera.

—Y usted, entonces, naturalmente, se ablandó.

—No me ablandé. Yo le dije que podía hacer lo que quisiera, pero que no contara conmigo. «Ya que lo sucedido no tiene reparación posible, al menos, la rogué, procura olvidarlo, como desde este momento lo he olvidado yo.» Ella debió comprender que mi actitud era irrevocable; se resignó, y así, nos separamos.

—¿Y no ha vuelto usted a verla?

—No.

—¿Y cómo se ha enterado Ricardo?

—No lo sé.

—Se lo habrá dicho ella.

—No lo creo.

—Es verdad; no es probabe. Pero entonces...

—Yo sospecho, como las dos noches cenamos juntos sin recatarnos de nadie, que alguien nos vió y le fué con el cuento.

—Es posible.

—Sí, porque de otra manera... Pero, en fin, eso es lo de menos. Lo importante, querido Almansa, es que usted se haga cargo de que yo no he procedido mal. Y conste que la chica me gustaba. Y conste que casi me atrevería a decir que le sobraba razón. Ricardo es un carácter imposible, intolerable, huraño, pesimista. ¡No sé cómo esa chica le ha podido aguantar! Además, no tiene dinero. Yo le he visto siempre muy escaso de fondos. Y cuando no se tiene dinero no se pueden exigir gollerías. La vida está muy cara; las mujeres gastan mucho, y estas cosas, o se hacen bien, o no se hacen. ¿No le parece a usted?

—¡Psss...! ¡Qué sé yo! No se puede juzgar por apariencias. Cierto que a primera vista no es el carácter de Ricardo el más a propósito para cautivar el corazón de una mujer coqueta y frívola como esa desdichada; sin embargo, yo creo que, a pesar de toda esa rudeza, de esa cáscara exterior áspera y dura, Ricardo lleva dentro una buena persona. En cuanto al dinero, está usted equivocado. No anda tan mal como usted supone. Ricardo gana de mil a mil quinientas pesetas mensuales.

—¿Tanto?

—Y algunos meses, más. Trabaja mucho.

—Pues, hijo, le luce bien poco. Yo siempre le veo a la cuarta pregunta.

—Porque esa mujer es insaciable. Tiene las manos rotas. No hay dinero en el mundo bastante para ella. No digo yo lo que gana Ricardo; la fortuna de Urquijo sería insuficiente.

—Pero ¿en qué lo echa? Porque, vamos, en ella no se ve. No es mujer de refinamientos exquisitos. Vestir viste medianamente, lo mismo por fuera que por dentro, y a juzgar por lo que me ha contado, en todo lo demás es igual: vive sencilla, muy modestamente, en una casa de veinticinco duros...

—Yo creo que se lo juega.

—¿Usted cree?

—Yo creo que sí.

—Entonces, no diga usted más. Está todo explicado. Con un vicio como ese no hay dinero que baste.

—Por eso anda él siempre de cabeza, aperreado y sin un céntimo. Todo ese mal genio que le atribuímos, todo ese carácter esquinado, ese constante mal humor, que tanto le perjudica para andar por el mundo, no es más que falta de dinero, excitación, irritabilidad, tensión nerviosa que le causa el martirio de tener que resolver a todas horas el tremendo problema de las necesidades apremiantes. ¡Y todo por culpa de esa mala hembra!

—¿Ve usted lo que son las cosas? Todavía va a resultar que le he hecho un gran favor. Si ese hombre tuviera sentido común, vendría a darme las gracias.

—Si tuviera sentido común, sí. Lo malo es que, tratándose de esa mujer, no lo tiene ni lo ha tenido nunca. Está obcecado, ciego; no ve más que por ella. Llevan juntos cerca de dos años.

—¡Ah! ¿Sí?

—Lo menos. La conoció de modelo en el estudio de no sé quién, y se quedó con ella. Realmente, ella tiene una figurita muy mona y muy elegante, que se presta mucho para esos dibujos estilizados y sutiles que él compone tan bien.

—Hombre, es verdad; ahora que usted lo dice caigo en ello. Es verdad.

—De modelo se convirtió en amante, y ya de amante le dominó de tal manera, que el pobre no volvió a tener voluntad propia. Yo que los conozco y los trato a los dos, sabía que estos amores acabarían mal. Siempre temí que, más tarde o más temprano, al fin pasaría esto.

—Yo lo que siento es que haya pasado precisamente conmigo. Esto es lo lamentable para mí: que las circunstancias se hayan confabulado de tal modo, que me hayan cogido a mí entremedias. Yo quiero mucho a Benítez; a pesar de todos sus defectos, le estimo muy sinceramente como artista y como persona, y me conduele perder su amistad por una cuestión en la que no he tenido la culpa. La verdad, me fastidia mucho. Para un hombre como yo, que tiene por norma proceder siempre rectamente en la vida, es muy enojoso verse en entredicho y acusado por las apariencias. Convenga usted conmigo, Almansa, en que esta situación es muy desagradable.

—¡Qué me va usted a decir! Soy yo, que me hallo por completo al margen del asunto, y, sin embargo, me violenta.

—Usted ha visto que yo le quise dar todo género de explicaciones y él las rechazó.

—Es natural... Estaba dolido...; hay que hacerse cargo; él supone que usted...

—Pues esto es lo molesto.

—Sí, verdaderamente. En fin, yo lo voy a arreglar.

—¿Usted?

—Sí; voy a hablar con Benítez. Estoy para ello en circunstancias más favorables que usted. Puedo hacerlo

con más serenidad. Soy amigo suyo, tengo con él gran confianza, y no puede dudar de mi interés. Creo que conseguiré convencerle.

—Se lo agradeceré a usted con toda el alma.

—Por mi parte esté seguro de que haré lo que pueda.

—¿Cuándo le verá usted?

—Mañana mismo.

—¿Y me contará usted el resultado?

—Por teléfono.

—Es usted un hombre admirable.

—No; es que quiero deshacer la violencia de esta situación.

—De todos modos, es usted un hombre admirable.

Se levantó de la silla, se acercó a Almansa, y le dió un fuerte abrazo. Luego sacó el reloj y consultó la hora.

—¡Caramba! Las cuatro menos cinco. ¡Qué de prisa ha pasado el tiempo! ¿Quiere usted venir?

—¿Adónde?

—A la Comedia. Voy a leer una obra. Tengo citada a la Compañía a las cuatro. ¡Ea! ¡Venga usted!

—No, muchas gracias. Yo no acostumbro a oír lecturas de obras a traición, y menos después de almorzar, y mucho menos de usted.

Cebrián se echó a reír, le cogió del brazo, y juntos salieron a la calle. En la acera, antes de despedirse, le volvió a decir:

—¡Ea! ¡No sea usted niño! ¡Venga usted! Ya sabe que me interesa su opinión.

—No, no, muchas gracias; me sentaría mal el almuerzo. El hecho de invitarme a almorzar no le autoriza a usted a exponerme a una indigestión. Ya tendré la desgracia de arrostrarla la noche que se estrene la obra.

Entretanto, déjeme usted vivir tranquilo. Ya sabe usted que como hombre le adoro, pero como autor le desprecio.

—Adiós..., ¡crítico!

—Adiós..., ¡currinche!

CAPÍTULO VI

CUESTIÓN RESUELTA

Paco Almansa cumplió su ofrecimiento. Si no al día siguiente, porque al día siguiente tuvo mucho que hacer, en cuanto se le presentó ocasión favorable cogió por su cuenta a Ricardo Benítez, y resueltamente, sin circunloquios ni rodeos, le planteó el asunto con aquella franqueza descarnada y cruda con que solía abordar los temas más difíciles, y que tan temible hacían su condición de crítico. Fraternal y enérgico, a un mismo tiempo cariñoso y duro, le hizo ver de manera palpable cómo de todo lo ocurrido tenían exclusivamente la culpa ella, por liviana, coqueta y manirrota, y él, por cándido, torpe y desconocedor de la vida.

—Siempre te dije que con esa mujer ibas muy mal, que no te convenía por ningún concepto. No me has hecho caso, y ha sucedido lo que necesariamente tenía que suceder. No te lamentes más que de ti mismo, de tu obcecación y de tu terquedad.

Benítez oía sin responder. Con la cabeza baja, sombrío y cejijunto, se limitaba a roerse una uña, dar tremendas chupadas al cigarro y devolver el humo con resoplidos tan furiosos que parecían bufidos. Sólo cuando Almansa tocó el punto concreto de la intervención

de Cebrián, alzó la diestra con ademán trágico, y protestó iracundo:

—No me hables de él. ¡Es un canalla!

Le costó gran trabajo calmarle. Ricardo no se avenía a razones. No quería que le dijesen nada que se relacionase con Enrique. Almansa tuvo que imponerse a fuerza de pulmones y energía.

—Me escucharás, porque me he propuesto que me escuches. Luego harás lo que quieras, pero antes me has de oir. No te tolero que te pongas en burro. Comprenderás que en esta cuestión yo ni salgo ni entro: me tiene sin cuidado que os matéis; pero deseo evitar que sigas por más tiempo en ridículo; quiero demostrarte que estás lamentablemente ofuscado.

Y dominada ya la situación con este arranque de sinceridad y de energía, fué bajando poco a poco la voz, hasta acomodarla al diapasón reposado y sereno de la charla amistosa. Ya en este tono, le refirió punto por punto la conversación que días antes tuviera con Enrique en el Casino, exagerando incluso un poco las protestas de inocencia y arrepentimiento de Cebrián y recargando con violentos matices todo lo que pudiera contribuir a poner de relieve la liviandad de la conducta de ella. Ricardo, más tranquilo, le escuchaba sin interrumpirle, mordiéndose, como siempre, las uñas, ladeando la cabeza y cambiando de color cada vez que un detalle demasiado crudo le hacía vibrar de ira, de indignación o de vergüenza.

—Bueno—exclamó por fin—; ¿y por qué todo eso no me lo dijo él?

—¡Si te lo quiso decir y tú no le escuchaste! Recuerda en qué actitud tan desconsiderada te pusiste.

—La actitud desconsiderada fué la suya; él fué quien

vino en tono de matón y de valiente, burlándose de mí y perdonándome la vida. Si me dejo avasallar me pega.

—No exageres, Ricardo, que estaba yo presente y sé lo que pasó. Él venía decidido a darte todo género de satisfacciones. Fuiste tú quien no quiso aceptarlas, y quien encima le infirió el agravio de dudar de su caballerosidad y decírselo en su cara.

—Hombre, es que yo creía...

—Fuera lo que fuera, ya ves cómo has sido tú el que procedió mal. Pero, en fin, este aspecto de la cuestión está ya liquidado. Enrique se da cuenta de las circunstancias; se hace perfectamente cargo de que aquella tarde te encontrabas excitado y nervioso, por el natural desconocimiento del asunto, y una vez que está aclarado todo, desea venir a verte para ampliarte estas explicaciones y pedirte de nuevo perdón por el daño que involuntariamente te ha podido causar.

—No vendrá.

—Vendrá. Y cuando venga, yo creo (es una opinión y un consejo leal de buen amigo), yo creo que debes anticiparte y tenderle la mano. Quedamos en ello, ¿no es así?

Benítez hizo un gesto de contrariedad.

—No, no; es muy violento—dijo.

—¿Por qué? Lo violento es la situación en que ahora estáis. Esa sí que es violenta. Piensa en lo que puede suceder el día en que os encontréis en medio de la calle.

—Yo, con no saludarle si él no me saluda...

—Es mucho mejor la explicación leal.

—Si yo aceptara esa explicación, todo el mundo supondría que había transigido por miedo.

—No seas ridículo.

Discutieron muy largamente. Ricardo no cedía. Al-

mansa tuvo que echar mano de todos los recursos de su habilidad persuasiva para convencerle de que lo más prudente, lo más digno y lo más decoroso era afrontar la situación y aceptar mutuas explicaciones. Por fin convinieron una fórmula de concordia: no habría encuentro premeditado, nada de explicaciones; el día que casualmente se vieran, se darían la mano como si se hubieran despedido la víspera. Ni uno ni otro harían jamás alusión al asunto, que quedaba definitivamente solventado.

De acuerdo en este extremo, que era el más importante, cambiaron de conversación, y se pusieron a charlar de otras cosas. Ricardo enseñó a su amigo unos dibujos nuevos que acababa de hacer, unos estudios muy interesantes de composición y colorido, que, sin perder la factura elegante y primorosa que constituía su nota distintiva, acusaban en él una tendencia nueva, un ansia muy plausible de renovación hacia las amplitudes luminosas y decorativas. Le habló de sus propósitos artísticos, del deseo de trasladarse a un estudio más amplio, de metodizar un poco su producción desordenada, alternando el cultivo de la Pintura seria con este otro arte mercantilista y de juguete, que, si bien subvenía a sus necesidades perentorias, jamás lograba sacarle de apuros, y al fin acabaría por amanerarle.

—No tengo más remedio—concluyó—que emanciparme de esta labor utilitaria.

Paco Almansa asentía:

—Me parece muy bien. Es una lástima que un hombre como tú tenga que vivir supeditado a esta especialidad frívola y pueril de anuncios de jabones y portadas de revistas ñoñas. Hasta ahora te salva tu talento y tus excepcionales condiciones de artista. No cabe duda de que hoy por hoy eres el primer dibujante de España. No

hay nadie que haga estas cosas con la exquisitez, la gracia y la finura con que las haces tú. Es innegable que tienes para ello un don especial; pero, como dices muy bien, acabarás por desacreditarte. No hay nada que fatigue más al público que el amaneramiento y la monotonía.

—Sí, sí, es verdad; ya ves cómo yo mismo te lo he dicho: no tengo más remedio que independizarme y trabajar honradamente. Sólo el trabajo honrado, hecho a conciencia y con buena intención, logra darnos provecho y gloria. Pero no me puedo emancipar de pronto; no puedo prescindir en absoluto de esta labor, que constituye mi modo de vivir, que es como un sueldo fijo que garantiza el presupuesto cotidiano. Estoy dentro de un círculo vicioso: para tener dinero necesito dinero.

Almansa le aconsejó paternalmente, le hizo ver cómo en la mayoría de los casos el desequilibrio financiero de los artistas, más que de la cuantía de los ingresos, depende del exceso abusivo de las necesidades.

—Tú limita—le dijo—tus necesidades; atempera tu vida a tus recursos; ten un poco de método y de orden, y verás cómo con la mitad de lo que ganas aún te sobra dinero para empezar a conseguir eso que tú llamas *independizarte.*

Ricardo bajó la cabeza abatido, y a su vez le demostró lo difícil que era en el terreno de la práctica que esta aspiración se realizase. Estaba sujeto a todas las Empresas para las cuales trabajaba con contratos irrescindibles, atado por préstamos y anticipos, algunos de los cuales se elevaban a la labor de un año.

—Pero ¿en qué gastas el dinero?

Benítez se encogió de hombros. Entonces Almansa se indignó; cerró contra él furioso, le increpó malamente

con todo género de calificativos denigrantes, y, por último, cruzándose de brazos:

—Bueno, pues ya ves lo que ha sucedido, a qué punto has llegado de envilecimiento y de miseria, y todo por enquillotrarte de esa *golfa* de modo tan imbécil. La lección ha sido dura, pero confío en que, al menos, te será provechosa. Supongo que no volverás a mirarla a la cara.

Benítez protestó:

—No, no; de ninguna manera. Puedes estar seguro.

Y como Almansa plegase los labios con un gesto de duda, recalcó:

—Puedes estar seguro, te lo garantizo. Es más: te voy a ser sincero. Si el otro día, antes de la conversación que tuve con Enrique, hubiera venido arrepentida y humillada a pedirme perdón, es posible que todavía la hubiese perdonado. Pero de entonces acá han pasado tres días; en estos tres días he meditado mucho, he reflexionado muy en frío, y he comprendido, absolutamente dueño de mí, que esa mujer no me conviene. Tendría que olvidar la ofensa que me ha hecho; llegaría incluso a transigir con ella, y aun así, son tales los demás inconvenientes, que necesitaría estar loco para hacer las paces y volver a empezar. ¡De ninguna manera! Ya que he tenido la fortuna de desprenderme de sus garras malditas, no he de ser tan imbécil que me deje sujetar otra vez. Ahora que ha caído la venda de mis ojos es cuando empiezo a darme cuenta exacta de lo funesta que ha sido esa mujer para mi vida. No sólo me ha agotado metálicamente, sino que estoy seguro de que hubiera concluído por agotarme también físicamente y hasta artísticamente. Físicamente casi lo estaba ya. Mírame tú, que me has conocido hace años, y dime si apenas soy cari-

catura de mí mismo. Y esto por fuera, por lo que está a la vista, que lo que no se ve aún es más doloroso. Yo no sé si será la falta de dinero, la preocupación constante de tener que resolver el problema del día, las deudas, los disgustos, el mismo exceso de trabajo a que naturalmente tenía que someterme para satisfacer sus exigencias..., todo esto me tenía en una tensión de nervios y de espíritu que me dejaba destrozado, aniquilado para todo. Perdí el estómago, el apetito, el sueño, y había veces que sentía la cabeza completamente trastornada. Estoy seguro de que hubiera acabado en neurasténico. Y artísticamente me agotaba también, no sólo por la cantidad de producción, que de por sí ya era excesiva, sino incluso por la calidad. Yo trabajo siempre del natural: apenas sé pintar de memoria; pero como no tenía más modelo que ella, me había concretado, me había encariñado con ella de tal modo, me la sabía tan perfectamente, que, aun queriendo substraerme a su influjo, caía siempre en él. La pintaba ya con los ojos cerrados, sin mirarla, sin pensar en ella, con la imaginación sabe Dios dónde, en un ejercicio de la mano autónomo, absolutamente mecánico. Esto no podía ser, no debía ser, y no será. Por suerte mía, me he podido salvar de la catástrofe, y soy libre otra vez. Voy a vivir, voy a pintar, como yo quiera, como yo siento que ha de ser mi pintura, no esas porquerías que hasta ahora he tenido que hacer.

Estaba excitadísimo, nervioso; se le trababan las palabras, le brillaban febriles las pupilas; tenía hundidos los ojos, los labios secos, y dos rosetas cárdenas le amorataban las mejillas.

—¡Y todo por el juego, por el maldito juego! Esa mujer no era mala cuando la conocí. Me ha querido mucho. ¡Quién sabe si a pesar de todo todavía me quiere! Sin el

juego esa mujer no me habría engañado nunca. No ha sido un hombre el que me la ha quitado, sino el juego. Por eso me engañó. ¡Cuántas veces no me habrá engañado! Si últimamente me traicionó con un amigo, sabiendo que era amigo y que podía enterarme, ¡qué no habrá hecho teniendo la garantía de que yo no llegara a saberlo!

Se le saltaron las lágrimas. Almansa, conmovido, le cogió del brazo.

—No pienses más en ello. Vamos a dar una vuelta, a distraernos un poco. Anda, vámonos.

Ricardo bajó la frente, y como un niño se dejó conducir.

Al otro día se presentó en la tertulia del café. Se dirigió directamente a Cebrián, que se hallaba sentado en primer término, y le tendió la mano.

—Buenos días, Enrique. ¿Cómo estás?

—Muy bien. ¿Y tú, Ricardo?

Se acomodó a su lado y le ofreció un pitillo. Parecía, efectivamente, que se hubieran separado la víspera.

CAPÍTULO VII

UNA BARBARIDAD

Algunos días después, al cruzar Benítez la calle de Sevilla, oyó que le llamaban, y vió en la portezuela de un *auto* de alquiler una mano que le hacía señas para que se acercase. Tras la mano apareció en la ventanilla la cara simpática y risueña del doctor Feliciano Manrique, uno de los médicos concurrentes a la tertulia.

—¡Caramba! ¡Cuánto me alegro encontrarle! Ahora mismo precisamente iba al *continental* a ponerle dos letras para rogarle que viniese a verme. Tengo necesidad de hablar con usted.

—Querido doctor, yo estoy siempre a sus órdenes. Usted me dirá en qué puedo servirle.

—Gracias; pero no se trata de ningún servicio. Es sencillamente una noticia que le tengo que dar.

—¿A mí?

—Sí, señor.

—Bueno. ¿Cuándo quiere usted que nos veamos?

—Venga usted al Sanatorio mañana a mediodía. Yo empiezo la consulta a las diez y termino a las doce. A esa hora estaré completamente libre, porque mañana no tengo operación. ¿Es buena esa hora para usted?

—Sí, muy buena: hace unos días que he comenzado

a adquirir la costumbre de levantarme pronto. Pero dígame usted: sin perjuicio de que yo tenga mañana mucho gusto en verle, ¿no puede usted anticiparme qué noticia es ésa?

Manrique vaciló.

—¡Psss...! ¿Tiene usted algo que hacer en este instante?

—Absolutamente nada.

—Pues venga usted conmigo. Voy a unas cuantas visitas, pero todas muy breves, casi de cortesía; el materialismo de subir y bajar. Usted me acompaña, charlamos en los trayectos, si queda tiempo tomamos un vermut y, si no, le dejo en donde usted me diga. ¿Hace?

—Muy bien.

Subió Ricardo al coche, dió Manrique unas señas al *chauffeur,* enfiló el auto la Carrera de San Jerónimo, encendieron ellos unos cigarrillos, y al cabo de un gran rato de silencio el médico se determinó a hablar:

—Bueno; pues lo que tenía que decirle es que anteayer por la mañana se presentó en el Sanatorio una muchacha amiguita de usted.

Benítez se puso pálido; el corazón le palpitó violentamente, y las manos se le crisparon con tal fuerza, que casi deshizo entre los dedos el cigarrillo que fumaba. Sin embargo, consiguió dominarse; echó el cuerpo hacia atrás hasta hundirle en el respaldo del asiento para que el doctor no le viese la cara, y contestó muy bajo:

—¿Amiga mía...? No sé quién pueda ser.

—Sí, hombre: Amparito, su modelo de usted. No se haga usted de nuevas.

Y como Benítez, azorado, no supiese qué responder, agregó afectuoso y confidencialmente:

—Me lo ha contado todo. Sé que están ustedes enfa-

dados; sospecho, aunque ella no ha querido entrar en pormenores, que tiene usted razón; pero, a pesar de todo, es preciso que haga usted un esfuerzo y vaya a verla.

Benítez movió la cabeza negativamente. El médico insistió:

—Es preciso. Es preciso..., porque está muy grave.

Benítez balbució desconcertado:

—¿Muy grave?

—Sí.

Hubo otro silencio largo y embarazoso. El automóvil se deslizaba rápido sobre el plano suave de la plaza de Oriente; dobló la curva, y ante la fachada majestuosa de Palacio tuvo que detenerse para dar paso a unos camiones de Artillería que escalaban la cuesta de Bailén con infernal estruendo. Durante unos minutos se produjo una tremenda confusión de vehículos: coches de alquiler que iban a la estación, ómnibus de hoteles cargados de baúles, dos tranvías que arribaron en dirección contraria. Trepidaban los camiones, rugían los motores desembragados de los *autos*, y los timbres de los tranvías tintineaban estrepitosos pidiendo vía libre. Manrique asomó medio cuerpo por la ventanilla para ver qué pasaba.

—Es un encanto este Madrid cuando se tiene prisa.

Mas como en aquel instante el automóvil reanudara la marcha, se volvió a sentar.

—Vaya, del mal el menos: la interrupción ha sido corta.

Benítez no contestó. Sepultado en el rincón del coche, había cerrado los ojos, aturdido por el estrépito de la confusión callejera y la confusión, más grande todavía, de sus pensamientos. Cuando la vía quedó libre de obs-

táculos, volvió a correr el automóvil y se atemperó el ruido, abrió otra vez los párpados, y en voz baja, muy baja:

—¿Qué es lo que tiene?—preguntó.

—Una peritonitis.

—¿Y eso es grave?

—Muy grave.

—Pero, ¿grave..., grave hasta el punto de que pueda morirse?

—Sí.

Volvió a callar. Con un ademán rápido y nervioso levantó el ala del sombrero y se pasó la mano por la frente, perlada de sudor. Su abatimiento era tan grande, que Manrique se compadeció de él.

—Hombre, al decirle a usted que puede morirse, no quiero decir que necesariamente tenga que morirse. Se puede salvar. Yo no he perdido la esperanza. Casos más desesperados que éste han salido adelante.

—Pero, ¿usted reconoce que es un caso desesperado?

—Desesperado..., desesperado..., precisamente desesperado, no. Está grave: eso es todo. Puede morir; lo más probable es que se muera; pero, vamos, en este momento no hay peligro inminente. La noche última no la ha pasado mal. Esta mañana, dentro de su estado, parece que se encontraba un poquito mejor. Ahora, cuando termine las visitas, iré a verla, es decir, *iremos a verla.*

Ricardo le interrumpió con un ademán denegatorio, decisivo y enérgico:

—¡Yo no voy!

—¡Cómo que no!

—No. Perdóneme usted, amigo Manrique, que por primera vez no le obedezca. Lo comprendo todo; me hago

cargo de su buena intención; se la agradezco a usted muchísimo; le agradezco igualmente con toda mi alma lo que hace por salvar a esa pobre mujer. Pero no voy a verla: no puedo, ni me encuentro con ánimos. Piense usted de mí lo que quiera, pero me es imposible. Sería una escena muy violenta y muy desagradable. Tendría que perdonarla, y no la puedo perdonar. Usted no sabe el daño que me ha hecho esa mujer.

—Por grandes que sean sus motivos de resentimiento, usted no tiene en estas circunstancias más remedio que olvidarlo todo. Esa pobre mujer...

El *auto* se detuvo ante el portal de una casa. Manrique abrió la portezuela y se apeó.

—Perdone usted; vuelvo en seguida. Subir y bajar: son dos minutos.

Ricardo le vió cruzar rápidamente la alfombra del portal y perderse tras la cancela repujada del ascensor, que el portero, solícito, fué a abrir. Encendió otro cigarro, y asomó la cabeza por la ventanilla para saber en dónde estaba. Le pareció que en la calle de Martín de los Heros, aunque no hubiera podido asegurarlo. De todos los barrios de Madrid, este de Argüelles era el que menos conocía. Además, no se fijó por dónde vino, desviada la atención en el tumulto de sus pensamientos.

¿Estaría Amparo tan grave como Manrique aseguraba? ¿No habría en las noticias que el médico acababa de darle un poco de exageración, algo de hipérbole, piadosamente urdidas para mejor preparar el terreno, vencer su descontada resistencia y obligarle a acudir? ¡Era una cosa tan rara esta gravedad, así, de pronto! Amparo fué siempre una muchacha fuerte, robusta, sana. En los dos años que habían estado juntos no la oyó quejarse nunca ni de un dolor de cabeza. ¿Qué enfermedad podía

ser ésta, sobrevenida tan súbitamente? ¡Una peritonitis...! Él sabía que la peritonitis es una inflamación del peritoneo, y el peritoneo una membrana que rodea la parte inferior del vientre; pero no sabía más. ¿A qué podía obedecer esa peritonitis? ¿Qué causas la habían motivado?

Sacóle de sus meditaciones Manrique, que volvía.

—No he tardado, ¿verdad? He despachado pronto. Es una enfermita muy guapa, que está ya completamente bien. Mañana la doy de alta, y no la he dado hoy porque la última visita tengo siempre la costumbre de prolongarla un poco; más que visita de médico, es cariñosa despedida de amigo; ellas me lo agradecen mucho, y yo paso un rato agradable. Ahora vamos ahí cerquita, a la vuelta.

Se dirigió al mecánico:

—Al paseo de Rosales; ya sabe: donde ayer. Bien—prosiguió en cuanto el automóvil reanudó la marcha—; le decía a usted, si no recuerdo mal, querido Benítez, que, por grandes que sean los motivos de resentimiento y de disgusto que tenga con esa infeliz, en estos momentos no puede usted abandonarla. Sería un acto de inhumanidad, y usted es generoso, noble y bueno. Esa mujer está sola, no tiene a nadie; se encuentra abandonada en la cama de un sanatorio; se va a morir, y quiere verle a usted. Yo he prometido llevarle. ¿Con qué cara voy a decirle a esa mujer que no quiere usted ir?

—¿Ha sido ella la que le ha pedido que viniera a buscarme?

—No, he sido yo quien se lo ha propuesto. Ella no se atrevía. Reconoce que se ha portado con usted mal, y le da vergüenza verle de nuevo cara a cara. Pero yo le he asegurado que usted la perdonará.

—¡Doctor!

—La perdonará usted. ¿Qué trabajo le cuesta a usted perdonarla, si se va a morir?

—Pero dígame usted: esa peritonitis, ¿a qué obedece? ¿Esto qué puede ser?

—Esto ha sido una barbaridad.

—¿Una barbaridad?

—Sí, una barbaridad. Una de esas barbaridades que hacen las mujeres.

Benítez alzó los ojos y se le quedó mirando con la estupidez de un hombre que no ha entendido bien lo que le han dicho. En este preciso instante el automóvil volvió a detenerse enfrente de otra casa. El médico se apeó.

—Un momento; soy con usted inmediatamente.

Y como Ricardo, con la mano fuera de la ventanilla, clamara suplicante: «¡Manrique..., Manrique!», volvió la cara antes de pisar el dintel de la puerta y le contuvo con un gesto:

—Vuelvo en seguida; subir y bajar: cinco minutos.

Lo mismo que en la calle de Martín de los Heros, Ricardo le vió cruzar el portal de la casa, una casa soberbia, suntuosa, y desaparecer tras la cancela en la caja del ascensor, que en seguida comenzó a subir. El *chauffeur* paró el motor del *auto,* descendió del pescante, avanzó lentamente hacia el portal frotándose las manos, y se puso a charlar con el portero. En el otro lado, por el rectángulo de la ventanilla, se veían los declives jugosos del parque del Oeste, el humo negro de las máquinas de la estación del Norte, y en el fondo, bajo el incendio del crepúsculo vespertino, la alameda umbría de la Casa de Campo. El espectáculo del paisaje le distrajo un momento. Hasta mudó de sitio para verlo mejor; pero de pronto, cuando más distraído se encontraba,

un estremecimiento nervioso le sacudió desde los pies hasta la nuca. Las frases de Manrique, poco antes tan confusas, se le aparecieron ahora con un sentido perfectamente claro. Fué como una luz vivísima que de pronto le iluminase la conciencia. Todo lo comprendió. La barbaridad a que Manrique aludía no podía ser más que una: Amparo se había querido matar. Abandonada, sola, sin recursos, arrepentida de su proceder, desesperada, había buscado en el suicidio el término de sus males y el castigo de sus culpas. La pobrecilla se había envenenado. Sintió que una piedad muy grande se le metía corazón adentro, y pensó con horror en los sufrimientos espantosos que la infeliz padecería. Todo, todo lo comprendió: la gravedad, el peligro de muerte, la situación moral, los requerimientos de Manrique, sus excitaciones apremiantes para que fuese a verla. ¡Pobre mujer...! Mas ¿qué veneno era éste, que obraba con tan horrible lentitud y al propio tiempo tan eficaz y tan seguro que la ciencia no encontraba remedios para contrarrestarlo? Miró al portal y consultó el reloj. Seguramente habían pasado más de diez minutos y Manrique no bajaba. Encendió otro cigarro, y otra vez intentó distraerse en la contemplación del paisaje, sobre todo de una nube estrecha y larga, de color de púrpura, con los bordes dorados, tan dorados, de una luminosidad incandescente tan intensa y tan viva, que a su alrededor todo parecía gris; al cabo de un rato miró al reloj de nuevo: quince minutos. Y todavía pasaron otros cinco. Y cinco más. Por fin dió un suspiro de satisfacción, al ver que Manrique aparecía en la escalera y avanzaba hacia él.

—Le he hecho a usted esperar mucho, ¿verdad? Perdóneme usted; no he tenido la culpa: me han entreteni-

do. Y lo peor es que me lo temía. Es una muchacha encantadora que dió a luz la otra noche; se encuentra bien, ¡y tiene unas ganas de conversación! Es primeriza. Toda la familia se halla pendiente de ella para halagarla y consentirla, y ella está con un mimo que no puede tenerse. Creí que no me soltaba. Bueno—agregó con el pie en el estribo y la mano en la portezuela—, ¿qué ha decidido usted?

Benítez se puso colorado, bajó los ojos muy confuso, y balbució tímidamente:

—Iré con usted.

—Muy bien. Eso está muy bien. Pues en este caso, como las dos visitas que me restan no son urgentes y las puedo aplazar hasta mañana, si usted quiere podemos ir directamente al Sanatorio.

Se volvió hacia el *chauffeur:*

—¡Al Sanatorio!

Y se metió en el coche.

—No sabe usted cuánto me alegro que se haya usted decidido. ¡Me da una pena esa pobre mujer! ¡Es tan simpática, tan buena, tan cariñosa, tan humilde...! ¡Lleva su situación con una conformidad tan resignada! Y le quiere a usted mucho. Mucho. Se lo aseguro yo, que no tengo por qué mentirle y que en estas cosas no suelo equivocarme. Conozco bastante a las mujeres para saber a qué atenerme en cada caso. Las mujeres rara vez nos engañan a los médicos, y mucho menos cuando se dan cuenta del estado en que están. Y ésta se lo da. Cree que se muere. Cuando un enfermo llega a esta convicción, no finge, créame usted.

—Bueno; pero esto, ¿qué ha sido?

—Pues nada, hijo; una cosa muy lamentable. La otra mañana, anteayer, cuando acababa de pasar la consulta

y me disponía a marcharme para charlar un rato con ustedes, se me presentó una mujer con la cara desencajada y descompuesta, pidiéndome por Dios que admitiéramos en seguida en el Sanatorio a una amiguita suya que traía en un coche y que estaba muy grave. A las preguntas que le hice me contó, por encima y de mala manera, lo que ella sospechaba que podía ser. Pasó la enferma, la reconocí, me di cuenta en el acto de que, desgraciadamente, todo era verdad; dispuse que preparasen una habitación, y la metimos en la cama.

—Ella, entonces, le contó a usted...

—No me contó nada. Ni ella estaba para contar nada, ni yo para preguntárselo. Venía muy grave. Todavía no me explico ni cómo pudo llegar. Sólo el valor heroico que tienen las mujeres. Le hice unos lavados, le apliqué una bolsa con hielo y se quedó un poco más tranquila. Sin embargo, la noche la pasó muy mal, con muchos vómitos, muchos dolores, el vientre muy timpanizado, el pulso muy frecuente... En fin, muy mal. En todo el día de ayer la gravedad no decayó un momento, y sólo esta mañana parece que comenzó a iniciarse una pequeña, una levísima mejoría. Aunque todos los síntomas siguen inquietantes, sobre todo el pulso (llega a tener ciento veinte y hasta ciento treinta pulsaciones), ella se encontraba esta mañana más animada y más contenta. Sostuvimos un rato largo de conversación; me contó quién era: me habló de usted; se emocionó mucho cuando le dije que era usted amigo mío; se echó a llorar, y entonces fué cuando yo concebí el propósito de buscarle para ponerle en antecedentes de lo que ocurría.

—¿Qué le dijo de mí?

—Me habló con gran elogio; me dijo que usted la quería mucho, que era usted muy bueno, que se había

portado siempre muy bien con ella; pero que, a última hora, en un arrebato de celos...

—¿No le contó a usted por qué fueron los... celos?

—No, no. Aunque, en la forma que se explicó, comprendí desde luego que no tenía la conciencia muy limpia, ni ella entró en detalles, ni yo, como comprenderá usted, iba a ahondar en ellos.

Benítez respiró.

—Lo que sí puedo asegurarle es que, sea lo que fuere, está completamente arrepentida.

—¿Y qué explicación da a lo que ha hecho?

—¡Psss...! Pues la explicación que dan siempre a estas cosas todas las mujeres... Un momento de arrebato; un mal pensamiento; la creencia vulgar y equivocada de que no tienen importancia, de que se pueden intentar sin peligro...; consejos imprudentes, incitaciones peligrosas... Le habían hablado de una mujer que se dedicaba a esto, que lo hacía muy bien, muy práctica, muy hábil; se puso en sus manos y... lo que suele ocurrir la mayoría de las veces: una torpeza, una impericia, una barbaridad, una pobre mujer medio asesinada, y luego el médico que lo arregle... si puede. Lo de siempre. Ni es la primera, ni será la última.

Benítez le oía anonadado. Algo muy íntimo y muy suyo se desmoronaba dentro de él para siempre. Quiso hablar, y la voz se le ahogó en la garganta. Quiso salir del coche, escapar calle arriba, y no tuvo fuerzas para moverse del asiento. Ya que no tenía fuerzas, quiso quedarse allí. Y entonces, el automóvil se detuvo ante la verja de una tapia. Manrique se apeó y le obligó a descender. Luego le cogió del brazo y se le llevó jardín adentro. Él se dejó llevar como un autómata. Subieron unas escaleras, llegaron a una galería y se detuvieron

ante la puerta cerrada de una habitación. Manrique le dijo:

—Aguarde usted un momento. Voy a prepararla. Conviene evitar la primera impresión de la sorpresa. En cuanto le llame, entre usted. ¡Ah!, pero con esa cara, no. Nada de escenas sentimentales ni rostros compungidos. Tiene usted que alegrarse y hacer de tripas corazón. Para estas cosas hay que ser muy hombre.

CAPÍTULO VIII

CONSECUENCIAS DE UNA BARBARIDAD

Era una habitación bastante grande, con dos camas de hierro, muy chicas, pintadas de esmalte blanco y cubiertas con colchas de granadina, también blancas. Tenían la cabecera pegada a la pared y las separaba una mesa de noche. En el testero de enfrente había, en un rincón, un palanganero de haya, con una jofaina enorme; en el otro, un armario de luna, y en medio, una mesita volante y dos butacas enfundadas en dril. Sobre el mármol de la mesa de noche, varios frascos, un *verre d'eau* de cristal, una escupidera de porcelana, un plato con trocitos de hielo y, en el suelo, una botella de *champagne* puesta a helar en un cubo. Cuando Ricardo entró, Amparito, acostada en la cama de la derecha, levemente incorporada sobre el blanco sostén de unas cuantas almohadas y almohadones, charlaba con el doctor Manrique. Manrique le tenía cogida una muñeca, y con la otra mano le alisaba unos ricillos que se escapaban, revoltosos, de los encajes de la gorra. Sentado en el borde de la cama de enfrente, con las piernas colgando, y entre los dedos, a la altura de los ojos, un termómetro clínico, estaba un muchacho como de veinte años, barbilampiño y coloradote, vestido con una larga blusa

blanca. Al ver a Benítez, se puso en pie de un salto. Manrique los presentó:

—El señor Laguardia, nuestro interno de ídem. Un poco atropellado, pero muy buen chico. Don Ricardo Benítez, pintor ilustre, autor de esos dibujos maravillosos que tanto le entusiasman a usted.

—¡Ah! ¿Usted es...? ¡Cuánto celebro! Soy, efectivamente, un entusiasta admirador de usted y de sus obras. ¡Qué cosas tan bonitas hace usted! ¡Qué mujeres tan lindas!

—*Ecce fémina*—interrumpió Manrique, señalando con la mano a Amparito—. He aquí el modelo.

—¡Ah! ¿Sí?

—Sí, señor: esta es la modelo. Una modelo que ha hecho una tontería, y la tenemos presa en esta cama, pagándolas todas juntas.

Amparo suspiró:

—¡Ay! ¡Ya lo creo que las estoy pagando!

—Justo castigo a su perversidad. Pero pase usted, Benítez, no se quede usted ahí.

Benítez, un poquito azorado, se despojó del gabán y del sombrero, los dejó caer en una butaca y, lentamente, avanzó hasta la cabecera del lecho de Amparito.

—¿Cómo te encuentras?

—Algo mejor; pero he estado muy mala. Ya el doctor te lo habrá dicho. Todos creyeron, el día que llegué, que me moría. Y aun no sé si lo siguen creyendo.

—No, señora: no creemos nada—interrumpió Manrique.

—Está usted mucho mejor—aseguró Laguardia.

—Sí, sí... Eso dicen ustedes; pero yo me encuentro lo mismo.

—¡Claro...! ¡Naturalmente...! Como que estas cosas son muy largas. ¿Cómo andamos de sed?

—No se me quita. Cada vez tengo más. Si me diera usted un cachitín de hielo.

—Le voy a dar una cosa mucho mejor que el hielo: un poco de *champagne*. ¿Eh? ¿Qué tal? Hay que ver cómo curamos en esta casa a los enfermos..., ¡con *champagne!*

—Prefiero el hielo.

—¿No le gusta a usted el *champagne?*

—No me quita la sed.

—¿Y el hielo, sí?

—Por lo menos, me refresca la boca y me entretiene.

—Bueno, pues hielo; lo que usted quiera. Ahí va.

Cogió un trocito con la punta de los dedos y se lo puso a Amparito entre los dientes.

—Gracias, doctor.

El doctor dió media vuelta, se dirigió al palanganero y se lavó las manos. Benítez, impaciente, se acercó a él con el pretexto de darle una toalla, y cuando estuvo a su lado le preguntó muy quedo:

—¿Cómo la encuentra usted?

—Mal—contestó Manrique sin mirarle—; el pulso va aumentando en frecuencia y perdiendo en intensidad. Cuando ahora la pulsé, tenía ciento treinta y seis. ¡Un horror!

—¿Y no se puede intentar nada?

—Mañana por la mañana hablaremos de eso.

Secóse las manos con la toalla que Ricardo le ofrecía, y agregó en alta voz.

—Bueno, Amparito, hasta mañana.

—¿Se va usted ya, doctor?

—Sí, hijita, me voy; pero aquí se queda Laguardia..., permanente, para todo lo que a usted se le ocurra. Es un

poco atropellado, pero muy buen chico. Puede usted tener en él completa confianza. Vaya, adiós.

Y como Benítez hiciese ademán de acompañarle hasta la puerta, le detuvo con un gesto:

—No se moleste usted; hasta mañana.

Ricardo cogió una silla y se acomodó al lado de Amparito. Laguardia volvió a sentarse en el borde de la cama de enfrente.

—¿Qué hace aquí esta cama?

—Nada. Es que el día que trajeron a Amparo no había disponible más habitación que ésta, y como el caso era urgente, la metimos aquí, a reserva de trasladarla a otro cuarto más chico, si quedaba vacante.

—¿Está entonces el Sanatorio lleno?

—Completamente.

—¿Y no podría yo utilizar esta cama?

—Supongo que sí. Hable usted con el administrador.

—¿Dónde está el administrador?

—Abajo, en el piso primero. El portero se lo indicará. Y si usted quiere, yo le acompañaré.

—Sería mejor, si a usted no le molesta. Me atendería más. ¿Quiere usted que vayamos?

—Con mucho gusto; pero le advierto que no hay prisa. Hasta las ocho de la noche...

—¡Ah! Entonces...

Amparito, que tenía los ojos clavados en el techo, volvió la cara para fijarlos en Benítez.

—¿Te vas a quedar aquí?

—Sí, hijita mía.

La muchacha no contestó; pero su manita pálida buscó la de Ricardo, se la oprimió con dulzura, hizo un puchero y sus pupilas se llenaron de lágrimas. Él, conmo-

vido, cogió la mano y la llenó de besos. El interno se puso en pie:

—Bueno; yo, con el permiso de ustedes, voy un momento a dar una inyección y poner una sonda. Cuando usted quiera que bajemos a ver a ese hombre, no tiene más que enviarme un recado con la enfermera.

—Si no tiene usted inconveniente, podemos ir ahora.

—Lo que a usted le parezca.

—Amparito, aguárdame un momento; vuelvo en seguida.

Cuando volvió, lo había arreglado todo, no sólo la cuestión de la cama, sino incluso la más importante, de la alimentación.

—Me dan de comer aquí, ¿sabes? No tendré que salir absolutamente para nada.

—¡Qué bueno eres!—balbució ella, conmovida—. ¡Qué bueno has sido siempre, y qué mal me he portado contigo!

Él la tranquilizó:

—No hablemos de eso. Ya tendremos tiempo de hablar de todo, cuando te pongas buena. Ahora, a cuidarte y a ponerte bien. No te ocupes de más.

Le acarició las mejillas con unos golpecitos cariñosos, y en seguida, para evitar que ella advirtiese la emoción que le dominaba, dió media vuelta y se alejó unos pasos:

—Estás bien instalada. Es bonita esta habitación. Me gusta.

Quitó la silla que había colocado a la cabecera del lecho, colocó en su lugar una de las butacas, se dejó caer en ella y apoyó la cabeza en el respaldo. Así estuvieron largo rato, sin decidirse a hablar ninguno de los dos. Al fin, fué Amparito la que rompió el silencio: que por algo el silencio y la mujer son incompatibles.

—Tengo mucha sed. Si me dieras otro poco de hielo...

—¿No te hará daño?

—No, no; me han dicho que puedo tomar todo el que quiera.

Casi todo el hielo del platito se había licuado; apenas si quedaban flotando dos trozos muy pequeños. Benítez cogió uno, y como antes hiciera el doctor, se lo puso a Amparito entre los labios. El otro se lo tomó él. La intensa y brusca sensación de frío en la boca, ardorosa y y reseca, le causó una impresión muy agradable. Tocó el timbre, para pedir que trajeran más. Entró una muchacha rubia, toda vestida de blanco.

—¿Han llamado ustedes?

—Sí; haga el favor de traer otro poco de hielo.

—Muy bien. Y de paso, puesto que el señor va a dormir aquí, iré haciendo la cama.

—Bueno.

Marchóse la enfermera, y volvió a entrar a los pocos minutos con el platito lleno otra vez de hielo y unas sábanas limpias. Mientras preparaba la cama, Ricardo se acercó inconscientemente al armario de luna. Al verse en el espejo, se asustó de su palidez y de la expresión desencajada de su rostro. Tenía los ojos más hundidos que nunca; los pómulos lívidos y salientes, y dos manchas cárdenas le ennegrecían las ojeras. Sacó un cigarrillo y lo encendió; pero en seguida, al darse cuenta de que el humo podía molestar a Amparito, salió a la galería.

Cuando volvió a entrar, Amparo acababa de sufrir un vómito. Medio incorporada en el lecho, con el codo en la almohada y la cara en el hombro de la enfermera, respiraba jadeante y fatigadísima. Tenía las pupilas turbias, y un sudor copiosísimo le inundaba la frente.

—¿Qué es eso, nena? ¿Qué te ocurre?

—Nada; no es nada: un pequeño vómito. Ya pasó. Pero me dejan quebrantadísima.

—Yo creí que se te habían quitado.

—¡Quia! Hoy he tenido menos; pero no se me quitan... Me destrozan, me rinden... Dadme un pañuelo y un poco de agua que me enjuague la boca.

La enfermera le sirvió una copa de *champagne,* que ella bebió a pequeños sorbos, saboreándolo. Luego pidió que le arreglasen las almohadas; dejó caer la cabeza, cerró los ojos y se quedó como dormida.

—Estoy muy mala, Ricardito; muy mala. Tú no sabes lo mala que yo estoy.

Él, conmovido, no supo qué decir.

A las ocho le trajeron la cena. Después vino Laguardia, y los tres estuvieron charlando hasta muy cerca de las once. Al quedarse otra vez solos, ella le aconsejó que se acostase, y como él no quisiera, insistió:

—Anda, no seas niño, acuéstate. La noche es muy larga y estarás cansado. Si te necesito, ya te llamaré. Además, que no hará falta. Tengo el timbre al alcance de la mano, y en cuanto toco vienen las enfermeras.

—Bueno, me acostaré vestido.

—No, no; desnúdate.

Al cabo, transigió y se metió en la cama. La noche se le hizo interminable, y eso que fué relativamente tranquila. Sólo tres veces tuvo que levantarse para socorrer a Amparito, acometida de otros tantos vómitos. Muy tarde, de madrugada ya, el cansancio pudo más que él, y se quedó traspuesto. Se levantó a las ocho. Cuando entró Laguardia le encontró ya aseado y vestido. Poco después llegó Manrique, jovial y campechano como siempre.

—¡Qué temprano viene usted hoy!—le dijo Amparo—. ¿Cómo así?

—Tengo operación a las diez y media; será larga, y quiero antes terminar la visita corriente. Empiezo por usted. Conste que le doy a usted trato de nación más favorecida. ¡Qué! ¿Cómo nos encontramos? ¿Cómo se ha pasado la noche?

Siempre en este tono superficial y frívolo, examinó el gráfico que pendía de la cabecera de la cama, reconoció a la enferma, hizo algunas preguntas y, antes de salir, disimuladamente, con un guiño expresivo, indicó a Ricardo que le siguiera. Ya en la galería, le dijo:

—Esto va mal. No hay síntoma ninguno de mejoramiento; continúan los vómitos, el pulso no se normaliza, y el vientre está cada vez más timpanizado. Vamos a hacer una pequeña operación.—Y como Benítez se pusiera pálido, agregó cariñosamente: —No se asuste usted; no tiene importancia: es una operación sencillísima. Se trata únicamente de ver si logramos desaguar los exudados de la peritonitis. Esté usted tranquilo.

—Yo lo estoy; lo malo es ella.

—No tenga usted miedo: Amparo es una mujer muy valiente. Usted no la diga nada, que yo la prepararé. Verá usted cómo no pone resistencia ninguna.

En efecto: no la puso. Cuando, a la una y media de la tarde, volvió Manrique a entrar en el cuarto, con el pretexto de despedirse, planteó la cuestión tan hábilmente, que, antes de que acabara de exponerla, Amparito le salió al encuentro:

—Me va usted a operar, ¿verdad? Sí, sí..., lo que usted quiera. Cuanto antes, mejor. A ver si salimos de una vez de esto. Todo es preferible a sufrir de este modo.

—Es que, además—recalcó Manrique—, la operación,

como ya le he dicho a Ricardo, no tiene importancia. Ni siquiera la voy a usted a cloroformizar. La anestesiaremos con éter solo.

—Sí, sí. ¡Como si no supiera yo lo que me va usted a hacer!

—¿Qué la voy a usted a hacer?

—Me va usted a abrir el vientre.

—Pues no, señora: está usted equivocada. Soy yo muy listo, para tener necesidad de recurrir a esos extremos. Me voy a contentar con darle a usted un pinchazo. En serio: la operación no tiene importancia ninguna.

—¿De veras?

—De verdad.

—¿Palabra?

—Mi palabra de honor.

Esta seguridad acabó de persuadirla. Pasó el día muy contenta, charlando mucho, quizá excesivamente; en el fondo un poquito nerviosa. Al caer la tarde, conforme la luz se iba debilitando, se empezó a deprimir y pidió confesarse. Ricardo, temeroso de que este acto trascendental pudiera emocionarla demasiado, intentó disuadirla; pero Manrique, que se hallaba presente, intervino:

—Nada, déjela usted; lo que ella quiera. A los enfermos no se les debe contrariar nunca en estas cosas. Si quiere confesar, que confiese.

Confesó y comulgó. El auxilio espiritual la confortó muchísimo. Se encontró, después de él, más animosa, más entera, con una confianza más firme en el éxito de la operación, que desde luego creía favorable. Tenía esperanzas de salir con bien. Laguardia y Manrique la dieron todo género de seguridades. Con ello, la pobre muchacha se quedó tan sosegada y tan tranquila, que en cuanto los médicos se marcharon cerró los ojos y consi-

guió dormir un rato. Cuando despertó, vió a Ricardo en la butaca leyendo un periódico. Como la noche anterior, entablóse entre los dos un pequeño debate, por si él debía o no se debía acostar.

—No seas tonto. Ya viste cómo ayer no sucedió nada.

—No, no; si me acuesto ahora mismo. No lo he hecho ya para no despertarte. ¿Cómo te encuentras?

—No me encuentro peor.

—¿Necesitas algo?

—Nada. Acuéstate.

—Bien; pues hasta mañana.

—Si Dios quiere.

Pero en el momento en que iba a desnudarse, Amparito, que tenía los ojos clavados en él, le suplicó con voz entrecortada:

—Espera, no te acuestes. Siéntate aquí, a mi lado. Tengo que decirte una cosa.

—¿Una cosa? ¿Cuál?

—Pues que... mira: después de la confesión de esta tarde, me quiero confesar también contigo. Tengo absoluta necesidad de contártelo todo.

Él la atajó:

—No me cuentes nada. Te he dicho que mientras no estés buena no quiero hablar de nada. Lo importante ahora es que te cures. No te ocupes de más.

—No, no; de ningún modo. Me tienes que oír. Mañana me puedo quedar en la operación, y no quiero morirme sin saber que tú me has perdonado.

—La prueba de que te he perdonado es que estoy aquí. ¿Qué mayor prueba quieres?

—Sí, es verdad; pero yo necesito que lo sepas todo. No me quiero morir con el remordimiento de que me juzgues peor de lo que soy. Óyeme, Ricardo.

Y a pesar de todas las protestas de él, con voz que la emoción hacía muchas veces casi incomprensible, entre lágrimas y sollozos, pausas interminables y complicadísimos rodeos desesperantes y confusos, comenzó la larga relación de sus culpas.

A cada frase, a cada intento de justificación, él la interrumpía:

—Cállate, no sigas... Te estás martirizando inútilmente. Te he dicho que no quiero saber nada. Cálmate..., duérmete.

Mas ella seguía hablando, acumulando disculpas cada vez más torpes, descargos cada vez más pueriles, razones que no probaban nada, que hubieran sido incluso contraproducentes compulsadas en frío. Pero, a pesar de todo, seguía hablando, exaltándose con el calor de sus propias palabras, necesitaba de volcar su conciencia, en un arranque nobilísimo de sinceridad y de arrepentimiento.

—Cálmate, por Dios... Te excitas demasiado. Ya hablaremos de todo cuando te pongas buena.

—¿Y si me muero?

—No te morirás.

—¿Verdad que no? ¿Verdad que sí me curaré...? ¿Que esto no será nada?

—¡Claro, mujer! ¿Quién piensa en ello? Anda, duérmete.

Para evitar que la violenta conversación se reanudase, se desnudó y se metió en la cama. Inútil es decir que no logró dormirse. La luz del nuevo día, al penetrar por el montante de la habitación, le sorprendió despierto. Se levantó a las siete, con el cuerpo rendido, un dolor de cabeza insoportable y una excitación de nervios imposible. Cuando llegó Manrique, le halló tan deprimido, con

la cara tan descompuesta y tan desencajada, que le cogió de un brazo y se lo llevó aparte:

—¡Hombre, por Dios, no se ponga usted así! Parece que es usted el que se va a operar. No tenga usted cuidado. Ya verá cómo, Dios mediante, todo sale bien. Hágame el favor de tener más alientos. La muchacha está muy animosa, y con esa cara la va usted a asustar.

—¿La opera usted esta mañana, decididamente?

—Sí, sí; ahora mismo; dentro de media hora. Ya lo están preparando todo en el quirófano.

Fué la media hora, para el pobre Ricardo, de una angustia indecible, sobre todo el momento en que vinieron los mozos a buscar a Amparito y se la llevaron en una camilla y cubierta de mantas. Él quiso acompañarla; pero Laguardia no se lo consintió. En nombre de Manrique, le dijo que aguardara en el cuarto, con la promesa de enviarle noticias en cuanto la operación terminara.

—¿Y durará mucho?

—La operación en sí, muy poco; pero mientras se la prepara y se la duerme..., y luego vuelve en sí..., entre todo, cerca de una hora. Los cirujanos somos muy aparatosos.

¡Una hora! Nunca le pareció el tiempo más largo ni la soledad más triste. Abrió el balcón de par en par, y se acodó en la barandilla, más que por distraerse, por si el aire puro del jardín le despejaba la cabeza. Estaba la mañana desapacible y cruda; había llovido, y en la arena mojada se advertían las huellas recientes de unos pasos de hombre. Entre la hierba, salpicada todavía de gotitas de agua, unos gorriones se esponjaban al sol y corrían de un lado para otro con menudos saltitos, picoteando afanosos unas migas de pan que les echaba una

niña desde un balcón cercano. Ricardito se inclinó sobre los hierros y sacó la cabeza para verla mejor. Era una chiquilla de diez a doce años, rubia, muy pálida, con dos hermosas trenzas, que le caían sobre el pecho. La pobrecita estaba coja; tenía la pierna izquierda encogida y toda entrapajada con una larga venda que la envolvía desde la punta de los dedos hasta lo alto del muslo, por debajo del delantal de dril. Se sujetaba con los brazos en la barandilla, y a su lado, apoyadas en los hierros, había dos muletas, dos muletas chiquititas, nuevas, acabadas de hacer. Sin conocerla, sintió una lástima muy grande por esta criatura tan niña y ya víctima inmolada a las adversidades del Destino. Como si le adivinase el pensamiento, la chiquilla volvió los ojos y le saludó con una sonrisa encantadora. Él la dió los buenos días. Y al sonido inesperado de la voz, los gorriones levantaron el vuelo y escaparon despavoridos. Ella se echó a reír.

—Pobrecillos... Los ha asustado usted.

—Lo siento, si a usted le distraía.

—¡Bah! No importa. Ya verá usted qué pronto vuelven. El hambre puede más que el miedo. Son insaciables. No se ven hartos nunca. Además, ya me iba a ir. Tengo frío. Adiós, buenos dias.

Cogió sus muletas y se retiró del balcón. Ricardo se retiró también. Las enfermeras habían ordenado el cuarto y estaban mudando la cama de Amparito. Las vió poner debajo de la sábana un gran pedazo de hule; encima de ella, otra sábana doblada por el medio, y a los pies y en el centro unos calentadores. Impaciente y nervioso, salió a la galería. Cada cinco minutos consultaba el reloj y encendía un cigarro, que tiraba en la escupidera a medio consumir, para encender otro en seguida. Por fin,

y cuando menos lo esperaba, apareció Laguardia en la puerta del ascensor; él avanzó temblando:

—¿Qué?

—Ya está operada.

—Bien, ¿verdad?

—Muy bien. Manrique le dará a usted detalles.

—Entonces, ¿la suben en seguida...?

—No, no...; todavía tardará un poquito. Yo me he anticipado, por encargo de él, para tranquilizarle a usted y darle estas noticias. Vaya, adiós.

Poco después llegó un mozo:

—¿Es usted don Ricardo? Pues, de parte del doctor Manrique, que haga usted el favor de bajar al quirófano.—Y como él se lanzase hacia la puerta del ascensor, el mozo le contuvo cogiéndole de un brazo: —¡No, por aquí, no; que van a subir a una operada. Vamos por la escalera.

Bajaron la escalera, cruzaron un pasillo, atravesaron la sala de operaciones y, en una habitación inmediata, encontró a Manrique lavándose las manos. Tenía todavía puesto el delantal de hule, y en la cabeza un gorro blanco.

—Ya le habrá a usted dicho Laguardia...

—Sí, sí; me ha dicho que ha resultado muy bien.

Manrique torció el gesto:

—¡Psss...! Así, así... Ha salido bastante exudado; pero no tanto como yo creía. Le he dejado un desagüe de gasa, y veremos qué ocurre.

—¿No está usted satisfecho de la operación?

—No; es decir, la operación no la ha perjudicado; pero me temo que no sea eficaz.

—¡Entonces...! ¿Cree usted que no se ha conseguido nada?

—Hombre, conseguirse..., ¡ya veremos, ya veremos! El pulso y el vientre nos lo han de decir.

—¿Va usted a subir a verla?

—Ahora mismo.

Se despojó del delantal y el gorro, se puso la americana y el sombrero, y echó a andar delante de Benítez. Cuando entraron en la habitación de la enferma, el balcón estaba cerrado; apenas si una franja estrechísima de luz, que filtrándose por la rendija se reflejaba en el espejo del armario, daba la suficiente claridad para distinguir objetos y personas. Dilatando cuanto pudo las pupilas, hasta acostumbrarse a la penumbra, Ricardo consiguió ver a Amparito muy pálida, con los labios exangües, los párpados cerrados, inmóvil y rígida como una muerta. Uno de los ayudantes de Manrique la tomaba el pulso. Laguardia y las enfermeras rodeaban el lecho, graves y silenciosos.

Las primeras horas de la tarde estuvo Amparo bastante decaída; luego, a medida que pasaron los efectos de la anestesia, comenzó a reaccionar y a sentirse mejor. Cuando llegó Manrique, casi de noche ya, la halló algo mejorada.

—Muy bien; la encuentro a usted muy bien. Estoy satisfechísimo.

Pero a la mañana siguiente, al hablar con Ricardo, después de reconocerla y haber oído las observaciones de Laguardia, volvió a mostrarse otra vez pesimista. La mejoría que la noche anterior parecía iniciada, no era más que un buen deseo de todos por que así sucediese. Lo cierto es que todo estaba igual, por no decir peor. El pulso otra vez seguía perdiendo en intensidad y ganando en frecuencia; el vientre continuaba timpanizándose cada vez más y los vómitos no desaparecían.

Ella, sin embargo, se encontraba muy animosa. El día antes, sobre todo en el momento en que se vió tendida en la cama de operaciones con la mascarilla en la cara y rodeada de los médicos, tan imponentemente ataviados, tuvo un miedo espantoso de morirse; pero al volver en sí y encontrarse con vida, creyó de buena fe que, vencido el riesgo de la operación, todo peligro estaba conjurado y que ya no había nada que temer. Si no fuera así, ¿cómo se hubieran decidido a operarla? ¿Para qué exponerse y exponerla a la contingencia gravísima de que se les quedara entre las manos? El peligro radicaba en la operación; desde el instante en que la operación salió bien, ella se había salvado. Tenía además una confianza sin límites en lo que llamaba su buena encarnadura. Estaba convencida de curarse muy pronto. Aquella misma noche se lo dijo a Ricardo, en cuanto se quedó a solas con él:

—Ya verás qué pronto me voy a poner buena. Y en cuanto me ponga buena, en cuantito me cure, yo te juro, Ricardo de mi alma, que no me vas a conocer. Lo que has hecho conmigo en esta ocasión, la prueba de cariño que me has dado, no la olvidaré nunca. Yo te prometo que voy a ser completamente otra distinta de la que hasta ahora fuí. Nada de locuras, nada de tonterías; todo eso se acabó para siempre, para siempre, ¡te lo juro... por éstas!—cruzaba el pulgar y el índice y los besaba estrepitosamente—. Te juro por mi salvación que no vuelvo a pisar en mi vida una sala de juego ni contigo ni sin ti. A mí no me vuelvas a llevar a esos sitios, porque no iré. Eso ha sido la culpa de todo lo que me ha pasado. Desde ahora, en mi casita, nada más que en mi casa...

No pudo seguir porque le dió un vómito, un vómito tan fuerte, que Ricardo se asustó y llamó a la enfermera,

y acudió Laguardia, que aún no se había acostado. Pasó el resto de la noche muy tranquila, muy inquieta, muy desasosegada y con muchos dolores. Al otro día el pulso era incontable y casi imperceptible. Manrique le aplicó unas inyecciones de aceite alcanforado, y como, a pesar de ser grandes, el corazón no reaccionaba, acudió a darle suero, adrenalina, esparteína, todos los tónicos cardíacos que están indicados en estas circunstancias.

Nada dió resultado. La pobrecita Amparo se moría. Un sudor frío, pegajoso, le inundaba la frente y el cuello; los ojos se hundían en los surcos profundos de las ojeras negras; se afilaba la cara, y un círculo amoratado le rodeaba la boca, sumida en las comisuras de los labios exangües. Las manos, secas, pálidas, arañaban las sábanas; se retorcían, angustiosas, jugando con la cadena de oro del reloj de pulsera, recontando las cuentas transparentes del collar de ámbar, echando hacia atrás los bucles despeinados del pelo, mientras la ropa de la cama se iba redondeando sobre la curva del vientre abultadísimo.

Manrique estuvo con ella hasta las nueve de la noche. A esa hora se marchó con la promesa de volver temprano al otro día. Laguardia quedó entrando y saliendo, animándola y dándole inyecciones de suero y aceite alcanforado. La enfermera apenas se apartó de la cama. A las doce menos cuarto, en un momento en que Ricardo se había quedado solo, Amparito se incorporó y le hizo señas de que tenía náuseas. Ricardo acudió a auxiliarla, y para sostenerla le pasó el brazo alrededor del cuello; ella dió un ronquido y cayó hacia atrás pesadamente. Ricardo la llamó:

—¡Amparito...! ¡Amparito!

Como no contestase, se precipitó hacia la galería en busca de Laguardia.

—¡Laguardia...! ¡Laguardia..., venga usted...!

—¿Qué ocurre?

—Creo que la ha dado un colapso.

Laguardia se inclinó sobre ella, la tomó el pulso, la auscultó el corazón, la miró los ojos, plegó los labios y le dijo a Benítez:

—Está muerta.

CAPÍTULO IX

LOS SIETE AHORCADOS Y EL MÉDICO LOCO

La enterraron al día siguiente muy temprano. No eran las nueve todavía cuando, poco menos que subrepticiamente, la sacaron por una puerta falsa que daba al huerto por la parte de atrás del Sanatorio; la acomodaron en un modestísimo coche de tercera, y sin más acompañamiento que otro coche de punto, dentro del cual iba Ricardo solo, llegó a la Almudena el cadáver de la pobre Amparito. Era una mañana crudísima. Una niebla húmeda y gris, tan baja, que parecía colgar de los tejados, entoldaba las calles; tan espesa, que muchas tiendas tenían aún las luces encendidas; tan helada, que la transpiración de los caballos se condensaba en ella como si fuese humo. En el cementerio hacía un frío horrible. Ricardo, con el sombrero encasquetado, subido el cúello del gabán, las manos en la profundidad de los bolsillos, estuvo hasta el último momento al borde de la fosa viendo cómo los sepultureros la bajaban. Llegó a casa tiritando, dando diente con diente y con un dolor tan agudo en la espalda, que temió fuese una pulmonía. Dióse unas recias friegas de aguarrás y se metió en la cama. Por la noche tuvo un poco de fiebre, y a la mañana siguiente se encontró tan mal, que mandó que por

teléfono llamaran a Manrique. Manrique le dijo que tenía un principio de congestión en el pulmón derecho, pero que afortunadamente no era nada. En efecto: a los cuatro días se encontraba ya bueno. Sin embargo, en la última visita, y antes de darle definitivamente de alta, Manrique tuvo con él una larga conversación:

—Ya habrá usted visto que esto no ha tenido importancia ninguna; no vale siquiera la pena de que lo llamemos enfermedad. Pero es preciso que se cuide usted. Está usted muy débil, muy flojo. ¿Por qué no se va usted una temporada al campo? ¿No es usted alicantino? Márchese a Alicante. Es un clima estupendo. Seguramente le sentará muy bien.

Benítez se alarmó.

—¿Cree usted que puedo estar propenso a una tuberculosis?

—¡No, hombre, qué disparate; nada de eso! Tiene usted unos pulmones admirables y un corazón magnífico. Por ese lado no se preocupe usted.

— Entonces...

—Le encuentro muy flojo, un poquito... agotado. Trabaja usted mucho, ¿verdad?

—Sí, bastante.

—Pues es preciso trabajar menos. No hay que ser ambicioso. Hágame caso. Descanse una temporada. Márchese usted al pueblo.

Benítez, con tono de gran sinceridad, aplanado y contrito, le demostró en pocas palabras la imposibilidad en que se veía de seguir el consejo. Sus hermanos, única familia que le quedaba, tenían una posición muy humilde; vivían modestísimamente de la exigua renta de unas tierrecitas arrendadas. Presentarse en el pueblo de pronto, enfermo y sin recursos, habría sido, además de una

carga difícil de sobrellevar, un desengaño tristísimo para los pobres que le creían en Madrid rico, triunfador y dichoso. Ricardo no se encontraba con ánimos bastantes para abrumarlos con el peso de ese doble disgusto. Y de no ser al pueblo, ¿adónde ir, si no tenía una linda peseta; si únicamente a fuerza de trabajo lograba apenas reunir lo indispensable para poder vivir? ¿Cómo iba a lanzarse a la aventura de descansar en estas condiciones? Aparte de que tampoco era posible, estaba ligado por contratos, compromisos serios, que no tenía más remedio que cumplir a menos de comprometer gravemente su prestigio y su nombre. En absoluto: no podía ausentarse de Madrid.

Manrique entonces le aconsejó que, cuando menos, procurase cambiar de plan de vida, compensando con ejercicio al aire libre la labor sedentaria, regularizando el sueño y las comidas, vigorizándose con tónicos y, sobre todo, proporcionándose distracciones honestas que le esparciesen el ánimo y le recreasen el espíritu.

—Es necesario—le dijo—, es indispensable que modifique su manera de ser. Con ese carácter melancólico, huraño y retraído que usted tiene no se va a ninguna parte ni se puede vivir. Ese carácter es el peor enemigo de usted. Es usted una víctima de sí mismo.

Ricardo reconoció que había mucho de exacto en el fondo de estas observaciones, pero se disculpó diciendo que su carácter era consecuencia lógica de la fuerza de las circunstancias, confabuladas desde dos años a la fecha todas en contra suya. Diríase que la fatalidad le perseguía. Todo le salía mal. Ahora mismo ya acababa de ver de qué manera tan terrible y tan trágica habían terminado sus amores. Llevada la conversación a este terreno, hablaron de Amparito. Manrique, muy discreta-

mente, todo lo discretamente que se puede tratar estas cuestiones vidriosas y esquinadas, le dió a entender que, por grande que fuera su dolor, debía hacerse cargo de que en la situación en que estaban las cosas, lo que había pasado era lo mejor que les podía suceder tanto a uno como a otro.

—Será poco piadoso hablar así; será todo lo cruel y todo lo inhumano que usted quiera, pero es la verdad. A usted esa mujer no le convenía.

—Yo no sé si me convenía o no me convenía. Lo que sé, amigo Manrique, es que la quería mucho.

—No se esfuerce en demostrármelo, porque estoy convencido. Cuanto le ocurre en estos momentos es resultado natural del disgusto, mejor dicho, de la serie continuada de disgustos que esa infeliz le ha ocasionado. Por eso le indiqué antes que más que dolencia física, lo que usted tiene es una enorme depresión moral. Y por lo mismo es preciso que usted se sobreponga y piense fríamente, sin sentimentalismos, con serenidad y con energía qué es lo que habría pasado si esa infeliz llega a curarse. ¿Está usted seguro de que su cariño y su generosidad hacia ella habrían sido tan grandes que le hubieran llevado de nuevo a someterse a unas ligaduras que tan contento estaba de haber roto? ¿Cree usted que en el fondo de su corazón se hallaba usted, después de lo ocurrido, dispuesto a perdonarla? ¿Cree usted que, aun ofrecido y aceptado el perdón, habría sido posible que volviesen a ser en lo sucesivo lo que fueron hasta entonces el uno para el otro? Yo tengo la seguridad absoluta, mi querido Benítez, de que cuando desaparezca este estado sentimental que ahora a usted le conturba, y reflexione, dueño ya de sí mismo, me dará la razón.

Benítez inclinó la cabeza.

—Es posible..., es posible que tenga usted razón. ¡Pero es tan doloroso..., tan tremendo!

—Sí, es muy doloroso y muy tremendo; pero ¡qué le va usted a hacer! La vida es así.

Le tendió la mano, se la estrechó con un apretón vigorosísimo y se despidió. Ricardo le acompañó hasta la escalera. Ya en el descansillo, y cuando iba a marcharse, le sujetó de un brazo:

—Un momento; quisiera pedirle a usted un favor.

—Todo lo que usted quiera... ¿Qué?

—Pues... que no les diga usted nada a esos.

—¿A quiénes?

—A esos de la tertulia. No es necesario que lo sepan. Serían capaces de burlarse de mí.

—Hombre, no. Desgraciadamente es una cosa muy seria y demasiado triste para que se burle nadie.

—De todos modos, no les diga usted nada. ¿Qué necesidad tienen de saberlo...? ¡Para qué!

—Lo que usted quiera.

—Se lo agradeceré a usted mucho.

—Bueno, bueno...; ha hecho usted bien en advertírmelo. No diré nada. ¿Deseaba algo más?

—No, muchas gracias.

—Pues adiós. Que se deje usted ver. No sea usted insociable. Vaya por allí; charlaremos un rato y se distraerá usted. Ya sabe que todos le queremos.

—Sí, sí; ya iré.

—¿Cuándo va usted a ir?

—No sé; un día de estos.

—Vaya usted mañana.

—¿Mañana?

—Sí, hombre, mañana; cuanto antes, mejor. A ver si logramos quitarle esa murria que tiene. Lo que necesita

usted precisamente es eso: esparcimiento y distracción. Se lo digo a usted como médico y como amigo.

—Bien; pues hasta mañana.

Cumplió su ofrecimiento. Al día siguiente, a la una de la tarde, estaba en el café. La tertulia se hallaba animadísima. Era, como decía Enrique Cebrián, *soiré de gala*. No había una mesa vacía ni un asiento en las mesas. Estrujándose todos, consiguieron hacerle un hueco. Acomodóse al fin, y los contertulios reanudaron la conversación interrumpida. Federico Pacheco refería la muerte de un tío suyo.

—El pobre señor, que a pesar de ser tan viejo (acababa de cumplir setenta años) amaba todavía la vida intensamente...

Garcés le interrumpió:

—¿Cómo todavía? ¿Qué quiere usted decir con eso? ¿Cree usted que los viejos no tienen derecho a amar la vida?

—Hombre, como derecho, sí; pero supongo que no pretenderá usted que la amen como nosotros.

—Más.

Manrique intervino.

—Es verdad: tiene razón Garcés. Los viejos aman la vida mucho más que los jóvenes. Es natural. El amor a la vida no es, después de todo, más que una exaltación aguda del instinto de conservación. A medida que las energías se agotan, el hombre se da cuenta de que van desapareciendo las probabilidades de resistencia; sabe que esta resistencia tiene un límite; que el desenlace ha de llegar fatalmente, inevitablemente, y que cada día que pasa es un escalón menos que le falta para acercarse a él; el instinto de conservación se exalta, se agudiza, y el viejo se agarra a la vida con la misma desespera-

ción que se agarra a un madero un náufrago que se ahoga.

—No, eso que tú dices es el miedo a la muerte, que aunque se parece mucho al amor a la vida, no es precisamente lo mismo. Yo hablo del amor a la vida o, si lo queréis más claro, de la satisfacción, de la alegría de vivir. Los viejos encuentran en la vida más motivos de satisfacción que los jóvenes.

Todos protestaron indignados.

—Hombre, no, perdona... En eso ya no estamos conformes.

—¿Cómo que no?—vociferó entonces, indignado, Garcés—. ¿Pero qué satisfacciones tenemos nosotros en la vida? ¿Qué felicidades encontramos en ella? La mujer, única y exclusivamente la mujer. Todas nuestras aspiraciones no tienen más que esta finalidad. Vivimos supeditados a dos pasiones: el amor y la ambición, y mejor diría que a una sola, puesto que la segunda no es más que consecuencia de la primera. Si queremos ser grandes, si ansiamos tener fama, gloria, dinero, no es más que para depositarlo a los pies de las mujeres; pues quiero haceros la justicia de que ninguno de vosotros se contenta con una. Pero, ahora bien, decidme: ¿habéis conseguido todas las que habéis deseado? Las que habéis conseguido, ¿os han satisfecho? Las que os han satisfecho, ¿os han hecho felices? Después de todos los esfuerzos realizados, ¿no habéis concluído por reconocer que no valía la pena?

Hubo opiniones.

—Hombre, te diré...—insinuaron algunos.

Pero Garcés no quiso convencerse.

—Es inútil: un caso aislado no destruye una teoría. Y la teoría es que los jóvenes no viven más que por el

amor y para el amor. Todo lo demás les tiene sin cuidado. Por eso, en cuanto un joven sufre una contrariedad, se pega un tiro. ¿Cuándo habéis visto vosotros que un viejo se pegue un tiro? ¿Cuándo le habéis oído decir que la vida es insoportable? Esa tontería no la dicen más que los jóvenes, porque como, fuera del amor y de la ambición, la existencia no tiene para ellos el menor atractivo, cuando no obtienen el amor que desean o les falla la ambición que persiguen, se suprimen, convencidos de que lo han perdido todo, incapaces de encontrar otras compensaciones. Los viejos, no: un viejo se suicida por una enfermedad crónica, porque no tenga qué comer; pero ¿por una mujer?, ¿por un quebranto de fortuna?, ¿por un caso de honor...?, ¡jamás! Los viejos saben que todo eso no tiene importancia; que por encima del amor, del honor y del dinero está la satisfacción inmensa de la alegría de vivir. Los viejos aman la vida como la vida se merece. ¿Habéis visto pasear a un viejecito cualquiera de estas tardes espléndidas de sol? Ha salido únicamente a eso: a tomar el sol. Va despacio, pausadamente, con la tranquilidad del que no tiene nada que hacer. Cuando se cansa, se sienta; cuando se harta de estar sentado, anda. Las mujeres pasan a su lado, y él las mira sin pasión, sin deseo, serenamente, como se contempla una obra de Arte, un don agradable de la Naturaleza. Los chiquillos juegan a sus pies, y él los ve jugar como muñequitos de resorte. Si le gustan, los acaricia; si le molestan, se marcha; si tiene frío, se abriga; si tiene calor, se desabrocha. No le importa que le miren, ni que murmuren, ni que se burlen de él. No tiene amor propio, ni pundonor, ni vergüenza; sólo se preocupa de vivir a gusto. El mundo, con sus ostentaciones aparatosas, se va desenrollando ante sus ojos como una cinta

cinematográfica, que él contempla indiferente, convencido de que todo son miserias y vanidades que no valen lo que un rayo de sol. Ni el dolor ajeno le conmueve, ni la felicidad de los demás le inquieta. Él sólo vive para sí. Fuera de él, la sociedad no existe. No lucha por nada, nada le interesa ni nada le importa. Sabe que la ambición más pequeña no vale el esfuerzo que cuesta alcanzarla.

—Nos estás haciendo el retrato del perfecto egoísta.

—Del perfecto viejo, y si la locución os parece irrespetuosa, del perfecto experimentado. Un viejo, considerado socialmente, es un hombre que ha conseguido acumular una cantidad considerable de experiencia. Esta experiencia es la que le ha enseñado que el beneficio de vivir es tan grande, que debe agradecerse por sí mismo y con abstracción absoluta de todas las circunstancias que le rodean. Un viejo inteligente no pedirá nunca a la vida más de lo que la vida puede dar: el disfrute tranquilo del bienestar posible. Como no tiene que aspirar a otra cosa, ni lucha, ni se afana, ni se conturba. Si hasta entonces trabajó para los demás, ahora es justo que los demás trabajen para él. Por eso hace lo que le da la gana, sin importársele un comino si a los demás les acomoda o no. Se levanta cuando quiere; sale si se le antoja, y cuando se fatiga vuelve a casa. Entonces todo son para el viejecito cariños y atenciones. Se le dispone el mejor sillón en el mejor sitio; manos suaves le quitan las botas y le calzan las zapatillas. ¡Qué a gusto los pies cansados en las cómodas zapatillas! ¡Qué a gusto el cuerpo sobre los muelles del sillón! ¡Qué bien le ha sentado el paseo! ¡Qué hermosa era la tarde!, ¡qué dulce la brisa!, ¡qué claro el cielo!, ¡qué espléndido el sol! Y después del paseo, ¡qué grata la cena al amor de

la lumbre!, ¡qué sabroso el trocito de carne!, ¡qué rico el vasito de leche...! Estas son las verdaderas alegrías de la vida: pasear, tomar el sol, comer, dormir, no afanarse por nada, no inquietarse por nada, dejar que la vida resbale, como en el arte griego, serenamente, impasiblemente.

—¿Crees, en efecto, que esta es la felicidad suprema de la vida?

—Por lo menos, es lo que más se le parece.

—Entonces debemos renunciar a todo: sueños, quimeras, ideales, pasiones...

—Si nos conducen al extremo de hacernos insoportable la existencia, sí. Por encima de todo eso debe estar siempre el beneficio insuperable de vivir. Este es el gran secreto que los viejos saben perfectamente y que los jóvenes ignoran. Si los jóvenes apreciaran todo el valor que tiene el preciadísimo tesoro de su juventud y de su vida, ¡cómo sería posible que le desdeñaran tan a menudo! Cuanto más joven es un hombre, cuanto más tiempo tiene por delante, menos importancia le concede a la vida y más fácilmente se deshace de ella. Antes puse como argumento comprobante el ejemplo de los suicidas. Ampliémosle a todos los delitos sangrientos, y más concretamente a los llamados crímenes sociales y políticos. En todos los atentados terroristas que están ocurriendo en el mundo, ¿cuándo habéis visto que los autores sean viejos, ni siquiera hombres de mediana edad? Todos son jóvenes; algunos, verdaderos chiquillos, criaturas imberbes que escasamente empiezan a vivir. ¿Concebís a un viejo colocando una bomba o asesinando a un patrono en una esquina? No. ¿Y por qué? ¿Es que los viejos no tienen odios, rencores, ideales? ¡No los han de tener!; pero nunca hasta el punto de supeditar a ellos la

existencia. La existencia por un ideal, sea el que fuere, no se la juegan más que los jóvenes. Y con qué facilidad se la juegan, con qué liberalidad, con qué desprendimiento, con qué lamentable y dolorísima ignorancia. Recordad las grandes figuras del anarquismo militante, los hombres de acción de nuestro terrorismo sindicalista: ninguno llega a treinta años. Repasad la historia del nihilismo ruso; ¿quiénes son?: estudiantes, muchachas...

—Eso sí que es verdad—exclamó Pepe Rubio—. Precisamente tengo aquí un libro que prometí ayer traerle a Pacheco, en el cual se relata de manera maravillosa el proceso de cinco nihilistas condenados a muerte, y que es una confirmación plena de cuanto Garcés está diciendo.

—¿Qué libro es ese?—preguntó Almansa. Y como Pepe lo sacara del bolsillo y lo dejara sobre el mármol, se caló los lentes para leer la cubierta.

—*Los siete ahorcados*... Sí, hombre, ¡ya lo creo!: de Leónidas Andreiev. Interesantísimo. ¿No lo conoces?—le preguntó a Pacheco.

—No; por eso se lo he pedido a éste. Me han dicho que está muy bien.

—Muy bien.

—¿Qué es ello?—preguntó Cebrián.

—Una historia tremenda, escalofriante, brutal, de lo más brutal que yo he leído en mi vida, pero con una cantidad de arte y de emoción que le deja a uno, después de leerlo, completamente aniquilado.

—A mí lo que más me interesa de ese libro—dijo Pepe Rubio—es una novelita corta, la penúltima del tomo, si no recuerdo mal, que se titula *El médico loco*.

—¡Oh! ¡Ya lo creo!

—Y eso, ¿qué es?—volvió a preguntar Enrique.

—Pues nada: un médico que comete un crimen en circunstancias que le hacen aparecer como un hombre anormal; le llevan en observación a un manicomio, y él, entonces, redacta una Memoria para demostrar que no está loco, que se ha fingido loco para cometer el crimen y sustraerse a la responsabilidad judicial.

—¿Pero está loco, o no está loco?

—De remate.

—Lo curioso sería que no lo estuviera.

—Lo esté o no lo esté, lo interesante son las razones que él aporta para demostrar que su locura ha sido simulada y que cometió el crimen con consciencia absoluta de lo que hacía.

—Pero ¿eso puede ser? Un loco, ¿puede hacerse el loco? Si ya lo está, ¿cómo puede fingirlo? Diga usted, Manrique, usted que es médico: ¿cree usted que se puede simular la locura?

—Hombre, yo soy médico, pero no entiendo una palabra de estas cosas. Gracias a que entienda de lo mío.

—Pues mira—dijo Garcés—, sería cosa de discutirlo Dice Cullerre en *Les frontières de la follie...*

—Ya me lo dirás mañana. Ahora vámonos a comer.

Todos se levantaron. Benítez, que no había abierto la boca, se acercó a Pepe Rubio.

—¿Me podrías prestar ese libro?

—Con mucho gusto; pero tendrás que esperar a que lo lea Pacheco antes.

—Si tiene usted interés—dijo Pacheco—, a mí lo mismo me da. Lléveselo usted.

—No, no, de ningún modo; cuando usted lo termine. No me corre prisa. ¿Cómo dice usted que se titula?

—*Los siete ahorcados,* de Leónidas Andreiev.

—Muchísimas gracias.

CAPÍTULO X

BENÍTEZ ANDA MAL DE LA CABEZA

Aunque Manrique había prometido conservar el secreto y no decir una palabra a nadie de lo que pasó en el Sanatorio con la pobre Amparito, como le daba mucha pena el estado inquietante de Benítez y se interesaba vivamente por él, creyó oportuno poner a Paco Almansa en antecedentes de lo sucedido para ver si entre los dos encontraban un medio de coger al infeliz, encauzarle por el buen camino y ponerle a cubierto de la catástrofe que le amenazaba.

—Si a este pobre hombre se le abandona—dijo Manrique—, está perdido. Tiene un principio de neurastenia muy peligroso, como son todas las neurastenias producidas por agotamiento, exceso de trabajo y contrariedades afectivas. Es un abúlico y un melancólico. Si se le deja entregado a su suerte, acabará un día por pegarse un tiro o por darse al alcohol, o por caer en cualquiera de esos envilecimientos que son el final inevitable y desastroso de los hombres de poca voluntad. Esto hay que evitarlo, o, cuando menos, procurar evitarlo, y para ello, nadie mejor que usted, que es gran amigo suyo, conoce bien las interioridades de su vida y tiene, por lo poco que yo he podido deducir, relativa autoridad con él.

—Sí, señor, es verdad: lo que yo no consiga de él no lo consigue nadie; pero, así y todo, no sé qué puedo hacer.

Manrique se lo explicó en pocas palabras. Se trataba de un plan sencillísimo de curación moral: —Buenos consejos, esperanzas confortadoras, optimismo constante, alientos, ánimos, esparcimiento y distracciones..., todo lo que pueda servir para vigorizar un espíritu deprimido, sacarle del abatimiento y la tristeza. Sugestión, sugestión y nada más que sugestión. Usted lo hará muy bien.

Almansa se despidió preocupadísimo. Sabía de sobra la seriedad profesional de Manrique para abrigar la menor duda de que en cuanto acababa de decirle pudiera haber exageraciones alarmantes. Además, no hacía falta ser médico para comprender la importancia del caso. Convencido de ella, aquella misma tarde, en cuanto acabó de comer, se encaminó al estudio de Benítez. Benítez no estaba. Tornó al otro día y no le encontró tampoco. Preguntó por teléfono a las Direcciones de las Revistas para las cuales trabajaba, y le contestaron que nada sabían de él. Paco Almansa comenzó a inquietarse. Su inquietud llegó hasta el punto de leerse todos los periódicos de la noche con el temor, casi el presentimiento, de encontrar en alguno la noticia del suicidio que Manrique auguraba. A la mañana siguiente se dirigió de nuevo al estudio. Cuando llegó, ya Ricardo había salido. «¿Pero en dónde demonios se meterá este hombre? —se preguntó verdaderamente intrigado—. ¿Qué estará haciendo?» Y se lanzó a la calle, a la ventura, con la esperanza pueril de que el azar se lo pusiera en el camino. A quien halló fué a Enrique Cebrián.

—¿Ha visto usted a Benítez?

—No: hace cuatro días que no sé nada de él.

—Los mismos que le estoy yo buscando. Tengo precisión absoluta de hablarle, y no encuentro manera.

—Mándele una carta por un *continental,* citándole a hora fija.

—Había pensado en ello; pero prefería que la entrevista pareciera casual.

—¿Y eso? ¿Qué pasa?

—Hombre, pues pasa..., que..., verá usted.

Y recomendándole mucho que guardara el secreto, le contó lo que Manrique le había referido. Cebrián se afectó sinceramente.

—¡Caray!—exclamó, sin poder dominarse—. ¡Pobre muchacho, qué serie de desdichas le suceden!

En seguida, en un arranque nobilísimo de conmiseración y generosidad, le expresó a Almansa que contara con él para todo lo que fuese preciso.

—Si usted cree—le dijo—que yo le puedo servir en este asunto de algo útil, disponga de mí incondicionalmente. Me tiene en absoluto a su disposición. Manrique está en lo cierto. No hay más remedio que salvar a este hombre. No se le puede dejar solo. Nos constituiremos en sus ángeles guardianes; le llevaremos a todos lados; le distraeremos, le alegraremos, le vigorizaremos; en fin, incluso veremos la manera de encontrar una fórmula que le resuelva momentáneamente el conflicto económico, ya que, por lo visto, es lo que más le apura: un medio de proporcionarle decorosamente dinero sin que su susceptibilidad se moleste, ¿verdad?

—Es usted una gran persona.

—No, es que tengo un poco de remordimiento; yo le debo a este hombre una reparación, y quiero dársela aunque él no lo sepa; mejor dicho, sin que él lo sepa. ¿Usted cree que Benítez me guardará rencor?

—¡Psss!, ¡qué sé yo! En circunstancias normales, tal vez sí. Ahora está el infeliz tan aplanado, que me parece que no tiene energías ni aun para eso.

—¡Pobre hombre! ¿Y qué vamos a hacer?

En pocos trazos combinaron un plan. Convinieron en que Almansa se dedicaría a la busca y captura de Benítez, y una vez que consiguiese dar con él y lograra tantear el terreno, Cebrián se haría el encontradizo y propondría como primer ensayo una excursión en automóvil a cualquiera de las capitales artísticas cercanas a Madrid: Ávila, Toledo o Segovia: un pretexto para sacarle al campo y que variara de ambiente. Después se haría lo que las circunstancias demandasen.

De acuerdo en este punto, Cebrián quiso conocer detalles del desgraciado fin de la pobre Amparito. Almansa le contó lo que sabía, que era bien poca cosa, estrictamente lo que Manrique le había dicho. Cebrián no salía de su asombro.

—¿De modo que esa mujer estaba...?

—Por lo visto.

—¿De él?

—Él acepta que sí.

—Entonces, ¿por qué hizo esa barbaridad? ¿Qué justificación dió? ¿Cómo pudo explicarlo?

Almansa se encogió de hombros.

—No sé. Sospecho que apelaría al argumento vulgarísimo de que al encontrarse abandonada, sola, despreciada por él, con la certeza de que la reconciliación era imposible, había querido evitar, cuando menos, que a su desgracia pudiera añadirse la de otra víctima inocente...: ¡qué sé yo...!; esas cosas tan absurdas que dicen las mujeres cuando tratan de razonar un disparate.

—Y él, a pesar de todo, ¿la perdonó?

—Completamente.

—Bueno; pero dígame usted: ¿él pensaba que Amparo se moría?

—Yo creo que no. Y Manrique supone lo mismo. Manrique dice que le costó un trabajo enorme mantenerle en la creencia de la gravedad porque él tenía el convencimiento absoluto, sobre todo después de la operación, de que Amparito se salvaba...

—De manera que si Amparito no se muere, a estas horas se han reconciliado...

—Téngalo por seguro.

—¡Pobre hombre!—suspiró Cebrián—. Es mucho más desdichado de lo que yo creía. Bueno; queda usted en avisarme, ¿verdad?

—En cuanto hable con él y convengamos un punto de reunión.

—Sin perjuicio de ello, vaya usted mañana por el café..., por si él fuera.

No fué. Al día siguiente Enrique recibió una carta de Almansa citándole a las cinco de la tarde en la terraza de Maxim's. «Por fin—decía la esquela—he conseguido dar con nuestro hombre, y me ha prometido formalmente que esta tarde vendrá. A pesar de ello, dudo mucho que acuda. Está hecho un trapo. Ya le contaré a usted.»

Efectivamente: no acudió. Los dos amigos estuvieron vanamente esperándole: Almansa, ante una mesa, y Cebrián dando paseos por la acera de enfrente para caer en el momento crítico con toda la apariencia de la casualidad. A las seis menos cuarto, y en vista de que Benítez no llegaba, Enrique se aproximó a la mesa.

—Este hombre no viene.

—Ya se lo dije a usted.

—¿Qué hacemos?

—Aguardaremos otros diez minutos, si usted no tiene prisa.

—Ninguna. Además, siento curiosidad por saber qué ha pasado. Cuénteme usted: ¿cuándo le ha visto? ¿De qué han hablado ustedes?

—Pues de nada; quiero decir de nada interesante. Ni él me ha hecho la menor alusión, ni yo me he podido dar por enterado. Hemos charlado de cosas generales; le he reconvenido, como siempre, por su retraimiento y su hurañería: le he exhortado a que cambie de conducta, y él entonces me ha dicho que tan persuadido se encuentra de la necesidad de ello, que si estos días no se le ve por ningún lado es precisamente porque está sometido a un plan curativo que le ha impuesto el médico, de ejercicio y de aire; que todas las mañanas se levanta temprano, se da unos largos paseos que comienzan en la Moncloa y terminan en los Cuatro Caminos; almuerza en un merendero, descansa un rato, y vuelta a pasear.

—Muy razonable.

—Pero ¿usted cree posible que un hombre como él, que no sabe andar tres metros sin tomar el tranvía, se dé esas caminatas?

—Hombre, si cree efectivamente que es un plan curativo...

—¡Hum..., qué se yo...! Pero es que hay más; verá usted: al indicarle yo que este régimen, llevado hasta el extremo de hipotecarle todo el día, podría trastornar la buena organización de su trabajo, me contestó muy serio que esto no le importaba, porque él estaba decidido a no trabajar más. «Entonces, ¿de qué vas a vivir?»—le pregunté—. «¡Ah!—me replicó—. Tengo mis planes.» No

se puede usted figurar qué trabajo tan enorme me costó sonsacarle qué planes eran éstos. Al cabo de muchas preguntas y de muchísima paciencia logré que se explayara. Me confesó que no podía pintar porque había perdido, no sólo el pulso y la seguridad de la mano, sino la facultad de distinguir la calidad de los colores; pero además, y esto era lo fundamental, porque había descubierto que su verdadera vocación no era la de pintor, sino la de poeta. «Estoy seguro—me dijo—de que he perdido lamentablemente el tiempo. Como dibujante no hubiera sido nunca nada. En cambio, dentro de poco, en cuanto la gente me conozca, seré el primer poeta español del siglo XX. Voy a resucitar un género un poco olvidado: la égloga. Yo soy eminentemente un poeta bucólico. Si me doy estos grandes paseos, aparte del restablecimiento de mi salud, es porque tengo que producir al aire libre: sólo puedo inspirarme en el espectáculo de la Naturaleza.»

—¡Pero este chico está perturbado!

—Yo creo que sí.

—Y usted, ¿qué le dijo?

—Yo le seguí la corriente. Le dije que me parecía muy bien, pero que debía llegar a un término medio de ponderación y de equilibrio: hacer versos y seguir pintando; versos para la satisfacción íntima del espíritu, dibujos para la voracidad repugnante de la gentuza, que es la que paga. Él se puso muy triste. «¿Tú crees—me interrogó—que la gente no está suficientemente preparada para esto de los versos?» «Chico, yo creo que no.» «Es una lástima—exclamó apenadísimo—, porque yo soy un gran poeta.» Seguimos largo tiempo divagando sobre estas tonterías, y en cuanto se ofreció ocasión oportuna le indiqué nuestro proyecto de excursiones.

—¿Y qué?

—Se negó en redondo. Me dijo que el automóvil le causaba vértigos, y la velocidad un miedo insuperable. En absoluto, que no contaramos para nada con él.

—Y del dinero, ¿le insinuó usted algo?

—Algo le indiqué; pero me atajó en seguida que no le hacía falta.

—¡Qué hombre más raro! ¿Y qué vamos a hacer?

—Pues no lo sé. Le aseguro a usted, querido Enrique, que estoy desconcertado. Sin embargo, me propongo insistir.

—Sí, sí; no hay más remedio. Hay que estar encima. A un hombre como éste no se le puede abandonar. Yo me marcho mañana a Sevilla a estrenar una obra. Es un compromiso con la Empresa, que se empeña en que dirija los últimos ensayos. Yo tenía el plan de que hubiéramos ido los tres juntos. Si Ricardo llega a acudir esta tarde a la cita, lo hubiera propuesto. En fin, total son cuatro o cinco días. A ver si en ese tiempo logra usted trastearle y a la vuelta me sorprende con alguna agradable noticia.

—Dios lo quiera.

No fueron cinco días, sino quince, los que Cebrián estuvo ausente, porque desde Sevilla se trasladó a Málaga, a abrazar a sus hijos y a su mujer, y una vez allí, el afecto familiar le retuvo, y prolongó la estancia más de lo que creía. En cuanto vino escribió a Almansa y le invitó a almorzar.

—Estoy intrigadísimo por saber qué ha pasado durante el tiempo en que yo he estado fuera. ¿Ha visto usted a ese hombre? ¿Cómo está?

Almansa movió la cabeza con un gesto de preocupación y de disgusto.

—Mal. Cada vez peor. Yo creo que este hombre va a tener un final lamentable.

—¿Ha ocurrido algo?

—Verá usted. A los pocos días de irse usted a Sevilla, hará de esto doce o quince, ¿no?

—Por ahí...

—Fuí a buscarle al estudio, y le encontré trabajando muy afanoso. Le felicité calurosamente, y él entonces se levantó, me dió un abrazo, y me dijo: «Como verás, sigo tus consejos: estoy alternando el Dibujo con la Poesía. Creo que voy a conseguir dar al Arte una orientación completamente nueva. Perdóname que reserve el secreto, porque no lo tengo resuelto todavía: me faltan por vencer muchas pequeñas dificultades de ejecución y de procedimiento; pero en principio te diré que lo que me propongo es estilizar la Pintura hasta llegar a la forma más simple de expresión; de manera que el color y la línea no sean, como hasta ahora han sido, realidades visibles, sino ideas evocadoras y sugestionadoras. No sé si me comprenderás.» «Sí—le contesté—; aunque no del todo, veo algo.» «Te lo demostraré prácticamente. Mira este dibujo, que, aunque está sin concluir, te dará una idea de lo que te digo. Este dibujo es un soneto. ¿Ves? Hay en él catorce figuras; si te fijas un poco, observarás que estas figuras están distribuídas en cuatro grupos, dos de cuatro y dos de tres, o sean dos cuartetos y dos tercetos. Si te sigues fijando, descubrirás que hay, alternativamente dispuestas, ciertas analogías de línea y colorido: los consonantes; comprobarás también que de todo el conjunto se desprende una gran distinción y un señorial empaque: es un soneto clásico. ¿Crees que habrá alguien que al ver este dibujo dude que es un soneto?» Le hago a usted gracia de las demás explicaciones que

me dió, porque son tan disparatadas y tan complicadísimas, que no pude retenerlas en la memoria.

—¿Y cómo eran los dibujos... *como dibujos?*

—Malos, muy malos, francamente malos.

—Pero, ¡hombre!

—A las pocas tardes volví a verle. Le encontré indignadísimo porque en los periódicos para los cuales trabajaba no habían gustado sus dibujos. No se atrevieron a rechazárselos, ¡no faltaba más!, pero le insinuaron la conveniencia de que volviese al antiguo estilo y a los asuntos de siempre. Estaba exaltadísimo. No sabe usted el trabajo que me costó calmarle. Y esta es la situación.

—¿Y qué cree usted que pasará?

—Pues no sé. Mientras, bien o mal, los sigan admitiendo y publicando, puede que no pase nada. Lo grave será el dia que le rechacen uno.

—Pero ¿tan malos son?

—Muy malos.

—¡Quién sabe! Puede que no. ¡El concepto del Arte es tan amplio! ¿Por qué no han de significar, efectivamente, una tendencia nueva?

—Si realmente significaran una tendencia, no me preocuparía. A mí, en Arte, no me asusta nada, ni me sorprende nada... más que lo malo. Y esto es sencillamente malo.

No volvieron a hablar. Algunos días después Benítez se presentó en la tertulia. Sentóse en un rincón, pidió una taza de café, y estuvo, como siempre, taciturno y sombrío, sin intervenir para nada en la conversación, que aquella mañana versaba sobre Política social y Sindicalismo. Cuando llegó el momento de levantarse, Almansa y Cebrián, que con un cambio de miradas se habían puesto de acuerdo, se acercaron a él y le invitaron

a almorzar. Benítez se negó, con la excusa de que precisamente aquella tarde tenía mucho que hacer. Fueron inútiles requerimientos y razones. No hubo modo de convencerle.

—No, no, de veras; hoy me es imposible. Os lo agradezco mucho, pero no puede ser. Otro día.

—Pero ¿qué día? ¡Si no hay manera de dar contigo nunca!

Él, entonces, aseguró muy formalmente que en lo sucesivo se proponía concurrir a la tertulia con gran asiduidad. Y como Cebrián y Almansa sonrieran, recalcó:

—Os doy mi palabra. Desde mañana voy a venir todos los días.

—¿De veras?

—Palabra de honor.

En efecto, fué. Llegó a la una en punto, y estuvo hasta las dos departiendo con todos y tomando parte en la conversación general, expansivo y corriente como nunca. Volvió al otro día, y al otro; y al tercero ocurrió un incidente muy desagradable. En el instante en que, satisfecho el consumo, se disponían todos a salir del café, el camarero se aproximó a Benítez y le dijo en voz baja:

—Hágame el favor de darme esa cucharilla que se ha guardado usted en el bolsillo.

Benítez se puso pálido, y balbució todo confuso:

—¿Yo?

—Sí, señor: usted. Desde hace tres días que viene usted al café me faltan cucharillas. Me he estado fijando, por la cuenta que me tiene, y he visto que es usted el que se las lleva. De modo que déjese usted de tonterías, y deme esa cuchara.

Se lo decía confidencialmente, en voz queda, para que los demás no se enterasen. Pero como Benítez, sin hacerle caso, se encogiera de hombros y tratara de seguir su camino, se impacientó y le cogió de un brazo.

—Le he dicho a usted que me dé esa cuchara.

—Es usted un imbécil—contestó Benítez.

Los demás, al oírlo, volvieron la cabeza.

—¿Qué pasa?

—Este idiota, que dice que yo me he llevado una cucharilla.

—¡Pero, señor, si yo mismo he visto que se la guardaba! ¡Si la tiene en el bolsillo!—exclamó el mozo—. Háganme ustedes el favor de registrarle. ¡Cómo voy yo a decir una cosa como ésta si no fuera verdad!

Almansa se acercó al camarero.

—Déjelo usted—le suplicó en secreto—. El señor está un poco... Yo le pagaré a usted la cucharilla. Déjelo usted...

Pero el camarero no se avino.

—No, señor—protestó a grandes voces—. ¡Si a mí no me importa la cucharilla! Lo que no paso es porque encima se me tome el pelo. El señor tiene la cuchara en el bolsillo. ¡Que le registren!

—¡A mí no me registra nadie!—vociferó Benítez—. ¡Al que se acerque a mí le abraso la cabeza!

Y antes de que nadie lo pudiera impedir, sacó un revólver y disparó dos tiros, dos estampidos secos, que sonaron en las oquedades del café como dos cañonazos. Un pedazo de claraboya cayó hecho trizas sobre el mármol de una mesa, con un estruendo formidable de cristales rotos. Se produjo una confusión espantosa. Los parroquianos, poseídos de pánico, ese pánico absurdo y contagioso que se apodera de las muchedumbres cuan-

do se creen expuestas a un peligro, se lanzaron hacia las puertas, derribando sillas y volcando copas, sin atender las exhortaciones de los más serenos, que con los brazos en alto recomendaban calma y sangre fría. El camarero había desaparecido. Almansa, Cebrián y Manrique sujetaban a Ricardo, después de haberle desposeído del revólver, no sin grandes esfuerzos, y trataban inútilmente de aplacarle.

—Pero, ¡hombre, Ricardito..., por Dios...!, ¿qué has hecho?

Ricardo, con el rostro encendido, las pupilas brillantes, forcejeaba con ellos para desprenderse.

—¡Dejadme..., dejadme que le mate...! ¡Yo a ese hombre le mato!

Al fin consiguieron sentarle en un diván, y allí se quedó jadeante, rendido, sudoroso, pero algo más tranquilo. Entonces entró el mozo acompañado de dos guardias de Orden Público.

—Ese es—dijo, señalando a Benítez.

Uno de los guardias se acercó a él.

—Caballero, tenga usted la bondad de acompañarnos a la Comisaría.

Ricardo se puso en pie, tembloroso y excitadísimo.

—No, no, no... ¡Yo no voy!

Manrique intervino:

—El señor va con nosotros. Nosotros respondemos de él. Iremos todos a la Comisaría.

Y como el guardia vacilase, se acercó, le dió una tarjeta y le habló en voz baja. Luego añadió:

—Que vayan por un *auto*.

—No, no...; un *auto* no... Yo no voy en *auto*.

—Nada de *auto*—dijo entonces Enrique Cebrián—. No

hace falta *auto.* Iremos a pie. Vendrás conmigo. ¿Quieres venir conmigo, Ricardo?

Ricardo le miró fijamente, y sumiso y humilde se colgó de su brazo.

—Contigo voy adonde tú me lleves.

CAPÍTULO XI

TODOS ANDAMOS MAL DE LA CABEZA

El comisario del distrito era un hombre muy complaciente y muy amable, pero inflexible cumplidor de la ley. Por más que le dijeron, por mucho que intentaron convencerle de que se trataba de un acto cometido en un momento de perturbación, se negó en absoluto a poner a Ricardo en libertad. A lo único que se avino fué a tramitar el asunto sin pérdida de tiempo y redactar personalmente el atestado, en forma de que el juez tuviese desde el primer momento la impresión de que se trataba de un irresponsable. También accedió a que, en vez de los guardias, le condujeran los amigos, escoltados a distancia por un agente vestido de paisano, para que la vista del uniforme no exacerbase la excitación del preso ni llamara la atención del público. En estas condiciones llegaron todos al Juzgado. Mientras Almansa quedaba custodiando a Benítez, Manrique y Cebrián lograron ver al juez, y le pusieron en antecedentes. El juez era un juez a la moderna, joven, mundano, inteligente y culto. En el acto se hizo cargo de todo, y ofreció resolver la cuestión en la forma más favorable para el pobre Benítez, a quien dijo que conocía por sus obras y admiraba mucho. Incluso dió a entender que, practicadas las diligencias indispensables, buscaría una fórmula para po-

nerle en libertad en seguida. Por desgracia, la declaración de Benítez fué lamentable. No sólo explicó el robo de la cucharilla, de aquélla y de cuantas cucharillas se le ponían al alcance de la mano, por un impulso irresistible de apoderarse de ellas, sino que confesó con la mayor tranquilidad que era tal la necesidad imperiosa que sentía de coleccionarlas, que para satisfacerla era capaz de todo. Y todavía añadió más: añadió que precisamente llevaba el revólver porque el día anterior había observado que el camarero sospechaba de él, y temía que le pudiera castigar si le cogía *in fraganti,* ya que él estaba absolutamente seguro de que no podría sustraerse al deseo vehementísimo de apoderarse de la cucharilla, como, en efecto, sucedió. Preguntóle el juez si después de lo sucedido perduraba todavía el deseo, y contestó afirmativamente. Se mostró arrepentido, avergonzado de su acción, pero insistiendo siempre en que no tenía más remedio que seguir hurtándolas, porque le obligaba a ello una fuerza irresistible superior a su voluntad, y que no estaría tranquilo hasta obtener la colección completa. En cuanto al punto concreto de los disparos, aseguró que no había querido hacer daño a nadie, sino sencillamente atemorizar al camarero para impedir que le registrase y pudiera acusarle públicamente de ladrón; pero que después de las consecuencias que el escándalo había tenido y de la vergüenza que estaba pasando, si algo lamentaba era no haber tirado contra él, en lugar de disparar al aire. Terminó rogando al juez que le devolviesen el revólver, porque era un regalo que le había hecho una mujer, y lo tenía en grande estima.

El juez dió por terminado el interrogatorio; llamó a Cebrián y a Manrique, y les dijo que, a pesar de los bue-

nos deseos que tenía de complacerles y de ser útil a Benítez, no se atrevía a decretar su libertad sin que antes le examinaran los forenses, porque de la breve conversación que acababa de tener con él había sacado la impresión tristísima de que se trataba de un irresponsable peligroso, seguramente un degenerado hereditario, kleptómano y con sospechosas tendencias agresivas. Lo más que podía hacer y lo que más podía favorecerle era enviarle en observación a la sala de dementes del Hospital, y si los médicos informaban que su estado no ofrecía peligro para la seguridad de las personas, ponerle inmediatamente en la calle.

Autorizados por el juez, los cuatro amigos almorzaron en el despacho de los oficiales de guardia, para evitar que el ambiente de un café y la presencia de camareros pudiera nuevamente excitar a Ricardo; y terminado el almuerzo, se encaminaron los cuatro al Hospital. Aunque la intervención de Manrique simplificó muchas dificultades y se dió al ingreso el carácter más sencillo posible, el acto fué muy doloroso. Después del acceso impulsivo, Benítez había caído en una gran depresión melancólica, que inspiraba verdadera lástima. Se comprendía claramente que tenía noción perfecta de la naturaleza morbosa de sus impulsos, y se daba cuenta exacta de cuanto sucedía, incluso de la necesidad de someterse a un tratamiento médico. Se despidió de sus amigos abrazándolos con gran efusión, dándoles las gracias por lo que hacían con él y rogándoles que no le olvidaran y vinieran a verle a menudo. Los tres salieron profundamente conmovidos, sobre todo Enrique, que, enjugándose los ojos, declaró que él no servía para tales trances.

Veinte días después, y en vista del informe de los mé-

dicos, el juez dispuso el ingreso de Benítez en un manicomio. La noticia produjo en la tertulia del café tremenda conmoción. A pesar de su carácter extravagante, huraño y retraído, Ricardo contaba en el ambiente literario y artístico de Madrid con grandes simpatías. Se le estimaba mucho y se le admiraba muy de veras. El final trágico y desastroso de su enfermedad sobrecogió hasta a los más indiferentes, y alguien en la tertulia aventuró la conveniencia de intentar algo que pudiese hacer más llevadera su triste situación. Enrique y Almansa, haciéndose intérpretes del sentimiento general, se ofrecieron gustosos a encargarse personalmente de arbitrar recursos para atender a todos los gastos que originase la estancia del enfermo en un establecimiento particular Para ello organizaron una Exposición de dibujos con el apoyo y patrocinio del Círculo de Bellas Artes, que se prestó desde luego a ceder el local, y el desprendimiento generoso de las revistas ilustradas de las cuales era Benítez colaborador, y que se avinieron a deshacerse de unas cuantas docenas de originales adquiridos y publicados ya. Con ellos y algunos otros, muy pocos, inéditos, que pudieron hallarse en el estudio, se improvisó una Exposición de unos sesenta cuadros en el pisito bajo del palacio de Gor. Preparado muy bien el ambiente, y hecho el reclamo con artículos periodísticos y carteles anunciadores, y solicitado el concurso de las personalidades más eminentes de la Política y del Arte, la inauguración fué un gran éxito. Sólo aquel día se vendieron veintinueve dibujos. Tres de ellos, los más caros (tres mil pesetas cada uno), los adquirió Cebrián; otro, tasado en mil, Manrique, y otro, en cien, Paco Almansa. La Exposición duró ocho días, y produjo en conjunto treinta y dos mil pesetas.

Comentada la cifra en la tertulia, se calculó que había dinero para sufragar la estancia de seis años.

—Pero ¿va a durar tanto eso?—preguntó alarmado Pepe Rubio.

—Hombre, yo creo que no—contestó Manrique—. De no sobrevenir complicaciones cerebrales, ataques congestivos o epileptiformes, fenómenos de parálisis o agravarse la enfermedad hasta el punto de constituir una verdadera locura, puede curar en medio año, quizá en menos. A la edad de Benítez, estas cosas, o no curan, o curan en seguida.

—¡Y pensar—dijo Pacheco—que este pobre hombre se ha vuelto loco por la muerte de una mujer!

—No—replicó Garcés con tono grave.

—¿No? Entonces, ¿por qué se ha vuelto loco?

—No se ha vuelto loco. Nadie se vuelve loco. El que se vuelve loco es porque ya lo está. No hay más que una causa primordial y fundamental de la locura: la predisposición. Como dice muy bien Cullerre, sólo los cerebros mal equilibrados están expuestos a sucumbir bajo la influencia de las perturbaciones orgánicas, bajo el choque de las emociones violentas, de las pasiones desbordadas. Esta predisposición es la herencia, y no ya siquiera la herencia directa y similar, como se pretendía antiguamente, sino la herencia por transformación. Hoy, la Ciencia admite que lo hereditario en una enfermedad no es la enfermedad misma, sino la tendencia morbosa, que, transmitida de generación en generación, puede aparecer en los descendientes con manifestaciones distintas, pero en el fondo similares. Todas las enfermedades nerviosas son solidarias entre sí. Dementes, idiotas, escrofulosos, raquíticos, todos pertenecen a la misma familia. Moreau de Tours ha demostrado las relaciones

de la locura con las convulsiones, histerismo, epilepsia, estrabismo, parálisis, neuralgias, fiebres cerebrales, apoplejía, tartamudez, asma, sordera... Bouchard y Casalis señalan la relación de la locura con la diabetes, y Langiewicz, entre la diabetes y la epilepsia. Pinel habla de melancolía reumática, y Berthier, de locura gotosa. Ricardo Benítez no se ha vuelto loco. La emoción violentísima que en su ánimo haya podido producir el final lamentable de esa pobre mujer podrá ser una causa importante, pero nunca eficiente, de su enfermedad, que ya existía. Además, Ricardo no es un loco: es un degenerado impulsivo.

—Igual me da. Para el caso es lo mismo.

—No, no es lo mismo. Hoy, la Ciencia admite en las perturbaciones cerebrales dos categorías de enfermos: los mentales y los psíquicos. Los mentales han perdido la razón, la voluntad libre y consciente y la intelectualidad superior: son locos. Los psíquicos no han perdido todo lo que constituye la razón y la inteligencia, pero sus facultades están perturbadas, no se encuentran en su estado normal: son los semilocos que han llamado Michel Corday y Grasset, acaso por no encontrar otro término más apropiado. En los semilocos, lo mismo que en los locos, las perturbaciones mentales tienen su origen en la herencia y están ligadas fuertemente a la imperfección congénita de sus órganos cerebrales. Su cerebro está mal constituído, hay falta de armonía en él, y, por consecuencia, falta de equilibrio en su funcionamiento. La lesión muchas veces no afecta más que a puntos limitados de la sustancia gris, y entonces resulta una inteligencia desigual, brillante tal vez en el conjunto, pero deficiente en los detalles. Los centros de percepción se impresionan de modo desigual y las sensaciones se gra-

ban de distinta manera. Entonces viene la locura parcial o la semilocura. Por eso puede darse, y se da, el caso de que haya idiotas morales dotados de grande inteligencia. Las impulsiones, las obsesiones, los delirios parciales, lo mismo pueden manifestarse en un sujeto de entendimiento limitadísimo que en una persona de inteligencia muy desarrollada. Cullerre ha demostrado que un degenerado hereditario puede poseer una gran inteligencia; puede ser (son palabras textuales suyas) un notable magistrado, un matemático insigne, un gran artista, un político eminente, un administrador de primer orden. La falta de equilibrio recae entonces en el dominio de la sensibilidad moral, y aquel hombre inteligente presenta bajo este aspecto grandes imperfecciones. Todos los que estamos aquí reunidos conocemos las interioridades de la política española. Yo no quiero entrar ahora en polémicas ni herir susceptibilidades. Pero repasad mentalmente la personalidad de las principales figuras. ¿No habéis oído decir hablando de alguno?: «¡Qué talento tan enorme tiene! ¡Lástima que sea tan sinvergüenza!» Y de otro: «Es un hombre admirable, pero le pierde la soberbia.» Y de otro: «Sería el primer gobernante español si no fuese un impulsivo peligroso.» Y de otro, en fin: «Vale muchísimo, no se puede negar; pero es un soñador y un utopista: está siempre fuera de la realidad.» Pues todo esto que decimos nosotros en la familiaridad de la vida corriente, traducido al lenguaje científico quiere decir que esos sujetos son desequilibrados, degenerados, cerebros mal constituídos, en los cuales se ha roto la armonía por carencia o, cuando menos, por atenuación importantísima del sentido moral.

—¡Hombre, por Dios!

—No os riáis, que estoy hablando en serio. Y si pen-

sáis que el ejemplo lo puse llevado únicamente de mi aversión a los políticos, repasad la lista de los artistas y de los escritores. Id recordando vuestras amistades... ¿Cuántos hay que podáis decir, sin miedo a equivocaros, que son personas absolutamente normales?

—Según eso, no habría nadie normal.

—Normal..., normal..., absolutamente normal, puede que no.

—Siempre es un consuelo.

—Todo eso son exageraciones, afán de sacar las cosas de quicio. No hay semilocos ni narices. Se está loco o no se está loco.

—Eso sí que es una tontería, indigna de que la diga un hombre como tú. La locura no es más que una enfermedad, hijito mío; ¿y en dónde está la raya divisoria que separa la enfermedad de la salud? Un cólico es una enfermedad, y el tifus otra enfermedad; pero, ¿cómo vas a comparar el tifus con un cólico? ¿Cómo vas a decir que es lo mismo una sencilla neurastenia que una parálisis general progresiva? Salud y enfermedad son dos términos relativos, y entre ellos existe una escalera de infinitos peldaños. Hay locuras perfectamente definidas; pero debajo de ellas, en planos inferiores, están todas las anomalías del sistema nervioso, toda la escala interminable de las demás neurosis y psiconeurosis. Un hombre que cuando va por la calle teme que se hunda el piso o que se le pueda venir encima una fachada, no es un hombre normal, mas tampoco es un loco: es un *obseso,* un desequilibrado afectivo, que sufre *agorafobia,* miedo de los espacios. Es una enfermedad muy curiosa y mucho más general de lo que a primera vista parece. ¿No habéis visto personas que no pueden atravesar una plaza, asomarse a un balcón, cruzar de acera a acera

sin el miedo de que un coche los atropelle, de que un automóvil los aplaste, sin el presentimiento angustioso de una desgracia inevitable? ¿No los habéis oído decir que se marean? Pues son *agorafobos.* Y como contraste y en el mismo nivel está la *claustrofobia,* terror a recintos cerrados, y la *astrofobia,* miedo a las tempestades, y la *acrofobia,* miedo a las alturas, y la *crepnofobia,* miedo a los precipicios; y el miedo al agua, a los ríos, al mar, *hidrofobia, potamofobia* y *talasafobia.* Y el miedo a las montañas, *orofobia,* y a la noche, *nictalofobia,* y a la obscuridad, *keronanfobia.* Y están los *obsesos de la duda,* esos pobres seres que en los momentos más culminantes de su vida se ven asediados por escrúpulos exagerados, temores pueriles, vacilaciones ridículas y preocupaciones aplastantes. Rafael Gómez *el Gallo,* es un caso interesantísimo de obseso de la duda. Esas *espantás* inexplicables, esos temores absurdos que le acometen sin venir a cuento, esas sospechas extravagantes de que los banderilleros echan en los capotes de brega unos polvos misteriosos para que los toros se queden ciegos, son *obsesiones* de la duda. No os riáis, que la cosa es muy seria. *El Gallo* no es más que un obseso como tantos otros que ruedan por el mundo. Y ligados a ellos, tan ligados que algunos especialistas los confunden, se encuentran los que sufren de *delirio del tacto,* personas que no pueden coger entre los dedos un melocotón sin que previamente haya sido mondado, ni rozar con las uñas un pedazo de seda; individuos que no se atreven a comer pescados por temor de tragarse una espina, ni afeitarse solos por miedo a la navaja *(aigmofobia).* Este delirio del tacto se sobreexcita más aún cuando el enfermo tiene la preocupación del contagio. Hay quien no da la mano más que con guante puesto.

Hay mujeres que no besan jamás a sus amigas. Y está el caso contrario: gentes que sienten una absoluta precisión de tocar, de manosear ciertos y determinados objetos. Yo tengo un amigo que no puede salir a la calle sin poner previamente la mano sobre un trozo de hierro. En el portal de su casa hay dos grandes candelabros, que él acaricia inevitablemente cuantas veces sale o entra. ¿No sabéis de muchos individuos que al ver tres curas juntos tienen imprescindible necesidad de tocar un llavero? Delirantes del tacto. Y siguiendo la serie de las obsesiones, tenemos la *onomatomanía,* con todas sus pintorescas variantes: busca angustiosa de un vocablo que no se recuerda; impulso irresistible a repetir la última palabra oída o escrita, y algunas veces el propio pensamiento *(ecolalia);* significación funesta atribuída a ciertos nombres *(¡lagarto... lagarto!)* Y la *coprolalia*, o necesidad de decir palabras obscenas; y la *manía blasfemadora*, y la *aritmomanía,* que es la tendencia inevitable a contarlo todo, con su variante de la obsesión de las cifras fatídicas (¡oh el número 13, el supersticioso número 13!). Y tras las obsesiones están las impulsiones: la *kleptomanía* y su opuesto la *kleptofobia,* temor de apoderarse de lo que pueda pertenecer a otro; la *piromanía,* tendencia al incendio, y su opuesto la *pirofobia,* temor a los fósforos, a las materias inflamables, a cuanto pueda producir un fuego; la *dipsomanía* y la *sitiomanía*, impulso desconsiderado y excesivo a beber y a comer y el impulso desmedido a fumar. Hay personas a quienes los médicos han prohibido el uso del tabaco; ellos se dan cuenta perfecta de lo mucho que les perjudica, y, a pesar de lo nocivo que es para su salud, siguen fumando. Está la *oniomanía,* manía de las compras, y el impulso irresistible al juego. Están los excéntricos lunáticos,

inarmónicos, inadaptados, aventureros, extravagantes, bohemios, orgullosos, disipadores, inventores, soñadores, utópicos... Y están las manías de persecución: *perseguidos* y *perseguidos perseguidores;* los *pleitistas*, maravillosamente descritos por Krafft Ebbing, testarudos, arrebatados, polemistas, gentes que siempre andan metidas en procesos, y cuando pierden un pleito atribuyen la causa del fracaso a la parcialidad de los jueces, a influencias y recomendaciones. Los *celosos*, peligrosísimos la mayoría de las veces. Tenemos las *perturbaciones de las ideas,* religiosas, sociales, políticas, gregarias, que son fundamento de los partidos, de las sectas y del espíritu de cuerpo, y que producen los instigadores, los agitadores, los caudillos. Están los *mentirosos,* muy temibles, y los *simuladores,* que desconciertan al observador más minucioso y más sagaz. Todo el mundo conoce el caso de aquella muchacha hija del jefe de la Escuela de Caballería de Saumur. Era una muchacha de diez y seis años. Un día le contó a su padre que un teniente de Lanceros que concurría a las recepciones de la casa le había dicho una inconveniencia. Poco después empezaron a llegar cartas anónimas con declaraciones de amor para la madre y conceptos depresivos para la hija. El escándalo llegó hasta el punto de que el padre se creyó en el caso de advertir al joven oficial que no volviera por la casa. Aquella misma noche el aya de la muchacha oyó quejas y lamentos en la habitación de su señorita, y al entrar la encontró tendida en el suelo, con la camisa manchada de sangre, un pañuelo atado al cuello y una cuerda a la cintura. Dijo que un hombre, a quien conoció perfectamente a pesar de que traía el rostro enmascarado, había entrado por una ventana de la habitación, había querido abusar de ella, y no pudiendo lo-

grarlo, la había herido. Los padres guardaron el secreto de lo ocurrido, por temor al escándalo; pero como los anónimos seguían recibiéndose, algunos con amenazas concretas, intervino el Juzgado. Los médicos intentaron demostrar que la joven era una desequilibrada; pero el Jurado declaró al teniente culpable de tentativa de violación y heridas voluntarias, y el Tribunal le condenó a diez años de reclusión, que empezó a extinguir en Clairvaux, hasta que, revisada la causa, fué rehabilitado. El caso de la mujer de Putifar es idéntico. Evaporado el aroma de la leyenda, la mujer de Putifar no es más ni menos que una simuladora. Y tenemos los *místicos*, los *fanáticos*, los *erotomanos*, que no hay que confundir con los satiríacos ni con las ninfómanas; más bien se asemejan a los místicos, porque su pasión siempre es platónica y casi siempre única. Don Quijote es el tipo perfecto del erotomano. Y todos los pervertidos sexuales, *exhibicionistas*, *fetichistas*, *masoquistas*, *sádicos;* los que padecen *fobofilia* y *patofilia* y *zoofilia* y *necrofilia*. Y en las relaciones de la vida familiar y vernácula, la *misogamia* y la *misopedia*. Y no nos metamos en los campos del histerismo, de la neurastenia y de la psicastenia, porque nos perderíamos.

—No; basta, basta. Nos has aplastado.

—Pero ¿todo eso son realmente enfermedades?

—Enfermedades o degeneraciones, cada uno las llama como quiere; pero desde luego anormalidades de la vida cerebral y afectiva. El que las sufre no es una persona normal: es un ser incompleto, que debe estar al margen de la responsabilidad y de la Ley. Lo que sucede es que la mayoría de esas perturbaciones son, por fortuna, inofensivas para el buen orden de la sociedad. ¿Qué le importa a la sociedad que un individuo no pueda mon-

dar un melocotón o se gaste la fortuna en inventar un aparato absurdo? ¿Qué transcendencia tiene que un amigo se entretenga en recontarnos los botones del chaleco o no quiera meterse en un ascensor por miedo de caerse? Todo eso no tiene importancia. Chifladuras, decimos. Cuando la obsesión o el impulso son un poco más graves y nos pueden afectar directamente, llamamos a los que las padecen granujas, canallas, sinvergüenzas, y nos quedamos tan tranquilos. ¿Que el hecho es más grave aún? ¡Ah, entonces comenzamos a preocuparnos! Y establecemos diferencias, según la condición social del sujeto. Si una dama que posee veinticinco mil duros de renta roba en una tienda una puntilla de catorce reales, lo más probable es que el juez sospeche que se trata de un caso de kleptomanía; pero si, en vez de una gran dama, es una pobre oficialita de un taller, tened la evidencia de que el juez la considerará una malhechora y la enviará a la cárcel. ¿Será porque el juez sea un magistrado injusto, incompetente o torpe? No; es que no tiene tiempo de ocuparse de estas pequeñeces. No es cosa de someter a cada detenido a un reconocimiento pericial. Si en el caso de la dama sospecha, es porque la dama tiene un abogado y un procurador y una familia que se lo hacen observar. Entonces el juez cae en la cuenta: «Sí, verdaderamente..., en efecto: debe ser un caso de kleptomanía.» He puesto este ejemplo de la kleptomanía porque es el que más fácilmente entra por los ojos; pero comprenderéis que en las mismas circunstancias se encuentran todas las restantes perturbaciones neuropáticas. Y es que, como ya indicó muy atinadamente Saleilles en sus estudios de *Criminalidad social*, la sociedad no tiene en cuenta más que el hecho realizado. La causa originaria le es indiferente: sólo toma en

consideración el daño producido y la necesidad de castigar al causante.

En la rapidísima enumeración que antes os hice de las distintas manifestaciones que puede adoptar la degeneración hereditaria, sólo os hablé de las inofensivas; pero ¿y las peligrosas? ¿Los impulsivos suicidas, los impulsivos homicidas, los perversos, los perseguidores agresivos...? ¡Cuántas riñas, cuántas agresiones, cuántos atropellos, cuántos asesinatos que parecen incomprensibles tendrían una explicación sencillísima si se analizase al sujeto, si se examinara siquiera la herencia psicopática! En la inmensa mayoría de los casos se vería que se trataba, si no de un irresponsable en absoluto, por lo menos de un semiirresponsable, de un individuo de responsabilidad atenuada.

—Todo eso—dijo Pacheco—, desde el punto de vista científico, está muy bien; pero ¿y desde el social? Si a mí, mañana, en medio de la calle me degüella un hombre, ¿qué más me da que sea un criminal o un loco? Para mi familia, que se queda sin mí y en la miseria, ¿qué importa la responsabilidad o irresponsabilidad del causante del acto? Y a la sociedad en general, ¿qué puede ser, en definitiva, lo que le interese? Que se pongan los medios para impedir que el hecho se repita con otro ciudadano. Nada más. Loco o criminal, responsable, irresponsable o semiirresponsable, el deber de la sociedad es ponerse a cubierto contra las contingencias del hombre peligroso.

—Desde luego; pero sin confundir al criminal con el enfermo. Para el uno, la cárcel; para el otro, la Casa de salud. Sí, ya sé que incluso se ha dicho, y por personas eminentes, que el Estado tiene demasiados gastos sobre sí para malbaratar el dinero en sostener encerrados a

los irresponsables. Esto, si no fuera una infamia, sería una tontería, porque de todos modos hay que gastar dinero, estén en cárceles o estén en manicomios. Si a todos los locos los ahorcaran, todavía podría ser una solución económica; pero esto, en la práctica, no se realiza, porque por algo se establecieron las circunstancias atenuantes, aunque la mayor parte sean objetivas y procedan más bien del hecho en sí que de la condición del actor. Lo cierto es que, de todos modos, hay que recluirlos; y si hay que recluirlos, ¿qué más da que lo estén en un presidio, en donde necesariamente han de agravarse sus tendencias peligrosas, o en un establecimiento curativo, donde puedan sanar y ser de nuevo ciudadanos útiles? La sociedad tiene el deber de prevenirse contra los daños de los irresponsables, ¿quién lo duda?; pero también tiene el deber de curarlos y de procurar los medios para que el número disminuya. Ni más ni menos, después de todo, que lo que hace con los tuberculosos y los tíficos. ¿Por qué ha de ser un tuberculoso de mejor condición que un degenerado intelectual o moral?

—Entonces, según eso, hay que encerrarlos a todos...

—No; a todos, no. Entre los degenerados hereditarios hay muchos, muchísimos, de un enorme valor social; hombres útiles y gloriosos para la patria y para el mundo. Se puede ser un idiota moral y un admirable ministro de la Gobernación, un epiléptico y un genio de la guerra, un megalómano y un músico eminente, un dipsómano y un gran polígrafo, un pervertido y un estupendo dramaturgo. Sócrates padeció ataques de catalepsia y sufrió alucinaciones; Pascal era melancólico: a los veinticuatro años tuvo una parálisis y neuralgias terribles; Julio César, Pedro el Grande y Mahoma fueron

epilépticos; San Francisco Javier y San Francisco de Asís, extáticos y alucinados; San Ignacio de Loyola, otro alucinado, tuvo impulsos suicidas; Augusto Compte estuvo encerrado en el manicomio de Esquirol: era megalómano y místico delirante; El Tasso, lipemaníaco; Nietzche acabó loco; Tomás de Quincey sufría alucinaciones; Goethe era sonámbulo y visionario; Schumann, lipemaníaco; Chopin, neurótico; Donizzetti murió de parálisis general; Wágner padecía manía persecutoria, manía de grandezas y misticismo de carácter erotómano y religioso; Mozart era un degenerado precoz: murió de una enfermedad cerebral; Berlioz sufrió impulsos suicidas; Edgar Poe, Hoffmann y Alfredo de Muset fueron dipsómanos; Dostoiewsky era desmemoriado, irresoluto y tenía miedo a los demonios; Tolstoi era un desequilibrado; Guy de Maupassant murió loco; Gerard de Nerval se paseaba por la calle con una langosta viva atada de una cuerda, y se suicidó en una casa de mala nota; Flaubert fué histérico y epiléptico; Baudelaire, histérico-epiléptico; Molière, hipocondríaco; Montesquieu y Chateaubriand, neurasténicos; Napoleón creía en presentimientos; Zola padecía alucinaciones olfatorias y auditivas; los Goncourt tenían una sensibilidad mórbida; Larra era un erotómano, que acabó en suicida; suicida fué Saint-Simon; Zorrilla, un disipador; Fernández y González, un ególatra, como Víctor Hugo; Balzac padecía monomanía ambulatoria; Diderot era un desmemoriado; Zimmermann y Linneo murieron locos; el maestro Fernández Caballero y Castelar fueron sitiómanos; Heine estuvo atacado de una enfermedad de la medula; Bossuet componía sus sermones maravillosos con la cabeza envuelta en trapos calientes; Bécquer era un inadaptado melancólico; Menéndez y Pelayo, Dicenta y

el general Pavía, dipsómanos; Fernández Shaw, Felipe Trigo y Ganivet, suicidas...

—Basta, basta; nos estás poniendo los pelos de punta.

—Os advierto que me quedan todavía otros tantos.

—Pues suprímelos.

—Y si queréis que estudiemos las grandes dinastías de la Historia, recordad que la de Ciro terminó en Cambises, loco furioso; la de los emperadores romanos, en Nerón, después de pasar por Calígula y por Claudio. Podemos hablar de los Austrias, de los Tudor, de los Borbones, de los Romanoff...

—No... ¡No! Nos damos por convencidos—declaró Cebrián.

Pacheco, a quien la cuestión interesaba, hizo una observación:

—Esto del genio es una cosa aparte. Ya sabes que Max Nordau, en la *Psicofisiología del genio y del talento,* si no recuerdo mal, dice que...

Pero Garcés no le dejó acabar.

—Antes que Max Nordau, lo había dicho ya Moreau de Tours. Para Moreau de Tours, el genio es un estado neuropático, un eretismo de los nervios desenvuelto en un cerebro semimorboso. Lombroso va más lejos todavía. Para Lombroso, el genio es más que una neurosis: es una neurosis particular; la creación genial es una forma de psicosis degenerativa perteneciente a la familia de las epilepsias. En cambio, para Reveille Parisse, es todo lo contrario: existe la relación entre la neurosis y la inteligencia; pero la neurosis es una consecuencia de la superioridad intelectual, un *surmenage,* que dice él; un agotamiento, que diríamos nosotros. Yo no creo nada de esto. Yo prefiero creer, con Faguet, que si las neurosis parecen más frecuentes entre los superiores

intelectuales, es porque se los ha estudiado mejor, porque son los únicos que merecen que se los estudie. César era epiléptico. ¿Y qué? ¿Se ha preocupado nadie de indagar si los esclavos de César eran hombres normales? Maupassant murió loco. ¡Cuántos locos han muerto que no sabían escribir ni leer! Tan desequilibrado como pueda estar el genio más genio, lo está seguramente cualquier burgués pacífico, el individuo menos intelectual, un director de periódico, el subsecretario de un Ministerio, un agente de Bolsa, el boticario de la esquina, esa mujer que pasa, el limpiabotas, el camarero, tú y yo. El mundo es una grillera de desequilibrados y degenerados. Quién más, cuál menos, todos andamos mal de la cabeza.

CAPÍTULO XII

PARECE QUE BENÍTEZ SE HA CURADO

Pasó un año, en el cual ocurrieron muchas cosas. Luis María Garcés, el famoso otorinolaringólogo-sociólogo, se casó con la hija única de un riquísimo sevillano, exportador de aceite: fundó una clínica soberbia, dejó de escribir artículos transcendentales y no volvió a aparecer por la tertulia. Almansa se encargó de la dirección de un periódico, un periódico de tercer orden, órgano de una fracción política, en el cual, a falta de un buen sueldo, le ofrecían la esperanza compensadora de un porvenir brillante: un acta, una Dirección general, una Subsecretaría, acaso un Ministerio. Aceptó el cargo pensando que otros más brutos que él y con bastante menos lastre cultural habían llegado por tales escalones. El diario era mañanero, y aun cuando Almansa, en cuanto revisaba la parte literaria y política, únicas que le interesaban del periódico, se marchaba a dormir, dejando al redactor-jefe que lidiase con la prosa abyecta de los sucesos y los telegramas, entre unas y otras cosas, eran siempre las tres o tres y media, cerca de las cuatro, cuando empezaba a desnudarse, y las cuatro y media cuando comenzaba a dormirse. Naturalmente, se levantaba tarde, desganado, de mal humor, deprimido, con la boca

sarrosa y la cabeza completamente vacía. En estas condiciones tenía que almorzar y marcharse en seguida a casa de su jefe político a recibir órdenes, o como decía el jefe, a cambiar impresiones, o como mejor podría decirse, porque en realidad era lo que ocurría, a escuchar, sentado en un sillón, con las manos cruzadas y resignado el gesto, todas las tonterías, divagaciones y vulgaridades que al buen señor se le iban ocurriendo acerca de los acontecimientos cotidianos. Al cabo de dos horas de esta charla insulsa, el jefe concluía inevitablemente por decir: «Pues no tengo nada que encargarle a usted. No se me ocurre nada. Haga usted el favor de darse una vueltecita por aquí después de cenar, a ver si durante la tarde ha surgido algo.» Almansa obedecía, y la escena tornaba a repetirse, con la única variante de que el despacho del jefe estaba a estas horas completamente lleno por los conspicuos del partido. Perdía otro par de horas, y al cabo de ellas, el jefe le llamaba aparte y le despedía: «Bueno, querido Almansa, que es tarde para usted y tiene usted que trabajar. Como no ha surgido nada, haga usted lo que quiera.» Almansa se encaminaba a la Redacción y zurcía su artículo de fondo como se le antojaba. Algunos le salían muy bien. Su prosa sobria, seca, concisa, tenía una fuerza de argumentación inquebrantable. A la noche siguiente, el jefe escogía un párrafo como punto de arranque para cualquiera de sus peroraciones: «Como decíamos esta mañana en el periódico...» Entonces, todos los presentes, a coro, elogiaban el artículo y felicitaban al jefe. Y así un día y otro día y otro... Hubo un cambio de Gobierno, se hicieron unas elecciones, y Almansa se quedó sin acta. Fué el único de los contertulios que se quedó sin ella. Bien es verdad que era el único que no halagaba al jefe. Se contentaba

con oírle; darle, cuando se la pedía, su sincera opinión, y algunas veces llevarle la contraria, con gran estupefacción de los reunidos. Alguno se permitió reconvenirle cariñosamente: «No es ése el camino, querido Almansita... Así no se medra.» Y, efectivamente, no medró. Las carreras políticas en España no se hacen desde los escaños tribunicios, ni desde las direcciones de los periódicos: se ganan en las tertulias familiares con asiduidad, paciencia y servilismo. El que no posea estas dotes debe renunciar abiertamente a la política y no perder el tiempo. Almansa renunció. A los ocho meses de esta existencia esclavizada, cayó en la cuenta de que todas las migajas que le podía ofrecer la política no valían lo que su salvaje independencia; dimitió la dirección del diario y volvió a sus artículos, a sus críticas, a sus ensayos y a sus traducciones. Y volvió a la tertulia del café, mucho más amena, más divertida y más interesante que todas las reuniones vernáculas de los políticos al uso.

La encontró bastante transformada. Garcés, como hemos dicho, no iba a ella desde que se casó. Manrique, cuya clientela aumentaba considerablemente, apenas disponía de tiempo; tan sólo alguna vez, de tarde en tarde, un día a la semana, escamoteando veinte minutos entre dos visitas, llegaba en su automóvil—tenía ya automóvil—y entraba en el café para dar a sus viejos amigos un apretón de manos y paladear un vaso de vermut. Al ingeniero agrónomo le habían nombrado jefe en una granja agrícola, y Pepe Rubio explicaba en una Universidad andaluza una cátedra de Historia Universal. Pero otros tertulianos habían sustituído a los ausentes, y la reunión seguía siendo la misma, con su mismo bullicio ruidoso y su mismo carácter conglomerado y pintoresco. Cuando en un rosal las flores se deshojan, otras flores

las sustituyen en las ramas; las nuevas rosas podrán ser otras rosas, pero el aspecto del rosal siempre es el mismo.

Una mañana espléndida de abril, en que la tertulia estaba congregada en la terraza, resguardada del sol bajo el abrigo de los toldos de lona, Paco Almansa dijo de pronto:

—¿A que no saben ustedes quién estuvo ayer tarde en mi casa?

—¿Quién?

—Ricardo Benítez.

Inmediatamente descargó sobre él un copioso chaparrón de preguntas.

—¿Ha salido del manicomio? ¿Cuándo ha salido? ¿Está ya bueno? Pero ¿bueno del todo? ¿Cómo le ha encontrado usted? ¿Qué le ha dicho? ¿Qué piensa hacer ahora? ¿Va a volver a pintar? ¿No se le habrá olvidado?

Almansa, poco a poco, fué satisfaciendo la curiosidad.

—Le han dado de alta anteayer. Parece que, en efecto, está restablecido en absoluto. Los médicos le han dicho que puede reanudar sin peligro su vida habitual y dedicarse a sus ocupaciones de siempre. De aspecto exterior, yo le encontré muy bien: más grueso, mejor color, más expresión en la mirada, más alegría en el rostro, más soltura en los movimienros..., en fin, muy bien; mucho mejor que antes. Podrán ustedes comprobarlo pronto, porque va a venir.

—¿Va a venir?

—Sí. Me dijo que, si podía, vendría hoy mismo, y si no, mañana. Tiene muchas ganas de verles a ustedes. Me encargó con gran insistencia que les diese recuerdos y los saludase a todos en su nombre.

—¡Pobre muchacho!—dijeron dos o tres, conmovidos.

Los demás callaron, y, contagiados por este mutismo, se hizo un silencio general. La mayoría contrajeron el rostro con un gesto instintivo de malestar y desagrado, que lo mismo podía ser síntoma de miedo que manifestación espontánea de remordimientos de conciencia. El que más y el que menos se había portado bastante mal con el pobre Benítez. Si se exceptuaba a Enrique, que iba muy a menudo a visitarle; a Almansa, que acudía puntualmente todos los primeros de mes a pagar la pensión, y a Manrique, que fué dos o tres veces, los demás no se dignaron parecer un solo día por el manicomio. Se daba el caso de que siempre que en la tertulia se suscitaba la conversación, prometían hacerlo. «Sí, sí; tenemos que ir—decían muy decididos todos—. A ver si una tarde nos ponemos de acuerdo.» Pero la tarde no llegó jamás.

Enrique era el único que, no obstante la enorme violencia que la decisión le suponía, a pesar del rato tan doloroso y tan amargo que pasaba con él, iba a verle, cuando menos, una vez por semana; estaba media hora, tres cuartos de hora, una hora a lo sumo; pero iba. Le llevaba cigarros, golosinas, revistas ilustradas, pequeños regalitos, y luego, cuando la mejoría comenzó ya a iniciarse francamente, lápices, cuadernos, pinturas, una caja surtida y un caballete lindísimo, de campo, que Ricardo no se atrevió nunca a sacar al jardín por miedo de que se le rompieran. En estas rápidas entrevistas, realizadas generalmente al aire libre, en presencia de los demás enfermos, que iban y venían con absoluta libertad y a veces se acercaban para inmiscuirse en la conversación, Ricardo se mostraba perfectamente razonable: hablaba de todo con un buen sentido, una lógica y una ecuanimidad tan sensata, que a Enrique le deja-

ban desconcertado y pensativo. A pesar de todo, se sentía molesto, lleno de inquietud, mirando receloso a todos lados, temeroso siempre de un ataque imprevisto, de una agresión violenta por parte de cualquiera de aquellos infelices que por el jardín andaban a sus anchas. A Ricardo no le temió nunca. Sin saber por qué, instintivamente, sin que en ello hubiera razonamiento ninguno de la reflexión, jamás se le ocurrió la idea de que pudiera ser capaz del más insignificante arrebato agresivo. Lo único que sentía en su presencia era piedad, una profunda conmiseración, que se traducían en un abatimiento muy grande, en una angustia física que le oprimía el corazón y los pulmones. Sólo cuando trasponía la verja de la tapia y se encontraba en la carretera, al pie del automóvil, respiraba tranquilo, con la satisfacción con que debe respirar un preso que traspone el rastrillo de la cárcel. Y, sin embargo, todavía, desde la salida del manicomio hasta que, al entrar por la Puerta de Toledo, el alegre bullicio de las calles y el trajín ciudadano le volvían a la realidad de la vida corriente, iba hundido en el rincón del coche, con la mano en los ojos, cabizbajo y sombrío.

Cebrián fué el primero que tuvo noticia, por los médicos, de la curación de Benítez y del propósito de darle de alta. Hacía de esto dos meses. Si no se llevó a efecto en la fecha prevista, fué sencillamente porque unos días antes de ir a cumplirse, Ricardo pescó un fuerte catarro bronquial, y el director del establecimiento no quiso que saliera hasta no verle por completo restablecido. Pero este catarro, como era natural, no tenía nada que ver con la otra enfermedad, de la que estaba absolutamente curado.

—¿De manera—dijo Pacheco, decidiéndose por fin a

romper el silencio que gravitaba sobre la tertulia—que va a venir aquí...? ¡Cuánto me alegro! Precisamente, esta semana, sin falta, pensaba yo ir a verle. Ayer mismo me estuve acordando de él. ¡Qué cosa más rara!, ¿eh? Parece un caso de telepatía.

—¡Ya, ya...!

—¿Y dices que le has encontrado muy bien...?

—Sí, muy bien. Ahora le veréis, si viene.

—¿Estás seguro de que vendrá?

—Él me dijo que sí.

Todos, instintivamente, volvieron la cabeza hacia la calle de Sevilla, como si tuvieran el presentimiento de que por aquella parte iba a llegar. Y, en efecto, sería casualidad, sería coincidencia, pero llegó. Venía despacio, contoneándose, ataviado con un abrigo nuevo de gabardina, sombrero claro, el calzado lustroso, los guantes puestos, con aspecto de hombre casi elegante, que contrastaba con su antiguo modo de ser desaseado y sucio. Se había quitado el bigote, y con el rostro limpio parecía más alto, más gallardo, sobre todo más joven, y eso que la cabeza había encanecido y bajo las alas del sombrero plateaban los aladares completamente grises. Todo el mundo se levantó:

—¡Caramba, Ricardito...! ¡Qué alegría...! ¡Quién iba a pensar...! ¡Vaya, hombre, vaya...!

No se atrevían a decir otra cosa, azorados, cohibidos, temerosos de que, sin querer, se les escapase cualquier inconveniencia. Él los fué saludando uno por uno, y cuando llegó a Enrique, le dió un abrazo, un abrazo largo, cordial, efusivo:

—¡Qué ganas tenía de verte!

—Y yo también a ti.

—Yo, muchas más, porque estoy contigo en una deu-

da de gratitud que no sé cómo satisfacer. ¿Qué haré para pagarte lo que has hecho conmigo?

Enrique, muy emocionado, no le dejó acabar.

—No te ocupes de eso. Todo eso no tiene importancia.

—Para ti, quizá no; para mí, mucha. Ya que, hoy por hoy, no pueda corresponder contigo de otro modo, permíteme al menos que te dé este testimonio público de mi gratitud. Quiero decirlo en alta voz, para que todo el mundo lo oiga. Conste que si en este mundo tengo que estar agradecido a alguien, es a ti.

—No hablemos de eso... Déjalo. Yo lo único que deseo es que te encuentres bien. ¡Qué! ¿Cómo te encuentras?

—Muy bien; gracias a Dios, muy bien.

—Pues eso es lo principal y lo único que importa. Siéntate. ¿Qué vas a tomar?

—Nada.

—Pero, hombre...

—No quiero tomar nada. Los médicos me han dicho que, aunque estoy completamente bien, en una temporada debo abstenerme en lo posible de alcoholes y excitantes; y como a mí no me supone ningún esfuerzo prescindir de estas cosas, he decidido suprimirlas en absoluto.

—Como quieras.

—Tú dirás que yo soy un ingrato, al no haber ido por tu casa.

—No; he supuesto, sencillamente, que tendrías que hacer.

—No, no ha sido por eso. Ayer tarde se lo decía a Paco Almansa, ¿verdad? No me he atrevido a ir, porque me parecía violento presentarme de pronto, sin prevenirte,

no por ti, sino por tu mujer. Como las mujeres son así y, al fin y al cabo, acabo de salir de..., ¡psss...! Pues, la verdad, chico, he querido evitar, por lo menos, la primera impresión de la sorpresa. Habría sido para mí muy desagradable que, por una ligereza mía, pudiera tu mujer pasar un mal rato...

—¡Hombre, por Dios, qué cosas tienes!

—Esa ha sido la única razón. Si, después de estas explicaciones, tú crees que no hay inconveniente...

—Ninguno. ¡Qué va a haber! Tú vas por casa cuando quieras.

—¿Cuándo te parece que vaya?

—Cuando te convenga mejor. No tienes más que advertírmelo por teléfono.

—Muchas gracias. Pues, sí, iré. Comprenderás que, después de lo que me ha ocurrido, estoy desorientado... He de rehacer por completo mi vida. Tengo algunos planes, y te los quiero consultar para que me aconsejes. Nunca como ahora necesito de tu opinión y de tu ayuda.

—Pues, nada, vas cuando gustes y charlaremos todo lo que quieras.

—¿Te molestaría que fuese mañana?

—No, hombre; todo lo contrario. Con muchísimo gusto.

—Entonces, voy mañana. ¿A qué hora te parece mejor?

—A la que tú quieras.

—¿De cuatro a cinco?

—Muy bien.

—Pues hasta mañana.

Apoyó los codos en el velador, se restregó las manos, y encarándose con todos los presentes:

—Bueno, caballeros—les dijo—; ya estamos otra vez todos aquí. Decíamos ayer...

CAPÍTULO XII

PARECE QUE BENÍTEZ NO SE HA CURADO

Cuando, al día siguiente, a las cuatro y media en punto, llegó Ricardo a casa de Enrique Cebrián, Enrique estaba en el despacho, sentado ante la mesa, escribiendo muy afanoso unas cuartillas. Al verle entrar, soltó la pluma, se echó contra el respaldo del sillón y con la mano le ofreció una butaca:

—Siéntate.

Benítez avanzó lentamente, y por encima de la mesa le tendió la mano.

—¿Estás trabajando?

—No; tomando cuatro notas, para distraerme. Nada: pasar el rato.

—¿De veras no te causo ninguna extorsión? Sentiría mucho venir a molestarte.

—No me molestas nunca. Ya te dije ayer que tenía deseos de charlar contigo—y mostrándole otra vez la butaca, insistió: —Siéntate.

Ricardo obedeció.

—¿Tu mujer y tus chicos, buenos?

—Sí, muy bien; acaban de salir. Si hubieras venido veinte minutos antes, los encuentras.

—Hombre, lo siento. Me habría gustado saludar a tu mujer. ¿Se puso bien del todo?

—Sí; ¡si no tenía nada! Pura aprensión. Es una mujer tan aprensiva y tan pusilánime... Hoy mismo no quería salir. No puedes figurarte el trabajo que me ha costado convencerla. La he mandado con los chicos a tomar el sol al parque del Oeste. Era una pena quedarse en casa, con una tarde así. Está un día magnífico.

—Soberbio. Demasiado bueno, quizá, para este tiempo. ¿Y por qué no quería salir?

—Qué sé yo. Rarezas de mujeres.

Se levantó del sillón, dió una vuelta por el despacho, arrastró una butaca hasta colocarla enfrente de Benítez y, sentándose en ella, se le quedó mirando fijamente:

—Muy bien, chico, muy bien. Te encuentro mucho mejor que antes.

—Eso me dice todo el mundo. Y yo voy creyendo que tienen razón.

—No cabe duda.

—Y tú, ¿qué tal? Me han asegurado que estás ganando muchísimo dinero.

—Hombre, mucho, mucho... no; pero, en fin, no me puedo quejar. Tengo suerte; eso es todo.

—Me han dicho que tus últimas cosas son de mucha gracia.

—No habrá sido Almansa quien te lo haya dicho.

Los dos se echaron a reír.

—¡Pobre Paco! Es su manía. Pero no pienses por eso que te quiere mal. Te estima mucho. Ayer tarde, precisamente, hablábamos de ti, y me lo decía. Pero ya sabes: es su modo de ser. Se ha empeñado en tomar la vida en serio.

—Que es el aspecto más desagradable de la vida. La vida sería el encanto mayor de los encantos si no tuvié-

ramos el mal gusto de estropeárnosla con abstracciones y complejidades. No hay más que una cosa fundamental: vivir, vivir bien; tener a todas horas satisfechas las necesidades corporales y la conciencia limpia con la garantía que da el convencimiento de haber procedido siempre bien. Fuera de esto, lo demás, ¿qué importa? Gloria, fama, renombre, ideales, quimeras, ambiciones, envidias..., ¿qué vale todo eso? Cuando la pobre corteza del Globo que pisamos se enfríe un día definitivamente y la Tierra no sea más que un astro muerto que va girando alrededor del Sol, ¡de qué habrán servido tantas luchas, tantas miserias y tantas vanidades...! Si además de este mundo hay otro mundo, y en él se nos conservan el razonamiento y la memoria, ten por seguro que lo único que yo lamentaré será no haber logrado obtener de la vida un provecho mayor.

—Me parece que eres demasiado positivista.

—Soy un entusiasta de la vida, sencillamente; un hombre que ama la vida por encima de todo, y cree que el don supremo es la comprensión exacta del beneficio de vivir.

—¿Tanto amas la vida?

—Mucho.

—Pero, ¿la vida en sí?

—Lo que la vida tiene de agradable: la luz, el sol, la mujer, los perfumes, las flores, los vinos exquisitos, las comidas selectas, las comodidades...

—Quizá tengas razón.

—¡Ah!, no te quepa duda.

Benítez hizo un gesto y se levantó de la butaca. Enrique le miró sorprendido.

—¿Te vas?

—No; es que tengo ganas de estirar las piernas. Toda

la mañana la pasé trabajando, y me duelen las articulaciones, de la inmovilidad.

—¡Ah!, vamos; creía que...

—No, no tengo prisa. Si no la tienes tú...

—Absolutamente ninguna. ¿Quieres tomar algo? Una copita de *chartreuse* o de *cognac*... Lo tengo muy bueno...

—No, no; muchas gracias. Ya te dije ayer tarde que me he quitado en absoluto de beber.

—Siendo así, no insisto. ¿De manera que has empezado ya a trabajar?

—Sí; ya empecé. Y esto es precisamente lo que quería consultarte. Estoy un poco desorientado. No sé qué hacer. Por un lado, yo preferiría acometer desde luego una cosa seria, ahora que estoy bien, que me encuentro con energías... Por otra parte, temo el inconveniente de las dificultades económicas. Esto de las obras serias tiene un poco de lotería: depende mucho del azar y la suerte... Yo estoy apartado del mundo, un sí no es olvidado... La gente no se acuerda de mí...

Hablaba despacio, lentamente, vuelto de espaldas, con las manos en los bolsillos, muy entretenido en examinar los cuadros que colgaban de las paredes y las figuritas que bordeaban la repisa de la biblioteca. Una reproducción en bronce de *Le penseur*, de Rodin, le llamó la atención.

—¡Qué bien está esto!—exclamó, tomándola en las manos.

—¿El qué?—preguntó Cebrián, sin volver la cabeza.

—Esto de Rodin.

—¡Ah!, sí; *Le penseur*. Muy bien, ¿verdad?

—Es una reproducción primorosa, maravillosamente hecha, de lo mejor que he visto.

La colocó de nuevo sobre la repisa y siguió examinando el despacho y hablando al mismo tiempo de sus propósitos artísticos.

—Paco me dijo ayer que del producto de la famosa Exposición que hicisteis de los dibujos míos quedan todavía líquidas cerca de veinte mil pesetas, diez y ocho mil seiscientas no sé cuántas. Como yo, con este dinero, tengo más que suficiente para defenderme dos años, había pensado que...—se detuvo, cortada la frase por una exclamación de sorpresa:—¡Hombre!

Cebrián se levantó.

—¿Qué pasa?

—Nada: estos dibujos. No había yo visto hasta ahora que tenías estos dibujos míos.

—¡Pero si son los de la Exposición! Me quedé con tres. Te lo dije.

—Sí, es verdad, me lo dijiste; pero yo no caía concretamente en cuáles eran. Me alegro mucho que sean éstos, y más todavía de que hayan venido a tu poder. Son de las cosas que he hecho con más cariño y que me han salido mejor. Sobre todo, éste. Este, perdona la inmodestia, es sencillamente admirable. ¡Qué bien está...! ¡Qué entonado, qué justo...! ¡Qué bien hacía yo estas cosas!

—¡Hacía... hacía...! Y las harás cuando te dé la gana.

—Qué sé yo... Puede que las cosas que haga ahora, técnicamente, sean mucho mejores; pero esta sencillez, esta espontaneidad, esta jugosidad, esta soltura, este perfume encantador de gracia y picardía que tienen estos cuadros, todo eso se perdió para siempre.

Había descolgado el dibujo de la pared, y, con las manos extendidas, bien sujeto por el marco con el pulgar y el índice, lo contemplaba atentamente. *La que va*

a entregar, se titulaba el cuadro, y era una muchacha esbelta y rubia, vestida con un traje rameado arbitrario y convencional: la faldita, muy corta; las piernas, muy largas; el escote, muy grande; los brazos, desnudos; los tacones, inverosímiles, y una cajita de sombreros muy chiquirritita colgante de la muñeca por una cinta azul. A primera vista, el cuadro, en conjunto, no tenía nada de particular; pero examinándolo en detalle, cada detalle era un primor de ejecución y de factura.

—¡Qué bien, qué bien está!—repetía Ricardo sin dejar de mirarle—. Indiscutiblemente esto es lo mejor que he pintado en mi vida. ¡Con qué ilusión lo hice!

—¿Sientes todavía cariño por este dibujo?

—Mucho.

—¿De veras?

—Sinceramente.

—Pues quédate con él.

—¡No faltaba más!

—De verdad; no seas tonto: quédate con él.

—No, hombre, por Dios; de ninguna manera. Tengo yo muchísimo gusto en que tú lo conserves.

—Mira que te lo ofrezco de buena voluntad.

—Y yo lo mismo.

—¿Te le mando a tu casa?

—Que no; no seas niño. Aquí está muy bien y muy honrado. ¿Dónde mejor que aquí?

Dió media vuelta y lo volvió a colgar de la pared. Sonó el teléfono.

—Con tu permiso—dijo Enrique. Se acercó a la mesa, cogió el aparato portátil, se puso el micrófono en el oído, y, para hablar más cómodo, sentóse en la butaca que momentos antes ocupó Ricardo—. Sí..., sí..., sí...; claro, mujer... Naturalmente... Eres tonta de la cabeza...,

completamente tonta... Bueno, que sí... A las seis y media. Haré lo posible. Si no estoy a esa hora, no me esperes. ¡Ah!, ¿también? Bueno.—Apartó el aparato de la boca y volvió la cara para explicar a Benítez: —Es mi mujer. Ahora me dice que me va a hablar la nena, la chiquitina; tiene tres años y le encanta charlar por teléfono con papá. Y a papá, como ves, se le cae la baba. Preciosísima, ¿eres tú...? ¿Cómo está el encantito de la casa...? ¿Has jugado mucho...? ¿Chocolate? ¿Te van a convidar a chocolate...? Muy bien, muy bien..., eso está muy bien...

De pie, tras la butaca, Ricardo tenía en las manos *Le penseur,* de Rodin. En el momento en que Enrique, terminada la conversación telefónica, dejaba el aparato portátil sobre la mesa, levantó la figura de bronce y le dió con ella un golpe formidable en el cráneo. Enrique ahogó un gemido y se desplomó en la butaca, doblado por la cintura, los brazos caídos, las manos en el suelo y la cabeza en las rodillas como un pobre muñeco abandonado en un *guignol.* Un hilillo de sangre que fluyó de la nuca empapó el pelo poco a poco, resbaló por la frente y empezó a caer gota tras gota en el encerado del *parquet.* Ricardo, que había levantado de nuevo la figura para darle otro golpe, al ver que Cebrián no se movía, se quedó con la figura en alto indeciso y perplejo. La volvió a poner en la repisa de la biblioteca y lentamente se aproximó a su víctima, le cogió de los hombros, le echó contra el respaldo y se le quedó mirando atentamente.

—Le he matado—pensó—. ¡Qué bestia soy...!, ¡qué bruto!

Se encaminó a la puerta, la cerró con dos vueltas de llave, colocó la llave de modo que dejase obstruído el

ojo de la cerradura y, volviendo al lado de Enrique, le tomó el pulso y le puso el oído sobre el corazón. Al sentir que respiraba, su rostro se animó con una mueca súbita de satisfacción y de alegría; dió un suspiro muy fuerte y sus ojos brillaron con un relámpago de luz; sacó un pañuelo, le amordazó, cogió unas tijeras que había sobre la mesa del despacho, encaramóse en una silla, cortó el cordón del transparente lo más largo que pudo, amarró con él sólidamente a Enrique a la butaca, y, sentándose en la de enfrente, sin perderle de vista, esperó.

CAPÍTULO XIV

EN DONDE NO SE SABE SI BENÍTEZ ESTABA O NO ESTABA CURADO

Como Ricardo había supuesto, Enrique volvió en sí. Primeramente entreabrió muy despacio los ojos, y los volvió a cerrar; luego los volvió a abrir; parpadeó unos segundos como si entre las pestañas hubiese algo que le estorbase; arqueó el pecho, dilató las narices, respiró con ansia y, al sentirse sujeto, hizo un esfuerzo para desprenderse. Al ver que no podía, abrió otra vez los ojos, ahora del todo ya, los paseó por la habitación, se miró a sí mismo y, por último, los clavó en Ricardo con expresión indefinible de terror y de angustia. Ricardo alzó la mano y le contuvo con un gesto.

—No te muevas, porque es inútil. Haz el favor de estarte quieto. Y no me mires con esos ojos espantados, porque no estoy loco. Aunque parece que lo estoy, no lo estoy. Y te lo voy a demostrar. Tengo interés en demostrártelo. Te he atado porque es preciso que me escuches, porque esta es la única manera de que te resignes a escucharme. Oyeme, que tenemos que hablar.

»Tú crees que yo estoy loco, ¿verdad? Tú crees que lo estoy desde aquel día que me llevasteis del café al Juzgado y del Juzgado al Hospital. Tú crees que lo he esta-

do todo el tiempo que permanecí en el manicomio, y que esto que acaba de ocurrir ahora no es más que una recaída, una recidiva, una súbita y violenta agravación de mi locura mal curada. Pues bien: no, yo no estoy loco, no lo he estado jamás, ni ahora, ni antes, ni nunca. Me he hecho el loco, me he fingido el loco, y vas a saber por qué.

»Te detesto, te odio. Eres la persona a quien más aborrezco en este mundo. No vayas a creer que es por lo de Amparito. Antes de Amparito, ya te aborrecía. Lo de Amparito fué el argumento último, el golpe final que era preciso para que el odio se exteriorizase; pero antes de que conocieses a Amparito mi antipatía hacia ti existía ya. Tú no puedes explicarte esto bien. Para comprenderlo sería preciso que compararas nuestras vidas, que analizaras hondamente lo que eres tú, lo que soy yo. Tú eres el niño mimado de la Suerte; todo en tu camino lo has encontrado hecho; como los israelitas de Moisés, te ha bastado inclinarte, doblegarte, adaptarte a los groseros convencionalismos rutinarios para recoger el maná que la Providencia te brindaba. Yo lo he tenido todo que ganar a pulso, con la Fortuna en contra, con el viento de cara, siempre contra corriente. Yo no conozco de la vida más que el aspecto huraño y agresivo. Mi familia era muy pobre. Lo habían vendido todo comidos por las deudas y la usura. Mi padre, para olvidar las penas, se emborrachaba, y como tenía mal vino, la gente le temía en el pueblo y rehuía su trato y su amistad. Él, para vengarse de los agravios de sus convecinos, descargaba su rencor en nosotros y nos daba unas palizas que nos breaba. Yo, en cuanto le veía, me ponía a temblar. Le cogí un miedo horrible. Mi madre, una pobre mujer medio tonta, completamente inútil, sin voluntad y sin ener-

gía, se pasaba la vida llorando en los rincones o rezando en la iglesia, sin ocuparse para nada de sus hijos, que andábamos descalzos por la calle. A los catorce años, no pudiendo resistir más, me escapé de casa y me marché a Valencia andando. Entré de *botones* en casa de un arquitecto. Este señor, la única persona buena y compasiva que he encontrado en el mundo, descubrió en mí notables aptitudes para la Pintura, quiso protegerme, y él mismo me enseñó a dibujar, los primeros rudimentos, naturalmente. Después, al ver que progresaba, me envió a una academia, y, por último, entré en la de San Carlos. Yo era como siempre he sido, tímido, hosco, retraído, poco simpático a la gente. Un día desapareció de clase una caja de colores recién comprada, y me echaron la culpa; sospecharon de mí. No había sido yo. Es más: yo tenía la evidencia de quién había sido, y como todos me acusaban, le busqué, le expuse a solas mi situación y le rogué con lágrimas en los ojos que deshiciera aquel error y pusiera las cosas en su punto. Por toda respuesta me cogió de las solapas y me zarandeó brutalmente: «Si dices que he sido yo, te parto la cabeza.» Era un muchacho muy fuerte, muy violento y muy bruto. Era capaz de darme un golpe. Tuve miedo; el miedo pudo más que la vergüenza, que el rencor y la ira, y me callé. Me interrogó el profesor, y me callé; me zahirieron los compañeros con indirectas, desprecios y desaires, y me callé, y como me daba una vergüenza horrible volver a clase, y mucho más aún presentarme delante de mi amo en cualquiera de los dos aspectos de cobarde o ladrón, salí de Valencia y me vine a Madrid. Y en Madrid padecí el calvario de todos los que empiezan desamparados de protección y huérfanos de ayuda; conviví con el hampa y la bohemía; supe lo que era

hambre y sufrí los tormentos del fracaso, de la humillación y de la envidia. Cuando a fuerza de afanes comencé a recoger las primeras migajas que el Arte me ofrecía, tú eras ya un hombre célebre. Nos conocimos, recordarás, en un estreno. Me había enviado un periódico a que te hiciese una caricatura. Desde el primer momento me fuiste repulsivo. Por una de esas coincidencias arbitrarias que la vida tiene, eras la contrafigura de mi condiscípulo de San Carlos; igual, exactamente igual: la misma cara, el mismo gesto, la misma expresión presuntuosa y altanera; como él, mujeriego, afortunado, vanidoso, preciado de ti mismo; como él, expansivo y abierto, con esa cordialidad falsa e hipócrita de las gentes que, alardeando de querer a todos, no son, en realidad, amigos de nadie; como él, positivista, materialista, práctico, sin un solo ideal noble que te encauzara por el mundo; el dinero, nada más que el dinero, el repugnante, el abyecto dinero... ¡Qué asco! Desde el primer día que te conocí tuve el presentimiento de que ibas a ser funesto en mi vida. Estaba seguro de que más tarde o más temprano acabarías por hacerme mal. Ya ves que no me equivoqué. En cuanto una ocasión se te mostró propicia, la aprovechaste para herirme en lo que más podía dolerme. No creas que aquella cuestión está liquidada ni que yo la olvidé. Ahora, precisamente ahora, es cuando vamos a ocuparnos de ella.

»Tú pensaste, infeliz, que porque yo, a ruegos de Almansa, fuí a buscarte al café y te estreché la mano, todo se había borrado entre nosotros como borra un chiquillo con la esponja la cuenta que en la pizarra acaba de escribir. No; la cuenta que entre nosotros había pendiente era demasiado grave para liquidarla de modo tan sencillo. Si yo te di la mano, si me avine a la farsa de las pa-

ces, fué porque era el único medio de salvar mi decoro, porque no quise que a la vergüenza de la burla se pudiera añadir el sarcasmo de mi cobardía y mi debilidad. Eres un hombre fuerte. Yo no lo soy. Cara a cara, no puedo contigo. Habría sido demasiada imbecilidad mía que, encima de ofenderme, te hubiera proporcionado la ocasión de pegarme. Pero ¿olvidar? ¡Ah, no...!: olvidar, no.

»Tú no sabes lo que yo quería a Amparo. Tú no puedes darte ni siquiera idea de lo que sentía por aquella mujer. Para comprenderlo es necesario haberse visto como me he visto yo, solo en el mundo, sin familia, sin amigos, sin afectos, sin calor de nadie, y de pronto encontrarme con una mujer que lo era todo: novia, esposa, amante, hermana, confidente y amiga; una mujer que me consolaba en mis penas, que me alentaba en mis afanes, que me tranquilizaba en mis dudas, que me hacía sobreponerme en mis abatimientos con la fuerza arrolladora de su entusiasmo y de su fe; la primera que despertó mi alma a las alegrías de la vida y la primera que hizo palpitar mi sangre con los estremecimientos deliciosos de la voluptuosidad y del amor. Y del Arte también, también del Arte; que ella fué, en definitiva, la descubridora de mi temperamento y la renovadora de mi técnica. Toda esa elegancia, toda esa exquisitez, esa depurada estilización del color y la línea que admiráis tanto en mí, a ella exclusivamente se lo debo. Ella me enseñó más que todos los maestros juntos. Todo cuanto sé lo aprendí en la expresión divina de sus ojos y en la armonía maravillosa de su carne. Y cuando más dichoso era, de un manotazo me destrozaste la felicidad.

»Porque fuiste tú; tú, únicamente tú. Cualquiera que sea el concepto que Amparo os merecía, a mí Amparo no me

engañó jamás. No me engañó más que contigo. Me lo juró antes de morir, y en ese trance no se miente. Tú sabías quién era esa mujer, lo que para mí significaba. Lo sabían todos mis amigos. ¡Cómo ibas a ser tú el único que lo desconociera! Lo sabías, y, a sabiendas de la villana acción que ibas a cometer, no vacilaste en arrebatármela. Y todavía, ¡si hubiera sido por amor...! ¡Si al menos hubiera habido en ti la disculpa justificativa de una de esas pasiones que ciegan y arrebatan! No es que yo te lo hubiera perdonado, pero lo habría comprendido. Yo, que he sufrido mucho, y que he querido mucho, sé que contra el amor nada se puede. Pero no fué siquiera por amor: fué por un capricho torpe, lascivo, sensual, por la pueril satisfacción de una vanidad tenoriesca, y por eso, nada más que por eso, no vacilaste en destrozar dos vidas. Y aun eres tan imbécil que supones que yo podía olvidarme de todo y perdonarte... ¡Perdonarte...! La mañana que fuí al cementerio a enterrar a Amparito prometí sobre su tumba que con tu vida pagarías la de ella. Y ya ves cómo la promesa ha empezado a cumplirse.

Se detuvo para tomar aliento. Estaba muy nervioso, le temblaban las manos, se le trababa la lengua, sudaba copiosamente y tenía los ojos inyectados en sangre. Deshizo la corbata, se desabrochó el chaleco y la camisa, se echó contra el respaldo, y con la cabeza hacia atrás, las piernas extendidas, la mirada en el techo, estuvo largo rato respirando, jadeante y fatigoso, como si acabara de subir una cuesta. Enfrente de él, con el cuello doblado sobre el hombro, los párpados caídos, Enrique Cebrián permanecía inmóvil, horriblemente pálido; dos círculos lívidos le amorataban las ojeras, y la nariz se le iba afilando, adelgazando, casi transparentándose sobre la blancura del pañuelo que le amordazaba. De cuando en

cuando le sacudía una violenta convulsión nerviosa, enarcaba el pecho, elevaba los hombros, entreabría los párpados, los volvía a cerrar y otra vez se quedaba como dormido, como muerto. Debajo del asiento, la sangre, que seguía goteando por el respaldo de la butaca, iba formando un charco obscuro que resbalaba por las junturas del *parquet*. Un poco más tranquilo, Ricardo prosiguió:

—Salí del cementerio con el propósito firme, inquebrantable de vengarme de ti. ¡Con qué placer te hubiera aquel día estrangulado entre mis dedos!; ¡con qué gusto te habría deshecho la cabeza de un tiro! Pero, cara a cara, esto no podía ser. Eres más fuerte que yo, más vigoroso. Intentarlo siquiera habría sido una temeridad. ¿Matarte por la espalda...?, ¿a traición...?, ¿un asesinato...?, ¿el presidio para toda la vida...? ¡Oh, no!; ¡qué horror! Yo estuve una vez en el presidio de Valencia, y fué tal la impresión de pavor y de angustia que la visita me produjo, que me juré a mí mismo que si algún día me encontraba en un trance difícil, soportaría todos los agravios, todos los golpes, todas las humillaciones, todas las vergüenzas antes de delinquir. El presidio, ¡jamás! Todavía quedaba otra tercera solución: matarte y suicidarme. También la analicé, la pensé en frío, y también me dió miedo. Yo no amaba la vida: lo mismo me daba vivir que no vivir; pero ¿tendría valor para matarme? ¿Dispondría en el momento decisivo de la energía necesaria para no vacilar? ¿No sería más fuerte que el temor al presidio el tirón instintivo de la vida...? Yo soy muy débil, muy cobarde, no puedo remediarlo...; me horrorizaba el dolor. Y, sin embargo, era preciso, absolutamente preciso, que yo te matara. Tenía que matarte. No sabía cómo, pero estaba seguro de que te mataría. La idea

fija, tenaz, obsesionante, se había incrustado en mi cerebro de tal modo, que era imposible sustraerme a ella.

»Una mañana, en el café, te sentaste enfrente de mí. Tú hablabas, hablabas enfrascado en la conversación, y yo te contemplaba fijamente pensando que sería bastante un arranque de decisión mía para que toda tu vida se acabara de pronto. Veía tu frente despejada, espaciosa, y con la mirada iba eligiendo el sitio donde el balazo sería más seguro. Nada más que un momento de decisión, sacar la pistola, apretar el gatillo y todo habría definitivamente terminado. Nunca ha estado un hombre más cerca de la muerte que lo estuviste tú aquella mañana. Pero entonces yo no sé quién habló de un libro que fué para mí una revelación. Con una clarividencia, de la que me asombro todavía, adiviné en el acto cuál era el camino que debía seguir. Nada de violencias inmediatas ni de arrebatos pasionales: calma, paciencia, habilidad, malicia... Salí del café y compré el libro. Tengo que confesarte que sufrí una tremenda decepción. La novela de Andreiev, como obra literaria y hasta como documento psicológico, es interesantísima; mas para el objeto que yo me proponía, no me servía para nada. El protagonista de Andreiev es un loco, y lo que yo necesitaba era un estudio sobre la simulación de la locura en un hombre normal; o dicho de otro modo y mejor dicho: lo que yo quería saber es si era o no era posible simular la locura hasta el punto de sustraerse con ella a una responsabilidad criminal.

»El libro de Andreiev no me servía para el caso; pero me sugirió la posibilidad del intento. Para un hombre inteligente y obstinado, todo es posible en este mundo; todo se logra con entendimiento y con tesón. Fuí a la Biblioteca Nacional y busqué en el catálogo obras de

Psiquiatría. Los primeros días me embarullé bastante. Iba al azar, a la ventura, a ciegas; me confundía el tecnicismo de los términos, y la falta de preparación en la materia me obligaba a esfuerzos de la atención fatigosísimos. Poco a poco comencé a orientarme; unos libros me llevaron a otros, y fuí entreviendo claro. Cuanto más estudiaba más difícil se me ofrecía la realización de mi proyecto. Llegué a adquirir el convencimiento de que era imposible simular la locura, por lo menos una de esas locuras definidas, determinantes, categóricas de los actos violentos. Hay muchos locos que matan; pero todos están clasificados, perfectamente definidos. Los alcohólicos asesinan por miedo, bajo la influencia de alucinaciones terroríficas; los místicos delirantes, porque se juzgan el brazo de la Providencia; los paranoicos perseguidos, por venganza o por crearse un pedestal de gloria; los maniáticos epilépticos, por puro automatismo. Pero ¿cómo fingir estas locuras? ¿Cómo llegar a la simulación de un modo tan perfecto que el reconocimiento pericial no descubriera la superchería? Las perturbaciones psíquicas, con un dominio poderoso de la voluntad y la atención, hasta cierto punto pueden simularse. No se ha inventado todavía el frenómetro que catalogue los desarreglos psíquicos. Pero ¿y los fisiológicos? El estreñimiento, las desazones gástricas, los trastornos de la circulación y la respiración, tan característicos en las psicosis generalizadas, son imposibles de fingir. Por muy hábil farsante que uno sea, nunca llegará a esos descensos de la temperatura y del pulso, a esa lentitud en la respiración y, sobre todo, a ese enfriamiento violáceo de las extremidades, tan patente en la melancolía. ¿Cómo provocar el insomnio? ¿Cómo imitar la convulsión de la epilepsia? ¿Y la mirada, esa mirada opaca, apagada, in-

decisa y sin brillo del verdadero loco? ¿Y los estigmas físicos?: deformaciones del cráneo, anomalías del rostro, contracciones coreiformes de los músculos de la faz, estrabismo, caída de los párpados, coloraciones irregulares, defectos en la conformación del iris, desnivel en las pupilas, asimetría en las orejas...; todo eso es imposible de fingir y todo eso es sintomático y característico de la locura.

»Sin embargo, yo no desmayé. Algo dentro de mí me decía que con inteligencia y tesón todo se logra. Seguí estudiando. Me pasaba la mañana y la tarde en la Biblioteca Nacional y en la Facultad de Medicina. Por la noche, en casa, repasaba las notas y meditaba sobre ellas. Fueron los días aquellos en que no se me hallaba en ningún lado y en que Manrique y Almansa me creían pisando los linderos de la neurastenia. Era el principio de mi plan. Poco a poco yo iba formando un plan. Había descubierto que al lado de las psicosis generalizadas, revoloteando alrededor de ellas como especie de la misma familia, había multitud variadísima de otras psicosis y psiconeurosis menos determinadas, más confusas, verdaderos puntos de transición entre el estado normal y el patológico, fronteras de la locura por las cuales se podía llegar también a la irresponsabilidad en el delito. Esto ya era más fácil para mí. Por lo pronto tenía en mi abono la naturaleza de mi carácter sombrío, taciturno, retraído, misántropo. Tenía la herencia. Yo podía perfectamente *prepararme* una herencia. Mi padre era un borracho. Con un poco de habilidad podía hacer creer que había sido un alcohólico delirante; habría contado con todos los testimonios de sus enemigos del pueblo, casi con todo el pueblo. Podía incluso sugerir a los médicos la posibilidad de haber sido engendrado en

plena embriaguez desde el momento en que este vicio era en mi padre habitual. Y aun podía sugerirles más: podía sugerirles la sospecha de haber sufrido traumatismos en el seno materno. Para ello me bastaba inventar la historia (asegurando que yo la había oído) de algunas palizas sufridas por mi madre durante el embarazo y su temor constante de que a consecuencia de ellas naciera muerto o monstruoso. Podía aventurar la idea de que mi madre era una mística visionaria con accesos de sonambulismo. ¿Quién podría demostrar lo contrario? Mis hermanos, cuando mi madre falleció, tenía el uno siete años, y el otro, cinco. ¿Qué sabían ellos de estas cosas? Con el resto de la familia estábamos enemistados por el carácter violento de mi padre. Los vecinos lo único que de ella podían contar es que la pobre era muy buena, muy desgraciada, muy religiosa, que se pasaba las horas en la iglesia, que tenía toda la casa llena de estampitas de santos. Todo esto sólo serviría para apoyar la certeza de mis afirmaciones. Y por lo que a mí se refería, este modo de juzgar a mis padres, burlonamente, en frío, sin emoción alguna, ¿no era ya por sí solo una prueba palpable de *insensibilidad afectiva,* un testimonio de *debilitación del sentido moral?* Con todo ello y unas cuantas excentricidades y chifladuras hábilmente zurcidas, iba disponiendo poco a poco el terreno para la sospecha de mi anormalidad.

»Además, estaba seguro de poder simular, con la perfección necesaria para engañar al médico más hábil, dos estigmas precisos de degeneración: el temblor de las extremidades y los trastornos en la articulación de las palabras. «Este síntoma—dice Regis en su *Tratado de Psiquiatría*—tiene tal importancia que, cuando se comprueba, sean cuales fueren otros síntomas, se puede

suponer, si no afirmar, la existencia de una parálisis general. Pues bien: este síntoma yo le podía ofrecer impunemente. Mucho antes de que tuviera necesidad de utilizarlo como procedimiento, había observado que en cuanto me pongo un poquito nervioso tropiezo con dificultades de vocalización. Aun estando tranquilo, hay palabras cuya articulación se me resiste; por ejemplo, israelita, transgresión, infrascrito, europeización, tergiversar..., se me enredan entre los dientes, no puedo pronunciarlas de prisa. Todo el problema quedaba, por tanto, reducido a escoger un número determinado de estas palabras dificultosas y difíciles, y realizar ejercicios con ellas hasta habituarme a pronunciarlas mal, siempre mal. Una vez acostumbrado a pronunciarlas mal, ya no habría manera de pronunciarlas nunca bien. Esto es elemental. Y sencillísimo. Basta para ello un poco de gimnasia. Lo mismo digo del temblor en las extremidades superiores. Si una persona normal en estado de tranquilidad absoluta abre la mano con el brazo extendido, lo más probable es que sus dedos permanezcan inmóviles; pero si esa persona se encuentra sometida a una emoción violenta, sus dedos temblarán. Esta emoción violenta puede autoprovocarse. Yo lo he probado en mí. El día que le dije a Almansa que no podía pintar porque el pincel me temblaba en las manos, no era ninguna fantasía. Era verdad: en cuanto me ponía a dibujar y me acordaba de Amparito y de ti, se me alteraba inmediatamente de tal manera el pulso, que tenía que dejar el lápiz o el pincel. Hecha la observación, la quise comprobar experimentalmente, y cuantas pruebas realicé me dieron resultado. Ahora mismo, si quisiera, te lo demostraría. Mira. ¿Ves? (cogió un mango de pluma, lo aprisionó entre el mayor y el índice de la mano derecha y

extendió el brazo). ¿Ves cómo tiembla? Es infalible. Me ha bastado para ello acordarme de ti y pensar un momento en mi venganza: autosugestión.

Dejó la pluma sobre la mesa del despacho, se acercó a Enrique, comprobó si las ligaduras estaban bien sujetas, el pañuelo bien apretado y, convencido de ello, volvió a sentarse de nuevo en la butaca.

—Preparado de este modo el terreno, no me faltaba más que decidirme, escoger el medio más apropiado y más seguro para hacer ostensible *mi locura.* Después de muchas vacilaciones, me decidí por simular accesos de kleptomanía. El impulso al robo, dicen cuantos tratadistas he leído, se observa en todas las afecciones y desviaciones mentales favorables a la impulsividad por efecto de una debilitación de la resistencia volicional. Era lo más sencillo para mí, lo menos expuesto, lo más burdo y, por lo mismo, lo que más resaltaba a la vista. Tenía además un precedente comprobatorio: el robo de la caja de colores en la Academia de San Carlos, que, como ya te he dicho, me achacaron a mí. Yo podía *ingenuamente* confesar este robo justificándolo por un *impulso irresistible*, y hasta añadir algunas raterías cometidas con mis compañeros, que no llegaron a descubrirse nunca, naturalmente, y que obedecían a esta tendencia irresistible *que me acometió por entonces* a apoderarme de lo ajeno. Claro que habían pasado muchos años; pero esto, lejos de perjudicarme, era una prueba más, puesto que el impulso morboso de la kleptomanía, como todos los accesos sintomáticos de esta clase de locuras hereditarias, son esencialmente intermitentes y periódicos. Aparecen y desaparecen unas veces de manera definitiva; otras, las más, para reaparecer con más fuerza o para dejar su puesto a otra obsesión

distinta. Me decidí, pues, por cometer un robo; mejor dicho, una serie de robos en tales condiciones y de objetos tan insignificantes, que en ningún momento pudiera suscitar la sospecha de que a ello me empujaba un propósito lucrativo. Tenían que ser objetos de muy poco valor. Escogí cucharillas de café. Me apoderé de veintisiete. Por cierto que me ocurrió una cosa muy interesante que te voy a contar. La primera que cogí en el café Oriental, lo recuerdo muy bien, me costó mucho trabajo, mucha vergüenza y muchísimo miedo. Me parecía que todos los parroquianos estaban fijos en mí y que todos los camareros me miraban. Pagué el consumo, compré un periódico y estuve más de media hora sentado ante la mesa haciendo que leía. Con una mano sostenía el periódico de modo que cubriese totalmente el servicio y con la otra cogí la cucharilla y la guardé. Una de las veces en que el camarero se marchó a la cocina, me levanté y salí precipitadamente. En la puerta tropecé con un guardia de Orden público. Iba tan azorado, que no sé cómo aquel hombre no me lo conoció. La segunda, en cambio, no me costó apenas esfuerzo. Salí del café con la mayor tranquilidad, mirando cara a cara a todo el mundo y como si no hubiera hecho nada. Luego, poco a poco, me habitué de tal manera, que llegué a encontrar en ello una satisfacción, un placer, una especie de convencimiento agradable de mi habilidad y de mi pericia, de mi excelente capacidad para fingir. Reuní, como te digo, veintisiete. Cuando la tarde aquella que me llevasteis al Juzgado, la policía se presentó en mi estudio, atendiendo una insinuación mía que deslicé ante el juez, las encontró todas en un cajón de la mesa perfectamente clasificadas. Cada una tenía sujeto un papelito con la indicación del punto de su pro-

cedencia y la fecha de su adquisición: «22 de marzo, café Continental»; «23 de marzo, café de Puerto Rico»; «24 marzo, Maxim's»; «25 marzo, Lion d'Or». Todas igual. Fué una cosa graciosísima, de verdadero ingenio. Todavía me río cuando pienso la cara de estupefacción y de asombro que pondría el juez cuando se las llevaron. ¿Cómo iba a dudar de que yo era un kleptómano?; más concretamente aún, un kleptocoleccionista, *un degenerado mental con episodios intercurrentes de agitación y accesos impulsivos contra las personas.* Por algunas palabras que pude recoger cuando Manrique habló en el Hospital con el médico de guardia, ésta fué la opinión que dió de mí, y aun pude colegir que aseguró que cuando disparé los tiros en el café me hallaba bajo la influencia de un ataque epiléptico. Supongo que lo propio diría al juez, y más tarde a los forenses. Tratándose de un médico que no es especialista, la confusión es disculpable; pero, con todo, tenía la fuerza de ser la afirmación de un médico.

»Sin embargo, aún me faltaba mucho para llegar al fin. Aún no era el momento de poder realizar impunemente mi venganza. Porque, fíjate bien, supón que, a pesar de todos estos preparativos tan admirablemente dispuestos, yo hubiera cometido la torpeza de asesinarte. Pude haberlo hecho en el mismo café, antes de que me quitarais el revólver. Pero ¿qué habría sucedido? Por lo pronto, un escándalo horrible. Tú eres un hombre célebre. Yo, aunque en menor categoría, también lo soy. Los periódicos habrían concedido al crimen una importancia enorme. Se habrían llenado columnas y columnas; es indiscutible que habría salido a relucir la historia de Amparito; Almansa habría recordado nuestra enemistad; Manrique habría hablado de mi actitud en

el Sanatorio. Todo ello habría sugerido la sospecha de una venganza, de un acto pasional, de un *motivo.* Con estos precedentes, el juez habría vacilado; los médicos me habrían reconocido con un prejuicio muy desfavorable para mí; su reconocimiento habría sido muy minucioso, muy depurado, muy científico, y era seguro que, a pesar de todas mis habilidades, hubieran acabado por descubrir mi superchería. Mientras que limitándome *por lo pronto* a lo que hice, ¿quién podía sospechar de mí? ¿Qué trascendencia médicolegal puede tener un pobre diablo que roba cucharillas de café y dispara dos tiros a una claraboya? ¿A quién podría ocurrírsele la posibilidad de una simulación? ¿Por qué? ¿Para qué? Yo necesitaba que todo el mundo me creyese loco, por lo menos un degenerado, por lo menos un hombre anormal que acaba de sufrir un trastorno en sus facultades anímicas por una predisposición hereditaria y a consecuencia inmediata de una violenta emoción afectiva y de un sobreexceso de trabajo intelectual. Yo necesitaba que los médicos me examinaran con estos prejuicios; que me enviaran al manicomio; convivir entre los locos, conocerlos, observarlos detenidamente; completar con la experiencia y en la práctica el estudio teórico que ya poseía; dejar que pasara mucho tiempo, mucho: todo el necesario para que la gente se olvidara de lo sucedido; después, curarme y salir; volver a mi vida, a mis ocupaciones; ganar tu voluntad, demostrar a todo el mundo que tú eras el amigo dilecto y preferido, el íntimo, el entrañable, y cuando ya a nadie le pudiera caber la menor duda, preparar arteramente la recaída, presentarme en tu casa y matarte. Este era mi plan, como ves, verdaderamente estupendo, en el cual no se sabe qué admirar más, si la grandeza de la con-

cepción o la habilidad en el desarrollo. Desde cualquier aspecto que se me juzgue, no se puede negar que soy un gran artista.

»Mas por bien que los planes se combinen, por muy seguro que uno esté de no dejar ningún cabo suelto, siempre hay algo fuera de nosotros, independiente de la razón y de la voluntad, que escapa a toda previsión y a todo cálculo. Es indudable que en todas las acciones humanas no hay más remedio que otorgar al azar la parte que le toca. Digo esto porque después de tanto esfuerzo y de tantísima paciencia, de tantos desvelos y de tantas cavilaciones, a última hora, por una imbécil imprudencia mía, ha estado a punto de malograrse todo. Yo no quería que hoy *pasara nada.* Te lo juro, te doy mi palabra de honor. No entraba en mis proyectos. Yo venía esta tarde en actitud completamente inofensiva; venía a orientarme, a conocer tu casa, a estudiar la disposición de ella, la colocación de los muebles: toda una serie de pequeños detalles que, si te los contara, te parecerían pueriles y ridículos, y que, sin embargo, yo estimaba indispensables para la realización de mi proyecto. Por la hora de la cita, creí que encontraría a tu mujer; suponía que, después de lo que de mí habríais hablado, tendría curiosidad por conocerme. Pensaba ganarme su voluntad y su simpatía, hacer ostensible en su presencia mi amistad hacia ti y mi agradecimiento, en forma tal, que fuera ella, precisamente ella, el mejor testimonio que en su día se pudiera aducir para probar la entrañabilidad de nuestro afecto y, consiguientemente, la *ausencia de motivo.* La falta de motivo en los impulsos agresivos es el síntoma psiquico fundamental de la locura. De la misma manera que se ha dicho que la herencia es la causa de las causas, se puede asegurar

13

rotundamente que la falta de motivo es el síntoma de los síntomas. Me contrarió no encontrarla, y me contrarió todavía más sus temores, sus presentimientos, aquella resistencia por salir de casa, aquella inquietud por que me recibieras a solas; inquietudes y presentimientos reforzados poco después en la conversación telefónica. Me molestó que sospechara. ¿Qué motivos tenía para sospechar? ¿El hecho de haber salido yo de un manicomio? No era bastante, porque tú seguramente le habías dicho que yo estaba por completo curado. Había algo más íntimo y más fuerte, y ese algo me la convertía de ayuda en enemigo. Con esa intuición maravillosa que poseo, y que es mi mayor arma, comprendí en el acto que nunca podría ya ganar su simpatía. Adquirí la convicción de que siempre, siempre, tu mujer recelaría de mí. Esto me puso de muy mal humor. Por si no era bastante, inopinadamente te arrancaste a ensalzar las excelencias de la vida en un tono tan cínico y tan burdo, con una fruición tan desnuda y tan encanallada, que puso de manifiesto toda tu sensualidad repugnante. Te encontré tan despreciable, tan abyecto, que sentí asco de ti. Y por si esto era poco, me encontré cuando menos lo esperaba con el retrato de Amparito. Porque ese dibujo es el retrato más estudiado, más sentido, más acabado y más perfecto que yo he hecho de Amparito. No es sólo su expresión y su figura lo que está ahí reproducido por mis manos: es su aliento, su espíritu, su alma. Este dibujo no se publicó nunca. No le había visto casi nadie. Le guardaba yo en el rincón más íntimo y más secreto de mi estudio como reliquia sagrada de mis amores, como testimonio perenne de mis grandes momentos de voluptuosidad y de amor. Y ese dibujo vino a parar a ti. Le tenías tú, en tu despacho, para recrearte con él a todas

horas, para profanarle con la villana delectación de tus recuerdos. ¿Te explicas ya lo que pasó por mí? ¿Comprendes que no pudiera dominarme? ¿Te das cuenta de toda mi rabia y de toda mi ira? ¿Te empiezas ya a hacer cargo de por qué me complazco en este refinamiento de crueldad...? Yo no pensaba que las cosas sucedieran así, te lo juro; pero ya que han pasado...

Se interrumpió, porque le pareció oír voces en el pasillo. Andando muy despacio, de puntillas, se aproximó a la puerta, y, con el corazón palpitante, pegó el oído en la juntura. Las voces se alejaron. Más tranquilo, pero muy pálido, volvió al centro de la habitación; con un esfuerzo poderoso arrastró la mesa y la colocó contra la puerta; desgarró una cortina; con las tiras la amarró a las columnas de roble de la biblioteca, y amontonó sobre la mesa cuantas sillas y butacas pudo. Seguro de la resistencia de la barricada, volvió a situarse enfrente de Enrique, y con las manos en el bolsillo del pantalón, estuvo largo rato mirándole en silencio. Enrique se había desvanecido. Le sacudió de un brazo y le llamó:

—¡Enrique...! ¡Enrique!

Como no abría los ojos, le dejó en paz y se apartó dos pasos. Consultó el reloj, hizo un gesto que le contrajo todo el rostro, y sacando la mano del bolsillo, armada de una pistola, extendió el brazo y, apuntando a la frente, disparó. Enrique dió una sacudida y dobló la cabeza. Ricardo estuvo un momento indeciso, desencajada la faz, las manos temblorosas. No fué más que un instante. En seguida se dirigió al balcón, se encaramó en la barandilla, y, apuntando hacia la calle, disparó dos tiros y se quedó en actitud de seguir disparando. Con la pistola en la mano, la melena enmarañada, el chaleco desabrochado, la camisa abierta, desencajado el rostro y a hor-

cajadas en la barandilla del balcón, realmente ofrecía un aspecto trágico y terrible. La gente, despavorida, corría por la calle a refugiarse en los portales y en las tiendas, y desde los quicios, los más osados asomaban tímidamente la cabeza para contemplarle. Algunos balcones se entreabrieron; otros se cerraron, incluso las maderas. Por todas partes se oía gritar:

—¡El loco...! ¡El loco...!

Ricardo, cada vez más pálido, horriblemente pálido, esperaba con el oído atento que la puerta del despacho se abriera y entraran a prenderle. No pensaba ofrecer resistencia, y para justificar mejor esta falta de resistencia y facilitar la captura, juzgó lo más prudente gastar todas las cápsulas que contenía el cargador. Le quedaban cuatro. Disparó dos al aire, casi seguidas, y hubiera hecho lo mismo con las otras si de pronto la actitud estúpida de la muchedumbre no le hubiera exacerbado y sacado de quicio. Vió a la gente tan pusilánime, tan cobarde, tan ruin, tan mezquina, que le dió asco y desprecio. Le impacientó que no vinieran a buscarle, que le dejaran en el balcón en aquella postura peligrosa, como un pelele ridículo y grotesco; le aturdió el ruido, le irritaron las voces, y para hacerlos callar le entraron unos deseos vehementísimos de disparar sobre seguro, de matarlos a todos, de acabar de una vez con aquella gentuza, que no sabía más que esconderse y dar gritos. De todos ellos el que más le exaltaba era un hombre gordo vestido con un mandil de pescadero, que, refugiado en el quicio de un portal, asomaba de cuando en cuando con los brazos en alto y gritaba con voz estentórea:

—¡El loco...! ¡El loco...!

Con la vista fija en el portal, estuvo acechando que saliera, y en cuanto se le puso a tiro disparó sobre él los

dos que le quedaban. Debió hacer blanco, porque se oyeron en seguida ayes, injurias y lamentaciones, y todos los curiosos desaparecieron. Aferrado con las piernas a la barandilla, bien sujeto con la mano, inclinóse un poco para mirar mejor. En este instante desembocó por la esquina una pareja de la Guardia civil. Detuviéronse en medio de la calle y se echaron el fusil a la cara. Ricardo, al ver que le apuntaban, se aturdió, le faltó la serenidad; quiso decirles que no disparasen, que él se entregaría, que la pistola estaba descargada; intentó hacer señas para que le entendiesen, y al levantar los brazos resbaló, perdió el equilibrio, se le fué la cabeza y cayó del balcón a la calle. Quedó de bruces, tendido sobre las losas de la acera, con los brazos en cruz.

El trabajo del juez fué muy sencillo, porque todas las declaraciones coincidieron en que el pobre Ricardo estaba loco. Los forenses, al hacer la autopsia, descubrieron unas adherencias entre la piamáter y las capas corticales del cerebro, que estimaron síntoma probable de un principio de parálisis general. Sin embargo, como desde la muerte hasta la autopsia habían pasado cuarenta y cinco horas, y además el cerebro había sufrido con el golpe gravísimos trastornos, no se atrevieron a afirmar nada en definitiva.

EN DEFENSA PROPIA

(NOVELA)

La última vez que hablé con el doctor Izquierdo fué en su manicomio de Getafe. Una orquesta alicantina, «La Wagneriana», que había venido a Madrid a tomar parte en no sé qué concurso y a disputar no sé qué premio, le obsequió con una serenata, y él, para corresponder a esta atención, les obsequió a su vez con una fiesta en el manicomio. En el amplio comedor, capaz para cuatrocientos cubiertos, se celebró un banquete, al que asistieron, además de los músicos en cuyo honor se daba, del personal facultativo de la casa y algunos, muy pocos, amigos particulares, todos los locos del establecimiento que estaban en condiciones de sentarse a la mesa.

Primero entraron ellos, muy correctos, muy graves, con una gravedad un poco pueril, de chicos de colegio a quienes se permite asistir a una fiesta. Entraron lentamente, alineados en doble fila, todos descubiertos; unos, cuidadosamente afeitados, muy limpios, muy pulcros, enfundados en elegantísimas levitas, en correctísimos *jaquettes;* luciendo otros las albas pecheras, calzados los guantes y florido el ojal; los más descuidados, desaseados, adanes, con las barbas hirsutas y los bigotes lacios, con toscos zapatones de campo, pantalones de pana y recios chaquetones. Sumisos y obedientes, como discípulos ante el maestro, iban acercándose al doctor:

—Don José, como me han dicho que había fiesta, me he puesto la levita.

—Ha hecho usted perfectamente.

—Don José, yo quería haberme puesto frac, pero no me lo han traído.

—Va usted admirablemente de americana.

—Don José, yo no tenía ganas de vestirme y he venido así.

—Así está usted más cómodo.

Luego, a una indicación paternal del doctor, desfilaron de nuevo, y, humildes y silenciosos, fueron a sentarse en los extremos de las largas mesas. Cuando todos estuvieron sentados entraron ellas, gráciles, ligeras, coquetamente adornadas con lazos y flores y prendidos y cintas; se quedaron un momento indecisas, y en seguida, con un revoloteo de palomas, fueron a posarse al lado del doctor. El doctor, sonriente y amable, las acogía con palmaditas en los hombros.

—Está usted preciosa. Lleva usted un vestido encantador. Ese lazo le sienta a usted muy bien. Esa cinta es de mucho gusto.

Ellas reían, agradecidas y coquetas, coloreadas las mejillas, las pupilas brillantes, muy satisfechas, muy ufanas de encontrarse bonitas. A veces la galantería se convertía en un consejo:

—Se ha descotado usted demasiado. Vaya a su cuarto y abríguese en seguida la garganta.

La interesada bajaba la cabeza, salía del comedor y volvía a entrar de nuevo, cubiertas las alarmantes desnudeces.

Comenzó la comida. Sin saber cómo, me encontré acomodado entre un caballero de larga barba blanca a quien momentos antes me presentó el doctor, padre de una infeliz muchacha recluída, y otro señor de veintiocho a treinta años, muy amable y muy fino. El prime-

ro, atento exclusivamente a su hija, que tenía sentada a su derecha, apenas hizo caso de mí. Taciturno, sombrío, se encerró desde el primer momento en un mutismo tan huraño, que hubiera podido tacharse de grosero si no estuviera justificado por lo doloroso de las circunstancias. Se comprendía que aquel pobre señor debía sufrir muchísimo. No había más que ver la expresión desolada de sus ojos cansados cada vez que, al apartarlos de su hija, los fijaba un momento al azar en cualquiera de los restantes comensales. En cambio, el otro caballero estuvo toda la comida parlanchín y locuaz. Era un hombre simpático, muy ameno, muy culto, de una educación esmeradísima. Solícito y amable, me refirió detalles interesantes y curiosos del régimen interior del establecimiento, de la organización administrativa, de los procedimientos curativos, de la admirable solicitud del personal. Yo apenas le oía. La idea de que estaba comiendo en presencia de doscientos locos, de doscientos seres irresponsables, me tenía desconcertado, inquieto...—¿por qué no decirlo?—, un poco acobardado. Me atreví a insinuar una pregunta:

—Oiga usted: ¿y no hay peligro de que alguno de estos locos...?

—¡Chisss!—me replicó severamente, sin dejarme acabar—. Aquí no hay locos; aquí no hay más que enfermos. Esto no es un manicomio: es una casa de salud. ¿Ha visto usted que ninguno de estos señores tenga cara de loco?

Y como yo, sorprendido, no supiera qué contestarle, me guiñó un ojo disimuladamente, me hizo con el codo una seña expresiva, y, acercando sus labios a mi oído, añadió en voz baja y con entonación confidencial:

—No diga usted esas cosas alto, porque si estos in-

felices le oyen, alguno de ellos se podría excitar y dar motivo a cualquier incidente desagradable. A los locos no se los puede llamar locos, ¿comprende usted?

—Sí, sí, comprendido—repliqué yo, haciéndome en el acto cargo del consejo y para disculpar mi ligereza—. Tiene usted razón; usted perdone. Pero vamos, creo que, afortunadamente, nadie nos ha oído.

—¡Hum..., qué se yo! Estos locos tienen oído de lince... No pondría yo las manos en el fuego que ese que está a su derecha...

—¡Hombre, por Dios...! ¡Si ése está tan cuerdo como nosotros! Hace un momento me lo presentó don José. Es padre de una muchacha que está aquí: la que come a su lado. La loca es ella.

Mi compañero volvió a acercarse a mí, y cada vez más confidencialmente:

—Los dos—me dijo con acento de convicción que no admitía réplica.

No obstante, yo insistí:

—¿Es posible?

—¡Figúrese usted si lo sabré yo!

—¿Y cómo don José no me ha advertido nada al presentármelo?

—¡Cómo se lo iba a advertir delante de él!

—Es verdad.

—Ya le dije a usted que a los locos no se los puede llamar locos. Y menos a los que se encuentran en el estado de ese. Ese no tiene cura. No hay más que mirarle a los ojos. Le voy a dar a usted un consejo: siempre que quiera usted saber el grado de cordura y lucidez de una persona, mírela usted a los ojos. A los locos se los conoce en la mirada. Siempre que vea usted una mirada serena, alegre, transparente, franca, esté usted tranqui-

lo; cuando vea usted unos ojos apagados, tristes, sombríos, hoscos..., malo.

Siempre en este tono, siguió dándome interesantísimos consejos. Acabó la comida, y los profesores de «La Wagneriana» nos obsequiaron con un concierto. Los locos, sentados en semicírculo, escuchaban la música con verdadera delectación. Jamás orquesta alguna tuvo en el mundo público más atento ni más respetuoso. Después pasamos al teatro, un teatrillo de juguete, pequeño como un *cine*, construído en uno de los pabellones extremos. Se representaron dos zarzuelas, una de ellas *La leyenda del monje*, si no recuerdo mal. ¡Con qué atención seguía el auditorio las escenas regocijantes de la obra! ¡Qué carcajadas tan ingenuas, qué gritos de infantil alborozo! Nunca he oído reír de mejor gana. Busqué con los ojos al caballero de la barba blanca, y le descubrí sentado en un rincón al lado de su hija. Por primera vez en la noche le vi sonreír, pero con una sonrisa amarga y triste, llena de conmiseración y de piedad, como la que pondría un padre al oír la risa de un chiquillo enfermo.

Mi compañero de mesa, que al concluir el concierto se había separado de mí, vino a buscarme y se sentó a mi lado.

—Trabajan bien, ¿verdad?—me preguntó, señalando con el dedo a los cómicos.

—Sí, muy bien. ¿Son empleados de la casa?

—¡Ca! No, señor; son enfermos.

—¡Cómo! ¿Son locos?

—Enfermos, señor, enfermos. Aquí no hay locos.

Un poco desconcertado, me acerqué al doctor:

—Oiga usted, don José: me acaban de decir que esos que trabajan son locos. ¿Es verdad?

—La mayoría. Ellas están mezcladas, locas y enfermeras; pero ellos casi todos son locos.

—Pero ¿realmente locos?

—Completamente locos.

—Sí, sí, me lo habían dicho; pero yo no había querido creerlo.

—¿Quién se lo ha dicho a usted?

—Aquel señor que estaba a mi lado. Y a propósito: ¿qué es ese señor?

—¿Ese? Otro loco.

—¡Cómo...! Ese caballero, que razona tan admirablemente, ¿también está loco?

—Más loco que una cabra.

Me quedé estupefacto.

Cayó el telón entre los aplausos entusiastas y formidablemente repetidos del regocijadísimo auditorio. Transcurrió el entreacto, se alzó el telón de nuevo, y aún seguía yo ante la puerta del saloncito del teatro, preocupado y confuso. Pues señor, me decía, si ese hombre con quien acabo de hablar, tan sensato al parecer, tan lúcido, de tan buen juicio y tan atrayente simpatía, resulta que está loco; si todos esos hombres que con tal arte y tanta gracia han representado sus papeles de actores están locos también, ¿en qué se diferencian los locos de los cuerdos? ¿En qué se los distingue? ¿Cómo se los conoce? El caballero de la barba blanca, ¿es un loco, o un cuerdo? El caballero de la barba rubia, ¿es un cuerdo, o un loco? ¿Cómo debo tratarlos? ¿Qué actitud adoptaré si de nuevo se acercaran a hablarme?

¿Qué será lo mejor para no volver a incurrir en equivocaciones? Lo mejor, me dije, será no hacerlos caso. Ni a esos ni a ninguno. En la duda, lo mejor será no hablar con nadie.

Decidido a cumplir mi propósito, me quedé en el jardín, frente a la puerta del pabellón. Desde ella veía perfectamente cuanto dentro ocurría, incluso el escenario. Pero cuando más distraido estaba me dieron dos golpecitos en el hombro, y al volverme me encontré con el caballero de la barba rubia, acompañado de uno de los médicos del manicomio. Aunque el encuentro me sobresaltó un tanto, la compañía me tranquilizó.

—¡Qué!, ¿no entra usted?—me dijeron los dos casi al unísono.

—No—contesté—; hace ahí dentro demasiado calor. Desde aquí se ve y se oye lo mismo, y además puedo fumar sin molestar a las señoras.

—Muy bien. Pues entonces..., fumemos—dijo el loco.

Sacó la petaca y nos ofreció unos cigarros.

—¿Ustedes no se conocen?—exclamó el médico—. Voy a tener el gusto de presentarles: el doctor don Felipe Miranda, especialista en enfermedades nerviosas...

A continuación me presentó a mí.

—¡Hombre, cuánto celebro conocerle a usted!—me dijo el loco, tendiéndome la mano y estrechándomela con gran efusión—. Personalmente, claro está, puesto que de nombre hace tiempo que le conozco y que le admiro. Le sigo con devotísima atención. Me encanta todo lo que escribe usted.

Siguió en este tono largo rato, tributándome elogios y confundiéndome con alabanzas. Yo le oía atónito, cada vez más desconcertado y más confuso. ¿Será posible que este hombre esté loco? Pero si no lo está, ¿a qué

la frase del doctor? ¿Qué habrá querido decirme? ¿Habrá sido una broma? ¿Será tan sólo una pequeña hipérbole para darme a entender que está un poco chiflado? Estos especialistas, a fuerza de tratar con enfermos, acaban muchas veces por contagiarse. El que más y el que menos suele tener también sus chifladuras. La misma fiesta de esta noche, ¿no es una chifladura? ¿A quién más que a un médico acostumbrado toda la vida a andar entre locos se le ocurre reunirnos aquí, todos mezclados, sin establecer previamente las naturales distinciones? Declaro sinceramente que me encontraba un poco inquieto. Él, sin darse cuenta, seguía hablando de mis libros; luego encauzó la charla hacia la producción de otros autores con una naturalidad tan fácil de expresión, con tan buen juicio, con observaciones tan atinadas y tan justas, con un criterio tan imparcial, una intuición crítica y un gusto tan depurado y tan exquisito, que poco a poco me tranquilicé.

Aprovechando una pausa, el médico se despidió:

—Puesto que ya se conocen ustedes, voy, con su permiso, a dar una vuelta por ahí dentro.

—¿Quiere usted que nos sentemos?—me preguntó Miranda, señalándome un banco de madera—. Supongo que no tendrá usted gran interés en ver la función.

—Ninguno. Ya le dije que me encuentro mucho mejor aquí. Está la noche deliciosa.

—Estupenda. ¿Quiere usted otro cigarro?

—Fuma usted mucho.

—Sí, demasiado. Es el único vicio que tengo; pero tan arraigado, que no puedo desprenderme de él. Y lo siento, porque me perjudica. Hay noches que me acuesto completamente intoxicado.

—¿De manera que es usted médico?

—Sí, señor; pero llevo una larga temporada sin ejercer.

—¡Ah! ¿No ejerce usted?

—No, señor.

—Yo creí que estaba usted aquí.

—Estoy aquí, pero no ejerzo.

—¡Ah...!

Hubo un silencio largo y angustioso, en que los dos nos contemplamos cara a cara. Él, indudablemente, debió leer en mis ojos lo que pasaba por mí, porque se estremeció, se puso pálido, y, cambiando súbitamente de expresión, me dijo:

—Supongo, caballero, que no me hará usted la ofensa de creer, como esos miserables que en esta casa me tienen encerrado, que yo estoy loco. No estoy loco, se lo aseguro a usted. Jamás lo estuve, ni ahora ni nunca, ni siquiera cuando hice *aquello* que de tal modo desconcertó a las gentes, y que fué causa de que me trajeran aquí. Y no es que yo me queje, no, señor; yo me encuentro aquí a gusto; me tratan bien, me consideran mucho: los médicos tienen conmigo toda clase de consideraciones y atenciones; los enfermos que me rodean, salvo alguna lamentable excepción, son todos muy simpáticos y muy agradables. No echo de menos nada, se lo juro a usted, nada; ni siquiera el mundo, por el que siento un desprecio verdaderamente soberano. Pero me molesta que me juzguen loco. No lo puedo remediar: me revienta muchísimo.

Yo comprendo que lo que me ocurrió no es uno de

esos casos que suceden todos los días. Reconozco que, en efecto, se sale un poco de los caminos trillados de la vulgaridad; pero de eso a pretender que se trata de un caso excepcional hay la misma diferencia que entre ser sobrio y morirse de hambre. Parece mentira que personas cultas, que por sus estudios y conocimientos deberían entender de estas cuestiones, digan, cuando la ocasión se presenta, tamañas tonterías. Yo le ruego a usted que juzgue por sí mismo. Ya que he tenido esta vez la fortuna de dar con una persona sensata, hágame la merced de seguir con atención mis reflexiones y mis razonamientos, y verá cómo lo que ocurrió no tiene en absoluto nada de extraordinario.

Usted sabe perfectamente que las lucubraciones imaginativas del ensueño son obra de un grupo de células que, menos perezosas que las otras, permanecen, mientras el sujeto duerme, activas y despiertas, sin someterse a la reglamentación de la máquina cerebral. Estas células tienen con relación a las demás una función independiente y propia; no obedecen a sensaciones del momento, sino que, por el contrario, actúan sobre ideas de cosas que teníamos olvidadas o que desconocemos todavía. Es decir, que mientras las demás células reguladoras de la vida son todas de *presente,* éstas son de pasado o de porvenir. ¿Me entiende usted? Supongo que sí, porque le veo asentir con la cabeza. De todos modos, lo aclararé con un ejemplo: Cuando, durante el sueño, asistimos a escenas y nos hallamos en lugares en los cuales no recordamos haber estado nunca, y que, sin embargo, nos son familiares, es que revivimos un instante pasado o que presentimos otro futuro, Más claro: usted ve un día un trozo de Naturaleza; menos aún: un dibujo, un grabado, una fotografía, una decoración tea-

tral, una película cinematográfica. Usted los mira distraídamente, sin fijarse en ellos, sin prestar atención, sin concederles la menor importancia; la visión es tan breve, el momento tan fugaz y tan rápido, que parece que pasa inadvertido para todos los órganos encargados de las funciones ordinarias y activas. Pero la visión ha existido; la retina la transmitió al cerebro, y las células del ensueño la retuvieron y la conservaron. Y una noche cualquiera, mientras todas las demás células de la máquina cerebral reposan fatigadas del ajetreo de la vida corriente, ellas le reproducen la visión con todos los detalles. Pero es más: aun es posible que esa evocación inconsciente, extraña a la voluntad y a la memoria, no se refiera siquiera a la vida de usted, sino a una existencia anterior. ¡Quién sabe si lo que usted revive es la vida de un antepasado! Pero, en fin, dejemos esto, porque la cuestión nos desviaría hacia otros estudios y otras teorías todavía hipotéticas, y yo sólo quiero hablar de hechos *probados*. Limitémonos al funcionamiento de las células *adivinatorias*. Le pondré a usted otro ejemplo: Usted se encuentra enfermo; en su cuerpo, en apariencia sano, empieza a incubarse una enfermedad, enfermedad latente que todavía tardará algún tiempo en manifestarse de manera ostensible. Su organismo, entretenido en las complejidades de la vida normal, no se entera de nada; pero las células del ensueño, despiertas y previsoras, sienten la amenaza y la advierten. ¿Cómo? Con el dolor. Despiertos, este pequeño dolor, que ya existe, es tan pequeño, tan insignificante, que pasaría inadvertido; pero al dormirnos, las células del ensueño le dedican toda su actividad: le agrandan, le exageran, y provocan una terrible sensación de malestar y angustia, que es lo que llamamos pesadilla. La pesadilla, en este

caso concreto, es la advertencia de la enfermedad, acaso de la muerte.

Otro ejemplo: Una noche cualquiera sueña usted que está cometiendo un homicidio. Se despierta usted sobresaltado, excitado, nervioso. La pesadilla se repite con cierta regularidad. Prevéngase usted inmediatamente. Esa pesadilla es una advertencia piadosa de que su potencialidad de crueldad y de violencia es mucho mayor de lo que usted pensaba.

Se halla ya usted perfectamente convencido, ¿verdad? Pues bien: este es mi caso. Yo estaba enamoradísimo de una mujer y ella de mí. Nos queríamos entrañablemente. En los momentos más exaltados de su arrebato pasional, solía decirme:

—Te quiero mucho, mucho; eres el único hombre a quien de veras he querido. Te quiero tanto, que me parece que antes de conocerte ya te quería.

Fíjese usted bien: *antes de conocerme*. Es decir, que antes de conocerme aquella mujer me había presentido, me había visto en sueños. Funcionamiento perfecto de las células adivinatorias, ¿no es eso? Eso es. Bueno, pues a los pocos meses me dijo:

—Te quiero tanto, que si supiera un día que me engañabas con otra, te mataba.

Y como yo me riera, agregó con una entonación que me puso los pelos de punta:

—No te rías, que tú no sabes todavía de lo que soy capaz.

A las pocas tardes, cuando ya no me acordaba, me volvió a decir:

—¿A que no sabes qué he soñado anoche?

—¿Qué?

—Una cosa horrorosa. Soñé que me engañabas. ¡Qué

pesadilla, chiquillo de mi alma! ¡Qué noche más horrible! Me parecía que lo estaba viendo.

—Pero ¿qué *veías?*

—Pues eso: que me engañabas, que tenías otra, que la querías más que a mí, que pensabas dejarme... Me lo dijeron, te seguí, me enteré de todo, y...

—¿Qué hiciste?

—¿Qué hice? Cogí un revólver, fuí a buscarte, te encontré con ella, y os maté a los dos.

—¡Nena de mi vida! Pero ¿de veras hiciste eso?

—¡Por mi madre!

Antes de seguir adelante conviene que le dé algunos antecedentes de mi novia. Se llamaba Anita. Tenía veinticinco años, aunque a primera vista representara menos. Era de estatura baja, buena complexión, temperamento linfático, cutis blanco y sonrosado, ojos grandes y azules, pelo castaño claro, muy claro, casi rubio; cara redonda, frente despejada, cabeza pequeña, pero de buena conformación, sin desenvolvimiento excesivo en ninguna de las regiones de su cráneo. En lo demás de su cuerpo, bien formada también, llenita, redonda sin exageración, muy bien proporcionada. Aspecto simpático, fisonomía agradable, continente humilde, carácter melancólico, mirada dulce y tierna, ademanes graciosos y expresivos, ilustración vulgar, educación deficientísima.

La conocí en mi consulta, una consulta de enfermedades nerviosas que tenía establecida con otros compañeros en una Policlínica de la calle del Olivar. Fué allí una tarde con un sobrinito suyo de año y medio, hijo de

un hermano de ella que padecía corea. Del interrogatorio a que la sometí para establecer el diagnóstico de la criatura obtuve las siguientes noticias: La abuela paterna había fallecido hacía tres años, a los cincuenta y dos, de una apoplejía. El abuelo, que contaba sesenta y uno, era alcohólico, y el padre también. La madre, cuñada de Anita, una mujer de mal carácter, nerviosa, muy violenta. Paría un hijo cada año, y antes de cumplir tres se le morían todos, y casi todos de meningitis. Por eso tenían tanto miedo con éste. Era para tenerlo, porque la criatura, cuando me lo llevaron, estaba en un estado lastimoso de raquitismo y depauperación. Aunque sin grandes esperanzas de éxito, tracé un plan reconstitutivo, y aconsejé que diariamente siguieran trayendo el chico a la consulta.

Anita y yo simpatizamos pronto. No obstante su carácter melancólico, sentimental y serio, era, como la inmensa mayoría de las hijas del pueblo de Madrid, una muchacha abierta y expansiva. A los pocos días de conocerla me había contado ya toda su historia. El padre, como le he dicho a usted, era un borracho. Debió de serlo siempre. En vida de la mujer, sobre todo en los últimos años, parece que anduvo un tanto atemperado y contenido; pero en cuanto ella murió se dió al vicio tan desaladamente, que rara era la noche que no llegaba a casa hecho una cuba. Aunque no tan vicioso ni tan recalcitrante, también el hijo *las solía coger* muy a menudo, y como ninguno de los dos tenía más ingresos para atender a las necesidades de la vida que los rendimientos de su oficio de zapateros y éstos sufrían tan frecuentes eclipses, había semanas en que el problema de la manutención familiar se presentaba insoluble. La cuñada de Anita, señora de la casa y administradora de la

hacienda, que no era precisamente un dechado de resignación ni de templanza, ponía el grito en el cielo y armaba unas tremolinas espantosas, que terminaban la mayoría de las veces a testarazo limpio, cuando no en la Casa de Socorro y en el Juzgado municipal.

En este ambiente abyecto y miserable de vicio, privaciones, escándalo continuo, constante mal humor, rencores, odios, gritos, injurias, imprecaciones y blasfemias, vivía sumergida la infeliz muchacha, sin encontrar un alma compasiva a quien volver los ojos. La única que hubiera podido en estos duros y lastimosos trances servirla de compañía y de consuelo estaba también, aunque por otras causas, espiritualmente distanciada de ella. Era su hermana Concha, *la Peque,* como la llamaba todo el mundo.

Concha tenía cuatro años menos que Anita: acababa de cumplir veintiuno; pero era tan aniñada, tan menuda, tan graciosa y tan linda, que escasamente representaba diez y seis. Bien es verdad que ella ponía de su parte cuanto le era posible para sostener el engaño. Iba con el pelo suelto, la falda demasiado corta, siempre primorosamente calzada con medias de seda y zapatitos de charol. Desvergonzada, descocada, muy chula, tenía el encanto picante y sugestivo de esas chiquillas prematuramente viciosas que tantos estragos causan en la juventud... y en la ancianidad. Positiva y práctica, libre de escrúpulos y emancipada de prejuicios, había tomado la vida, como dice la gente, a beneficio de inventario. Entraba, salía y hacía cuanto le venía en gana, sin dar cuentas a nadie. Bien es verdad que tampoco nadie se las pedía. La única que alguna vez, justamente alarmada, intentó hacerlo fué la pobre Anita, y para ello siempre salió maltrecha, pues no sólo la otra no le hizo el

menor caso, sino que los demás, con burlas y rechiflas, contribuyeron a dejar su autoridad de hermana mayor en evidencia, desautorizada y en ridículo.

Ana, que no era tonta, se dió cuenta en seguida de que entre su cuñada y *la Peque* existía un contubernio tácito de recíprocas e inconfesables tolerancias. Las dos se protegían mutuamente: la una, porque era imprescindible para la liviandad de su vida tener quien la tapase; la otra, porque su complicidad le reportaba pingües beneficios, que ayudaban a compensar y aun a suplir en ocasiones la deficiencia de los desfigurados jornales. Lo cierto es que las dos se llevaban muy bien: nunca hubo entre ellas rozamientos ni disgustos. Hasta en los momentos de más enconada exaltación, cuando la cólera ofuscaba el buen juicio y, desatadas las lenguas, silbaban los improperios y las injurias restallaban como trallazos, Conchita era la única que resultaba indemne. Jamás se escuchó contra ella una frase injuriosa ni un concepto que la denigrase. Era la niña mimada. Cuanto hacía caía en gracia y a todo el mundo le parecía bien. Se la trataba como a una reina; para ella era siempre lo mejor de la casa, empezando por la comida y concluyendo por la habitación, y no le digo a usted que por la ropa, porque todo lo referente al atavío de su personita se lo sufragaba ella de su propio peculio, un peculio constituído por siete reales de jornal como oficiala de sombreros. ¡Bueno estaba el jornal y bueno estaba el taller como tapadera justificativa de otras cosas! Anita, en cambio, era la Cenicienta, la cabeza de turco, la pobrecita víctima propiciatoria sobre la que iban a dar, aunque no fuese más que de rechazo, todos los malhumores y disgustos, la que tenía que soportar las malas caras y sufrir resignada las impertinencias de todos.

—Tú tienes la culpa—le decía *la Peque* cuando alguna vez se dignaba escucharla, conmovida por el clamor de sus lamentaciones—, tú tienes la culpa. Haz lo que yo: no lo tomes en serio.

—¡Quién pudiera!

—Pero ¿no te has enterado todavía de que en esta casa quien más pone más pierde? ¿No estás viendo que todos son un hatajo de sinvergüenzas?

—¡Claro, y por eso tú...!

—¡A ver qué vida! Tú no seas prima, chica, y haz lo que yo. Déjalos que se maten, y tú diviértete, que para eso eres joven. Después de todo, es lo único que vas a sacar de este cochino mundo. Ya te llegará la hora de que te repudras cuando no tengas quien te mire a la cara. Entretanto, goza y sé viva, y que te quiten lo bailao. ¿Quieres venir conmigo esta tarde?

—No, muchas gracias.

—Tú te lo pierdes. Te garantizo, chica, que nos íbamos a divertir una barbaridad.

—No me tira a mí eso.

—¡Tú qué sabes!

—Bastante más que tú.

—Me alegro de verte buena.

—Ya me lo dirás algún día.

—¡Tú sí que me lo dirás a mí, gilí, más que gilí, so prima...! ¡Ya te pesará!

Lo recalcaba con tanta convicción, que algunas veces Anita se ponía a pensar si su hermana estaría en lo cierto. Afortunadamente, en estas dudas, concluía siempre por imponerse el buen sentido, no sólo por virtud, sino por egoísmo; por ese convencimiento intuitivo que tienen todas las mujeres buenas de que el camino de la honradez no será el más fácil, pero, a la larga, es el más

seguro. Y algo también por cobardía: le faltaba resolución y arranque, arrestos para decidirse.

Su aspiración—me lo confesó muchas veces—era huir de su familia, emanciparse del hogar, verse libre del contacto ruin y envilecedor de aquella gentuza, vivir sin disgustos, sin preocupaciones, sin escándalos, honestamente, como una chica buena. Su ideal era irse con una tía suya, hermana de su madre, lo único decente y digno de toda la familia; pero esta mujer se encontraba la pobre en situación tan apurada y tan estrecha, que hubiera sido un crimen agravarla más con una nueva carga. Si Ana hubiera podido tener la garantía de un jornal constante, de un ingreso fijo, regular y seguro, no habría vacilado convencida de que su tía la hubiese recibido con los brazos abiertos; pero el oficio de Anita no se prestaba a estas seguridades. Era bordadora en oro; bordaba uniformes, casullas y trajes de torero, y este trabajo, que por un lado se pagaba bien, por otro tenía el grave inconveniente de ser muy desigual: se pasaban semanas enteras sin que a la pobre muchacha le hiciesen un encargo. Cuestión de suerte, como decía ella, porque hay quien, bordando muchísimo peor, tiene la fortuna de meter la cabeza en una buena casa, y no le falta labor en todo el año.

Me he extendido, acaso demasiado prolijamente, en la minuciosidad de estos detalles, para que se haga cargo de cuál era la situación de la muchacha cuando la conocí, y, sobre todo, para que comprenda usted bien por qué me costó tan poquísimo esfuerzo conseguirla; y no lo

atribuya a exceso de liviandad por parte de ella, ni por la mía a necio alarde de presunción conquistadora. No: yo no he sido nunca seductor peligroso. Aunque hubiera querido, me ha faltado ese don especial, esa agilidad de expresión, esa habilidad de gesto y de palabra que poseen algunos, y que son, indudablemente, necesarios para enamorar a las mujeres. Yo no he sabido nunca. Además, en esto del amor tengo mis ideas. Soy un poco escéptico. Creo que en el fondo de todo amor, especialmente en las mujeres, hay siempre una gran dosis de egoísmo. Hasta en las más románticas, aun en aquellas que parecen más desinteresadas y más pródigas, si usted rebusca bien, encontrará una segunda intención de conveniencia personal hipócritamente disimulada y escondida: la vanidad; el capricho pueril del noviazgo, la esperanza del matrimonio, la ilusión de una vida mejor, la seguridad de un porvenir tranquilo o, sencillamente, lo que llamó Schopenhauer de manera tan gráfica el imperativo de la especie; en fin, lo que sea, pero algo que no es estrictamente el amor, tal y como debiera concebirse.

Yo no le diré a usted que Anita no sintiese por mí alguna simpatía; debía tenerla, porque sin esa inclinación no hay entre hombre y mujer unión posible; indiscutiblemente la tenía. Pero de eso a pretender que se me entregó enamorada media todo un abismo. No: Anita entonces no estaba todavía apasionadísima de mí; si me hizo caso, si accedió de manera tan fácil a mis requerimientos, fué sencillamente porque me juzgó serio y formal; porque del contraste con todas las personas que la rodeaban, yo era el único que le podía ofrecer la garantía de redimirla de la intolerable tutela familiar y asegurarle una nueva situación tranquila y apacible. Ella creyó

que con mi ayuda podía realizar el anhelo de abandonar su casa, marcharse a vivir con su tía y resolver de una vez para siempre el arduo problema de las necesidades apremiantes. Además, hay que tener en cuenta que aunque Anita, en el fondo, era bonísima, la educación y el mal ejemplo habían resquebrajado mucho en ella las nociones elementales del sentido moral. El caso de su hermana no era solamente un estímulo pernicioso, una tentación peligrosa: era la amenaza constante de que, más tarde o más temprano, acabaría por seguir sus huellas, impulsada y obligada por toda la familia. Ya se lo habían insinuado repetidas veces, con alusiones más o menos veladas, que ella fingía no entender, pero que comprendía demasiado. Todos eran a empujarla para que al fin se decidiese. Si no lo había hecho, no era por temor a los demás, sino por respeto a sí misma, porque instintivamente le repugnaba tener que andar con unos y con otros, dándose sin amor y haciendo de su cuerpo mercancía. Materialmente, no concedía a su honradez importancia ninguna: sólo aspiraba, ya que de todos modos había de perderla, a que fuese con uno solo. Aquí tiene usted explicado por qué de manera tan fácil se decidió a vivir conmigo.

Es decir, conmigo precisamente, no. Yo vivía con mi madre y con mis hermanos. No los podía abandonar, no sólo por las consideraciones sociales de que usted se hará cargo, sino porque los pobres, como ocurre en la inmensa mayoría de las familias de la clase media, dependían de mí. Distribuir entre dos casas los exiguos ingresos de que yo disponía, sólo habría servido para que todos lo pasáramos mal. En cambio, el sostenimiento de Anita me costaba muy poco. Ya le he dicho a usted que era una muchacha muy razonable y muy sencilla. No

creo que nadie en el mundo haya tenido jamás una querida más barata. Más barata y más agradecida. La pobrecilla estaba conmigo loca de contenta.

Bien es verdad que en el punto concreto de las necesidades materiales, no sólo satisfice sus legítimas aspiraciones, sino que, dentro de la modestia a que mi posición me obligaba, las superé y llegué a más de lo que ella misma podía haber soñado. Hice que se mudara con su tía a un cuartito muy lindo, en una casa de reciente planta de los altos de Chamberí; le compré algunos muebles y la vestí de pies a cabeza. Por primera vez, desde que su madre murió, pudo darse el gusto de salir a la calle con trapitos nuevos, sin recurrir al guardarropa de su hermana. Le regalé unas cuantas alhajas, un reloj de pulsera, unos pendientes modestitos, dos o tres sortijitas de diamantes...; empezamos a frecuentar teatros y cinematógrafos, a concurrir a espectáculos en absoluto desconocidos para ella, a pasear en automóvil; en una palabra, a gustar una vida de la que no había tenido la infeliz hasta entonces el menor atisbo.

Si en este terreno de las satisfacciones materiales el cambio fué para Anita tan radical y tan satisfactorio, figúrese usted lo que sería en la parte afectiva y sentimental. Comparada con el infierno de su casa, la placidez del nuevo domicilio debió antojársele un anticipo de la gloria. Su tía, una santa mujer, todo humildad, bondad y mansedumbre, la acogió, como ya había previsto, con los brazos abiertos. Viuda, sola, muy desgraciada siempre, toda la ternura acumulada en su larga existencia de tribulaciones y desdichas se desbordó sobre esta muchacha que se le entraba por las puertas, más que como sobrina, como una hija que cayese del cielo. Por mi parte, ¿qué le diré a usted? Yo no soy hombre

apasionado ni extremoso; no soy un efusivo; tal vez peque de parco en mis demostraciones expansivas; pero soy bueno, soy leal, soy cariñoso, me gusta tratar a todo el mundo con amabilidad y con dulzura. Anita era una criatura muy sentimental; estaba hambrienta de cariño, verdaderamente necesitada de un afecto grande. Yo la mimé, la consentí, tuve con ella delicadezas y atenciones, esas atenciones y esas delicadezas corrientes y usuales que todo hombre bien educado tiene con las mujeres, pero que ella apreció más que ninguna, por lo mismo que no estaba habituada a ellas. No había más que ver la transfiguración de su cara, la expresión de alegría que irradiaban sus ojos cada vez que escuchaba una terneza, para comprender la dicha que debía gozar interiormente al sentirse de esta manera querida y halagada. Si hasta entonces la vida se le presentó como fardo molesto, que no había más remedio que sobrellevar pacientemente, ahora comprendió que también tiene sus momentos dulces; empezó a darse cuenta del beneficio de vivir y de la suerte inmensa de haberme conocido. Porque claro es que ella estaba convencida de que toda esta felicidad me la debía a mí. Acostumbrada a la rudeza de los suyos, tan brutos, tan intemperantes, tan groseros, tan cínicos, yo debí parecerle, aunque no fuera mas que por contraste, un hombre extraordinario. Entonces fué cuando empezó a quererme.

Yo la quise también, ¿por qué negarlo? Llegué a quererla mucho. Por lo mismo que me prodigo poco, soy en mis afectos consecuente y constante. Así como hay muchos que, tratándose de mujeres, defienden la teoría de que en la variación consiste el gusto, yo creo, por el contrario, que en la constancia es donde se encuentra la satisfacción; es más: creo que en las delectaciones amoro-

sas no se llega a la verdadera satisfacción hasta que la confianza no se establece y el afecto no se consolida. Si he de serle a usted franco, a mí Anita, como mujer, no me entusiasmó nunca. La encontré agradable, graciosa, bonitilla, pero sin ninguno de esos atractivos arrebatadores que en tantas otras trastornan y subyugan. A mí, más que nada, me cautivó por simpatía; me dió pena su situación, la actitud a un tiempo heroica y resignada con que afrontaba la lucha por la vida, la franqueza con que me contó sus interioridades y la sincera confianza que depositó en mi. Luego, a medida que la fuí tratando, me interesó cada vez más, y poco a poco, a fuerza de tratarla, llegué a quererla tanto, que no la hubiera cambiado por ninguna. Me parecía la más hermosa de todas las mujeres. Al fin, el hombre es un animal de costumbre.

Los primeros meses fuimos muy dichosos. Anita no sabía qué hacer para halagarme y tenerme contento. Yo la pagaba con la misma moneda. Si ella se doblegaba gustosa a mis caprichos, yo me rendía dócilmente a sus deseos y a su voluntad. No hubo jamás entre los dos la menor discrepancia. Parecía, como dice la gente, que habíamos nacido el uno para el otro. Éramos muy felices, verdaderamente felices. Pero a los cuatro o cinco meses, un día, cuando menos podíamos figurárnoslo, surgió de pronto la primera contrariedad. Me la proporcionó mi madre. Mi madre, aunque muy buena, ha sido siempre un poco intolerante, demasiado autoritaria, como casi todas las mujeres que, al quedarse viudas con chiquillos pequeños, tienen que echar sobre sus hombros la carga pesadísima de la educación. Desde el momento en que mis relaciones con Anita se formalizaron, empecé, como usted comprenderá, a faltar muchas noches de casa. Otras, iba tarde, casi al amanecer; algunas,

cuando el portal estaba abierto. Al principio, para cubrir las formas, traté de justificar estas ausencias con las guardias nocturnas de la Policlínica, para lo cual, generalmente, lo advertía de antemano. Después ya no me tomé esa molestia. En un hombre de treinta años, soltero, con la carrera concluída y la profesión en ejercicio, después de todo no creo que estas cosas tuvieran nada de particular. Pero mi madre no transigió con ellas. Una mañana me llamó a capítulo y me planteó el problema con la intemperancia con que solía tratar estas cuestiones. «El día que te cases—me dijo—y tengas casa, podrás hacer lo que quieras; pero mientras estés en la mía (la casa la pagaba yo), no te consiento esta vergüenza y este escándalo. De manera que esto se concluyó; es la última vez que faltas a dormir; si no lo haces por respeto a tu madre, hazlo al menos por consideración a tus hermanos, más pequeños que tú. ¿Qué educación les vas a dar? ¿Qué autoridad voy a tener con ellos, si empiezan por ver mal ejemplo en ti?»

Soy enemigo de discusiones y disgustos; me molestan mucho las escenas violentas, y me fastidian las imposiciones. Mi primer impulso fué cortar por lo sano y marcharme definitivamente de casa. No obstante, transigí; el argumento de la educación de mis hermanos me desconcertó. No quise arrostrar la responsabilidad de que si un día uno salía un perdido, mi madre pudiera echarme a mí la culpa. Me sometí a la imposición y obedecí el mandato.

La noticia para Anita fué de un efecto desastroso. Se puso pálida, se mordió los labios, frunció el ceño, pasó por sus ojos un relámpago de ira, y sin poderse contener, me soltó esta ironía fina y cortante como la hoja de un cuchillo: «¡Qué le vamos a hacer, hijito mío...! ¡Pa-

ciencia! Los niños buenos deben obedecer a mamá. Ante todo, mamá.» Yo, que estaba de muy mal humor, le contesté no sé qué impertinencia; nos enzarzamos de palabras y tuvimos el primer disgusto. Anita se quedó llorando, y yo cogí el sombrero y me marché a la calle.

Lo malo es que aquel disgusto no fué más que el preludio de la tempestad que al día siguiente descargó. Cuando, al día siguiente, fuí a verla, la encontré desencajada, lívida, nerviosa, con los párpados hinchados y encendidos, y unas grandes ojeras cárdenas y profundas, reveladoras de la noche espantosa que la infeliz debía haber pasado. Me suscitó una escena de celos violentísima. Inútilmente traté de calmarla. Cuanto más le decía, cuantas más razones aportaba para convencerla, más grande era su desconsuelo y más exaltada su desesperación. Terca, con la terquedad de las personas obcecadas, se le había incrustado en la cabeza la mala idea de que cuanto yo le decía era un engaño, una mentira burda.

—Es inútil—porfiaba sollozando—, no te molestes; no te creo. Lo que ha pasado es que te has cansado de mí, que no te gusto, que ya no me quieres. Si ya lo sabía yo. Si esto tenía que ocurrir... Si me lo daba el corazón, y a mí el corazón no me ha engañado nunca.

No tiene usted idea del trabajo que me costó tranquilizarla.

Desde aquel día ya no tuvimos un instante feliz. En cuanto yo me retrasaba un poco, en cuanto la premura de mis ocupaciones no me permitía estar a su lado todo

el tiempo que ella consideraba indispensable, en cuanto el obstáculo imprevisto de un asunto urgente entorpecía el fácil logro de cualquier expansión proyectada, aunque no fuese más que un sencillo paseo, ya teníamos promovida la escena de celos y, consiguientemente, el inevitable disgusto. A mí me han molestado siempre las mujeres celosas; considero los celos un sentimiento atávico, propio exclusivamente de espíritus anquilosados y enfermizos, vestigio vergonzoso de razas inferiores. Todavía, en el límite de la condescendencia, acepto los celos como demostración de cariño, cuando son fundados, cuando responden al convencimiento de un engaño comprobado por la realidad. Pero entre nosotros no había nada de esto. Yo no había traicionado a Anita ni siquiera con la imaginación; no le había dado nunca el pretexto más insignificante para que pudiera sospechar de mí. Siempre le fuí fiel. En todos mis actos procedí con ella con lealtad verdaderamente cristalina. Eran, pues, unos celos absurdos. Porque yo, y permítame que insista en este punto, aun con riesgo de parecer pesado, yo no la engañé nunca. Además del cariño que la profesaba, muy grande y muy sincero; aparte de que me gustaba lo suficiente para no sentir el deseo de sustituirla, yo soy hombre poco apasionado, no sufro el desenfreno sensual; no me acomete, como a otros, la necesidad imperiosa de la variación y del vicio; yo con una mujer tengo bastante. Todo esto se lo dije, se lo expliqué, se lo razoné con la misma sencillez y la misma sinceridad con que a usted ahora se lo estoy contando, y, sin embargo, nada conseguí. Por el contrario, creo que obtuve un resultado contraproducente. Cuanto más le decía, cuanto más me esforzaba en convencerla, más los malditos celos se exacerbaban.

Entonces fué cuando, en las lucubraciones imaginativas del ensueño, se le empezó a manifestar la propensión a asesinarme. Ya le he dicho a usted que fué ella misma quien me lo confesó al referirme la pesadilla del revólver. El primer día no hice caso. Lo atribuí a una exaltación ofuscadora y momentánea del espíritu, motivada por la preocupación constante de aquellos celos infundados y absurdos que de modo tan cruel la torturaban. Pero las pesadillas se sucedieron, se repitieron con periodicidad tan frecuente, con asiduidad tan alarmante, que verdaderamente me inquieté. Me decidí a estudiar el caso. Desde luego, la herencia psicopática era en Anita bastante sospechosa. Por la línea ascendente había, como usted ya sabe, los antecedentes del padre alcohólico y la madre apoplética, el abuelo paterno alcohólico también, y un tío carnal, hermano de la madre, procesado por homicida y absuelto por estimársele la eximente de vindicación inmediata de una ofensa grave; pero, al fin, homicida. Por la línea colateral, el hermano mayor, dipsómano; la hermana pequeña, una perdida sin el menor asomo de sentido moral, y otro hermano, un golfo, que se escapó de la casa paterna cuando apenas contaba doce años, con una compañía de titiriteros, y fué a parar a Buenos Aires, después de haber corrido medio mundo, en un afán aventurero y nómada que bien pudiera ser monomanía ambulatoria. Me dirá usted que ninguno de estos antecedentes hereditarios tiene por sí solo la bastante fuerza para afirmar rotundamente que constituyen causa determinante y específica de locura; pero no me negará usted tampoco que están incluídos en la categoría de los predisponentes. Además, hay que tener en cuenta que la infeliz había sufrido en su vida sentimental graves trastornos, contrariedades afectivas,

disgustos, privaciones, que en la época crítica del desarrollo pudieron muy bien dejar huella profunda en su razón y en su voluntad. Que en Anita había una predisposición innata o adquirida a la crueldad y a la violencia, no cabe duda alguna; lo demuestra esa actividad permanente de las células imaginativas orientadas en todo momento en sentido de agresividad. Siempre, siempre una pesadilla repetida, con periodicidad manifiesta, es síntoma evidente de propensión a un fin determinado.

Pero aun hay más. Nadie está libre de tener lo que se llama en lenguaje vulgar malas ideas. Las ideas buenas o malas no son patrimonio exclusivo de la sensatez ni la cordura. La persona más normal, mejor equilibrada, ve asaltada alguna vez su mente por pensamientos absurdos y disparatados, impulsos perversos, que le empujan a la realización de hechos delictivos en pugna con la razón y la moral. Todos hemos delinquido con el pensamiento; pero nada más que con el pensamiento. Este es precisamente el distintivo de la normalidad. Cuando en una persona sensata surge de pronto un sentimiento que la conciencia juzga reprobable, inmediatamente la reflexión se impone y lo condena; todos los demás sentimientos cohibitivos y refrenadores se lanzan sobre él, le combaten, le rechazan, le expulsan, y el pensamiento malo no tiene más remedio que desaparecer. En Anita, no. Anita, no sólo no impugnaba en la interioridad de su conciencia estos impulsos agresivos, no sólo no los consideraba reprobables, sino que se diría que la complacían y la deleitaban con refinada delectación morosa. Y no en el sueño únicamente, sino en plena vigilia y en estado de consciencia absoluta.

Recuerdo que una vez leímos en un periódico el relato de un crimen; uno de esos crímenes bárbaros y estú-

pidos que la gente llama pasionales y que, por desgracia, son bastante frecuentes en Madrid; una mujer que, en un arrebato de celos, había dado de puñaladas a su amante. Anita la defendía y la elogiaba.

—¡Muy bien!—decía, exaltadísima y sincera—. ¡Está muy bien! Eso debían hacer todas. Si todas las pobrecillas que se ven desgraciadas por culpa de los hombres hiciesen lo que ésa, se acabarían los sinvergüenzas y los canallas que se dedican a engañar mujeres.

—Lo primero—argüí yo—que habría que saber es si ese hombre, efectivamente, la engañaba.

—Déjate de cuentos. Cuando ella lo hizo, sus motivos tendría.

—Nunca hay motivos para matar. No hay nada en el mundo que justifique el atentado contra la vida humana. La vida es una cosa demasiado seria y demasiado respetable, para que pueda estar al arbitrio de cualquier arrebato. Por culpable, por miserable, por odioso que nos parezca un ser, no tenemos derecho a destruirle, porque la vida es lo único que no se puede reconstituir. Por encima del amor, del honor, de los celos, de la venganza, de todas las pasiones del alma y todos los instintos de la carne, está el inviolable derecho de vivir. Para matar no puede haber nunca justificación. No hay derecho a matar.

Discutimos acaloradamente. Creo que fué la discusión más viva y más violenta que hasta entonces tuvimos. Ella defendía la tesis, muy meridional, de la fidelidad a todo trance. Yo proclamaba la libertad de sentimientos y la inutilidad de oponerse a los designios del corazón. Y, como ocurre siempre, poco a poco nos desviamos del punto general para sintetizar en el caso personal y concreto.

—De manera—me dijo—que si tú un día supieras que te engañaba, si te dijeran que me había ido con otro, ¿qué harías?

—Nada.

—¿No me matarías?

—¡Qué disparate!

—¿Consentirías que te siguiera engañando?

—¡Mujer, eso... tampoco!

—¿Me dejarías, entonces?

—¡Claro está!

—¿Pero sin hacer nada, nada..., sin que se te pasara por la imaginación la idea de vengarte?

—No.

—¡Habría que verlo!

—Tenlo por seguro.

—Pues eso, lo único que demuestra es que no me quieres.

—Eso lo que demuestra es que tengo un sentido moral mayor que el tuyo y un concepto más elevado y más noble que tú del respeto a la libertad de los demás.

—Pues yo, si te cogiera con otra, te mataba. No te quepa la menor duda: te mataba. Mira, algunas veces me creo que es verdad, y sólo de pensarlo me dan malas ideas.

—¿De modo que tú tendrías valor para matarme?

—¡Ya lo creo!

—¿No te daría pena?

—Ninguna.

—¿No crees que te asaltarían remordimientos?

—¿Por qué?

—Y, vamos a ver, ¿cómo me matarías?

—¡Ah!, no sé... Eso es lo de menos.

Fíjese usted bien en la transcendencia de esta conver-

sación. Anita estaba decidida a matarme. Tenía el propósito preconcebido, firme. No había en ella vacilación alguna. La idea absurda, inhumana, no sólo no encontraba impugnación en la conciencia, sino que la reflexión la juzgaba perfectamente natural, lógica, hacedera y posible. Usted sabe que la concepción instantánea de un acto delictivo, sin motivo racional que lo provoque, siempre es síntoma patognomónico de locura. La perversidad no se improvisa: se llega a ella por grados, después de ir sometiendo uno tras otro todos los sentimientos cohibitivos y refrenadores que protestan contra el impulso. En ninguna persona normal se llega súbitamente a la determinación agresiva, sin una larga serie de precedentes pasionales, hijos del carácter o contraídos por hábito y costumbre. En Anita no se daba este caso. En su vida anterior no había antecedentes que abonaran esta suposición. Su carácter no tenía nada de violento. Al contrario, era dulce, sumiso, resignado y dócil. En los escándalos continuos que se promovieron en su casa actuó indefectiblemente como víctima; jamás concibió la tentación de rebelarse ni imponerse. Nunca usó de frases iracundas. En todo el tiempo que llevábamos de relaciones íntimas, lo bastante largo para compenetrarme con su modo de ser, no advertí en ella el más pequeño síntoma de irascibilidad. Hasta cuando hablaba de su familia, de la que tantos motivos tenía de resentimientos, lo hacía en tono lastimero y afligido, nunca de encono ni de increpación. Jamás dejó traslucir un propósito negativo. No: Anita no tenía instintos perversos; Anita no era mala. No sólo no era mala, sino que ya le he dicho a usted que era muy buena. Por mucho que la educación y el mal ejemplo hubieran socavado en su conciencia las nociones elementales del sentido moral,

conservaba la suficiente reflexión para discernir el mal y el bien; para no tener sobre este punto, en ninguno de los hechos corrientes de la vida, vacilaciones sospechosas. Anita sólo perdía la calma y el buen juicio cuando se le tocaba al flaco de los celos. Entonces, sólo entonces, esta mujer tan ecuánime, tan sensata, al parecer, en todas las manifestaciones externas de su vida afectiva, sufría una repentina y radical transformación: se irritaba, se exaltaba, se ponía a disparatar, a discurrir fuera de razón y a decir desatinos, hasta el punto de encontrar plausible el impulso homicida. Esto, como usted ve, ya es otro dato.

Tenemos, pues, los siguientes datos sintomáticos y decisivos:

Primero: concepción súbita de un propósito delictivo, sin causa suficiente que lo justifique. Segundo: desproporción entre la enormidad del propósito y la resistencia de los sentimientos cohibitivos y refrenadores que debe tener toda conciencia sana. Tercero: carencia absoluta de relación entre el impulso y los actos anteriores y coetáneos. Cuarto: falta igualmente de relación entre ese propósito y las condiciones orgánicas. Quinto: normalidad en el funcionamiento de las facultades reflexivas en todos los actos que no se refieren a la cuestión que le interesa, y, por el contrario, alteración, irritabilidad, delirio, en cuanto el tema se provoca.

Y todavía tenemos otro dato: la falta de plan. Si usted ha seguido con atención el relato que le he venido haciendo, recordará que cuando, al final de la conversación, le pregunté cómo me mataría, ella contestó sin vacilar: «¡Ah!, no lo sé. Eso es lo de menos.» Es decir, que el pensamiento de matarme existía en ella; tenía el firme, decidido propósito de llevarlo a cabo, y, sin embargo, no sa-

bía cómo, no se le había ocurrido detenerse a pensar de qué manera lo ejecutaría. *Eso es lo de menos.* No: es lo de más. En todos los actos pasionales, como surjan instantáneamente, en uno de esos momentos de obcecación y de arrebato que tantos puntos de semejanza tienen con la locura transitoria—por algo los Tribunales de justicia los consideran como atenuantes—, la persona que comete un delito obra siempre con arreglo a un plan concebido de antemano. El loco, sea cual fuere la índole de su locura, procede casi siempre sin concierto y sin plan. El proyecto se improvisa, se concibe de una manera súbita y se ejecuta, unas veces acto continuo, otras, después de una lucha más o menos violenta, más o menos prolongada entre el impulso que ha brotado y el freno de la reflexión, cuando la conciencia tiene todavía energía para protestar contra la tendencia agresiva que, a pesar de todo, se va desenvolviendo con la inexorabilidad de una fuerza fatal, casi podríamos decir de una ley física.

En Anita ya hemos visto que la conciencia era muy débil, que apenas existía el contrarresto de los sentimientos éticos y razonadores. No se podía, pues, atribuir a esta causa el largo plazo que iba desenvolviéndose entre el propósito y la ejecución. Más bien debía achacarse a que no había llegado todavía el momento propicio, el choque necesario para que la explosión se produjera. Pero esto no quiere decir tampoco que se prolongara indefinidamente; al contrario, cada momento que pasara, cada día que transcurriera, era un peldaño más que me acercaba a mi trágico fin.

Me encontraba en la misma situación de un condenado a muerte a quien ya le han leído la sentencia y aguarda en su celda que de un momento a otro le pongan en capilla; peor aún, porque a ese desdichado, por espanto-

so que su crimen sea, le cabe la esperanza de que llegue el indulto, y yo sabía demasiado que para mí no había indulto posible. Yo sólo podía confiar, y en eso también me parecía al pobre reo, en obtener la libertad y la vida por medio de la fuga. No había otra solución, y como no había otra, me resolví a estudiarla.

Desde el primer momento tropecé con obstáculos insuperables. Si para un condenado es difícil huir de la prisión, más difícil para mí todavía era librarme de los lazos que me sujetaban. ¿Cómo escapar de Anita? ¿Cómo reñir con ella? ¿A qué procedimientos recurrir para suscitar la ruptura? Proponerla de una manera franca, habría sido tanto como provocar conscientemente el estallido, golpear yo mismo, con mis propias manos, la espoleta de la granada. Ir a ella por los caminos tortuosos del fingimiento y del engaño, mostrarme indiferente, cada día más frío; dilatar las ausencias, ir poniendo poco a poco en nuestras entrevistas soluciones de continuidad cada vez más profundas y más largas; recurrir, en una palabra, a todos los procedimientos corrientes y vulgares que los hombres usan cuando se quieren desligar de un afecto amoroso que les desplace, cansa o no conviene, me parecía también bastante expuesto. Si desviviéndome por ella, si dedicándole todas mis horas libres, si justificando siempre ante sus ojos los motivos de mis tardanzas y las razones de mis prisas me promovía a cada instante escenas tremebundas de celos, ¡qué no sucedería si la irregularidad de mi conducta diera pábulo a sus sospechas, si un día encontrara justificados sus temores de engaño y desamor! No quiero ni pensarlo. Por absurdo, por insólito que parezca, entre los dos procedimientos, casi encontraba preferible la ruptura franca.

Si Anita hubiera sido una persona sana, una mujer

normal, yo no habría tenido vacilación en intentarlo. Todos los días los hombres riñen con las mujeres, y, sin embargo, no sucede nada. Es muy raro que estas cuestiones afectivas se diriman de manera violenta. Sólo en casos de temperamentos excesivamente pasionales, vehementes, impulsivos, puede haber el temor de soluciones extremadas. Por regla general, la mujer se resigna y el hombre se va tranquilamente. Las mujeres no suelen propender a la violencia, salvo en el caso de que se vean arrastradas por el empuje irresistible de una pasión arrolladora. Tampoco este caso era el de Anita. Cinco meses de relaciones, por íntimas que sean, no bastan para forjar una pasión arrolladora, y mucho menos en una mujer de la índole de aquélla. Ni su carácter, ni su temperamento, ni sus costumbres, ni sus hábitos la hacían propicia a esta clase de exaltaciones afectivas, en las cuales el sentimiento se desborda y el instinto se sobrepone a todo. No: Anita era una mujer tranquila, temperada, muy poco sensual, más pasiva que activa, como suele ocurrir a la inmensa generalidad de las mujeres. Con no ser yo tampoco, según le he confesado a usted, un gran apasionado, no quiero conceder que Anita me ganase en la intensidad del afecto. Estoy seguro de que yo la quería a ella mucho más que ella a mí.

Y, sin embargo, a pesar de quererla tanto, la idea de reñir, de terminar con ella, de perderla definitivamente, no me conducía a la desesperación y al desconsuelo. Me contrariaba mucho, ¡cómo no!; me dolía; pero no hasta el punto de ofuscarme y no reconocer que este dolor sería transitorio, que poco a poco se iría debilitando hasta extinguirse con los lenitivos del olvido y del tiempo. Por hondamente que la separación me afectase, no llegaba hasta el punto de estimarla una desgracia irreparable.

Claro es que en ella la situación era distinta. Al perderme a mí, no era sólo mi amor lo que perdía: eran las ventajas de su situación, la tranquilidad, el bienestar, toda la serie de pequeñas comodidades que junto a mí había conseguido y a las cuales se había tan gratamente acostumbrado. Al dejarla yo, lo probable es que se viese otra vez en la pobreza, acaso en la necesidad de volver a su casa, en donde sería recibida en peores condiciones que nunca, o tener que lanzarse al arroyo, a hundirse en una vida vergonzosa que tanto repugnaba, y para salvarse de la cual, precisamente, se escapó conmigo. Era el retorno a la inquietud diaria, al desasosiego constante, a la seguridad espantosa de encontrarse sometida otra vez al influjo abyecto y desmoralizador de su familia; eran otra vez los escándalos, los disgustos, las privaciones, la asechanza del vicio, los zarpazos de la miseria; todo el desquiciamiento irremediable de una vida, un porvenir que se desmoronaba.

¿No serían, acaso, estos motivos los verdaderamente determinantes de sus celos? ¿No sería este temor de encontrarse sin mí, desamparada y sola, mucho más poderoso y más enérgico que el vulgar sentimentalismo de perderme? ¡Quién sabe! Por lo pronto, tuve un momento de esperanza. Si esto fuera así, me dije, podría tal vez justificarse todo. Sus arrebatos, sus impulsos ya no serían celos en el sentido psicológico y gramatical de la palabra; responderían a otro sentimiento más racional y más humano por lo mismo que era más egoísta; casi podria considerárselos una protesta intuitiva del instinto de conservación. La exaltación pasional que anteriormente no tenía explicación lógica y razonable se ofrecía ahora a mis ojos sencillísima y clara. Todo, todo era ya en este caso perfectamente comprensible: la exaltación, la ofus-

cación, incluso la delictiva determinación a la violencia. En un carácter como el suyo, melancólico y débil, sin energías para sobreponerse a la desgracia, sin arrestos bastantes para afrontar la lucha por la vida, ¿qué tenía de particular que, al considerarse perdida para siempre, la desesperación se apoderase de ella? En una conciencia contaminada por el mal ejemplo, tachada por la herencia, debilitada por los disgustos y las privaciones, ¿no era, hasta cierto punto, natural y posible que surgiese la idea de venganza, de castigar a la persona que juzgaba causante de todas sus desdichas?

Si esto era así, yo estaba por completo salvado: nada tenía ya que temer. Con llevar a su ánimo la convicción de que, *pasara lo que pasara,* no había de abandonarla nunca, todos los temores se desvanecerían, y con ellos los motivos de preocupación. Ya no tendría para qué torturarme. Recobrada la tranquilidad, nuestros amores volverían a ser el más encantador de los idilios.

Inmediatamente compuse mi plan, y tal como lo concebí, lo ejecuté. Abrevié la consulta en la Policlínica, y en cuanto me vi libre fuí a buscarla y la llevé a dar un paseo. Era una tarde espléndida de abril. Por los Cuatro Caminos nos fuimos a los altos de Amaniel y nos sentamos en un merendero a tomar unos vasos de cerveza. En seguida planteé la cuestión.

—Mira—le dije—, yo estoy preocupadísimo contigo. Tu situación me tiene muy inquieto. Es evidente que mientras las cosas sigan como ahora, en tanto que yo esté en condiciones de continuar ayudándote, nada te ha

de faltar; pero y si un día, por cualquier incidente imprevisto, las circunstancias se modificasen, si yo muriese, si sufriese un quebranto de fortuna, una de esas enfermedades terribles que le dejan a uno incapacitado para trabajar, en una palabra, si un día, por el motivo que fuese, te faltase mi apoyo, ¿qué sería de ti? ¿En qué situación te verías? He pensado mucho en ello, y creo que al cabo he conseguido dar con una fórmula que asegure tu porvenir de manera que, *pase lo que pase,* no tengas nunca nada que temer. ¿Qué te parece?

Hice una pausa para ver el efecto que mi proposición le producía; pero, con gran asombro mío, Anita permaneció impasible. No hubo en ella una mirada, un gesto, un ademán que delatase su alegría..., nada. Diríase que la cuestión no le afectaba, que no iba con ella. A pesar de todo, insistí:

—¿Qué te parece? ¿No crees que tengo razón?

Ella entonces me miró atentamente, ladeó la cabeza, se mordió los labios y, con tono de profunda indiferencia, casi de disgusto, contestó por fin.

—Sí..., no está mal. Pero ¿por qué me dices estas cosas?

—Porque es necesario preverlo todo; porque nadie está libre de que le pueda sobrevenir una desgracia, y la prudencia más elemental aconseja, ya que las desgracias no puedan evitarse, que se pongan por lo menos los medios para que no le cojan a uno desprevenido.

—La única desgracia que a mí podría sucederme—me contestó—, sería que tú te cansaras de mí y me dejaras. Fuera de eso, todo lo demás me tiene sin cuidado.

—No, no; eso, no. Hay otras muchas cosas que te deben interesar.

—¿Cuáles?

—Tu porvenir.

Se encogió de hombros.

—Mira, chico, no te preocupes. Yo, con tenerte a ti, tengo bastante.

Me crispa los nervios que me contradigan, sobre todo cuando estoy seguro de que tengo razón. En aquella ocasión era indiscutible que yo la tenía. Había en mí un buen deseo digno de agradecer; cuando menos, merecía que despertara curiosidad y afán de conocerlo. Me indignó aquella falta de sentido común.

—Bueno—le dije—; pues si no te preocupas, me preocupo yo, y, por lo tanto, se hará lo que a mí me acomode. He dicho que quiero asegurar tu porvenir, y lo aseguraré. Te voy a poner una tienda.

—¿Una tienda?

—Sí, una tienda, un pequeño taller. Yo hubiera preferido que aprendieses un oficio más sólido: el de taquígrafa-mecanógrafa, por ejemplo, o el de linotipista, que son en Madrid muy seguros y bien retribuídos, o, mejor aún, una carrera corta, como la de dentista o comadrona; pero sospecho que esto va a tener para ti muchas dificultades.

—Muchas—contestó sonriendo.

—Ya me lo figuro. Por eso he optado por lo del taller. Tú eres una bordadora excelente, dominas el oficio, tienes para él muy buenas manos y estás al tanto de sus inconvenientes y ventajas. Alquilaremos una tiendecita en sitio céntrico, tomarás unas oficialas, te compraré lo que sea preciso, emprenderás el negocio y, poco a poco, te irás desenvolviendo.

—Pero tú no tienes dinero para eso.

—Sí, sí lo tengo: poseo en mi pueblo una casita y unas tierras que me correspondieron de mi padre; las

venderé, y con ello y algunos pequeños ahorros que he logrado economizar, puedo reunir cuatro o cinco mil duros: la base necesaria para establecerte.

Se quedó un momento pensativa, pero en seguida se rehizo.

—No, no, de ninguna manera: ese dinero te hace falta a ti, y yo, en cambio, por ahora me puedo pasar muy bien sin él. Más adelante, si las circunstancias varían, tienes suerte y ganas más en tu carrera, ya veremos. Por el momento, no; no lo necesito. Ya sabes tú que no soy antojadiza ni gastosa, y que me avengo a todo. Si tú buenamente me lo pudieras dar, si te sobrara, si fueras un hombre de posición y de fortuna, yo te lo tomaría, aunque sólo fuera por aquello de que más valdría que te lo gastases conmigo que con otra; pero suponiendo para ti un sacrificio, teniendo tú que privarte de ello para dármelo a mí, de ningún modo. Además, hijo, que tengo mucho miedo a tu familia. Si portándome contigo como me comporto me odian y no me pueden ver, ¡qué sería si supiesen que vendías la herencia de tu padre para dármelo a mí! ¡Ni lo quiero pensar! ¡Jesús y cómo me pondrían! Serían capaces de decir que yo era una mala golfa sin entrañas que te estaba explotando y arruinando. No, rico, no: yo no quiero que nadie pueda pensar de mí, y menos tu familia, que estoy contigo por la materialidad del dinero. ¡Eso sí que no!

—Pero ¿y tú?

—Ya me las arreglaré como pueda.

—Pero y si yo faltase, como antes te he dicho, ¿qué sería de ti?

—Dios me ayudará.

—Tendrías que volver con tu familia.

—Eso, nunca—protestó decidida—. Antes vendería décimos en la calle.

—¡Sublime solución!

No hubo modo de que lográramos entendernos. Regresamos a casa cabizbajos y tristes. Ya cerca de ella, Ana me preguntó:

—¿Qué tienes? ¡Vaya una cara! Parece que te han dado cañazo.

—Tengo—le repliqué sin poder contenerme—que me molesta mucho tu manera de ser.

—Pero, hijito mío, eso no es motivo para que te disgustes de ese modo. En último término, el asunto a quien pudiera afectarle sería a mí, y yo, como ves, estoy tan tranquila. No me preocupo, no quiero preocuparme. Vivo feliz así. Déjalo. Lo que sea sonará.

Me callé para no envenenar más la cuestión. A los pocos pasos oí que decía en voz tan baja que apenas la entendí:

—Cualquiera pensaría que andas buscando el modo de dejarme.

—¿Yo? ¿Por qué?

—¡Qué sé yo...! Me lo has dicho de un modo... Tienes una manera de decir las cosas... Siempre parece que hablas con segunda intención.

—No; yo, no; tú eres la que se pasa de suspicaz, quien da a las palabras un alcance y una transcendencia que no tienen. ¿Qué has visto en mí? Dime: ¿qué has visto para suponer que pienso dejarte? ¿Qué te he dicho yo para que se te haya podido ocurrir esa idea absurda? Vamos, contesta.

No supo qué contestar, y yo entonces me envalentoné.

—Haz el favor de razonar un momento con sentido común. Yo no soy tu marido; no hemos firmado ningún

contrato de fidelidad ni de constancia; no tengo contigo más compromiso que el moral, y éste muy relativo, porque yo no te engañé, yo no te saqué de tu casa: fuiste tú quien me lo pidió, y yo quien, accediendo a tu deseo, únicamente por acceder a tu deseo, por hacerte un favor, te facilité los medios para ello. Este es, en resumen, todo mi compromiso. Si yo ahora pretendiera desligarme de él, ¿quién me lo impediría? Sí, como tú supones, estuviera cansado de ti y quisiera dejarte, ¿quién se opondría a ello? ¿No comprendes que para mí sería muy fácil, que no tendría que darte explicaciones? Con no volver, en paz. Para acabar con una mujer no hacen falta rodeos: basta con decidirse: una ruptura se provoca cuando uno quiere; para reñir siempre hay un motivo.

—Y si no hay, se busca.

—Justamente.

—Como que eso es lo que andas buscando.

—La que me parece que lo busca eres tú.

—¿Yo? ¡Pobre de mí!

—Tú; tú, que te pasas la vida contrariándome y dándome disgustos. Habíamos salido de casa tan contentos; te he hecho una proposición razonable, que si algo demuestra es el cariño que te tengo y el vivísimo interés que me inspiras, y en vez de agradecerla...

—¡Pero, hijo de mi alma, si yo te la agradezco mucho; lo que no quiero es que te sacrifiques por mí!

—No, no es eso; tú no has visto en esa proposición más que el propósito de dejarte.

—Me lo has dicho de un modo...

—No hay modo que valga.

—Pues no hablemos más del asunto.

—Sí, sí, hablemos, ¡ya lo creo! ¡Cómo no hemos de hablar! Si yo te he hecho esa proposición ha sido preci-

samente por todo lo contrario, con la única y exclusiva intención de ver si se te quitaban esos malditos celos que te están envenenando la existencia; quería ver si de una vez para siempre te quedabas tranquila. Y en lugar de tranquilizarte resulta que te exaltas y que desvarías. ¿No comprendes que todo esto es ridículo, que no tiene sentido común?

—¡Qué quieres! Son cosas que no se pueden remediar.

—Pero, ¿en qué te fundas para dudar de mí?

—No sé.

—Alguna razón habrá para que procedas de este modo. No se duda sin algún fundamento. ¿Qué motivos tienes para sospechar de mi lealtad?

—Hasta ahora, ninguno.

—Entonces, ¿por qué dudas?

—No sé..., corazonadas.

—Pero corazonadas, ¿de qué?

—No sé; si no lo sé...; corazonadas, presentimientos. Ya sabes tú que a mí el corazón no me ha engañado nunca, y el corazón me dice que, a la corta o a la larga, acabaremos mal.

Fíjese usted: presentimientos, corazonadas, o si lo quiere usted de un modo más científico, funcionamiento perfecto de las células adivinatorias. En el cerebro de aquella mujer existía latente el convencimiento intuitivo de su trágica predisposición; sabía que, fatalmente, necesariamente, éste era su sino, y, no obstante saberlo, a pesar de que las células imaginativas del ensueño, cumpliendo, como siempre, su piadosa misión, lo habían advertido, la tendencia agresiva seguía desenvolviéndose sin que la voluntad impotente pusiese de su parte el esfuerzo más mínimo para contrarrestarla. Hay cosas que no se pueden remediar. ¿Lo quiere usted más

claro? *Que no se pueden remediar*, que están por encima de la voluntad del individuo; ¿no es eso? Si alguna duda hubiera podido caberme todavía, esta última conversación la habría disipado. Ya no podía tener vacilación alguna acerca del estado de Anita. Por desgracia, sabía a qué atenerme. Me encontraba por completo a merced de una persona irresponsable.

Yo le ruego encarecidamente que siga prestando atención a mis razonamientos. Es indudable que si Anita hubiera sido una mujer normal; es decir, una mujer que no tuviera trastornadas sus facultades con la preocupación de una idea fija, el ofrecimiento que le hice le hubiera causado grandísima alegría, no sólo desde el punto de vista muy humano del egoísmo personal, sino porque era la demostración más evidente de mi interés por ella. ¿Qué mayor prueba de afecto puede dar un hombre a una mujer que la de preocuparse de su porvenir? Pero vamos a suponer que, dado su carácter suspicaz y desconfiado y la manera un poco torpe y un tanto extemporánea con que yo acaso planteé la cuestión, vamos incluso a suponer, repito, que ella hubiera podido recelar que, en efecto, era un medio a que apelaba yo para desligarme de un modo decoroso. Pues bien: aun en este caso, aun en el caso de que fuese así, debía haberse alegrado. Si yo estaba, como ella temía, decidido a romper, ¿no era preferible que antes de reñir dejase garantida su situación? Si de todos modos íbamos a reñir, ¿no era mejor que la riña surgiese en las condiciones más beneficiosas? Si lo que yo deseaba únicamente era un motivo para terminar; si lo que andaba buscando era eso, eso probaba que no la quería, que estaba hastiado de ella, que su cariño me cansaba, y en este caso, ¿para qué mantenerle? ¿Qué atractivos pueden encontrarse en

un afecto en el que no existe reciprocidad? ¿Qué ilusión puede despertar un amor en el que no hay correspondencia? Por el contrario, libre, sola, joven todavía, agraciada y simpática, con una posición modesta, pero lo bastante independiente para no tener que supeditar los impulsos afectivos a los intereses de la conveniencia, hubiera podido encontrar otro hombre que la quisiera más que yo, que la compensara con un nuevo amor, más grande y más sincero, de todas las amarguras pasadas, que le diese una felicidad que yo no acerté a darle. Esto es lo que hubiera pensado cualquier mujer razonable y sensata, ¿no es verdad? Pues bien: ella, no; ella no vió más que podía perderme; no tuvo más idea que la constante, fija, rectilínea de que iba a dejarla; la confirmación del presentimiento de que teníamos que acabar mal. Lo demás no le importaba. Claramente lo dijo, ¿se acuerda usted? *Fuera de eso, todo lo demás me tiene sin cuidado.* Mi ofrecimiento no le causó la menor alegría. Ni siquiera lo discutió. Lo rechazó de plano. ¿Y en qué términos lo rechazó? Recuerde usted bien: *No quiero que te sacrifiques por mí.* Consideraba un sacrificio inaceptable el que yo me desprendiese de un poco de dinero, y en cambio no le importaba tenerme sacrificado a todas horas con sus celos absurdos, con sus intemperancias irritantes, pidiéndome constantemente cuenta de mis actos, no dejándome un momento de libertad ni de reposo. ¿Es ésta manera razonable de proceder? El otro argumento era el temor a la opinión de mi familia. Tenía miedo de que creyeran que me arruinaba. Le horrorizaba la idea de lo que mi familia pudiera pensar si me conducía a la ruina, y, en cambio, no le importaba lo que podrían decir si un día, dejándose arrastrar por sus impulsos agresivos, me llevaba a la muerte. Le indigna-

ba que la gente pudiera suponer que me explotaba, y le tenía sin cuidado asesinarme. ¿Puede darse mayor contradicción? ¿Es éste el modo de razonar de una persona cuerda?

Yo desearía, mi querido amigo, que siquiera por un momento se colocara usted, con un esfuerzo imaginativo, en la situación en que yo me encontraba. ¿Qué habría hecho usted en mi caso? ¿A qué medios habría usted recurrido para defenderse puesto en mi lugar? Ya hemos visto que la ruptura era imposible, ni aun paliándola con el incentivo del dinero. No había medio de reñir. ¿Qué hacer, entonces? No quedaba más que un camino: transigir, someterse, conllevar con la mayor resignación las cosas y vivir constantemente apercibido. Esto fué lo que hice. A partir de aquel día me mostré con ella más que nunca cariñoso y amable; extremé las atenciones y las delicadezas; evité cuanto pude los motivos de rozamientos y disgustos; no volví a llevarle la contraria; suprimí, en cuanto de mí dependía, todos los agentes irritadores y excitantes que pudieran contribuir a exacerbar su neurastenia; en una palabra, la sometí, sin que ella lo advirtiese, a un verdadero tratamiento médico-psicológico. No tengo más remedio que confesarle a usted que, por desgracia y a pesar de todos mis esfuerzos, los resultados fueron nulos. Sea porque el plan terapéutico resultase incompleto—no pude, por ejemplo, conseguir nunca que se determinase a tomar duchas frías, que le hubieran sentado muy bien—, fuese porque la enfermedad estuviese ya en ella demasiado arraigada, lo cierto es que los síntomas reveladores de su estado mental se mostraban en la infeliz cada día que pasaba de manera más ostensible y más palpable. Yo estaba verdaderamente preocupado. Como es natu-

ral, esta preocupación me tenía a todas horas inquieto, desasosegado, de mal humor, sin gusto para nada, y aun cuando en su presencia procuraba fingir y dominarme, ella concluía por darse cuenta y sacar consecuencias disparatadas muy en armonía con la índole de su locura.

—¿Estás de mal humor?—me decía.

—No, nenita; es que estoy fatigado: he trabajado mucho.

—Más trabajabas en invierno, y, sin embargo, no tenías esa cara.

—La misma.

—No, no; ¡qué me vas a decir! Entonces estabas de otro modo conmigo. Ahora es que te aburres, que te fastidias a mi lado. Es que ya no me quieres.

—No seas tontina; por Dios, no digas esas cosas. Si yo me aburriera a tu lado, no vendría a verte; si no te quisiera, no estaría contigo.

—Estás conmigo porque no te doy ningún motivo para reñir, porque soy buena, porque sabes que te quiero mucho y te da lástima dejarme; pero quererme, ¡tú qué me vas a querer!

¡Siempre, como usted ve, la idea fija!; ¡siempre la misma idea!

Una tarde estaba yo en su casa. Era a último de junio. Habían terminado los cursos de la Policlínica, y únicamente para atender a unos cuantos enfermos, a los que me parecía inhumano dar de alta, mantenía abierta la consulta, aunque para mayor comodidad de ellos y mía la trasladé a las diez de la mañana. A las doce generalmente había concluído. Me iba a casa a almorzar, y en cuanto terminaba, con el café en los labios, me marchaba a la de Anita a dormir la siesta. Es decir, a dor-

mir precisamente, no. Ni ella ni yo solíamos dormir; pero como teníamos una alcoba espaciosa y muy fresca con una ventana a un solar que era una delicia, preferíamos esta habitación a cualquier otra de la casa. Yo me quitaba los zapatos, me aligeraba de ropa y, en mangas de camisa, me tendía en la cama y me dedicaba a leer. Ella se echaba a mi lado, sobre las piernas, a usanza mora, también medio desnuda, y se ponía a bordar. Y así, ella bordando, yo leyendo, conversando a ratos, fumando un pitillo alguna vez que otra, iba pasando gratamente el tiempo hasta que llegaba la hora de salir. Aquella tarde, como de costumbre, me eché en la cama, y como de costumbre, Anita se acomodó a mi vera. Hacía muchísimo calor. Me quedé algo traspuesto con el libro en la mano. El libro se escurrió de los dedos, y al chocar contra el suelo, me despertó el ruido.

Anita había dejado de bordar. Con la labor en una mano y las tijeras en la otra, unas tijeras puntiagudas, finísimas, me contemplaba fijamente.

—¿Te has dormido?

—Sí; parece que he dado una cabezadita.

—¡Ca, rico! Diez minutos lo menos. Como que yo no me atrevía a moverme para no despertarte. Ya ves, hasta he dejado de trabajar.

—Sí, sí, ya lo veo; pero, mira, quita estas tijeras, no vayas a hacer un mal movimiento y te las claves sin querer.

—¡Jesús, qué cosas dices! ¡Ni que fuera una niña! Y el caso es—añadió después de una pequeña pausa, contemplándolas atentamente—que sí que pueden hacer daño. ¡Cuidado si son finas! ¡Mira tú que si te las clavase aquí...!

Y antes de que yo pudiera hacer el menor movimien-

to de defensa, alargó la mano y me las puso de punta sobre la yugular.

Instintivamente dí un grito. Ella entonces arrojó las tijeras, se abrazó a mí y empezó a llenarme de besos y caricias.

—¡Pobrecito mío de mi alma...! ¡Con lo que yo te quiero...! ¡Qué horror...! Sólo de pensarlo me estremezco toda... ¡Qué pena..., nene mío...!, ¡mi vida...!

¿Usted conoce el caso de Catalina Olaven? Seguramente, porque todos los tratadistas de Medicina legal lo han referido. Catalina Olaven era una mujer de excelentes costumbres, honrada, bonísima, desconocida en absoluto de la Policía y de los jueces. Nunca había dado el más insignificante pretexto para que se dudase de su conducta ni se sospechara de la integridad de su razón. Estaba en una casa de nodriza. Los señores la estimaban mucho y ella quería mucho a sus señores y, sobre todo, al chiquillo que amamantaba. Los amos tenían la costumbre de salir después de cenar y la dejaban en casa con el niño. Una noche, después de haberse sentido durante el día algo indispuesta, le asaltó de pronto el deseo de degollar a la criatura. Horrorizada ante la idea, trató de distraerse, de apartarla de su imaginación, incluso dejando al chiquillo en la cuna y huyendo ella a esconderse en las habitaciones extremas de la casa; pero cuanto más la reflexión y los buenos instintos luchaban por sobreponerse al impulso sangriento, más y más la maldita idea la dominaba. Convencida de que iba a sucumbir a la espantosa tentación, refugióse en la

cocina, y le pidió por Dios a la criada (que se estaba vistiendo para ir a buscar a sus señores) que aquella noche no saliera, que no la dejase sola porque tenía *malas ideas*. La criada se echó a reír, lo tomó a broma, no la hizo caso y se marchó a la calle.

Al verse sola, Catalina se siente más perturbada, más exaltada; la tentación es más fuerte, el impulso, más dominante; la lucha interior, más horrible. Ya desde la cocina a la alcoba del niño y de la alcoba del niño a la cocina; coge un cuchillo, lo tira, lo vuelve a coger y, por último, ya decidida, saca al chiquillo de la cuna, se lo echa en el regazo y se dispone a degollarle. En este instante preciso llaman a la puerta. Catalina Olaven se reanima, se sobrepone, encuentra energías para dominarse, tira el cuchillo, se come a besos a la criatura, sale al encuentro de sus señores y les refiere todo lo ocurrido.

Compare usted este caso con el mío; es igual, completamente igual, con la agravante de que en Catalina no había, o si los había no se sospechaban, antecedentes psicopáticos, y en Anita, sí. Usted sabe que en Anita la tendencia homicida venía manifestándose hacía mucho tiempo con caracteres alarmantes, y que sólo faltaba para exteriorizarse de un modo material lo que podríamos llamar el estallido. Pues bien; el estallido había llegado ya. Como la Olaven, Anita, al verme a su lado indefenso, dormido, debió sentir súbitamente el deseo de asesinarme. Como en la Olaven, hubo indudablemente en ella una lucha interior; pero más débil la conciencia en Anita, menos enérgicos los sentimientos cohibitivos y refrenadores, no tuvo necesidad de ir y venir, de refugiarse en las habitaciones extremas, de suplicar el auxilio de nadie; ella me iba a matar sin la menor vacila-

ción, y únicamente cuando oyó el grito mío, cuando me vió despierto, se reanimó, se sobrepuso, la reflexión tuvo un instante de energía, tiró las tijeras, se abrazó a mí y me llenó de besos. Igual, exactamente igual.

Figúrese usted qué situación la mía. Ahora es cuando estaba irremisiblemente perdido. No había salvación para mí. Si hasta entonces viví inquieto y preocupado con el sobresalto continuo de que se declarase el acceso, excuso decirle que desde aquella tarde ya no dispuse de un momento de tranquilidad. Tenía tal certeza de que en cualquier instante el ataque iba a reproducirse, que no me atrevía a ir con ella por calles solitarias. Cuando la acompañaba a su casa, me quedaba en la puerta y no volvía a echar a andar hasta que estaba seguro de que no me seguía. Si alguna vez la invitaba a comer, no la perdía de vista, y en cuanto advertía que se quedaba fija en mí con la mirada vaga y turbia, sin que se diese cuenta apartaba el cuchillo de su lado. Creo inútil decirle que no volví o dormirme ni una sola tarde. Continuaba echándome en la cama para no excitarla con negativas, pero tenía buen cuidado de no distraerme, sobre todo cuando la veía con las tijeras en la mano. Claro es que todo esto no era más que exceso de prudencia, puesto que de día y cara a cara nada tenía que temer, por ser yo mucho más fuerte que ella. El miedo mío era de noche. A pesar de la oposición de mi madre, yo la venía dedicando dos noches por semana (miércoles y sábados), y de tarde en tarde, alguna que otra vez, otra más de propina. No me atreví a modificar la costumbre; pero con el pretexto del calor y el incentivo de diversiones y espectáculos, me las arreglé de manera que desde entonces regresábamos a casa cuando iba a amanecer. Siempre, con el pretexto del calor, dejaba la ventana

entreabierta, y así podía justificar que estaba desvelado. Porque no hay que decir que no dormía. ¡Qué había de dormir! Todo el rato que permanecía con ella estaba despierto y bien despierto. Y eso que antes de acostarnos tenía buen cuidado de inspeccionar el cajón de la mesa de noche, registrar el bolsillo de mano, comprobar si habían quedado olvidadas las tijeras en el cestillo de costura y cerrar la puerta con dos vueltas de llave. Y, a a pesar de todo esto, no estaba tranquilo.

Poco a poco di en desmejorarme; perdí el apetito y el sueño; empecé a sentir vértigos y alucinaciones, y a padecer horrorosos dolores de cabeza. Comprendí que no tenía más que un medio para salir de esta situación. Yo estaba condenado a muerte, irremisiblemente perdido. Era una cosa inexorable, inflexible, fatal. ¿Qué hacer para evitarla? No había más que una solución: anticiparme. Es tremendo, terrible, ¿verdad? Pero yo, ¿qué iba a hacer? No tenía posibilidad de libertarme de ella; no encontraba manera de reñir; no podía escapar, marcharme de Madrid, dejar mi casa, abandonar a mi familia, perder mi posición y mi carrera. Por otra parte, estaba seguro de haber puesto todos los medios necesarios para impedirlo. Si llegaba a esta solución, la culpa no era mía. En definitiva, yo obraba en legítima defensa. Creo que moral, y aun jurídicamente, el caso está perfectamente definido.

Concebido el propósito, me detuvo, sin embargo, una duda. ¿Cómo la mataría? Yo soy un hombre tímido, sentimental, muy débil de carácter, enemigo de la violencia. Me repugna la sangre y me acobarda el dolor, acaso más el ajeno que el propio. Nunca he podido ver sufrir a nadie, ni siquiera a un animalito, por inmundo que fuera. En mi casa, cuando yo era pequeño, mi ma-

dre ya sabía que para que yo comiese un pollo era condición indispensable que no le viera matar. Cuando, en Nochebuena, llegaba el momento de degollar al pavo familiar, mientras mis hermanos iban a la cocina a presenciar el sacrificio, yo me escondía en el último rincón y me tapaba las orejas para no oír los graznidos angustiosos del pobre animalejo. No he asistido en mi vida más que a una corrida de toros, y fué tal el horror que me produjo, que me marché antes que acabara, jurando no volver, y no he vuelto. ¡Qué más! Yo tengo unas manos muy habilidosas, un pulso muy firme, una vista excelente; yo habría hecho un admirable cirujano, y, sin embargo, para ejercer la profesión tuve que acogerme a esta especialidad, que es la que más lejos se halla del sufrimiento físico. Le cuento a usted esto para que comprenda bien la resistencia que dentro de mí había de encontrar la necesidad de matar a aquella mujer y mis vacilaciones para decidirme por un procedimiento conveniente. No es que los ignorase. Usted me hará la justicia de reconocer que conozco casi todos los medios que existen para causar una muerte rápida; pero unos son demasiado dolorosos; otros, muy repugnantes; otros exigen preparativos previos y hasta instrumentos adecuados. Yo necesitaba un medio muy sencillo, muy sencillo y al propio tiempo muy eficaz, decisivo, instantáneo, que no diera lugar a la sospecha, que suprimiese en absoluto el espectáculo de la agonía; en una palabra, que no produjese sufrimiento físico ni moral. La crueldad de las ejecuciones no está tanto en la ejecución en sí como en los momentos espantosos que la preceden. Esto es lo horrible, lo verdaderamente inhumano, lo que yo a todo trance anhelaba evitar. Ya que no la pudiera eximir de la muerte, ya que irremisiblemente te-

nía que morir, por lo menos que la pobrecita no se diera cuenta.

Pasé unos días preocupadísimo. Una mañana, muy temprano, al salir de casa para dirigirme a la consulta, encontré en la calle a un antiguo amigo mío, condiscípulo de colegio y ahora veterinario militar. Nos abrazamos efusivamente, y al preguntarle yo que adónde iba, me contestó que al cuartel a matar un caballo, un potro soberbio, que al saltar un obstáculo se cayó con el jinete encima y se rompió una pata. No había más remedio que matarle.

—¿Y cómo le vas a matar?—le pregunté.

—Con una inyección de estricnina.

—¡Qué barbaridad! ¡Pobre animal!

—¿Barbaridad? ¿Por qué? Al contrario, es lo más piadoso; una cosa instantánea. Tarda en morir un cuarto de segundo. No sufre nada absolutamente. ¿Quieres venir a verlo?

—¡Hombre, sí!: voy contigo. Debe ser muy curioso.

Le acompañé al cuartel. El animal se hallaba en un extremo de la cuadra, echado sobre una cama nueva. Era realmente un ejemplar precioso. Mi amigo le estuvo acariciando y reconociendo por última vez la pata rota, con pacienzuda minuciosidad.

El caballo volvía la cabeza y le miraba con una larga mirada inteligente y triste, como si el infeliz se diese cuenta de lo que iba a pasar.

—¡Qué lástima!—dije yo.

—Sí, es una lástima. Era el mejor caballo del regimiento.

—¿Y no cabe esperanza? ¿No se puede hacer nada?

—No, nada: todo sería inútil. La curación resultaría larguísima, y de todos modos quedaría cojo. No hay más remedio que matarle.

Preparó la jeringuilla, se la aplicó a una vena del cuello, y... en efecto, fué una cosa instantánea. El animal se abatió como un trapo.

—Muy bien. Tenías razón. Pero ¿de veras crees tú que no ha sufrido nada?

—No, nada; en absoluto. Ya lo has visto.

—Pues, mira, me alegro mucho de haberlo presenciado. Me vas a hacer un favor. Yo, dentro de unos días, iré al pueblo. Tengo allí un caballo muy viejo, que ya se le han caído hasta los dientes y que no le he matado porque me daba muchísima pena. Le voy a matar con estricnina.

—Es lo mejor.

—Me dictas la fórmula...

—No, hombre; te mandaré unas ampollas preparadas. Me das las señas de tu casa y te las envío. Y si quieres, voy yo mismo a matarle.

—No, no; de ninguna manera. No vale la pena. Está muy lejos para que te molestes. Ya he visto cómo se hace. Con que me facilites las ampollas...

—Esta misma tarde te las mandaré.

Me puse contentísimo. Pero una vez las ampollas en mi poder, me asaltó una duda. ¿Cómo dar la inyección? Desde luego, tenía que ser aprovechando un momento que estuviera dormida. Pero, y si al aplicar la jeringuilla, al sentir el pinchazo de la aguja se despertaba, como era de temer; si con cualquier movimiento un poco brusco me hacia perder el tino, ¿qué explicación le daría yo? ¿Qué justificación encontraría que la satisficiera? Las inyecciones intravenosas son bastante difíciles de aplicar. Requieren cierta práctica en el médico y una absoluta inmovilidad por parte del paciente. Aun así, no siempre se acierta a la primera vez, sobre todo cuando

se trata de mujeres un poquito gruesas, que tienen las venas ocultas y resbaladizas entre la suavidad del tejido adiposo. Si fracasaba en el primer intento, ¿en qué situación quedaría ante ella? ¿Qué pensaría de mí al verme con la jeringuilla en la mano? ¿Qué le diría yo para desvanecer su extrañeza y su asombro? Y si había ya entrado una porción de líquido, una cantidad insignificante, pequeñísima, un par de gotas nada más, insuficiente para producir una muerte inmediata, pero lo bastante para causar trastornos graves, dolores, convulsiones, angustias..., ¿qué haría yo? ¿Insistir, repetir, forcejear con ella brutalmente, como cualquier miserable asesino? ¡Oh, no! ¡Qué horror! Nunca tendría valor para hacer eso. Y entonces, ¿qué? ¿Dejarla morir? ¿Asistir impávido al cruento desarrollo de una agonía interminable y espantosa? ¿Presenciar sus sufrimientos, escuchar sus reproches, ver la mirada acusadora de sus ojos...? Menos aún. Mas entonces, ¿qué hacer? ¿Renunciar? ¿Desistir? No había otro camino, mientras no contara con la garantía del procedimiento.

Una noche la llevé a cenar a los merenderos del río. Como de costumbre, se nos hizo tarde, y en lugar de subir por la estación del Norte y la cuesta de San Vicente, en donde habría sido fácil encontrar un coche que nos llevase a casa, preferimos volver por la Florida y la Moncloa para disfrutar de las delicias de la madrugada, que estaba verdaderamente encantadora. Fuimos despacio, recreándonos en todos los prodigios de la primavera y en todas las maravillas del paisaje. No hay nada más bello que el campo, ni hora más propicia para gozar de

su hermosura que esta cristalina y perfumada del amanecer, en que todas las cosas parece que vibran en la alegría de la luz. Cerca ya de los Cuatro Caminos, y para evitarnos dar la vuelta por la Dehesa de la Villa, que era un rodeo demasiado largo, nos metimos por una senda abierta entre los pinos, y que por su orientación creímos un atajo. La senda iba a dar al canal de Lozoya. No sé si usted conocerá esos lugares; si los conoce, sabrá que constituyen un verdadero laberinto del cual no hay manera de salir. Una vez metido en él, se ande por dondequiera, indefectiblemente va uno a parar al alambre de espino que bordea el cauce. No hay medio de salir. Anita y yo nos desorientamos de tal modo que cuando, al fin de vueltas y más vueltas, conseguimos descubrir la salida, era muy cerca de las ocho de la mañana. Llegamos a casa destrozados. Yo tuve que tomar un coche para que me llevase a la mía; y en cuanto llegué, me metí en la cama, y estuve durmiendo de un tirón hasta las cuatro de la tarde.

Anita, naturalmente, se hallaba todavía mucho más quebrantada que yo. No podía moverse. Tenía los pies hinchados y le dolía todo el cuerpo, desde la nuca hasta los tobillos, como si le hubieran dado una paliza. Claro es que todo ello no era sino cansancio, agujetas vulgares, mas para mí fué un rayo de luz. En el acto comprendí que, con un poco de habilidad, podía aprovechar la coincidencia.

—Me parece, chiquita, que eso que tienes es reuma. A ver, a ver; ven acá, que te observe...

Le tomé el pulso, le miré la lengua, le examiné los ojos, y tras éstas y otras análogas pamemas realizadas muy solemnemente, afirmé muy grave, con tono de absoluta convicción:

—Lo dicho; lo que tienes es un ataque de reuma.

—¡Pero si yo no he padecido nunca de reuma!

—¡Tú qué sabes! Además, que alguna vez ha de ser la primera. Eso ha sido la humedad del río. Hicimos mal en quedarnos hasta tan tarde. Había demasiada humedad.

—Sí que parece que noté algo de frío cuando estaba cenando.

—¡Claro! Como que es artritismo, reuma articular. Si mañana te siguen los dolores, te daré unas inyecciones de salicilato.

—¿Unas inyecciones?

—Sí, mujer, unas inyecciones intravenosas de salicilato de sosa. Es lo más eficaz contra el reuma.

—¿No me harás daño?

—No, mujer: las inyecciones no hacen daño. Ya lo verás.

Al día siguiente me llevé unas ampollas de agua destilada, y como, naturalmente, seguían los dolores, le apliqué una.

—Vamos, ¿lo ves? ¿Ves cómo no duele?

—Poco; el pinchacito nada más; se puede resistir. ¿Y crees que esto me sentará bien?

—Muy bien; te curará radicalmente. Te pondré ahora cuatro o cinco, y dentro de diez o doce días, otras cuantas más, según el resultado que hayan logrado éstas.

—¿Y por qué no me las das seguidas?

—Pues..., porque no conviene.

Le extrañará a usted que teniendo por fin en mis manos el remedio eficaz y seguro para terminar de una vez con aquella situación enojosa y difícil no le aplicara inmediatamente y me aviniese a esta dilación. En cuanto se lo explique lo comprenderá usted. Procedí así porque la prudencia más elemental me aconsejaba realizar pre-

viamente unos cuantos ensayos para que cuando llegase la ocasión decisiva no tener que andar con vacilaciones y tanteos. Necesitaba ganar su confianza, estar seguro de su inmovilidad, conocer bien las venas, adquirir la pericia indispensable para atinar en el primer pinchazo. Una vez seguro de ella y seguro de mí, lo demás era secundario y accesorio. Desde el momento en que dependía exclusivamente de mi arbitrio, podía escoger la oportunidad más favorable y la ocasión que más me conviniera. Ya no tenía prisa. La misma solución de continuidad que propuse entre las dos series de inyecciones era una garantía más para el buen éxito de mi designio, puesto que, conocido el punto mejor para operar, dejaba espacio suficiente para que el pinchazo se cicatrizase. Tenía tomadas, como usted ve, todas las precauciones. Todo estaba calculado y previsto.

Pero entonces me sucedió una cosa con la que no contaba. Mientras todo fueron contrariedades y tropiezos, mientras no veía el modo de deshacerme de ella estaba deseando terminar cuanto antes; cada día que pasaba se me antojaba un siglo; me parecía que no iba a llegar nunca el momento, y ahora que el momento había llegado, ahora que todos los obstáculos estaban ya vencidos, ahora que podía disponer de su vida a mi antojo en el momento en que a mi voluntad le acomodase, ahora es cuando me daba pena y me dolía tener que llegar a esta tremenda solución. Cuanto más inmediato y más irremediable se acercaba el momento, mayor era el esfuerzo que me costaba decidirme. No sé lo que habría hecho por poder evitarlo. Y es que, ¡caramba!, por grande que fuese el convencimiento de que no me quedaba otro recurso, por muy seguro que estuviese de que obraba en legítima defensa, esto de suprimir a una per-

sona es una decisión bastante grave. No se mata así como así, y, sobre todo, a una mujer a quien se quiere y con la cual se convive gustoso. Porque yo la quería. A pesar de todos sus defectos, la quería muchísimo. Ahora que iba a perderla es cuando me daba cuenta exacta de lo mucho que la quería.

Además, yo no sé por qué inexplicable y extraña coincidencia Anita estaba aquellos días más aplacada y tranquila que nunca. Sería casualidad, sería lo que fuese, pero es lo cierto que nunca la vi tan razonable y tan sensata. Desde la tarde aquella en que tuvo mi vida bajo las puntas agudísimas de sus tijeras no había vuelto a darme ningún otro motivo de preocupación ni de disgusto. Era el hecho tan patente, tan claro, que por un momento llegué a pensar en la posibilidad de un comienzo de curación. Recordé el caso de Catalina Olaven. La Olaven se curó. Después del acceso en que tan expuesto estuvo a morir estrangulado entre sus dedos el chiquillo que amamantaba, la Olaven no volvió a padecer ningún otro arrebato peligroso. Pasado el acceso, tornó a ser como siempre había sido: una pobre mujer cariñosa y bonísima. ¿No podía en este caso suceder lo propio? No es condición indispensable para la determinación de una locura que el ataque violento tenga que repetirse necesariamente. Muchas veces, en toda la historia del sujeto, no se da más que uno. Es más: en la mayoría de las ocasiones obra como calmante, como válvula de seguridad. Ni siquiera es preciso que la ejecución material se perpetre. Satisfecho el deseo, exteriorizado el impulso, el paciente recobra su equilibrio. Este fué el caso de Catalina Olaven. ¿Por qué no había de ser asimismo el de Anita? Anita pudo matarme impunemente. Diez minutos largos, según confesión propia, es-

tuvo por completo mi vida al arbitrio de sus tijeras. Si no realizó su propósito, si no me asesinó, no fué porque no pudo, sino porque no quiso. Hubo espacio de tiempo más que suficiente para que el deseo se satisficiese y se colmase. Y si se satisfizo, si el propósito se encontró cumplido, si obtuvo en el terreno de la ideación la finalidad que perseguía, ¿por qué iba a persistir? ¿Qué necesidad había de que se repitiese? En la Olaven no se repitió. ¿No podía ser esta tranquilidad, esta sensatez que en Anita venía manifestándose un síntoma de mejoría, el comienzo de una iniciada y progresiva curación? Podría ser o no ser; pero en tanto existiese, por débil que fuera este hálito de esperanza, yo debía abstenerme en absoluto de cualquier decisión definitiva. La cosa era demasiado grave para proceder con precipitaciones. Antes de exponerme al riesgo peligrosísimo de una equivocación irreparable, tenía que asegurarme bien, y para ello no había nada mejor que seguir observándola con más cuidado y detenimiento que nunca.

Porque también podía ocurrir que todo esto que en mi buen deseo juzgaba mejoría no fuese más que fingimiento y cálculo. Usted sabe que los locos son muy ladinos en la preparación y desarrollo de sus planes. Si la tarde aquella de las tijeras, fuese por lo que fuese, el propósito le falló y pudo sospechar, por detalles sueltos de mi sucesiva conducta, que yo había llegado a descubrir sus perversas intenciones, ¿quién dice que no trataba ahora de despistarme, de desorientarme, de ir recobrando mi confianza poco a poco para, una vez ganada, asegurar de nuevo el golpe de modo decisivo?

Y todavía quedaba otra tercera suposición. Acabo hace un momento de confesarle a usted que cuando verdaderamente empecé a darme cuenta de lo mucho

que la quería fué cuando adquirí la triste convicción de que para verme libre del peligro que me amenazaba no tenía más remedio que anticiparme a sus propósitos. Hasta entonces yo no había sentido dentro de mí más que el impulso humano y defensivo del instinto de conservación. Me dolía matarla, me repugnaba mucho tener que llegar a esta solución implacable y extrema; pero como por más que estrujaba el cerebro no vislumbraba otra, me doblegaba, resignado, ante la fuerza de las circunstancias con la conformidad que impone el convencimiento de lo inevitable. Toda la lucha que en mi interior había quedaba limitada a la protesta de mi natural sencillo y bueno, enemigo de violencias y de crueldades contra la imperiosa necesidad de defenderme. Usted sabe como yo que el mal sólo es mal cuando es innecesario. Pero desde el momento en que el corazón se mezcló en la contienda, las circunstancias variaron. Ya no se trataba de una simple lucha entre el egoísmo y el deber, sino de algo más hondo, muchísimo más fuerte; desde el instante en que el amor se impuso, todos los razonamientos acabaron; ya no vi más que el dolor de perderla y la perspectiva desoladora de encontrarme abandonado y solo. Exacerbado el sentimentalismo, desbordada a torrentes la ternura, estuve aquellos días con ella como nunca había estado de cariñoso y de solícito, de extremoso y de amante. Todo me parecía poco para tenerla satisfecha y feliz. Ahora bien: ¿no sería acaso esta exaltada exteriorización de mi cariño lo que verdaderamente le hacía estar confiada y alegre? Aquella aparente ecuanimidad que yo juzgaba síntoma palpable de mejoría, primer peldaño de una iniciada curación, ¿no sería, en realidad, más que un aplazamiento circunstancial y transitorio de sus celos motivado por el cambio de mi conducta?

Fuese lo que fuese, lo cierto es que en aquellos días Anita modificó completamente su manera de ser; no sólo no volvió a darme, como le he dicho a usted, ningún disgusto, sino que se veía claramente que todos sus afanes estribaban en tenerme contento. Estaba alegre, retozona, expansiva, locuaz. Nunca la oí reír más a menudo ni con tanta gana. Creo que hasta mejoró físicamente. Le aseguro a usted, sin hipérbole, que se puso estupendamente bonita. Excuso decirle la alegría tan grande con que yo vería operarse esta transformación y qué peso tan enorme se me quitó de encima. Estaba loco de contento. Me parecía mentira tanta felicidad.

—¿Cuándo me vuelves a dar más inyecciones?—me preguntó una tarde—. Me han sentado muy bien.

—No sé—le respondí—; no corre prisa.

—Te lo recuerdo por si lo has olvidado. Como dijiste que diez o doce días, y han pasado ya quince...

—No, no lo olvido. Es que por ahora no hacen falta. Y mientras no te hagan falta, ¿para qué?

—¿Crees de veras que no las necesito?

—Por ahora, no.

Lo dije sinceramente. Tan convencido estaba de su curación, que tuve idea de tirar las ampollas de estricnina. No las tiré. No sé qué extraño y misterioso presentimiento me advertía que, a pesar de todo, debía conservarlas; algo dentro de mí parecía decirme que no me confiara demasiado, que aquella felicidad que parecía tan firme no era más que una vana y efímera ilusión.

Y, desgraciadamente, así fué. Una tarde—lo recuerdo muy bien porque era la víspera de la Virgen del Carmen—salimos a dar un paseo en coche. Huyendo del bullicio de la verbena, que invadía todo el barrio de los Cuatro Caminos, nos marchamos al parque del Oeste, y desde allí, a merendar, a la Bombilla. Era una tarde de julio bochornosa y seca. El cielo estaba limpio, no había en él una nube y, sin embargo, se advertía la atmósfera saturada de electricidad. Hacía un calor insufrible. No se movía una hoja; quemaba el aire, y la tierra se agrietaba por todas partes con enormes resquebrajaduras bajo la yerba agostada y pajiza. Nos metimos en un merendero, y nos tomamos unas aceitunas, unas lonchas de jamón y una botella de cerveza. Cuando más distraídos estábamos, apareció *la Peque*. Las dos hermanas no habían vuelto a verse desde que Anita se escapó de su casa. Quedáronse un momento suspensas, aturdidas por la emoción y la sorpresa del encuentro; se echaron una en brazos de otra y se besaron larga, efusiva y estrepitosamente. Calmado el arrebato cordial, *la Peque* se sentó con nosotros. En una charla jovial y pintoresca, salpicada de modismos graciosos y de ocurrencias oportunas, nos refirió cómo ella también, siguiendo el ejemplo de su hermana mayor, se había emancipado de la insoportable tutela familiar y alzado el vuelo para vivir independiente y libre.

—Pero ¿estás con alguien?—le preguntó Anita.

—No, rica; ni lo sueñes. ¿Pa qué? ¡Buenos son los hombres! El mejor, pa ahorcarle.

No obstante, acosada a preguntas, no tardó en confesar que, en efecto, si abandonó su casa fué confiada en

las promesas de un individuo que la deslumbró con el oro y el moro. Era el tal un jugador de oficio y le conoció en plena racha buena; pero al mes escaso de vivir juntos le vino la mala y la puso en la calle entre la lista de gastos inútiles.

—Tú siquiera—terminó encarándose con Anita—has tenido la suerte de dar con un hombre decente y que mira por ti; pero ¿yo? Yo no he tropezao mas que con golfos y sinvergüenzas, chulos de mala sombra. Anda y que los zurzan.

—¿De qué vives?

—De las labores propias de mi sexo. Mira tú ésta: ¡de qué voy a vivir!

—¿Y no te da vergüenza?

—¡Pisss...!, a ratos; pero ¡qué voy a hacer!

—Vivir decentemente.

—Mira, rica, déjate de sermones. Dinero y alegría es lo que me hace falta. Decencia, ¿pa qué?

—Ya me lo dirás algún día.

—Ya me lo dirás tú si alguna vez este señor se tropieza con otra que le disloque más que tú, te dice ¡de verano! y te encuentras al fresco. Ya verás lo que es gloria.

Anita se puso pálida, me miró muy fija, y me dijo, angustiada y mimosa:

—¿Verdad, nene, que tú no harás eso nunca conmigo?

—Ya sabes tú que no.

—¡Júramelo...! ¡Por mí...!, ¡que me muera ahora mismo!

La Peque se echó a reír.

—¡Ay qué bien! Pues no estáis vosotros poquito colaos... Vaya, más vale así. ¿Y se puede saber ande tenéis el nido? ¿Dais permiso pa que se vaya a veros?

No había manera de negárselo. Se lo dijimos, y aque-

lla misma noche quiso venir a cenar con nosotros. Después dimos una vuelta por la verbena, y cuando, ya muy tarde, volvimos a casa y me despedí para dirigirme a la mía, ella se despidió también, y me propuso que la acompañase siquiera hasta la glorieta de Bilbao. En la puerta de la calle se colgó de mi brazo, y le dijo a su hermana:

—Adiós. Me lo llevo. Nos vamos a pendonear por ahí un poco. Por una vez, ¿quién lo va a saber? Y aunque se sepa, chica, tú no te apures, que todo queda en casa. Cuando la familia es larga y se lleva bien, la vida es un encanto.

Anita no dijo nada, pero puso una cara tan compungida, que no pude menos de acercarme a ella y decirle al oído:

—¿Quieres que vuelva?

—Sí—me contestó ansiosamente.

—Bueno; pues espérame, que vuelvo en seguida.

—No tardes.

—En cuanto dé esquinazo a tu hermana.

Lo dije con absoluta buena fe, sin pensar que iba a ser más difícil de lo que parecía, porque la muchacha, acostumbrada sin duda a noctivaguear, y encantada con la delicia de la noche, se empeñó, al llegar a la glorieta de Bilbao, en que la convidase a una cerveza, y no tuve más remedio que asentir para no aparecer ante sus ojos como un tacaño y un grosero. Bebimos la cerveza, tomamos unos bocadillos, nos enzarzamos en una charla muy entretenida, y cuando quisimos darnos cuenta, los primeros resplandores del alba encendían ya el cielo sobre las copas polvorientas y sucias de las acacias del bulevar. Viendo que no podía quitármela de encima, la expuse clara y crudamente la cuestión.

—Mira, chica—le dije—, yo estoy contigo muy a gusto, pero es tarde y me voy a dormir.

—Bueno—me contestó—; pues te acompañaré. Así como así, no tengo sueño, y a la hora que es, lo mismo me da. Perdida por uno, perdida por mil. ¿En dónde vives?

—Voy a tomar un coche.

—¡Ay qué bien!

—Pero te advierto que no voy a casa.

—¡Anda salero! ¿Pues dónde vas?

—A la de tu hermana, que me está esperando.

—Pues para eso no hacía falta que hubieras salido. Mira, chico, a mí no me vengas con romances. Tú lo que quieres es quedarte solo. Anda, cuéntame la verdad: ¿adónde vas? No seas primo, que yo no se lo digo a nadie.

—Te aseguro que voy a casa de tu hermana.

—Pues entonces, ¿para qué has salido? ¿Por qué no te quedaste desde luego?

En dos palabras se lo expliqué. Ella me oyó atenta y comprensiva.

—¡Gachó, pues no es poco ansiosa mi hermana! ¡Qué barbaridad! A ver si se ha creído que tú y yo... ¡Ah!, no, pues no; eso sí que no. Bueno está lo bueno, pero no tanto. Yo seré lo que sea, pero en este terreno, no hay de qué. Yo no hago de menos a mi hermana ni por ti ni por nadie. Que le conste.

—Pero, mujer, ¡qué me vas a decir!

—Por si acaso. No faltaba más. ¿Sabes lo que estoy pensando? Que ahora mismo vamos los dos a verla. ¡Ah!, sí, sí; ¡ya lo creo!; pero que ahora mismito. Las cosas que han de ser, cuanto antes. No me da la gana de que Anita piense mal de mí, ni que por mí tengáis ningún disgusto.

—Mira, mejor es que no vengas.

—¿Por qué?

—Porque sí. Yo conozco a tu hermana. Lo peor que se puede hacer con ella es discutir.

—¡Pero si no hay discusión, rico!; ¡no hay más que la verdad! El que dice la verdad, ni peca ni miente. Tú déjame a mí, que yo sé también un poco de la vida.

Era más de las cinco cuando llegamos a casa. Anita esperaba en el balcón, pálida, desgreñada, ojerosa y medio desnuda. Indudablemente, debió acostarse en cuanto nos marchamos; pero como yo tardaba en volver más de la cuenta, impaciente y nerviosa, se volvió a vestir y se asomó al balcón. Al vernos llegar juntos a Conchita y a mí, puso una cara de estupor que me hizo presentir una catástrofe. Sin embargo, no sucedió nada. Mitad en serio, mitad en broma, Concha, en cuatro frases, refirió lo ocurrido. Anita se dió por satisfecha; se levantó la tía; estuvimos los cuatro charlando de cosas familiares, y cuando el repiqueteo de un timbre anunció que los tranvías andaban, Concha se despidió y se fué. Hora y media después me marché yo.

Al volver por la tarde, la encontré cabizbaja y sombría. No aludió para nada al encuentro de Concha, ni hizo la más pequeña referencia a los sucesos de la noche anterior; pero fué peor todavía, porque se encerró en uno de esos mutismos sospechosos reveladores de hondas preocupaciones, y que siempre solían preceder en ella a las escenas tormentosas y desagradables. Todos nuestros disgustos comenzaban así. Como yo lo sabía, traté de ahuyentar el nublado.

—¿Qué te pasa, mujer, qué te sucede?

—Nada.

—¿Estás disgustada?

—No; es que me duele un poco la cabeza. He tomado un sello de aspirina, y no me ha hecho efecto. Estoy pasando un día malísimo.

—¿Has dormido?

—Me he echado dos o tres veces a ver si lo lograba; pero no he podido. No me deja el dolor. Ni el ruido. Tú no sabes el ruido que hay en esta calle. Para volverse loca. Estoy que se me parte la cabeza.

—Eso es jaqueca. En cuanto duermas un poco, se te quita.

—Dios te oiga. Esta noche no salimos; mira, vamos a hacer una cosa, ¿quieres? Yo me acuesto, tú te vas a cenar, vuelves pronto y te acuestas también. En vez de estar por ahí como dos tontos, nos pasamos durmiendo toda la noche. Verás qué bien nos sienta, porque también a ti te hace falta descanso.

Me cogió la proposición tan de improviso, que me desconcertó:

—Mujer, el caso es que esta noche...

—¿Qué?

—Pues que esta noche pensaba no venir. Como has dicho muy atinadamente, yo también necesito reposo. Llevamos unos días tan ajetreados, que me siento rendido. Esta noche me proponía descansar.

—Pues es lo que te digo, que descanses... ¿Qué más te da en tu casa que aquí? Si no quieres pasar toda la noche, estás un rato; pero siquiera ese rato duermes y descansas.

—No, no; aquí no dormiría. Ya sabes que cuando estamos juntos nos ponemos a charlar y nos despabilamos. Ni duermes tú, ni duermo yo. Esta noche estás mala y necesitas tranquilidad completa.

—Entonces, ¿no vas a venir?

—No.

—¿Ni siquiera un rato?

—¿Para qué? Prefiero que duermas.

—Bueno, como gustes.

—Digo, a menos que tú no tengas interés...

—No, rico; yo, ¿por qué?; ninguno. El interés de estar contigo, nada más.

—Entonces otra noche.

—Como quieras.

Era lunes. A los dos días, miércoles, volvió a plantearme la cuestión.

—Nenito, yo esta noche no salgo. Estoy muy mala. No se me quita el dolor de cabeza. En cuanto piso fuerte parece que las sienes se me abren. No puedo dar un paso.

—¡Bah...!, eso es nervioso. Se te aliviará dándote el aire.

—No, no; que te digo que no.

—Pero, mujer, ¿vamos a estar aquí toda la noche?

—Por mi parte, sí. Ya te lo he dicho: si tú te aburres y te cansas de estar solo conmigo, vete y déjame; pero yo no salgo.

—¡Ea! Te convido a cenar.

—No tengo gana.

—Se te abrirá comiendo. Anda, vístete y no seas tonta.

—Bueno; te acompañaré por darte gusto; pero te advierto que hago un sacrificio.

—Verás cómo te sienta bien.

—Por si acaso, no vayamos muy lejos.

—Ahí mismo: al café de enfrente; ¿te parece bien?

—Donde quieras. Yo no he de comer...

En efecto: apenas comió. A duras penas conseguí que tomara unas cucharadas de sopa y un poco de pescado.

—No puedo, hijo; no puedo; me es imposible. Se me hace una masa en la boca. Me dan náuseas. En cuanto termines de comer, nos vamos.

—¿Quieres que busquemos un coche y demos un paseo?

—No, no; vámonos a dormir.

No hubo más remedio. ¿Qué excusa podía hallar para evadirme? Nos marchamos directamente a casa. Eran las diez y cuarto cuando entrábamos en la alcoba. Anita se desnudó rápidamente y se acostó. Yo, en mangas de camisa, estuve dando vueltas por la estancia y haciéndome el remolón para ver si entretanto ella se dormía. Como de costumbre, practiqué una requisa minuciosa. En un rincón, sobre una silla, estaba el cestillo de bordar, y en él una labor comenzada, el bastidor, el alfiletero, los carretes de seda de colores, los hilos de oro y plata... Faltaban las tijeras. ¿En dónde estarían las tijeras? Después de muchísimo buscar, las descubrí en el cajón de la mesa de noche. ¿Por qué estarían allí? ¿Con qué intención Anita las habría ocultado en aquel sitio? Sin que ella lo advirtiese, las cogí y las guardé en un bolsillo de la americana.

—¿No te acuestas?

—Sí, ahora; en cuanto me fume este pitillo.

—¡Dichoso tabaco!

—¿Te molesta que fume?

—No; es que me mareas con tanto ir y venir.

—Pues vuélvete de cara a la pared y no mires.

—Si no miro; es el ruido de los pasos lo que me molesta.

—¡No estás tú poco delicada esta noche!

—Como que estoy muy mala. Te lo digo, y no me quieres hacer caso. Más valdría que te preocuparas de

mí y me dieses algo para que se me quitara este dolor tan terrible que tengo.

—Bueno, mujer; mañana temprano te mandaré unos sellos. Como no quieras que me vista y vaya por ellos ahora mismo.

—Lo que quiero ahora es que te acuestes.

Me acosté. Con el pretexto de leer los periódicos que a prevención llevaba, pero, en realidad, para evitar que el sueño me rindiese, dejé encendida la lamparita eléctrica. De nada me sirvió, pues antes de que transcurriesen dos minutos, Anita me suplicó por Dios que la apagase, porque el resplandor le dañaba los ojos. No quiero a usted decirle la noche que pasé, lo largas que me parecieron las horas hasta que amaneció, los esfuerzos que tuve que realizar para no dormirme y el sobresalto que me sacudía cada vez que, al quedarme algo traspuesto, la sentía moverse junto a mí; porque ella tampoco dormía. Toda la noche estuvo sin pegar los ojos, cambiando de postura y rebulléndose intranquila y desasosegada. Una de las veces la sentí andar en el cajón de la mesa de noche. De un salto me senté en la cama y encendí la luz.

—¿Qué buscas?

—Un pañuelo para atármelo a la cabeza. Haz el favor de atármelo tú. Así..., más fuerte, más... Parece que con la presión del pañuelo se me alivia el dolor.

—¿No se te quita?

—No, hijito; al contrario: cada vez es más fuerte.

Esta persistencia contumaz del dolor era muy sospechosa. Usted sabe que estos dolores de cabeza suelen ser precursores inmediatos y, por tanto, síntomas precisos de trastornos mentales. Raro es el ataque de locura al cual no anteceden neuralgias de esta índole, pertina-

ces, violentas. ¿Se encontraría Anita en este momento patológico? ¿Estaría ahora, precisamente ahora, incubándose el peligroso acceso? ¿Cómo y de qué manera iba a estallar? ¿Desde cuándo se estaba preparando? La insistencia que durante tres días venía manifestando por que me quedase a dormir en su casa, ¿no sería un indicio revelador de sus impulsos, una prueba de que la tendencia agresiva había vuelto en ella a desenvolverse con más fuerza que nunca y marchaba rapidísimamente hacia su ejecución? La inquietud, el desasosiego que sentía, ¿no obedecería asimismo a la contrariedad que le causaba no poder realizarlos? Los locos son como los niños consentidos y mal educados: cualquier contrariedad los exalta y excita. Anita estaba aquella noche verdaderamente excitada. No había más que ver que ni un instante podía estarse quieta. Tenía fiebre. No hacía más que revolverse entre las sábanas, bostezar y estremecerse con sacudimientos nerviosos. ¿Qué fué a buscar en el cajón de la mesa de noche? Dijo que el pañuelo; pero ella sabía bien que en el cajón de la mesa de noche estaban las tijeras, puesto que ella misma las guardó. ¿Por qué las guardó allí? ¿Por qué no las dejó en el cestillo de la costura, que era su sitio natural?

Jamás me ha parecido una noche más larga ni más angustiosa. Estaba deseando que amaneciera para levantarme. No lo hice porque me dió miedo que esta actitud brusca pudiese exacerbar más todavía su excitación, bien manifiesta; pero con la excusa de tomarle el pulso, la estreché entre mis brazos, y la así fuertemente las muñecas, de manera que le impedía todo movimiento. Ella no protestó. Se limitó a decirme:

—¡Pobrecito mío! ¡Qué noche te estoy dando!

Peor la pasas tú. A mí, al fin y al cabo, no me duele nada.

—Sí; eso es verdad; pero, de todos modos, lo siento. Si yo lo hubiera sabido...

—No será porque no te lo dije. Ha sucedido todo lo que yo me temía. Ni has dormido tú, ni he dormido yo. Ya te lo advertí; pero como eres terca y no me quieres hacer caso...

—Hombre, yo creí que durmiendo se me quitaría el dolor.

—Y se te habría quitado de haber dormido sola. Precisamente lo que necesitabas era silencio y soledad; tranquilidad absoluta.

—¡Qué le vamos a hacer! Repito que lo siento por ti, que tienes que trabajar y estarás todo el día con mal cuerpo. Por mí, no me importa. Pero vamos a hacer una cosa. Mira: yo me levanto ahora, en cuanto sea de día, y tú te quedas en la cama, solo, a ver si puedes conciliar el sueño siquiera un par de horas.

No obstante el tono de ingenuidad con que lo dijo, adiviné en el acto su pérfida intención. Todo lo comprendí perfectamente. Lo que ella pretendía era que yo me durmiese confiado, y una vez dormido, entrar en el cuarto sigilosamente y... Y aunque no me durmiese, aunque no hiciera más que amodorrarme un poco..., una vez yo en la cama, indefenso, acostado, ella, de pie, en situación más ventajosa, quizá dueña de un arma que habría podido escoger y traer escondida...

—No, no; de ninguna manera. Yo soy el que se va.

—Que no.

—Que sí.

—No te vas.

—¡Ya lo creo!

De un salto me tiré de la cama, y me vestí. Ella siguió en el lecho.

—Vaya, nenita, adiós; no te levantes. Vamos a ver si ahora que te quedas sola puedes dormir un rato.

—¿Verdad que no me guardas rencor?

—¿Por qué?

—Por la mala noche que te he hecho pasar.

—¡Qué cosas tienes!

—Dame un beso.

—Tómale.

—Oye: mándame algo para que se me quite este dolor.

—Bueno, mujer.

—¿Qué me vas a mandar?

Súbitamente me acordé de las ampollas de estricnina. Nunca ocasión más favorable para decidirme. Ella misma me la proporcionaba.

—Luego vendré para ponerte una inyección.

—¿De aquéllas?

—No: de otras mucho mejores.

—Aquéllas me sentaron muy bien.

—Estas son más eficaces todavía. Con una tendrás suficiente.

—¡Ojalá!

Me marché a casa preocupadísimo. Había llegado el momento decisivo y fatal. Por desgracia para ella y para mí, ya no cabían aplazamientos. Eran inútiles las dudas y las vacilaciones. Cogí la jeringuilla y la caja de ampollas, y en cuanto terminé de almorzar, me eché a la calle para dirigirme a casa de mi novia. Iba muy decidido; pero en el camino me asaltó una duda. ¿Para qué tanto apresuramiento? La muerte, en pleno día, parece una crueldad demasiado extremada. El día se ha hecho para

vivir, para gozar de la esplendidez del aire y de la luz. La mataría a la puesta del sol, en ese momento grave y austero del crepúsculo en el que se inicia todo el reposo de la Naturaleza, o, mejor aún, cuando ya el sol se hubiese puesto, cuando la obscuridad fuese completa, en las primeras horas de la noche, o más tarde quizá, en plena noche, en medio del silencio misterioso y profundo, bajo la indiferente impasibilidad de las estrellas. Esto era lo mejor.

Para evitar, pues, preliminares enojosos y explicaciones molestas e importunas, en lugar de dirigirme a casa de mi novia, volví sobre mis pasos, regresé a la mía, me encerré en el despacho y me puse a leer para matar el tiempo. Pero en vano intenté distraerme. Todo fué inútil. La idea del acto gravísimo que dentro de unas horas iba a realizar me tenía intranquilo, nervioso. Me temblaba el pulso, y había momentos en que se me nublaban las pupilas. Tuve miedo de mi excitación. Pensé con horror en la posibilidad de que, al llegar el instante crítico, una torpeza cualquiera de los ojos o de la mano desviase la dirección precisa de la aguja. Yo tenía elegido el sitio conveniente; sabía desde luego, con toda exactitud, cuál era el punto en donde iba a operar: la flexura del codo izquierdo. Las dos inyecciones preparatorias de agua destilada que a modo de experiencia puse allí, fueron de una precisión admirable. Las dos veces acerté en el acto. En cuanto la aguja penetró tres milímetros, la jeringuilla se tiñó de rojo. Fué una cosa instantánea. ¿Pero tendría ahora igual seguridad? ¿Atinaría con la misma destreza? También me tenía un poco inquieto la ignorancia del procedimiento que iba a utilizar. Desconocía en absoluto la dosificación de las ampollas. Sabía que estaban calculadas para un caballo; pero es indudable

que para una persona se necesitaría mucho menos. ¿Qué cantidad sería bastante para una persona?

Se me ocurrió intentar una prueba, a manera de ensayo. Teníamos en casa un gato rubio, soberbio ejemplar de la especie, lucio, gordo, muy manso. Le llamé, le cogí, le acaricié, le puse sobre el papel secante de la carpeta de escribir y le serví en un plato un poco de leche que me había sobrado del te. El animal, engolosinado con el obsequio, no se movió de la carpeta. Inmediatamente rompí una ampolla, cargué la jeringuilla, le acaricié de nuevo y me puse a buscarle las venas del cuello, operación muy difícil por lo gordo que estaba y la abundancia y suavidad del pelo que tenía. Tacteando y a fuerza de paciencia, al cabo conseguí dar con una; con la mano izquierda le sujeté bien, y con la otra fuí a aplicarle la aguja; pero en cuanto el animal sintió el pinchazo, se encogió horriblemente, dió un bufido espantoso, se me fué de las manos y salió de estampía.

Este fracaso me contrarió mucho. Por fortuna, pronto me rehice y me tranquilicé. Ni Anita era un gato, ni el caso podía tener la menor semejanza. Con Anita se podía operar con absoluta garantía de acierto. Ella misma se prestaba al sacrificio gustosa y voluntaria. No había nada que temer. Toda vacilación era ridícula. Cogí la jeringuilla y las ampollas, y completamente decidido, más valiente que nunca, me dirigí a casa de mi novia.

La encontré contentísima. Se había puesto un vestido de vuela azul, muy lindo y muy gracioso, que le aca-

baba de traer la modista, y unos zapatos nuevos, de charol; y peinada, emperifollada y peripuesta, me aguardaba para salir.

—Pero ¿qué es eso, chica?

—Nada; ya ves: que estoy muy bien. En cuanto te marchaste cogí el sueño, y me he levantado como nueva. Te advierto que he dormido como una tonta; he despertado hace un momento, y eso porque llegó la modista. Si no es por ella, todavía me encuentras en la cama. Me he peinado, me he vestido, y aquí me tienes tan campante.

—Vaya, mujer, me alegro. ¿De modo que ya no te duele la cabeza?

—De cuando en cuando me da algo así como un amago; pero ahora debe de ser debilidad.

—¿No has comido?

—A las doce me tomé un par de huevos que me entró la tía; pero apenas me los pude acabar. No tenía gana. Ahora es cuando la tengo; un hambre horrible, chico. Hoy sí que te acepto todos los convites que me ofrezcas. ¿A qué me vas a convidar?

—A lo que quieras.

—¿Dónde vamos a ir?

—Donde tú digas.

—No, no; adonde tú me lleves. Hoy voy dispuesta a todo. ¡Estoy más contenta!

—Sí, sí; ya lo veo. En cambio, ayer...

—¡Ay, hijo! ¡Es que ayer estaba yo muy mala! Tú no sabes lo mala que me pongo cuando me duele la cabeza. Parece que me voy a volver loca. Hay momentos en que hasta me dan malas ideas.

—¿Malas ideas...? ¿De qué?

—¡Ay! No sé... De matarme, de tirarme por el balcón,

de hacer cualquier barbaridad... Es horrible. Yo creo que si durara mucho no lo podría resistir.

—Pero ahora, ¿te encuentras bien?

—Sí, sí, muy bien; gracias a Dios, completamente bien, y con muchas ganitas de que me convides.

—Pues vamos allá.

—¡Ah! Oye: ¿has traído eso?

—¿El qué?

—Las inyecciones.

—Sí.

—¿Me las vas a dar?

—Luego, cuando volvamos.

—¿Por qué no ahora?

—No, ahora no: estás muy débil, y te podría sentar mal. A la vuelta, cuando te acuestes. En la cama la ponemos mejor.

—Lo que tú digas.

La llevé a Parisiana. Estuvimos cenando al aire libre; vimos unos números de *varietés,* y cuando terminó la función pasamos a la sala de juego. Anita no había entrado nunca. Hasta entonces yo me había resistido a que conociera estos lugares, tanto para evitar la promiscuidad con ciertas gentes como por no iniciarla en tentaciones peligrosas. Pero ya ¡qué más daba! No sólo entré con ella, sino que yo mismo la conduje hasta una mesa de «treinta y cuarenta», y le dí tres duros para que jugase.

—Toma; todo lo que ganes, para ti. Vamos a ver si tienes suerte.

—Pero, chico, si yo no sé jugar.

—Ni falta que te hace. Tú pon un duro en el tapete, en el sitio que mejor te parezca, y no le quites los ojos de encima. Si se lo llevan, has perdido, y si te echan

otro, es que has ganado; lo coges, y en paz. Como ves, la cosa no puede ser más fácil.

—¿Y en dónde pongo el duro?

—¡Ah! Donde te parezca. A encarnado o a negro. Elige de los dos colores el que más te guste.

—Ni que hablar: ¡a encarnado! Es mucho más alegre.

—Pues a encarnado.

Se dieron siete seguidos. Ganamos veintinueve duros. Anita estaba estupefacta.

—Pero, chico, ¿es posible? Total, en diez minutos...

—Pues, si hubieras tenido valor, habrías ganado ciento veintiocho.

—¿Con un duro?

—Con un duro.

—¡Qué lástima no haberlo sabido!

—Sigue jugando.

—No, ya no; no vaya a ser que venga ahora la mala y lo perdamos todo. ¡Veintinueve duros...! ¡Hijos del sol!

—Anda, no seas roñosa, que estás de suerte.

—¿Y si los pierdo?

—¡Qué le vamos a hacer!

—¡Quiá! Digo; con las cosas que me voy yo a comprar mañana con este dinero... ¡Quita, hombre!

—Pon siquiera cinco duros, y si los ganas, nos bebemos una botella de *champagne*.

—Pero nada más que cinco.

—Nada más.

Ganó.

—Vamos, mujer, ¿lo ves?

—¿Sigo jugando?

—No; hemos dicho que cinco nada más. Ahora nos vamos a beber la botella.

Volvimos al jardín y pedimos una botella de *champagne*. Anita lo encontró delicioso.

—¡Qué vino más rico...! ¡Qué cosa más exquisita, muchacho!

—¿No lo habías probado nunca?

—Nunca.

—¿Y te gusta?

—¿Que si me gusta? ¡Como que me abonaba!

—Vamos, que te bebías otra.

—No, porque me iba a hacer daño.

—El *champagne* no hace daño.

—¿De veras?

—De verdad.

—¡Ale! Pues pídela.

—Te advierto que vale cinco duros.

—¡Caray!

—Tú verás.

—¿Y si los sacáramos?

—¿Y si los perdiéramos?

—¡Ca! Hoy estoy yo de buenas.

Estaba de buenas, efectivamente. Confortada y envalentonada por el vino, se puso a jugar fuerte, y cuando quiso recordar, tenía dos mil pesetas en las manos. Es decir, no sabía lo que tenía, porque eran fichas y desconocía su valor. Cuando se lo dije, por poco se desmaya de asombro y de alegría.

—¡Dos mil pesetas! ¿Pero es posible que esto sean dos mil pesetas?

—Ahora lo verás, que iremos a cambiarlas. Porque ahora sí que ya no juegas más.

—¡Qué he de jugar! Ni lo sueñes. Con dos mil pesetas soy la reina de España. Anda, rico, vamos a cambiarlas,

porque mientras no lo vea me creo que es mentira. A mí esto no me parece dinero.

Cambiamos, hicimos un recuento, y resultó que de las dos mil pesetas todavía sobraban siete duros,

—Nada, chico, que nos vamos a beber la botella. Está de Dios. Todo será que nos achispemos un poco y volvamos a casa mochales. Pero, en fin, un día es un día. Ahora mismo la vamos a pedir, y nos la bebemos. ¿A la salud de quién?

—A la tuya.

—A la de los dos. Y por que se repita. Que de hoy en un año volvamos a tener un día como éste.

—¿Tan contenta estás?

—Contentísima. Hacía mucho tiempo que no había disfrutado un día como éste. Estoy pasando la noche más feliz de mi vida.

—¿De veras?

—De verdad. Tú no sabes lo dichosa que soy.

—Y todo porque tienes dos mil pesetas. Poco ambiciosa eres, nenita.

—Por las pesetas y por otra cosa. ¡Qué importa el dinero! Estoy contenta porque te tengo a ti, so primo, que vales más que todas las pesetas del mundo.

—¡Ole!

—Y que no se te olvide.

—¿Sabes, Anita, que estás esta noche muy simpática?

—Porque estoy buenita.

—Y muy guapa.

—¿Te gusto?

—Tú me gustas siempre; pero esta noche más que nunca. No sé qué tienes esta noche, que me gustas muchísimo.

—Será el vestido.

—Oye, que es muy bonito ese vestido.

—¿No te habías fijado hasta ahora?

—Sí; pero es que ahora, con la luz de la luna, parece todavía más elegante, más vaporoso y más sutil. Estás encantadora.

—¿Sabes con lo que resultaría precioso este vestido?

—¿Con qué?

—Con un mantón blanco con rosas encarnadas. ¿Qué día es hoy?

—Jueves, diez y nueve; es decir, viernes ya.

—Viernes, veinte; sábado, veintiuno; domingo, veintidós; lunes, veintitrés; martes... El martes, la verbena de Santiago. El martes alquilo un mantón, y me llevas a la verbena. ¿Quieres?

—Yo quiero todo lo que a ti se te antoje.

—¡Ole los hombres!

—¿Pero pedimos o no pedimos la botella?

—Ahora mismo. Ya te he dicho que esta noche estoy dispuesta a todo.

La botella de *champagne* acabó de alegrarla. Subió al coche riendo, y riendo y cantando vino todo el camino, el rostro arrebolado y los ojos brillantes.

—Nena, tú estás borracha.

—No te diré que no.

—Menos mal que vas a dormir.

—¡Dormir! Que te crees tú eso.

—¿No vas a dormir?

—No.

—Entonces, ¿qué vas a hacer?

—Ya te lo diré en cuanto lleguemos a casa.

—¡Pero, nena!

—¡Como lo oyes!

Estaba deliciosamente sugestiva, tan fresca, tan boni-

ta, tan excitante y tan provocadora, que al llegar a la puerta vacilé.

—¡Cómo! ¿No subes?

—No.

—¡Pero, nene!

—No, que es muy tarde. Me voy a casa.

—Anda, sube; aunque no sea más que media hora.

—Mañana, que es sábado.

—¡Mi vida...!

Me lo rogaba abrazada a mi cuello, su rostro junto al mío, el pecho palpitante, los ojos turbios de amor y voluptuosidad.

—¡Anda, sube...!

Subí. Nos amamos como no nos habíamos amado nunca, como si fuese la primera vez, como si fuese a ser la última, con una ilusión, una pasión y una fogosidad desconocidas para mí hasta entonces en ella.

—¡Cuánto te quiero, rico mío!—me decía, apasionada como nunca la vi—. ¡Qué feliz soy!; ¡qué contenta estoy...! ¡Qué día más dichoso me estás haciendo pasar!

—¿De veras eres muy feliz?

—Muy feliz, muy feliz... Es imposible que lo sea ya más. No te vayas; quédate hoy conmigo..., aunque mañana no vengas; pero hoy, quédate. Anda, quédate... Mira, así; tú te duermes, y yo te velo—me había puesto un brazo debajo de mi nuca, y con el pecho inclinado sobre el mío, me contemplaba dulcemente—. Así, duérmete así... ¡Pobrecito mío, que tienes mucho sueño!

Es verdad: tenía sueño. Sería el vino, el cansancio, el silencio, la tranquilidad, la languidez; pero es lo cierto que los ojos se me nublaron. Con un esfuerzo heroico me sobrepuse.

—No, no; me voy.

—¡No te vayas!

—¡Me voy!

Me tiré de la cama y me vestí. Ella dió un suspiro y me contempló tristemente.

—Pero mañana, sí vendrás.

—Sí; mañana, sí.

—Mañana no saldremos. Mañana estaremos toda la noche juntos, ¿eh?

—Sí, sí; lo que tú quieras. Pero ahora duérmete, que tú también tienes mucho sueño.

—Sí que lo tengo; no puedo abrir los ojos.

Dió un bostezo, arqueó los brazos con un movimiento lánguido y perezoso, y se dejó caer sobre la almohada. Cuando acabé de vestirme se había dormido. La llamé por lo bajo: —Nenita—no me contestó. Volví a llamarla; —¡Nena!

—¿Qué quieres?

—¿Te has dormido?

—No sé..., déjame... Tengo mucho sueño. Ciérrame la ventana que entra mucha luz. Es la luna, ¿verdad?

—No, mi vida; es el sol.

—¡Cómo! ¡Ya de día!

—Completamente.

—¡Qué sueño tengo!

Abrió los ojos, intentó mirarme, hizo un esfuerzo para sonreírme, tornó a cerrar los párpados y se volvió a dormir. De pie ante ella, la contemplé amorosamente. A la claridad indecisa de la alcoba, bajo la franja de sol que la envolvía, suavizada por el reflejo níveo del estuco, entre la blancura intensa de las sábanas y los encajes de la camisa y del embozo, su carne parecía amasada con rosas y jazmines; los ricillos castaños de la frente

dorábanse a la luz como si fuesen rubios, y bajo los párpados, caídos, las pestañas sombreaban las mejillas con dos manchas violeta. Los labios habían quedado un poquito entreabiertos, como si suspirasen o si sonrieran, y en la garganta y en los hombros la piel era tan fina y tan translúcida que se transparentaba el azul de las venas. Me estremecí. La visión de estos brazos desnudos me conturbó. Los vi caídos, indefensos, ofreciéndose a mis designios, con la absoluta garantía de su inmovilidad. Si de todos modos había de ser, ¿por qué no ahora? ¿Cuándo volvería a presentarse ocasión más propicia? Nunca, jamás. Era imposible que las circunstancias volviesen nunca a confabularse de tal modo. Estas cosas no suceden más que una sola vez. Todo, todo se conjuraba para que yo me decidiese... Hasta su felicidad, hasta su sueño. ¿Cuándo volvería a disfrutar un sueño tan feliz? ¿Cuándo volvería a gozar un día como aquél? Ella misma acababa de decirlo: *He pasado el día más feliz de mi vida. Soy muy feliz. Es imposible que lo sea ya más.* Aún lo seguía siendo. Aquella sonrisa que había entre sus labios ¿no era una prueba de su felicidad? ¡Y á qué dicha mayor puede aspirarse que a la de morir en pleno sueño de felicidad!

—Anita... Anita... Nena.

—Qué...

—¿Quieres que te dé la inyección?

—¡Ay! Lo que tú quieras... Déjame dormir...

—Te la voy a dar.

—Bueno.

—Te lo advierto para que no te sorprenda el pinchazo.

—No, si no me duele... Pero, anda, acaba pronto.

—Dame el brazo.

—Si no puedo, nene...; si no tengo fuerzas... Estoy toda dormida... Tómale.

Busqué la vena y apliqué la aguja. Una gota de sangre tiñó la jeringuilla. Apreté. No sufrió absolutamente nada.

EL CRIMEN DE LA CALLE DE PONZANO

(NOVELA)

I

A horcajadas en la silla, la silla en los barrotes del balcón, la barba en las muñecas y las manos en la barandilla, estuvo largo rato entretenido en ver cómo el cochero del Juzgado enganchaba el tronco en el viejo landó. Cansado, al fin, alzó la frente y paseó la vista por la plaza. En el sendero de los jardinillos, inundados de sol, unas niñas saltaban a la comba, y unos metros más lejos, en medio del arroyo, unos chicos jugaban al *foot-ball.* Fuera casualidad, fuese destreza, el balón, lanzado con vigoroso empuje por los zapatones de los muchachos, venía, indefectiblemente, a caer entre los zapatitos de las saltarinas. La primera vez, las muchachas se contentaron con apartarlo a un lado; la segunda, le atizaron un formidable puntapié; a la tercera, se plantaron en jarras, arquearon las cejas y se quedaron mirando a los jugadores con ademán provocativo y descarado. Una de ellas, la más alta, una espléndida rubia de once años, avanzó decidida y resuelta:

—¡Pero qué va a ser esto! ¿Es que nos vais a tomar de pito?

Y, antes de que los chicos contestasen, cogió el balón y lo lanzó a lo alto, con tan soberbio empuje, que después de subir hasta los árboles, rebotó en los adoquines y fué a parar al balcón del Centro de Repórters. Federico Aldán, que le vió venir, no tuvo más que ex-

tender los brazos para recogerle. Lo examinó un momento y lo guardó debajo de la silla.

Los chicos acudieron presurosos.

—¡Eh...! ¡Usté...! ¡Esa pelota..., que es nuestra!

Él se inclinó sobre la barandilla.

—¡Cómo...! ¿Qué...?

—Que nos dé usté la pelota.

—No-me-da-la-ga-na.

Los chicos, al principio, le miraron estupefactos. Luego, se desataron en un chaparrón de denuestos e insultos, hasta que, convencidos de que el procedimiento resultaba contraproducente, cambiaron de táctica con humildad hipócrita:

—Amos..., ande... Haga usté el favor... ¡cabayero!

—¿Veis? Eso ya es otra cosa. Si os ponéis en razón...

—Sí, sí, señor; se lo pedimos a usté por favor.

—Bueno; si es así...—cogió el balón con intención de dárselo a su dueño; pero al ver que, atraídas por la disputa, las chiquillas acudían también, varió de opinión—. Es decir, depende de lo que quieran estas niñas. Nenas, vamos a ver qué hago: ¿les doy la pelota? ¿Sí, o no?

Las chiquillas, plantadas en la acera, con las manitas en la espalda, le miraban maliciosamente, sonriendo, muy satisfechas de la angustia de los muchachos. La rubia, más osada, se atrevió a intervenir:

—Sí, déselo usté; pero que se vayan a jugar a otra parte.

—Ya lo habéis oído.

Los chicos protestaron.

—Pero si es que...

—Si nosotros...

—¡Si es que se escapa la pelota!

La rubia se encaró con ellos:

—¡Si lo estáis haciendo aposta!

—¡Aposta...! ¡Aposta...! ¡Amos, que si fuás chico!

Pero la rubia no se intimidó.

—Si fuera chico, ¿qué?

—Si fuás chico, ¡te daba así!

—¡Tú, qué vas a dar!

—No chilles mucho.

—¿A mí...? ¿Tú..., tú...? ¡Anda, atrévete!—y, cada vez más nerviosa, se acercaba al muchacho hasta rozarle el rostro con el aliento, los labios contraídos, los puños crispados, las pupilas brillantes—. ¡Anda, atrévete!

Federico se creyó en el caso de intervenir:

—Oye, niño: ¿a que bajo y te doy dos capones? ¡Hombre, pues no faltaba más! Bueno iba a quedar el concepto de la galantería. Vaya, ahí va la pelota—agregó, enviándola, de un manotón, en medio de la plaza—, y largo de aquí, ¡vivo!

Los chicos recogieron el balón y se alejaron lentamente, dirigiendo miradas rencorosas a Federico Aldán. La rubia, en cambio, le dió las gracias muy atenta.

—No hay de qué, preciosidad. Las niñas tan bonitas como tú se lo merecen todo.

La rubia enrojeció hasta las orejas; bajó los ojos y se puso muy grave. Después, con un brusco movimiento, echó el pelo hacia atrás, se ajustó las caderas y le miró de nuevo, sonriente. Él la contempló unos instantes con delectación, recreándose en ella, con la atenta curiosidad de un inteligente que examina un caballo de raza.

—¡Bonita eres...! ¡Qué bonita que eres!

La chiquilla tornó a ruborizarse, dió media vuelta y se marchó con sus amigas. El cochero había terminado de enganchar el tronco. Federico le llamó:

—¿Adónde?

—A la Casa de Socorro de Palacio.

—¿Crimen?

—Suicidio.

—De otras cosas, ¿nada?

—Que yo sepa...

De nuevo se inclinó sobre la barandilla, y otra vez paseó la vista por la plaza. En el sendero de los jardinillos, inundados de sol, las chiquillas saltaban a la comba. La rubia le miraba. Envióla un beso, dió media vuelta y entró en el gabinete.

Alrededor de una mesa de tresillo, Angel Martín y Felipe Soler jugaban al tute.

—Niños, os advierto que hay suceso.

Los dos le miraron alarmados.

—¿Sí?

—Suicidio.

—¡Ah, vamos...!

—¿Lo sabíais?

—Hace dos horas. ¿Quieres el nombre?

—Gracias. Yo no «tomo» suicidios.

Y como en aquel instante entrara en la habitación Pepito Ruiz, salió a su encuentro. Entraba tambaleándose, los ojos hinchados, las mejillas rojas, el cabello en desorden, la corbata torcida.

—Buenas tardes. ¿Qué tal? ¿Se ha descansado?—le preguntó con sorna.

—¡Hola!—contestó Pepe, prolongando la sílaba final en un bostezo interminable—. Chico, no se puede dormir en ese diván: está lleno de pulgas.

Acercóse a la mesa de los jugadores y se encaró con ellos.

—¡Qué!, ¿hay algo?

—Chapuzas. Un suicidio. ¿Le quieres?

—¿Tenéis el nombre?

—Apunta: Juan Pérez y Pérez.

—Español, ¿verdad?

—No seas bruto.

—Sigue.

—Cuarenta y dos años. Tutor, tres. Tiro, cabeza.

—¿En dónde?

—Cabeza.

—No, hombre: que dónde ha sido.

—¡Ah! En los jardines de la Cuesta de la Vega.

—¿Muerto?

—Grave.

—¿Móviles?

—Va el Juzgado ahora.

—Bien; gracias.

Guardóse las cuartillas en el bolsillo de la americana, y dirigiéndose otra vez a Federico:

—¡Chico, qué sueño tengo!

—¿Qué hiciste anoche?

—El tonto. Cañas y cañas, y vino y más vino. Me acosté a las seis. ¡Tengo el cuerpo más malo! Y tú, ¿viste a aquélla?

—No.

—¿No la viste?

—No.

—¡Pero, hombre!

—¿Para qué?

—¡Ah!; pero...

Federico le cogió de un brazo y le arrastró al balcón.

—No, no la he visto. No la quiero ver. Me da miedo verla.

—¡Tan bonita como es!

—¡Por eso!

Pepe le miró atentamente, y quedó largo rato pensativo. Luego sacó un cigarro.

—¿Quieres?

—Gracias; toma de los míos. Yo no puedo con esos de cincuenta: me queman la garganta.

—Yo los cambio el papel.

—Pero es molesto.

—A mí me distrae.

—¡Psss...!

Nuevamente callaron; uno de esos silencios largos, pesados, aplastantes como losas de plomo. Pepito lo rompió:

—Federico...

—Qué.

—¿Es de veras eso que me has dicho?

—¿El qué?

—Eso de que no quieres nada con Rosario.

—Toma, y tan de veras.

—¿Palabra de honor?

—Palabra de honor.

Hubo otro silencio.

—Federico...

—Qué.

—Oye. Puesto que tú no quieres nada con esa mujer, ¿te molestaría que yo...?

Federico se encogió de hombros.

—A mí..., allá tú...

—Chico, perdona; yo no me atrevía a decírtelo, pero me gusta una barbaridad. Tú no sabes lo que me gusta esa mujer.

Federico le miró de alto a abajo. Luego, al ver que por la acera avanzaba, taconeando fuerte, altivo el ade-

mán, gallardo el paso, una recia mujer de anchas caderas, se inclinó sobre la barandilla:

—¡Vayan con Dios las mujeres marchosas...! ¡Hermosura!

Pepito sonrió.

—¿Te gustan las viejas?

—Sí: las viejas y las jóvenes. Desde los doce a los cincuenta, me gustan todas.

—Menos Rosario.

—Esa, más que ninguna.

II

La conoció una noche en medio del arroyo. Salía él de Lara. Al doblar una esquina de la calle del Pez, vió a una mujer forcejear con un borracho. Era una mujer joven, bien vestida.

—Déjeme usted—decía—, déjeme usted, o llamo a un guardia.

Federico se acercó; dió un empellón al beodo, que fué a parar dando traspiés hasta la acera opuesta, y cogió dulcemente a la mujer del brazo.

—Venga usted por aquí.

—¡Qué hombre más bestial—dijo ella, todavía asustada.

—Es que está borracho.

—¡Pero de qué modo! No se puede tener.

—Sólo así se comprende que haya podido ofender a una mujer tan bonita.

Ella irguió la cabeza:

—¡Gracias!

—Bueno; eso de bonita, me lo figuro yo. Mas, por si acaso, ¿me deja usted, señora, que yo me entere?

Y como llegaran en aquel momento ante un farol, la colocó bajo el radio de luz y la miró a sus anchas.

—¡Digo, digo, si tengo yo pupila!

Parecióle todavía escasa la luz del farol, y con el pretexto de un cigarro, encendió un fósforo.

—¡Pero si es usted muchísimo más bonita de lo que yo me figuraba!

Ella hizo un gesto.

—Choteo, no.

—¡Qué choteo ni qué narices! Te juro que eres de lo más bonito que conocí en mi vida—. Lo dijo con toda el alma, ingenuamente, en un arrebato entusiasta de admiración y de sinceridad—. ¡Bendito sea Dios, y qué bonita eres!

Y como ella, un poco ruborosa, un poco turbada, intentara seguir adelante, la sujetó de un brazo y la contuvo contra la pared.

—Déjame, déjame que te vea.

A la luz temblorosa del mechero, temblorosa y mezquina como reverbero de retablo, la contempló con ansia. Tendría de veintiséis a ventiocho años; alta, bien hecha; el pelo, negro, muy negro, azul de puro negro, con reflejos metálicos; los ojos, grandes, negros también, muy negros, rasgados como almendras; la boca, fresca, sana; los dientes, muy iguales, muy limpios, y bajo la seda de las mangas, los brazos mórbidos, macizos, maravillosamente torneados. Sin embargo, lo que más le llamó la atención fué la piel, una piel suave, translúcida, como de raso, como de porcelana.

—Tú eres valenciana.

—Madrileña.

—¡Gata de mi alma! Como yo.

—¿Usted también?

—¡Digo, hasta las cachas!

Y, entusiasmados con el descubrimiento, se cogieron otra vez del brazo y echaron de nuevo a andar, satisfe-

chos y alegres. Al cruzar la esquina de la Madera, unos individuos que hablaban con dos guardias saludaron quitándose el sombrero.

—Adiós, don Federico.

—Adiós, García.

La muchacha se quedó un momento desconcertada, y balbuciendo un poco recelosa:

—¡Ah! Pero... ¿es usted de la poli?

—Ni lo sueñes.

—Como le han saludado...

—Sí, me conocen—dijo.

Y, para desvanecer toda sospecha, agregó presuntuosamente:

—Soy periodista.

—¿Periodista...? ¿Es usted periodista...? ¿De esos que escriben en los papeles...? ¡Cuánto me alegro!

—¿Por qué, mujer?

—Por nada; porque a mí me han gustado siempre mucho los periodistas.

Federico se inclinó sobre ella, la miró, y en voz baja:

—¿A que no eres capaz de venir a cenar conmigo a la Bombi?

—Se lo agradezco mucho; pero no puede ser.

—¿Por qué razón?

—Porque yo, de noche, no puedo faltar de casa.

—¿Por qué?

—Porque no.

—¿A qué hora tienes que estar en casa?

—Cuanto antes.

—Bien; pero haciendo un esfuerzo...

—Haciendo un esfuerzo, a las tres.

—Yo te prometo que a las tres estarás en tu casa.

Ella protestó, violenta y azorada:

—No, déjelo. Se lo agradezco mucho; pero otra vez será; es preferible que lo aplacemos para otro día. Si usted quiere, mañana, por la tarde, nos podemos ver.

—Nos veremos mañana, y pasado, y todos los días que a ti se te antoje; pero esta noche tengo yo gusto en invitarte para solemnizar la feliz casualidad de este encuentro.

—Pero, chiquillo, si es muy tarde...

—Te he prometido que a las tres estarás en tu casa, y yo soy hombre que cumple siempre lo que promete. Cochero, para. Anda, sube.

Arrimóse un coche al borde de la acera, la ayudó a subir, y en seguida, tras ella subió él.

—Tira; a la Bombi.

Pero al llegar el coche a la esquina de la calle Ancha, varió de opinión.

—Mira, nena: no vamos a la Bombi. Aquello estará todavía muy frío, y, como dices bien, es muy tarde. Vámonos a otro sitio. A la Viña, o a Morán, o a la Riojana. Cochero, a la Riojana, calle del Príncipe.

Y mientras el cochero, indiferente, hacía dar la vuelta al jaco, se acomodó en el asiento como en una otomana, la nuca en la capota, los tacones en la bigotera.

—Niño, qué bonitos calcetines llevas.

—Todo yo soy bonito.

—¡Ah! ¿Pero es que presumes de físico?

—Yo, sí. ¿Y tú?

—Yo, de ir contigo.

En la calma solemne de la noche, las herraduras del caballo repiqueteaban en los adoquines con un chasquido estridente y metálico, que repercutía en las fachadas,

mientras el cascabel tintineaba alegremente. Por encima de las altas casas, en la franja del cielo, unos grupos de nubes plateadas, deshilachadas en jirones, flotaban alrededor de la luna en creciente, una enorme media luna de color de miel.

III

Con los codos en la mesa, la cara en las manos, la miró largamente, sorprendido, absorto.

—¿Pero quién eres tú? ¿De dónde sales tú? ¿En dónde estabas escondida? ¿Cómo es posible que hubiera en Madrid una mujer así de bonita, y yo no me enterara?

—Vamos, niño, cállate ya, que m'azaras.

—En serio. ¿Por dónde vas tú, que no te he visto nunca?

—No tiene nada de particular. Salgo muy poco.

—Sin embargo, ya ves... Esta noche...

—Esta noche ha sido una casualidad. He tenido que ir a casa de una amiga.

Y como él, al oírla, arqueara las cejas con gesto de desagrado, agregó rápidamente, con un mohín encantador:

—No te achares, que no es por ahí.

—Bueno, vamos a cenar. ¿Tú qué quieres?

—¡Ay! A mí no me metas en líos. Yo no entiendo una palabra de eso. Allá tú.

—¿Te gustan las angulas?

—¿Angulas...? ¡Ah, sí! Unos bichos que parecen lombrices... ¡A mí qué me va a gustar eso!

—Pero, ¿las has comido?

—Ni quiera Dios.

—Te advierto que están riquísimas.

—Que no..., que no me des a mí eso... ¡Jesús, qué asco!

—Bueno, mujer; no te alborotes.

—Mira, lo que me gusta con delirio son los langostinos a la mayonesa.

—Tendrás langostinos.

—Y, para abrir boca, unas aceitunas con anchoas.

—¿Y qué más?

—¡Ay, hijo, allá tú!

—¿Qué te parece una perdiz?

—Pero, niño, ¡eso te va a costar muy caro!

—¿A ti te gusta la perdiz?

—¡Digo, si me gusta!

—Pues con un consomé, ya está la cena. Si tenemos más gana, pediremos más cosas.

Explicaron el menú al mozo, que se fué a la cocina, y quedaron un momento frente a frente, mirándose a los ojos.

—¿De manera que tú sales muy poco?

—Muy poco.

—¿Dónde vives?

—Yo vivo con mi madre.

—¿Con tu madre? ¿Entonces no se puede ir a tu casa?

—¡Oh, no, de ninguna manera! A mi casa no puede ir nadie, y mucho menos de noche. De noche duermo yo con mi hijita.

—¿Tienes una hija?

—Una chiquilla preciosa, de siete años.

—¿De siete años? No puede ser.

—¡No ha de poder ser!

—Entonces, ¿qué edad tienes tú?

—¿Yo? Veintiocho. Me casaron a los veinte. Conque haz la cuenta.

—¿Eres viuda?

—No, no: soy casada.

—Pero tú no vives con tu marido.

—¡Qué disparate!

—¿Es que te ha abandonado?

—¡Oh, no!

—Entonces...

Se ruborizó ligeramente y balbuciendo:

—Es... que está fuera.

—¡Ah, vamos! Tu marido está fuera, y tú te aprovechas de su ausencia para divertirte. No está mal.

Ella bajó los ojos, ladeó la cabeza, se mordió los labios y no contestó. Fué el gesto tan expresivo, que él comprendió en seguida que acababa de decir una impertinencia. Por fortuna, la entrada oportunísima del camarero con la soperita del consomé cortó la embarazosa situación. Federico la sirvió dos cucharones y la escanció una copa de vino.

—Anda, nena, toma un poco de caldo. A estas horas, esto sienta muy bien. Entona el cuerpo.

Ella, entretenida en mordisquear una aceituna, no contestó. Escupió el hueso, cogió la cuchara y se puso a comer sin levantar los ojos de la mesa, el busto erguido, el semblante muy serio, la expresión grave y hostil de una mujer contrariada. Poco a poco, sin embargo, se le fué desarrugando el ceño, endulzándosele la fisonomía; alzó los ojos, y al encontrarse con los de Federico, que la contemplaba, se echó a reír, ya del todo contenta. La presencia del mozo con la fuente de langostinos completó la feliz transformación.

—¡Hombre, qué gordos son, qué frescos!

—Acabaditos de llegar, señorita.

—La perdiz, ¿será buena?

—De toda confianza, don Federico. Ya sabe usted que si no...

—Ya lo sé, Antonio.

Generoso y galante, la sirvió una ración abundantísima, entre las protestas alborozadas de ella.

—Pero, chiquillo, ¿estás loco? ¿Tú crees que me voy a comer todo eso?

—¡Ya lo creo, mujer! ¡Pero si esto no es nada! Además, me acabas de decir que te gustan muchísimo.

—Con delirio.

—¿Lo ves?

—Pero ¿y tú? ¿Qué vas a comer tú?

—Yo no tengo gana.

—¿No tienes gana?

—No.

—Entonces, ¿para qué hemos venido a cenar?

—Yo, para tenerte cerca, para recrearme en ti media hora a mi gusto.

—¿Nada más que por eso?

—*Hoy por hoy,* nada más.

Ella alzó los ojos y le miró de nuevo, intrigada y curiosa. Él levantó los suyos y la miró también. Y así, de esta manera, quedaron largo rato contemplándose fijamente, como si quisieran leer en sus miradas la historia de sus vidas. Los dos, sin darse cuenta, se habían ido poniendo pensativos y graves.

—¿Te gustaron los langostinos?

—¡Riquísimos! Pero no te dejes atrás la perdiz, porque está deliciosa.

—Es especialidad de la Casa; por eso la pedí.

Volvió a entrar el mozo.

—¿Qué postres quieren?

—Fruta; de eso no hay ni que hablar. Habiendo fruta, que se quiten todos los postres del mundo. ¿Verdad, nena?

—Verdad.

—¿Tomarán café?

—Yo, sí—contestó él; y volviéndose a ella, le preguntó—: Y tú, ¿quieres también café?

Ella se reclinó en el respaldo de la silla, echó atrás la cabeza y, entornando los ojos, cantó a media voz:

No quiero tomar café,
que el café me quita el sueño.
Lo que quiero es tomar-te,
que en tomando-te me duermo.

Tenía una voz de contralto muy agradable, y cantaba con mucha afinación y mucho gusto. Además, ponía al cantar una expresión muy linda y muy gachona, los ojos entornados, los labios entreabiertos. Se desabrochó el cuello de la blusa, porque dijo que tenía calor, y asomó la garganta con toda su encantadora desnudez, blanca, tersa, translúcida, como de cera, como de porcelana.

—¡Qué bonita eres!

Ella dejó de cantar, abrió los ojos y le miró provocadora.

—¿Te gusto?

—No me ha gustado en la vida nadie como tú.

—¡Anda, niño!

—¡Por mis muertos!

—¡Qué chulo eres!

—Pa ti.

—¿Pa mí? No vas a querer tú.

—Ni tú tampoco.

—¿Yo?

Se puso súbitamente seria y dió un giro rápido a la conversación.

—Oye: tú vienes mucho por aquí, ¿no?

—¿Por qué?

—Hombre, por la confianza con que te trata el mozo.

—¡Psss...! Algunas veces.

—¿Con... tu...?

—No es por ahí.

—¡Ah! ¿Conque tú no...?

—Naíta.

—¡Como que me vas a decir a mí que no tienes tú una mujer!

—Ni esto.

—Anda, niño, que te den dos duros.

Él se encogió de hombros.

—Puedes creerlo o no creerlo; lo que te parezca. Yo te aseguro que no tengo novia.

Ella se echó a reír.

—¿No me crees?

—Aunque te pusieras en cruz.

—¿Y por qué no me crees?

—Porque no hay más que verte y oírte para comprender que eres un postinero y un cobista. ¡Tienes tú poquita labia para no estar metido entre mujeres!

—Pues ahora te aseguro que no tengo ninguna. Si yo tuviera una mujer, no estaría a estas horas cenando contigo.

—¡Ay, qué gracioso! ¿Qué tiene eso que ver?

—Para mí, sí. Yo no sé alternar. Cuando quiero a una mujer, soy para ella solo.

—Así debe de ser.

—Así soy yo. Y te advierto que tengo unas fatigas muy grandes de encontrar una novia. ¿Quieres tú ser mi novia?

—No.

—¿No quieres?

—No.

—Por lo menos, franca.

—Me haces una pregunta, y te contesto. ¿Para qué te voy a engañar? Yo no puedo ser novia tuya, hijo mío. Valgo yo muy poco para merecerme un hombre como tú.

—Ironías no.

—No, tontín: si no son ironías: es la verdad. A mí no me puede querer más que un hombre que me dé mucho dinero o un hombre que no me dé ninguno. Mucho dinero, para exigírmelo todo; nada, para consentírmelo todo. Piensa un momento y dime si tú te comprometerías a ser ninguno de los dos.

Él no supo qué responder, y ella agregó:

—Además, hazte cargo de que, aun siendo así, yo no podría querer a ninguno de los dos: al que me diera dinero, porque me humillaría que me pagara; al que no me diese nada, porque me ofendería que me consintiese lo que ningún hombre decente debe consentir.

—¿Sabes que eres una mujer muy interesante?

—¿Por qué?

—Quiero decir que piensas muy bien.

—Presumo de ello.

—Pues todo eso se te acaba en cuanto un hombre te entre derecho por el corazón.

—Va a ser un poco difícil.

—¿Por qué?

—Porque soy lo mismo que tú: tampoco yo sé alternar.

—No, perdona: eso no es verdad; si tú no supieras alternar, no estarías a estas horas cenando conmigo.

—No creí que tan pronto me lo echaras en cara.

—Eres tú la que provoca la cuestión. Yo te invité a cenar suponiendo que eras una mujer completamente libre.

—Y yo te he demostrado que no lo soy.

—Supongo que no me querrás hacer creer que estás enamorada de tu marido.

—¿Quieres que hablemos de otra cosa?

—De lo que tú quieras. ¿Cómo te llamas?

—Rosario.

—Charito...

Ella hizo un gesto de desagrado.

—No, Charito, no; no me llames Charito.

—¿Por qué?

—No me gusta que me llamen así.

—Pues es un nombre muy bonito.

—Pues a mí no me gusta. ¡Ea!, se acabó.

—¿Te recuerda este nombre algo desagradable?—le preguntó mirándola a los ojos fijamente. Y como ella callara, insistió, subrayando, recalcando las sílabas: —¿Te llama así él?

Rosario frunció el ceño y le miró agresiva.

—¿Quién es él?

—¡Quién va a ser! Tu marido.

—Mira, no hablemos de eso, te lo ruego. Si quieres ser amigo mío, no me vuelvas en la vida a mentar ese nombre. Es la única condición que te exijo. Ya lo sabes de una vez para siempre.

—¿Tanto le odias?

—Le odio o le quiero. Eso a ti no te importa.

—Bueno, mujer, no te pongas así; no te alborotes.

—No me alboroto; es que no me gusta.

—Pues a otra cosa. ¿Quieres un plátano o una naranja?

—Lo mismo me da.

—¿Te has enfadado?

—Yo, no; ¿por qué? ¡Qué tontería!

—Bueno, pues ríete; haz el favor de poner otra cara, porque con esa estás muy fea.

Ella hizo un gesto doloroso, se pasó los dedos por los párpados, ahogó un suspiro y, por fin, con un violento esfuerzo, trató de sonreír.

—¿Así?

Él se la quedó mirando.

—Nena, tú tienes una pena muy grande.

Y como al oír estas palabras, dichas con un acento muy dulce, se le escapara a ella otro suspiro y se le velaran las pupilas con una sombra de tristeza, se levantó de la silla, sentóse al lado de ella, la cogió las manos y le dijo:

—¿Qué tienes? ¿Qué te pasa? Cuéntame tus cosas.

—¡Mis cosas! ¡Pobre de mí! Mis cosas no le importan a nadie.

—A mí.

Rosario le miró intensamente, se mordió los labios, bajó otra vez los ojos y quedó largo rato pensativa. Luego, súbitamente:

—Oye: ¿qué hora es?

—No te preocupes, que yo cumplo siempre lo que prometo. Estate tranquila, que a las tres te verás en tu casa.

—No te lo preguntaba por eso.

—Por si acaso.

—Parece que eres tú el que se enfada ahora.

—Yo, no; ¿por qué?

—Es que si te enfadaras, no tendrías motivo. Ya te dije que yo no podía faltar de casa ni llevar a ella ningún hombre.

—Nadie te lo ha propuesto.

—Por si acaso.

—No hay acaso que valga. Yo te he invitado a cenar sin compromiso de ninguna clase, únicamente por el gusto de tenerte cerca y de charlar contigo a solas. Ya hemos cenado. Ahora tú te vas a tu casa y yo a la mía.

—¿Cuándo nos veremos?

—Cuando tú quieras, si es que tú tienes interés en verme. Si no, tampoco.

—Hombre, interés..., precisamente interés...

—¿No tienes tú interés en verme?

—¿Le tienes tú?

—Yo, sí.

—Pues yo, también.

—¿Quieres que nos veamos mañana?

—Bueno.

—Oye: si nos vemos mañana, ¿me contarás tus penas?

—No.

—¿No me contarás tus penas?

—No.

—Entonces, ¿para qué nos vamos a ver?

Ella frunció los labios y se encogió de hombros.

—Lo que tú quieras.

—Casi, casi estoy por creer que lo mejor sería que no nos viésemos más.

—Creo también lo mismo.

—¿Lo dices de veras?

—De verdad.

—En ese caso, despidámonos desde luego. ¿Quieres que te acompañe, o prefieres ir sola?

—Prefiero ir sola. Tomaré un coche.

—Le tienes abajo. Como le alquilamos después de la una, y antes de las tres estarás en tu casa, por muy lejos que vayas, son dos horas justas; con la propina, un duro. Tómale.

—No, deja; llevo yo.

—¡No faltaba más! Hazme el favor.

—Pero, ¿y tú?

—Yo me iré a pie. Vivo muy cerca.

—Muchas gracias.

—Adiós, Rosario.

—Adiós...; todavía no me has dicho cómo te llamas

—Federico.

—Federico ¿qué?

—Federico Aldán.

—Adiós, Federico.

—Adiós, Rosario.

—¿Me despides así?

—¿Y cómo quieres que te despida?

—¿No me das siquiera un beso?

—Sí, mujer, ¿por qué no? Tómale.

Tal como estaba, sin moverse de la silla, alargó el cuello y le ofreció los labios. Ella crispó los suyos y se echó hacia atrás.

—No; así, no.

—¿Cómo, pues?

—¡Así!

Con un brusco movimiento nervioso le cogió la cara y le besó en la boca, un beso fuerte, apretado, estrujador, doloroso como un mordisco. En seguida se despidió de él y echó a correr.

—Adiós.

Fué todo tan rápido, que cuando quiso recordar ya estaba ella en la puerta del pasillo. Con las manos extendidas, la voz suplicante, quiso retenerla:

—Rosario, Rosarito..., nena... Escúchame..., oye..., ven...

Ella no contestó. El taconeo de los zapatos repiqueteaba estrepitoso en la escalera. Comprendió que sería inútil llamarla. Se levantó para tocar el timbre, y se volvió a sentar. Entró el mozo.

—¿Qué te debo, Antonio?

—Veintiuna pesetas.

Sacó del carnet un billete de veinticinco, y lo tiró sobre la mesa.

—Tráeme una copa de coñac, y en paz.

Se bebió la copa, encendió un cigarro, cogió el sombrero y se marchó también. Al llegar a la calle se detuvo sorprendido. Llovía a chaparrón. Volvió a subir.

—Antonio, dame seis reales.

—¿Quiere usted más?

—No, nada más; son para un coche. Me he quedado sin un perro.

IV

Al día siguiente se levantó muy tarde. Empeñó en diez pesetas el reloj y se fué a almorzar al café de Lisboa. Allí terminó un cuento que tenía empezado; lo llevó personalmente a *La Esfera,* y lo cobró; desempeñó de nuevo el reloj, se limpió las botas, se adornó el ojal con un rabioso clavel encarnado que le vendió una linda florista amiga suya en la terraza de la Maison Dorée, y a las cinco entró en el Centro de Repórters gallardo y triunfador.

Como siempre, ante la mesa de tresillo, Angel Martín y Felipe Soler jugaban al tute.

—Niños, ¿habéis estado en la Jefatura?

—Sí; no había nada.

—¿Y aquí?

—Cosillas sueltas. Tómalas.

Le dieron un puñado de cuartillas, que transcribió en diez minutos y dejó preparadas en un sobre para cuando el cuartillero del periódico viniera a recogerlas; luego se entretuvo en ojear los periódicos de la mañana, y al dar las seis, se levantó.

—Las seis. Vaya, me voy, que tengo muchísimo que hacer. Supongo que no ocurrirá nada; pero si ocurriese, ¿queréis hacerme el favor de agarraros al teléfono y contárselo a mi periódico?

—Sí, hombre, descuida.

—Yo es que tengo muchísimo que hacer.

—Vete tranquilo.

—Pues abur, y tantísimas gracias. Ya os protegeré.

Se encasquetó el sombrero y se marchó. Al salir del portal se quedó un momento indeciso, sin saber adónde dirigirse. No tenía que hacer absolutamente nada. Jamás se había visto más desocupado. Se marchó del Centro de Repórters sencillamente porque estaba aburrido, porque le abrumaba el ambiente de aquel entresuelo sin alegría y sin luz, porque sintió de pronto la necesidad de respirar a pleno pulmón el aire de la calle.

Llevaba una temporada muy mal, víctima de una crisis aguda de depresión y pesimismo que le ensombrecía la vida y le inutilizaba para todo. Temeroso al principio de que fuera un principio de neurastenia, trató de combatirlo con tónicos y reconstituyentes, paseos y ejercicio. Le concedieron en el periódico una licencia de un mes, y lo pasó en la Sierra; pero el remedio no dió resultado. Bien es verdad que no tenía por qué darlo; físicamente, no podía encontrarse mejor; comía con gran apetito, digería como un avestruz, dormía nueve horas seguidas, todas sus funciones fisiológicas se desenvolvían con regularidad perfecta y admirable. Reciamente constituído, fuerte de músculos, amplio de tórax, firme de cuello, todos los órganos cumplían la misión que les estaba encomendada sin un atasco alarmante ni un desfallecimiento sospechoso, no ya en el uso cotidiano y corriente, sino hasta en el exceso violento y en la incontinencia sostenida. La enfermedad, pues, en el caso de que se tratara de una enfermedad, no afectaba al cuerpo. El cuerpo estaba sano. Por esta vez, el aforismo hipocrático no rezaba con él. El mal era más hondo. Se trataba pura

y simplemente de una depresión moral aplanadora y pesimista, consecuencia de la convicción de su doble fracaso como artista y como hombre. Era que le abrumaba el convencimiento de su inutilidad. ¿Qué papel representaba él en el mundo? ¿Qué misión era la suya? ¿A qué había venido? ¿Para qué servía? Ahondando en el problema, interrogándose a sí mismo muchas veces, se dijo, como Tolstoi, que la vida era una broma de mal gusto que habían tenido la crueldad de darle. A medida que los años pasaban sobre él, se iba dando cada vez mayor cuenta de que no hay nada más triste que pasar por la vida sin dejar rastro en ella. Claro es que la mayoría de las personas pasan así, como los barcos por la mar, sin dejar más estela que un leve remolino de espumas, que las olas se encargan de borrar en seguida, o como las estrellas por el espacio, sin más que una línea luminosa, pasajera y fugaz. Pero es que los hombres son algo más que los barcos y que las estrellas: los hombres debieran todos dejar en su paso por la vida una huella indeleble y profunda: esa es su misión; esa es su obligación. Si no la cumplen, ¿a qué vienen? ¿A vegetar?, ¿a gozar?, ¿a enfermar?, ¿a morir? Si no se viene más que a eso y para eso, verdaderamente no vale la pena de nacer.

A pesar de su constante alarde de hombre frívolo, superficial y bullanguero, de hombre acomodaticio, que sólo pide a la vida su apariencia agradable, ínfimamente era un amargado y un vencido. Como periodista, llevaba quince años «haciendo sucesos» en un diario de tercera categoría, sumergido en el anónimo, encanallado con el tópico y el gerundio, embrutecido con el uso constante de un vocabulario abyecto de vicio, crimen, presidio y hospital. Dos o tres veces tuvo la tentación

de permutar esta labor por otra de horizontes más dilatados y más dignos; pero siempre, en el momento decisivo de la elección, se encontró con el amargo desencanto de que las mejoras no compensaban los inconvenientes. Por muy desagradable que fuera la misión informativa del suceso, tenía la ventaja inapreciable de que le otorgaba una independencia absoluta y una completa libertad de acción y de trabajo, sin tener que acomodarse a horas ni sujetarse a autoritaria disciplina. Hacía lo que le daba la gana. Había meses en que no iba a la Redacción más que a cobrar. Despachaba las noticias en el Centro, generalmente de segunda mano, y las enviaba con el ordenanza, cuando no se concretaba a darlas por teléfono. Prosista muy suelto y muy ameno, versificador muy flúido y muy fácil, no había revista literaria que no publicase semanalmente algún trabajo suyo. Con más honestidad y más reposo, tal vez hubiera sido un buen poeta; pero en vez de elevarse a los serenos espacios de la lírica, encontró más cómodo y, sobre todo, mucho más productivo lanzarse por los trillados senderos de la colaboración y del trimestre. Sus condiciones de coplero ingenioso, desvergonzado y pícaro encontraron terreno fertilísimo donde fructificar en el género llamado *varietés*, y se lanzó a él con tal denuedo, que en menos de tres años fué el proveedor favorito de cupleteras, tonadilleras y canzonetistas. Si financieramente el nuevo oficio le aportó, burla burlando, una renta anual de seis a siete mil pesetas de «pequeño derecho», en el campo del amor y la galantería le otorgó con la misma facilidad puesto preeminente. También en este punto fué para cierta clase de mujeres proveedor predilecto y favorito. Quién sabe si precisamente de la excesiva continuidad de estos abusos no provendrían acaso

aquellas crisis sentimentales que de modo tan hondo le perturbaban y le deprimían, aquellos accesos de pesimismo y de amargura que le inutilizaban para todo, aquel convencimiento doloroso y triste de su fracaso estético y moral. ¡Quién sabe! ¡Quién sabe si dentro de la aparente contradicción de estas dos naturalezas suyas tan distintas, que a primera vista parecían rivales y antagónicas—un idealismo exagerado, una sensualidad abyecta y repugnante—, no habría, por el contrario, la determinación de un carácter perfectamente definido. Quién sabe si su idealismo no sería en el fondo más que un síntoma de su exacerbada sensualidad, y su sensualidad una manifestación morbosa de su refinado idealismo. Él, por lo menos, en un atisbo de poeta, tuvo un día la sinceridad de proclamarlo en letras de molde en una estrofa que engarzó en un soneto:

No execres mi conducta: yo, entonces, no sabía
(sólo al llegar a viejo se aprende esta verdad)
que es la Lujuria madre de la Melancolía,
y el Idealismo, hermano de la Sensualidad.

V

Todo esto servía, como es lógico, para que sus compañeros, los gacetilleros de ocurrencias del Centro de Repórters se considerasen ante él un poco postergados y le mirasen, si no con malquerencia, por lo menos con la inocente y natural envidia que en todas partes causan los privilegiados de la Fortuna. Hay que hacer constar, sin embargo, en honor de Federico Aldán, que, lejos de engallarse y ensoberbecerse con sus triunfos, procuró desde el primer momento contrarrestarlos con un derroche enorme de simpatia personal y una constante y repetida ostentación de acendrado compañerismo. Pródigo y generoso, convidábalos con cualquier pretexto, se los llevaba en coche, les regalaba billetes de teatro, los aconsejaba y favorecía con el apoyo eficaz de su influencia en las aspiraciones literarias, y los sacaba incluso, siempre graciosamente, de momentáneos apuros económicos. Nadie encontró nunca cerrados su petaca, su protección ni su bolsillo. Ellos, a su vez, le pagaban supliéndole en el trabajo y facilitándole gustosos toda la parte ingrata de la labor informativa. Gracias a esta leal reciprocidad, Aldán no tenía jamás que molestarse en perseguir una noticia. Se las daban hechas. Cuando no aparecía por el Centro, que solía ocurrir muy a menudo, sus compañeros se encargaban de telefonearlas al

periódico. Ni por excepción se dió el caso de que le dejaran en descubierto.

Como todos los hombres encumbrados por la Fortuna, Federico tenía un admirador entusiasta, amigo íntimo y devoto incondicional, el eterno satélite que acompañaba al astro. Este satélite era Pepito Ruiz. Pepito Ruiz contaba veinte años, y estaba comenzando su aprendizaje de periodista como meritorio en un diario político que fué en un tiempo gran rotativo popular y ahora arrastraba las últimas convulsiones de su agonía en promiscuidad con otros *sapos* tan lamentables como él. Para el que no lo sepa, advertiremos que se llaman *sapos* en jerga periodística a los diarios que se tiran en una imprenta aprovechando para todos la misma composición tipográfica, sin más variación que el artículo de fondo y alguna sección especial. Los hay que no cambian más que el título. Cuéntase del director de uno de estos periódicos, al que no hay manera de llamar diario porque sólo se publicaba al mes ocho o diez veces, que iba personalmente a la imprenta llevando bajo el brazo la cabeza envuelta en un papel (la cabeza del periódico, naturalmente), se la daba al maquinista, y le rogaba, a cambio de unas cuantas pesetas, que tirase una docena de ejemplares. El maquinista paraba la máquina, desajustaba la forma, sustituía el título, imprimía los diez o doce números que se le pedían, se los entregaba al director, y el director se marchaba tan contento con ellos y con la cabeza otra vez bajo el brazo, la cabeza del periódico, que la propia iba sobre los hombros muy erguida, con la satisfacción del hombre que acaba de resolver un importante problema: el problema de justificar con diez números la existencia de cinco anuncios y otras tantas mezquinas subvenciones.

Como en todas las cosas de este mundo hay, sin embargo, grados y jerarquías, el diario en que Pepe Ruiz trabajaba, aunque *sapo,* no había llegado todavía a esta última y lamentable condición: era el *sapo-matriz,* el *sapo-padre,* molde y origen de los restantes *sapos* que de su existencia vivían. Por eso, aunque pagándolos mal o no pagándolos, se podía permitir el lujo de tener media docena de redactores y gacetilleros que le aportaban una información directa y propia de la política interior y la vida local, ya que la de otros puntos no era necesaria porque se obtenía en saqueo y a punta de tijera. Pepito Ruiz era el repórter de sucesos, de sucesos en la más extensa amplitud de la palabra, puesto que caía bajo su jurisdicción y, consiguientemente, bajo su responsabilidad, todo lo que sucedía en Madrid, todo, desde el crimen hasta el incendio, desde el mitin hasta el alboroto, desde la recepción de un académico hasta la colocación de la primera piedra de un monumento artístico. No le daban por esta labor una linda peseta; pero él trabajaba con el mismo entusiasmo que si ganara ochenta duros y supiese que sus cuartillas iban a salir al día siguiente impresas en *The Times,* de Londres.

Federico, con quien tuvo la fortuna de simpatizar en seguida, le acogió bajo su protección, y se ofreció gustoso a encaminarle por el mundo. La primera entrevista fué muy pintoresca. Pepito Ruiz se presentó en el Centro de Repórters una hermosa mañana de septiembre con un sombrero grasiento, una chalina deshilachada, una media melena muy lustrosa y una pipa en los labios. Entró decidido; dejó el chambergo sobre una mesa, y entre la estupefacción general espetó este discurso:

—Señores, camaradas y maestros: Vengo a tener el alto honor de compartir desde hoy con ustedes la ingrata pero gloriosa labor del periodismo activo madrileño. Soy redactor de *La Independencia.* Acabo de abandonar la vida prosaica de mi pueblo para compartir con vosotros los goces y las penalidades de la bohemia artística y satisfacer mis nobles aspiraciones de ideal. Soy uno más en el palenque de la lucha. Vengo a luchar.

Federico Aldán se le quedó mirando, y le dijo muy serio:

—Excelente y cándido señor: Vuélvase usted a su pueblo en el correo de esta tarde. Usted viene equivocado. A usted le han engañado villanamente. Aquí no hay que luchar con nadie. Aquí no hay vida literaria, ni tertulias, ni lizas, ni palenques. La gente que verdaderamente vale trabaja en su casa, y no se la ve. Los que pululan, los que danzan, los que se exhiben son los vanidosos, los presuntuosos, los pedantes, los cretinos, los hijos de la holgazanería y del fracaso. Vuélvase a su pueblo, que allí trabajará mejor que aquí y con mucho más fruto. Y si no quiere usted marcharse, si persiste en permanecer entre nosotros, si viene usted, efectivamente, decidido a luchar, enciérrese en su casa, trabaje usted en ella, no se trate con nadie y busque en la confianza de su propio esfuerzo el triunfo de sus ideales. El mayor aliento es el que uno obtiene de sí mismo. Nada de amistades, nada de tertulias, nada de vanidades ni de exhibiciones. No sea usted redactor de *La Independencia* ni de ningún periódico. El periodismo es la guillotina de las aptitudes literarias. Si usted siente dentro de sí verdaderamente la necesidad de ser artista, comience por ser honesto, sincero y sencillo. Tire usted ese chambergo, córtese esa melena, arroje esa chalina y, sobre

todo, no sea usted bohemio. La bohemia no es más que la incapacidad para equilibrar las aspiraciones ideales con las necesidades materiales. La vida es un problema de adaptación. El que no se adapta perece; el que no tiene energía para mantenerse a flote se hunde; ese es el que se ahoga, el que va a la bohemia. Por lo demás, la bohemía, como aspiración sentimental, ha muerto. Ya no hay bohemios, joven. Los han asesinado las necesidades de la vida. La vida se ha hecho tan cara, es preciso trabajar tanto para poder vivir, que ya no queda tiempo para ser bohemio.

Pepito Ruiz no dijo nada; pero al día siguiente se presentó en el Centro de Repórters perfectamente rasurado, con el pelo partido en raya, un traje gris y un sombrero de paja nuevo.

—¡Estupendo, señor, elegantísimo! ¿Pero usted tiene dinero?

Él, un poco ruborizado, confesó que su familia le enviaba treinta duros mensuales para atender a los gastos de la carrera, carrera que no había comenzado todavía ni pensaba comenzar porque quería dedicarse al periodismo y a la literatura.

—¿Y con treinta duros de base y campo libre—le preguntó Federico—pensaba usted cometer la majadería de sentirse bohemio? Decididamente es necesario que yo me ocupe de usted.

Y, en efecto, tanto empeño puso en enseñarle y tanto afán en aprender el otro, que a los seis meses el discípulo era el amigo predilecto privado, confidente y copartícipe. Espléndido en todo, Federico le iba cediendo incluso las conquistas a medida que las desechaba. En este terreno, no hubo jamás entre los dos secretos, divergencias ni disgustos. No tuvo empresa Ruiz en que Fe-

derico no le ayudase, ni aventura Federico que Pepe Ruiz no conociera.

Rosario fué la primera sombra que estuvo a punto de empañar esta amistad tan íntima. Ya porque no considerase la aventura digna de ser narrada, tal vez porque temiese que de la fidelidad del relato iba a salir bastante malparado su prestigio de conquistador callejero, fuera por lo que fuese, lo verdaderamente cierto es que Federico no le contó a su amigo una sola palabra del encuentro. Es más: con pretextos fútiles y fáciles excusas estuvo varias noches esquivando su compañía para lanzarse solo por los alrededores de la calle del Pez, con la dulce ilusión de volver a encontrarla, reanudar el idilio interrumpido de manera tan necia y despejar la misteriosa incógnita de aquella interesantísima mujer. Todo fué inútil. Por más que buscó, por más que indagó, por más que preguntó, no pudo dar con ella, ni siquiera con el menor indicio que con ella se relacionase. No tuvo más remedio que abandonar las pesquisas y renunciar a su ilusión.

Mas he aquí que una tarde, bastante tarde ya, entre dos luces, al salir del Centro de Repórters con Pepito Ruiz, creyó, en la calle del Barquillo, divisarla a lo lejos. Apretó el paso, confirmó sus sospechas, y cogiendo del brazo a Pepe, le dijo:

—¿Ves aquella mujer...?, aquella..., la del traje de seda azul, esa que dobla ahora la esquina de Piamonte...

—¡Estupenda, chico!

—Yo necesito saber quién es esa mujer, cómo se llama, qué hace, en dónde vive, adónde va... ¿Te sientes capaz de averiguármelo?

Había tal emoción en sus palabras, que Pepito vaciló confuso:

—Chico, yo no sé... Lo único que te prometo es que procuraré hacer todo lo posible. ¿Tú no me puedes dar ningún antecedente?

—Ninguno; pero creo que puedes abordarla sin peligro.

—Pues lo demás es muy fácil. ¿Dónde me aguardas?

—En el café Castilla.

—Vete tranquilo, que en cuanto cumpla tu encargo, estoy allí.

En efecto: a la media hora escasa, Pepe Ruiz estaba en el café.

—¿Qué hay?

—Se llama Rosario; no me ha querido decir en dónde vive; pero se la puede ver todas las tardes en casa de una amiga cuyas señas me ha dado. Apunta: «Carolina. Hita, 52, entresuelo, izquierda.»

—¿Estás seguro de que va?

—Mañana, a las cinco, la tendrás allí.

—¿La has citado?

—¿He hecho mal?

—No: has hecho muy bien.

—Chico, a mí me ha gustado muchísimo. Es una mujer estupenda. La he citado con el propósito de que si no vas tú, voy yo.

—No, perdona: voy yo.

—Como quieras. Ya me contarás.

Se vieron al día siguiente; pero no le contó nada. A pesar de todas las preguntas, de todos los insistentes y apremiantes requerimientos, Federico Aldán, sombrío y huraño, se encerró en una reserva impenetrable. No hubo modo de sacarle palabra.

—¿Pero tú tienes que ver algo con esa mujer?

—Nada.

—¿En absoluto?

—En absoluto.

—¿No piensas tenerlo?

—Ni pienso tenerlo.

—Entonces, ¿qué te importa?

—Pepito, creo que no te he dado jamás motivo para que dudes de mi sinceridad. Jamás tuve secretos para ti. Este es el primero. Respétalo y no insistas.

Pepito no insistió; pero aventuró esta otra pregunta:

—Desde el momento en que tú no tienes nada que ver con esa mujer ni piensas tenerlo, ¿te molestaría que yo...?

Federico se encogió de hombros.

—Allá tú. Pero si lo haces, no me lo digas.

—Entonces es que te molesta.

—Sí.

—En ese caso, no hablemos más.

No hablaron más. Sólo una vez, pasados muchos días, Pepito se atrevió a preguntar:

—¿No has vuelto a ver a Rosario?

—No; no la he vuelto a ver.

VI

Era verdad. Desde la tarde que pasaron juntos en el entresuelo de la calle de Hita no habían vuelto a verse.

Fué una entrevista tan extraña como dolorosa. Aldán acudió a la cita lleno de entusiasmo y rebosante de ilusión; gozando de antemano con el efecto desconcertador de la sorpresa, confiado en sí mismo, seguro, como don Juan Tenorio, de su destreza y su ventura. Para que no pudiera quedarle nunca el remordimiento de haber dejado suelto ningún cabo ni prescindido de ningún medio que pudiera reforzar los argumentos persuasivos, estuvo por la mañana en la Asociación de Autores Españoles para hacer efectiva la liquidación trimestral de sus derechos. Conocía lo bastante la vida y las mujeres para saber que mil pesetas en el bolsillo tienen una fuerza de persuasión enorme. Le abonaron mil setecientas cincuenta y seis. Con ellas, un habano en la boca y en la solapa el inevitable clavel rojo, se presentó en la calle de Hita a las cuatro y media de la tarde. Rosario no había llegado aún. Le pasaron a un gabinetito dulcemente sumido en la penumbra de unas cortinas de damasco verde, y le encargaron que aguardase.

Sentóse en una linda butaquita enfundada en dril, y esperó. Era tan cómodo el asiento, tan grata la frescura

de la habitación, tan dulce y tan sedante la obscuridad para los ojos ofuscados todavía con la luz deslumbradora de la calle, había en el gabinete un olor tan exquisito a rosas, que tuvo que hacer verdaderos esfuerzos para resistir el peso de los párpados, que se empeñaban en cerrarse. Cuatro o cinco veces oyó vibrar el timbre de la puerta, y tuvo la ilusión de que iba a abrirse la del gabinete. Se abrió por fin, y entró Rosario acompañada de una matrona rubia y opulenta. Habituada ya la vista a la penumbra, la conoció en seguida. Ella, no. Tuvo la sinceridad de confesarlo:

—No veo; no veo nada... No sé quién es.

La rubia opulenta se echó a reír, y encendió la lámpara.

—¿Usted...? ¿Tú...? ¡Federico!

—¡Qué sorpresa!, ¿verdad?—dijo él.

—Sí: efectivamente—contestó ella turbada.

—Vaya, puesto que ya se han reconocido—intervino la rubia—, ahí se quedan ustedes. Buenas tardes.

Corrió discretamente la cortina, cerró la puerta y desapareció.

—¿No me esperabas?

—No; hoy no te esperaba. Sabía que un día cualquiera, más tarde o más temprano, cuando menos nos lo figurásemos, nos encontraríamos en medio de la calle; pero aquí, no; aquí no te esperaba.

—¿Te desagrada?

—No; ¿por qué?

—¿Te alegra?

—¿Por qué no?

—Con muy poco entusiasmo lo dices.

—Federico, ¿qué quieres de mí?

—Hablar contigo.

—¿Nada más?

—Por lo pronto, nada más; después, ya veremos. Quítate el sombrero y siéntate a mi lado. Ven. ¿Quieres sentarte aquí conmigo?

Ella obedeció sin replicar. De pie ante el espejo de la chimenea se contempló un instante; arreglóse los rizos del flequillo, que con la presión del sombrero y el sudor se habían quedado pegados a la frente; se mordisqueó los labios, un poco pálidos, y, por fin, forzando una sonrisa, fué a sentarse en el sofá al lado de Federico. Él la enlazó del talle, la oprimió dulcemente y le dijo:

—Rosario, necesito hablar contigo. Hace veinte días que tengo la imagen de tu persona metida en la cabeza; veinte días que ando loco buscándote por todos lados para decirte que desde la noche aquella que cenamos juntos no he dejado un solo instante de pensar en ti. Me gustas mucho. Me gustas como no me ha gustado ninguna de las mujeres que tropecé en la vida. No sé qué atractivo misterioso tienes, ni qué encanto es el tuyo: pero te juro que ninguna mujer me ha causado la impresión que tú.

—Niño, no me des coba.

—No es coba: es la verdad. Sería ridículo que yo viniera a estas alturas a malgastar el tiempo con chiquilladas de cadete ni postinerías de señorito chulo. No, nena: yo no vengo a hacerte el amor en el sentido que tú crees: vengo a hablar contigo lealmente; a conocer tu verdadera situación para saber a qué atenerme, qué puedo ofrecerte para que te convenzas de la sinceridad de lo que digo.

Rosario se concentró en sí misma; enlazó las manos caídas en el halda y bajó los ojos; los volvió luego a abrir, le miró fijamente y balbució:

—Te repito lo que te dije antes: ¿qué quieres de mí?

—Quiero tu corazón.

—Me pides lo único que no te puedo dar.

—¡Rosario!

—¿Para qué engañarnos? ¿No es mucho mejor que hablemos con franqueza? Federico, tú me has sido un hombre muy simpático; no creas que te lo digo por decir, no; es la verdad; si yo algún día me enchulara con alguien, ten la seguridad de que sería contigo. Pero no puede ser; hoy por hoy, no puede ser. Tú pídeme lo que quieras; todo lo que yo te pueda dar, menos esto; esto no puede ser.

—No, nenita: permíteme que te diga que no me has comprendido. Yo no vengo a enchularme. Yo lo que quiero es quitarte de esta vida que llevas para que no seas de nadie más que mía.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Porque no.

—Eso es no decir nada.

—Es lo único que te puedo decir.

—Pero ¿por qué?, ¿por qué? ¿Cuál es tu situación? Dímela clara. Tú no eres una viciosa, una mujer que esté a gusto con la vida que lleva; me lo dicen tus ojos; yo sé que tú no has nacido para esto; ¿es verdad?

—Es verdad.

—Entonces...

—Federico, óyeme: te voy a contar lo que no le he contado nunca a nadie. Yo soy casada.

—Lo sé; me lo dijiste.

—Me casé a los veinte años loca por un hombre. Le quería con toda mi alma. Era mi primer novio, mi primer amor. Nos conocíamos de toda la vida. Sus padres

eran amigos de los míos. Desde muy niños habíamos jugado juntos en la calle. No sé siquiera cuándo empezamos a ser novios. Era yo una chiquilla con la trenza suelta y la faldita corta, y me escapaba de casa para hablar con él. Nos casamos en la Paloma. Yo vivía entonces en la calle de Calatrava. La boda fué una locura de entusiasmo. No faltó en ella una persona de la vecindad. En tres días no se habló de otra cosa en todo el barrio. Bien es verdad—no es porque yo lo diga—que hacíamos una pareja ideal. Yo era muy mona, muy bonita, muy chula; él..., él se lo merecía todo; joven, guapo, honrado, trabajador, enamoradísimo de mí. Para que nada faltase, al año tuvimos una niña, una preciosidad de criatura que vino a aumentar las alegrías de la casa. Eramos muy felices. Vivíamos muy bien. Él ganaba mucho dinero. Era primer cortador de Casa Arlanza; le daban ochenta duros. Yo tenía también un pequeño capitalito, porque mi madre había sido corredora de alhajas, y aun cuando a última hora la engañaron de mala manera y la estafaron unos cientos de duros, todavía pudo la pobre darme unas catorce o quince mil pesetas, más bien más que menos. Como yo he sido, aunque me esté mal el decirlo, muy dispuesta y muy mujer de mi casa, comprenderás que marchábamos bien. Pero a los pocos años de esta vida, mi Antonio cayó enfermo. Empezó por perder el sueño y el apetito, por ponerse delgado y hacer cosas muy raras. El primero en observarlo fué el principal de la Casa Arlanza. El hombre, que nos quería mucho, vino a verme, y me dijo: «Rosario, tengo que hablar contigo.» «Usted dirá», le contesté. «Hace tiempo vengo observando en Antonio algo que no me gusta. Le veo muy triste, no tiene ganas de trabajar, y cuando trabaja, no está en lo que hace. Estos días ha

llegado incluso a echar a perder género. Tratárase de otro cualquiera, y sabe Dios qué me figuraría. Tratándose de Antonio, sólo puedo pensar en una cosa: que está enfermo. ¡Dice y hace unas cosas tan raras! Rosario, yo creo que debes hacer por que le vea un médico.» «¿Pero usted qué se figura que tiene Antonio?», le pregunté asustada. «Chica, yo me creo que tu marido está un poco guillao.» «¿Usted cree?» «Yo me creo que sí.» «¡Pero si yo nunca le he notado nada!» «Pues obsérvale con cuidado, que ya lo notarás.»

No tuve necesidad de esforzarme mucho, porque, desgraciadamente, los hechos vinieron a darle la razón. A los pocos días de esta entrevista, mi Antonio salió, como todas las mañanas, para ir a la tienda; pero no había hecho más que llegar a la esquina, cuando volvió a subir muy nervioso diciendo que no podía ir a trabajar porque le daba mucho miedo andar por la calle, que le parecía que se iba a hundir el piso y que se le iban a caer las casas encima. Le vi tan excitado, que no me atreví a contrariarle. Al día siguiente tampoco quiso salir. Por la tarde había toros, y para distraerle me le llevé a la Plaza. No tienes idea del disgusto que me dió y del sofocón que me hizo pasar. En cuanto se vió en la Plaza, se echó a llorar como un crío, diciendo que le asustaba aquello tan grande y con tanta gente, y nos tuvimos que salir. Total, para no cansarte, que le vió un médico, y otro, y otro, y todos me dijeron que no había más camino que recluirle inmediatamente en una casa de salud si no quería que se volviese loco del todo y no tuviera cura.

—Bueno; ¿pero qué tenía?

—Según los médicos, una neurastenia histérica; una cosa muy mala.

—¿Pero eso se cura?

—Dicen que sí.

—¿Y le encerraste?

—¡Qué iba a hacer! Le llevé al Sanatorio de Nuestra Señora del Pilar, aquí cerca, detrás de la Moncloa. Dicen que es lo mejor que hay en Madrid para estas cosas. Allí le tengo.

—¿Y te cuesta muy cara la pensión?

—Noventa duros.

—¡Caracoles!

—Está muy bien; está en primera clase. No le falta nada.

—¡Caramba! ¡Pero también noventa duros!

—Por eso me veo yo así. Porque verás: al principio, como todos los médicos me aseguraron que no sólo se curaría, sino que se curaría pronto, y, gracias a Dios, teníamos dinero, yo no quise escatimar nada. Yo lo único que quería era que se pusiese pronto bueno. «Cuando se ponga bueno—me dije—y pueda volver a trabajar, ya lo ahorraremos otra vez.» Pero pasó un año, pasaron dos, y no acababa de ponerse bueno. Los médicos decían que estaba muchísimo mejor; pero es lo cierto que no se decidían a darle el alta. Y, entretanto, yo veía que se me acababa el dinero. Noventa duros sólo para él, y además el gasto de la casa, mi madre muy delicada, mi niña en el colegio. Tú verás. Me fuí a ver al director del sanatorio, y, de acuerdo con él, trasladé a mi marido de primera a tercera clase; un duro diario. De este modo sólo tenía que pensar en mi casa, porque ese duro nos le sigue pasando la tienda; se portan muy bien. Pero a los pocos días, cuando fuí a verle, como todos los primeros de mes, me le encontré hecho un mar de lágrimas. «Charito, que me saques de aquí; Charito, que me vuelvas a llevar donde estaba; que me han dado una cama

muy fea y muy dura; que me dan muy mal de comer; que me tratan muy mal...» No te puedes figurar la pena que me dió. Subí al despacho del director, y dije que le volvieran a pasar a primera. Vine a Madrid como una loca, sin saber por dónde tirar. Me quedaban escasamente dos mil pesetas.

—Y entonces...

—Una amiga de mi madre, corredora también de alhajas y de lo que no son alhajas, compadecida de mí, me propuso que viniera a su casa..., a esta casa. Me dijo que me proporcionaría unos cuantos amigos; todo muy serio, muy formal, con mucha reserva... Lo pensé mucho; pero al fin accedí. ¡Qué iba a hacer! Hazte cargo de mi situación.

Hubo un largo y angustioso silencio.

—Pero ¿y tu madre?, ¿y tu hija?

—¡Mi hija! ¡Pobre hija mía! ¡Qué puede saber ella de estas cosas!

—¿Y tu madre?

—Tampoco. No sospecha nada. ¡Buena es mi madre para esto! Se moriría de vergüenza si lo supiese. Ella cree que también corro alhajas. Por eso llevo siempre tantas encima. ¿Ves? De esta manera entro, salgo, manejo dinero, recibo recados...; no les choca nada.

—Pero esto es tremendo.

—No lo sabes tú bien.

—¿Y tú crees que tu marido se curará?

—Lo está ya casi. Me ha dicho el médico que dentro de muy poco le dará de alta. No le ha dado ya porque quiere que salga definitivamente curado.

—El médico, ¿no sabe nada?

—¿De mi situación? ¡Oh, nada! No lo sabe nadie. Todo el mundo me cree una mujer honrada.

—Para mí lo eres. Para mí eres la más honrada de todas las mujeres. Perdóname si en algo te ofendí. Pero permíteme una pregunta; ¿crees que si tu marido se entera algún día te agredecerá este sacrificio?

—No ló sé, ni me importa. No lo hago porque él me lo agradezca. Lo hago porque estoy segura de que cumplo con mi deber.

—Vales mucho más de lo que yo creía. ¿Me permites que te pida un favor?

—Tú dirás.

—Rosarito, yo había venido esta tarde decidido a que fueras mía, me costase lo que me costara. Mira: todo esto lo traía para ti.—Abrió la cartera y echó sobre la mesa los billetes.—Para ti los traía y para ti son. ¿Quieres hacer el favor de tomarlos?

—Gracias, Federico; te lo agradezco mucho, pero no lo puedo aceptar.

—¿Por qué?

—Porque ese dinero te puede hacer falta a ti. Y además...

—Además, ¿qué?

—No; nada.

—Dímelo, dímelo. ¡Si sé lo que vas a decir! Tú no quieres mi dinero para no comprometerte conmigo. Y no es eso. Te juro que no. Habías de querer tú, y, después de lo que me has contado, soy yo quien no querría. Te lo doy de todo corazón, sin compromiso. Mira, vamos a hacer una cosa: mitad y mitad, ¿quieres?

—No, no, Federico; muchas gracias.

—Eres una orgullosa.

—No: es que en este momento no me hace falta; de verdad. Si lo necesitara, te lo tomaría. Mira, me vas a dar las señas. Yo te prometo que si algún día

me hace falta algo, antes que a otro he de acudir a ti.

—¿De veras?

—De verdad.

—Adiós, Rosarito.

—Adiós, Federico.

—Un momento; espera.

Se dirigió a la alcoba, buscó el conmutador, dió luz, deshizo el lecho y aplastó las almohadas. Luego volvió lentamente al lado de Rosario.

—Es la única manera de no tener que dar explicaciones.

Ella asintió con una sonrisa dolorosa.

—Adiós.

—Adiós.

Se estrecharon las manos y se despidieron. Él tomó un coche en la calle, y se dirigió directamente al Centro de Repórters.

—¡Qué! ¿Hay algo?

—Nada: chapuzas.

VII

Eran las doce y media de la tarde. Hacía un calor horrible. Sentados alrededor de una mesa, ante una ponchera rebosante de cerveza y limón, los gacetilleros del Centro de Repórters mataban el tiempo charlando mientras llegaba la hora de almorzar.

—¡Hombre!—dijo de pronto uno—, hoy hace años que asesinaron a la Verdier.

—Buena memoria, chico.

—No hace falta memoria. Basta saber que es San Antonio. ¿No recordáis que la víspera estuvo la pobrecilla de verbena?

—¡Qué crimen tan interesante!, ¿verdad?

—Para crimen interesante—dijo Aldán—el de la calle de Santa Brígida.

—¿De Santa Brígida? No tengo ni idea.

—No es fácil. Estarías en el Instituto. Yo me acuerdo, aunque era un chiquillo, porque fué mi primer suceso. Debuté con él.

—¿Qué pasó? Cuenta.

—Veréis. En la calle de Santa Brígida, no sé en qué número, vivía una chica alegre, una *sorra,* que dicen los moros; lo advierto para los que hacen juegos de palabras con la vulpeja. Vivía en un cuartito bajo interior, con

una reja que daba al patio. Era de lo más recogidito de su oficio. No recibía visitas en su casa; no tenía amante conocido; no salía de noche, y se retiraba temprano. Bien; pues una mañana, entre nueve y media y diez, la portera y unas vecinas que estaban comadreando en el portal vieron abrirse la puerta y salir a un hombre joven, bien vestido, con un sombrero flexible y un gabán verde al brazo. «Adiós, nena; hasta luego», dijo en alta voz. Cerró la puerta, pasó ante las comadres, les dió los buenos días, ellas le contestaron, y echó pausadamente calle arriba camino de la de Fuencarral. A la media hora, como la muchacha no se asomase, ni dentro de su casa se oyera el menor ruido, la portera se acercó a la ventana y dió unos golpecitos en los cristales para llamarla; la ventana, que estaba entreabierta, cedió; la portera la acabó de abrir, y vió con horror el cadáver de la pobre chica sobre un charco de sangre. La habían degollado con una navaja de afeitar.

—¡Qué barbaridad!

—Este fué el crimen.

—¿Y no se supo quién era él?

—Ni una palabra. Nadie en la vecindad le conocía. Nadie hasta entonces le había visto nunca.

—¡Qué raro!

—Sería por robarla.

—No; porque, aunque poco, la muchacha tenía dinero en la mesa de noche; tenía puestos las sortijas y los pendientes.

—¡Qué raro!

—Eso es un crimen interesante—exclamó Pepito—, y no los de ahora, que están contados en veinte líneas. ¡Tengo unas ganas de que surja un buen crimen!

—No, que no surja; que dan mucho que hacer.

Se habían bebido toda la ponchera.

—Bueno—dijo Martín, poniéndose en pie—; vámonos a comer, que es muy tarde. Hasta luego.

Pepito se levantó también.

—¿Vienes, Federico?

—Soy contigo en seguida; aguarda cinco minutos: el tiempo preciso de escribir una carta.

Marcháronse los demás, y mientras Federico escribía, Pepe cogió un periódico. Sonó el teléfono. Aldán levantó la cabeza.

—Pepe, ¿quieres ver? Sería mala pata que, a estas horas, nos saltase un suceso.

Se marchó Pepe, y volvió al cabo de un rato un poco emocionado.

—Crimen. Un marido que acaba de degollar a su mujer. Ha ido a la casa directamente el Juzgado, que estaba en el hospital en una diligencia.

—¿Dónde es el crimen?

—Ponzano, ochenta y seis.

Federico Aldán dió un salto y le cogió de las solapas.

—¿En dónde has dicho?

—Ponzano, ochenta y seis. ¿Tienes allí algún conocido?

—Sí; vente. Vamos a hacer información.

Tomaron el primer coche de punto que les salió al paso, y se dirigieron al lugar del suceso. Un grupo numeroso de gente les indicó la casa. Dos guardias de Orden Público y algunos policías custodiaban la puerta. Los dos periodistas se acercaron.

—¿Se puede subir?

—Esperen ustedes un momento a que salga el Juzgado. En cuanto se vaya, y mientras llega el furgón, subi-

rán ustedes. Vale la pena. Es una hermosísima mujer. ¡Pobrecilla!

—¿Se ha comprobado que ha sido el marido?

—Sí; se presentó él mismo en la Comisaría. Están formando el atestado. Parece que se trata de un rapto de locura. El pobre hombre había salido hace tres días del manicomio. ¡Chist...! Ahí está el Juzgado. En cuanto se vaya el coche, suban.

—¿Qué piso es?

—Segundo, izquierda. Subiré con ustedes.

Subieron. Atravesaron un estrecho pasillo y, por la puerta de escape, entraron en la alcoba. Sobre el lecho, bajo las sábanas empapadas en sangre, se adivinaba el contorno rígido de un cuerpo. El policía tiró del embozo. Pepe Ruiz dió un grito:

—¡Rosario!

Era ella, tendida boca arriba, con la cabeza hundida en las almohadas, los brazos cruzados sobre los encajes de la camisa. Alguien le había cerrado piadosamente los ojos, y estaba tan hermosa, era la expresión de su cara tan apacible y tan serena, que, sin la espantosa herida que casi le seccionaba la garganta, hubiérase creído que se hallaba dormida. Tenía puestos unos pendientes de rubíes, y las mejillas salpicadas de coágulos de sangre, como rubíes también.

—¡Rosario!—volvió a exclamar Pepito Ruiz, muy pálido.

Federico se acercó a la cama, se inclinó sobre la muerta y la besó en la frente. Después se cogió del brazo de Pepito, y le dijo en voz baja, con voz muy temblorosa:

—Vámonos.

Bajaron las escaleras, silenciosos y tristes. Al llegar al portal, Pepe se quiso despedir.

—Son las dos menos cuarto. Yo me voy a comer.

Federico le suplicó:

—No, no te vayas; ven a comer conmigo. No me dejes solo.

Le hizo subir otra vez en el coche, y se lo llevó al Colonial. Comieron en una mesa próxima a una ventana; es decir, hicieron que comían, porque ninguno de los dos tenía apetito. Pepe estaba hondamente emocionado; Aldán, sombrío y cejijunto. En vano su amigo quiso hacerle hablar.

—¡Pero tú lo sabías...! ¡Tú estabas enterado de que vivía ahí!

Y como Federico callase, insistió:

—Oye: ¿tú crees efectivamente que ha sido un rapto de locura...? ¿No podría ser que...? Cuando un hombre sale del manicomio, es porque está bueno... Además, que llevaba tres días con ella... ¿Quién te dice que no se ha enterado de todo, y al saberlo...? ¡Qué caramba! Ella, al cabo y al fin, era una golfa...

Federico le interrumpió:

—¡Calla! No digas tonterías.

—¡Hombre!, yo creo...

—¡Tú qué vas a creer! ¡Qué sabes tú de la vida!

Lo dijo con tono tan áspero y tan seco, que Pepe no se atrevió a insistir. No volvieron a hablar palabra. Cuando terminó la comida, dijo Aldán:

—Anda, vamos al Centro a ver qué han hecho esos.

En el Centro había gran concurrencia.

—¿Sabéis el crimen?—preguntó Pepito.

—Sí; ya está hecho. No tiene nada. Es un crimen vulgar. Un loco que ha matado a su mujer. Aquí están los nombres: Rosario García Carmona, de veintiocho años; Antonio Ruiz Galán, de veintinueve. Los dos, naturales

de Madrid. El crimen ocurrió sobre las nueve de la mañana. No hubo lucha, ni nadie se enteró hasta que él fué a presentarse a la Comisaría. Ha declarado que la mató porque era una mala golfa; pero esto es mentira, porque se ha comprobado, por las declaraciones de cuantas personas la trataban, que era una mujer de inmejorables antecedentes, de una vida ejemplar, muy buena y muy enamorada de su marido. Además, él hacía tres días que acababa de salir del manicomio. Le han tenido que llevar al hospital, porque al declarar ante el juez le han dado dos ataques.

—¿No sabéis más?—volvió a preguntar Pepe con cierto retintín.

—No; ¿para qué? ¿Sabes tú algo?

—Leed mañana mi periódico. Voy a hacer una información estupenda.

Federico Aldán le miró agresivo.

—Tú no vas a hacer nada. Este es un crimen vulgar. Ya lo has oído: él es un pobre loco; ella, una mujer completamente honrada. Todo esto se cuenta en veinte líneas. No hay más información.

FIN

EPÍLOGO

LOCOS NOVELESCOS Y LOCOS VERDADEROS

En este epílogo que el inspirado autor del presente libro me ha encargado que escriba, haciéndome con ello un honor muy por encima de mis escasos méritos, voy a exponer, a propósito de los tipos de alienados que imaginó el novelista, algunos conceptos sobre los peligros de orden social derivados de ciertos disturbios psicopáticos y sobre los medios de prevenir estos riesgos; esos conceptos serán muy breves y cortos en número, por fortuna para el lector, que así sufrirá el menor posible perjuicio al encontrarse, después de las primorosas narraciones de Mata, esta pobre y árida prosa mía.

Más que consideraciones de índole general sobre los locos en la Novela y, en general, en todas las manifestaciones del arte literario, y sobre la influencia en el progreso y en el bienestar de la Humanidad de los disturbios psíquicos, lo que supondría una trascendente labor crítica e indagatoria de Psicopatología social, de la que no me siento capaz, las sumarias reflexiones que aquí voy a consignar se referirán tan sólo a juicios concretos, inspirados por el estudio de los ejemplares vesánicos que Pedro Mata nos presenta en las páginas de este libro, examinándolos desde el punto de vista de la clínica psiquiátrica, y deduciendo del determinismo de sus actos morbosos las

medidas que pudieran haber evitado las funestas consecuencias de sus aberraciones mentales.

Empiezo por declarar que convencionalmente consideraré a esos personajes novelescos como si fueran seres reales, y no necesitaré esforzarme gran cosa para ello, pues, entre sus muchos aciertos, ha tenido el autor el muy grande de dotar a las creaciones de su fantasía de todos los atributos de la realidad, describiendo tipos de una admirable verdad, no sólo en la síntesis de su conducta, sino también en todos los detalles de sus caracteres, minuciosamente descritos con una maravillosa exactitud. Los locos ideados por Mata son de tal manera idénticos a los locos verdaderos, que pueden resistir al más escrupuloso análisis psiquiátrico hecho por los profesionales competentes, sin que se encuentre contradicción alguna con lo que la práctica de la Frenopatología nos enseña.

Tiene, pues, esta obra de Pedro Mata, aparte de su valor estético, que es inmenso, y que no soy yo el llamado a juzgar aquí, limitándome a admirarlo, tienen sus narraciones de locos una importancia científica considerable, porque son tan verosímiles, que sobre ellas se puede discurrir, como sobre hechos efectivamente acaecidos se discurriría en un informe pericial, para descubrir las causas de las tragedias contadas y para proponer los medios de evitar su repetición en casos análogos.

Esta asombrosa realidad de los personajes de Mata se debe, en primer término, a la extraordinaria intuición artística del novelista, a su privilegiada aptitud para observar lo natural, para discriminar los fundamentales rasgos distintivos y para agruparlos en seductoras síntesis imaginarias, presentadas además en bellísimas fórmulas de expresión literaria.

No en balde invoca el autor en la cabeza de este libro

la memoria de su inolvidable antepasado y homónimo, el doctor D. Pedro Mata, aquel clarividente sabio, que en su magnífica obra alzó un monumento a la Medicina legal, jamás hasta ahora superado en España y apenas igualado fuera de aquí; su mérito se demuestra por el hecho de que hoy, después de transcurrido medio siglo, todavía tenemos mucho que aprender en ese libro los que de estas cuestiones nos ocupamos. La ley de la herencia, afortunadamente, no sólo se cumple para lo malo, como en los tristes héroes de las novelas precedentes, sino también para lo bueno.

La intuición genial, por sí sola, ha bastado para la creación de sublimes modelos literarios de locura, que la Humanidad culta ensalza y ensalzará siempre; así instintivamente, sin quererlo acaso, crearon Cervantes su Quijote *y Shakespeare su* Hamlet, *adelantándose a la lenta evolución de la Ciencia y haciendo hablar y actuar con absoluta precisión a un paranoico y a un psicasténico varios siglos antes de que se conocieran la Paranoia y la Psicastenia.*

Pero en Pedro Mata, a la maravillosa facultad de intuición indispensable a todo el que acometa empresas de ficción novelesca se añade una sólida documentación científica: Mata no ha querido limitarse a imaginar, sino que se ha propuesto que sus concepciones imaginarias estuvieran apoyadas en un profundo conocimiento de los hechos, no sólo como constan en los libros, sino en la realidad misma, y ha logrado plenamente su propósito, a juzgar por los magníficos resultados que nos ofrece en esta obra. Intuición, estudio y observación de la realidad: estas son las razones de que los tipos vesánicos descritos por Mata parezcan tan verdaderos.

De las tres novelas que componen este libro, sólo voy a

examinar aquí las dos primeras; la última es una joya, un primor literario, que en nada desmerece en este concepto de las otras dos; pero, desde el punto de vista psiquiátrico, no ofrece materia aprovechable, porque el loco que en ella figura ni aparece en escena, ni se nos dan de él más que vagas referencias, que no permiten averiguar qué dolencia mental padecía ni si se hallaba o no curado cuando llega a su desenlace la narración; no es posible, por tanto, dilucidar si el marido y asesino de Rosario, la desdichada mujer víctima de El crimen de la calle de Ponzano, *cometió el delito en estado de enajenación mental, o procedió conscientemente en vindicación de su honra.*

Los otros dos personajes, los protagonistas de La muchacha del Ideal Rosales *y de* En legítima defensa, *son acabados modelos y clarísimos ejemplos de enfermos psicopáticos. Tan fielmente está traducida de la realidad clínica a la bella ficción artística la personalidad patológica de esos sujetos, con tal precisión y abundancia de detalles está trazada su historia morbosa, que no sólo es posible afirmar que padecen una enfermedad mental, sino que además se puede con toda seguridad asignarles un diagnóstico concreto y terminante.*

Uno y otro personaje, Ricardo Benítez y Felipe Miranda, presentan tantas y tan íntimas analogías en su modo de padecer psíquicamente, que una misma fórmula diagnóstica puede abarcarlos a ambos; pero como, a pesar de estas semejanzas, no existe entre ellos identidad absoluta, y como el caso del segundo, el de Felipe Miranda, es infinitamente más sencillo y claro, voy a comenzar por él este ensayo de análisis psiquiátrico de los héroes novelescos de Pedro Mata.

En legítima defensa *es, desde el punto de vista de la*

Medicina mental, un estudio psicológico de un perseguido-perseguidor; *estudio, no sólo impecable por la rigurosa exactitud de todos los numerosos detalles acumulados en la narración autobiográfica puesta en labios del protagonista, sino digno de la más rendida admiración, por el sutil espíritu de inquisición psíquica, por la envidiable perspicacia investigadora que revelan la claridad con que se ponen de relieve los más esenciales caracteres de la desviación psicopática y el orden intachable a que se ajustan en su seriación cronológica las etapas sucesivas del mal en su progresiva agravación desde que la primera arracional sospecha surge en la mente del sujeto hasta que plenamente desenvuelto el delirio (delirio de interpretación, en este caso, parcial, con integridad del resto de las funciones psíquicas y conservación de lucidez), adueñada por completo de la mente la monstruosa concepción ideativa, sistematizada, dislógica y aberrante, vence todos los obstáculos opuestos por las demás tendencias psíquicas individuales, mantenidas en estado de relativa normalidad, y subyugada del todo la volición, ejecútase el asesinato de una manera fatal, ineludible, por ese imperioso determinismo psíquico tan irresistible, tan inexorable como el físico.*

El delito reviste en este caso los caracteres típicos de los cometidos por los paranoicos, que pertenecen a la categoría temible de los perseguidos-perseguidores; preparación solapada, perfeccionada con tenaz perseverancia y con la más cuidadosa reserva, solicitada atención a todos los detalles que aseguren la eficacia del acto, y, sobre todo, abundancia de razonamientos, argumentación interna profusa, interminable, siempre condicionada por la orientación delirante, que sin cesar acumula en la mente del enfermo motivos y más motivos falsos de toda false-

dad, pero cada vez más numerosos, y para su anormal, para su extraviado criterio, dotados de plena evidencia y decisivos en la determinación de su conducta patológica. ¡Qué diferencia entre esta pausada elaboración de la idea del delito, seguida de su refinada perpetración, y las súbitas, las instantáneas, las brutales impulsiones al crimen en los epilépticos, esquizofrénicos, maníacos, etcétera!

Creo que con lo dicho basta para demostrar que En legítima defensa *es un maravilloso fragmento de autoanálisis psicopatológico de un perseguido perseguidor. Tanto mérito encuentro en este estudio de psicología morbosa, que le considero digno de figurar en un tratado de Psiquiatría como ilustración literaria al capítulo de la Paranoia persecutoria, a la manera como las demostraciones gráficas, por el dibujo y la fotografía, sirven para aclarar las confusas arideces del texto, y a los principiantes en la difícil ciencia frenopática yo les aconsejaré que lean esa novela cual claro y ameno medio de comprender cómo evoluciona y se expande el núcleo delirante en la mente de esos enfermos.*

La primera narración, la titulada La muchacha del Ideal Rosales, *es, en mi sentir, la más importante desde el punto de vista psiquiátrico, la de más enjundia y trascendencia por los problemas de Patología mental que suscita.*

Empiezo por reconocer que tal como el autor presenta las cosas, en uso de su indiscutible derecho a emplear cuantos artificios guste para provocar la emoción estética, habrá muchos lectores que se queden en la duda de si Ricardo Benítez, el protagonista, era o no un alienado; y aun algunos, al terminar la lectura, estarán convencidos de que no estaba loco, sino que era sencillamente un malvado, un alma perversa, llena de rencor y de envidia, que

finge la locura para vengarse a mansalva del infeliz individuo sobre el que acumula sus feroces odios.

Pero a la perspicacia del técnico en Medicina psíquica, del que tiene mucha costumbre de tratar a los locos y de estudiarlos, no puede escapársele la anormalidad mental de Benítez, con toda claridad patente desde las primeras páginas del libro, para quien sabe apreciar el valor de ciertos detalles.

En cuanto el malhadado dibujante aparece en escena, en su primer encuentro en la calle con quien había de ser su víctima, ya toda persona versada en cuestiones de Psiquiatría comprende que aquel ente hosco, huraño, suspicaz, rencoroso, aferrado al implacable sentimiento de su ofensa, amplificándola desmesuradamente, que rehuye la explicación franca y rechaza las más cumplidas satisfacciones que generosamente se le ofrecen, no tiene una psiquis normal, y lo menos que de él puede decirse, por lo pronto, es que posee la llamada constitución paranoide, que predispone a padecer la paranoia, o más bien, que es una paranoia incipiente, embrionaria, atenuada, levísima.

Y a medida que el relato avanza, que vamos intimando más con Ricardo Benítez, que vamos penetrando en las recónditeces de su vida mental, que disecamos en vivo su carácter, que nos enteramos de sus antecedentes familiares y personales, y, sobre todo, que vamos conociendo los actos que realiza, todos ellos a cual más elocuentes, adquirimos la convicción de que de predispuesto se ha transformado en un efectivo enfermo psíquico, de que la tendencia a padecer de la mente se ha convertido en una verdadera psicosis actual, en plena fase activa de su maléfica evolución.

En suma: Ricardo Benítez es, desde el principio hasta el fin, un paranoico, en el que se desarrolla un delirio de

interpretación persecutoria; es decir, que se convierte en un perseguido-perseguidor, *como su congénere psicopático Felipe Miranda, el loco razonador de* En legítima defensa.

Pero, no obstante esta entidad del diagnóstico psiquiátrico que comprende a ambos personajes, existen entre ellos notables diferencias, que no habrán escapado al discreto juicio del lector, aunque no sea experto en Alienación mental. Así, Miranda se comporta en la vida social y familiar de una manera normal en absoluto: ejerce una profesión difícil, con perfecta competencia y seguro acierto; es buen hijo y mejor hermano; se hace simpático a cuantos le tratan, y, en resumen, en su carácter no se traslucen ninguno de esos defectos, de esas anomalías que dan lugar a que se califiquen a quienes los poseen de desequilibrados, de excéntricos, de raros, etcétera. Al revés, Benítez está considerado por sus amigos como un sujeto de trato esquinado y dificultoso; tiene un carácter imposible, dicen, y el fondo de ese carácter es el egocentrismo, el culto fanático del yo, la misantropía, el sentimiento erróneo del perjuicio propio y de la hostilidad del mundo, al que supone confabulado en contra suya; esta representación mental del daño que le causa o le pretende causar la enemistad del prójimo es la idea delirante matriz de la Paranoia persecutoria, y existía desde el primer momento en el cerebro de Benítez, agravada y complicada en sus manifestaciones exteriores por la presencia de una gravísima carga degenerativa; el mismo sujeto nos explica cuáles son esos importantes factores de degeneración al referirnos los antecedentes de su familia y las incidencias de su infancia y de su juventud. Debemos, por lo tanto, calificarle de perseguido-perseguidor, con enorme tara psicopática degenerativa; en cambio, en Miran-

da el proceso de degeneración era muchísimo menos acentuado, y por ello se explican las diferencias en el carácter y en el proceder del uno y del otro.

Otro aspecto interesantísimo en la evolución de la psicopatía de Ricardo Benítez es su pretendida simulación de la locura para realizar el crimen que tenía planeado sin correr el riesgo de la sanción penal. Estamos, en realidad, ante el caso de un loco que ignora estarlo, como siempre ocurre, y que finge una locura convencional y arbitraria, para llegar a los fines a que le impulsa su locura propia, real y verdadera.

Esto parecerá muy extraño, y hasta inverosímil, al lector profano; mas para los alienistas es cosa muy natural, que no rara vez se acostumbra a observar en los locos. Ante todo, es de advertir que la simulación de la locura no se verifica jamás *por persona de mente del todo sana: los simuladores son siempre vesánicos, psicópatas, psiconeurósicos, degenerados, anormales psíquicos, en una palabra. Esto ya se sabía antes; pero la inmensa experiencia recogida en la última guerra mundial, donde se han observado en extraordinario número los fingimientos de trastornos mentales, ha confirmado definitivamente el anterior aserto. Aparte de las grotescas tentativas inmediatamente descubiertas y de las burdas parodias pronto abandonadas ante las dificultades de la empresa, todas las simulaciones algo serias, por lo sostenidas y por estar dotadas de cierta verosimilitud, han sido llevadas a cabo por sujetos realmente enfermos de alguna psicopatía, que unas veces exageraban sus propios síntomas, o figuraban su persistencia después de desaparecidos (esto fué lo más frecuente), y otras imitaban disturbios mentales distintos de los por ellos padecidos.*

Ricardo Benítez no es una excepción a esta regla ge-

neral; y en tanto que preparaba el crimen a que iba empujado por la fuerza ciega e irresistible de su delirio persecutorio, sin darse él cuenta, pues suponía que iba a cometerlo por una libre decisión suya, voluntaria y consciente, fingía trastornos psíquicos, como la impulsión al robo, ajenos a la psicosis que verdaderamente sufría. Pero, aparte de estos rasgos de simulación parcial, episódica, sin gran importancia en el conjunto sintomático, lo más curioso de este caso es la circunstancia de que el sujeto que pretendía ser un simulador era en realidad todo lo contrario: un disimulador; *pues, cuando creía fingirse loco, no hacía más que esteriorizar sus naturales fenómenos morbosos; e inversamente, cuando parecía normal es cuando engañaba a los que le observaban, porque entonces reprimía, enfrenaba, ocultaba sus anomalías mentales.*

Esta aptitud para disimular, para aparentar la cordura y la sensatez estando irremediablemente loco, fué la que, abriéndole las puertas del Manicomio, de donde no debió salir nunca, le permitió ejecutar su espantoso crimen.

La enseñanza que de este supuesto caso deduciremos es que no debemos fiarnos nunca de las apariencias de sanidad mental en los que padecen delirio persecutorio; y esta advertencia no va dirigida a los médicos de Manicomio, que ya saben de sobra los peligros que supone la liberación de esos sujetos, sino a las familias de los alienados, a los amigos, al vulgo, a todas esas gentes que, unas veces por cariño irreflexivo, otras por estúpida sensiblería, y en ocasiones por inconfesables codicias y por bastardos intereses, ejercen presión sobre los alienistas, llegando hasta la amenaza con denuncias judiciales o con campañas de escándalo periodístico para conseguir un alta, que es a menudo causa de una horrible tragedia.

El noble, generoso e ingenuo Enrique Cebrián no ha-

bría tenido tan horrendo fin si no se hubiera tan cándidamente confiado al loco aparentemente curado, si hubiera estado prevenido de que esas formas de locura jamás sanan del todo, y aun en los casos más favorables, siempre es de temer una recaída, por lo que se debe proceder con suma cautela en el trato con tales sujetos; fué, por lo tanto, una imprudencia, no sólo suya, sino de cuantos conocían al loco disimulador, la que le llevó a la muerte. Deben, pues, los médicos de los Frenocomios esforzarse en sostener firmemente sus decisiones, fundadas en las más estrictas normas científicas, desoyendo todas las perniciosas pretensiones interesadas que intenten coaccionarios o apiadarlos. Deben las autoridades amparar con energía a los facultativos en el cumplimiento de sus deberes profesionales, y debe el público, la masa social, conocer los enormes riesgos que para la seguridad de todos representa la liberación intempestiva de los alienados, sirviendo ese conocimiento para que se logren supeditar las mezquinas conveniencias egoístas a la suprema finalidad del bien colectivo.

El libro de Pedro Mata, además de su alto mérito literario, realiza un inmenso beneficio social al divulgar estas tan necesarias nociones, de un modo ameno y claro, asequible a todas las inteligencias. Los alienistas hemos de agradecérselo, pues se simplificará nuestra tarea, tan penosa y tan poco agradecida, de atender científicamente a los enfermos psíquicos y de ir poco a poco amenguando los muchos males, los crueles dolores que a la Humanidad causan las enfermedades de la mente.

Madrid 1 de marzo de 1921.

Dr. E. Fernández Sanz.

ÍNDICE



